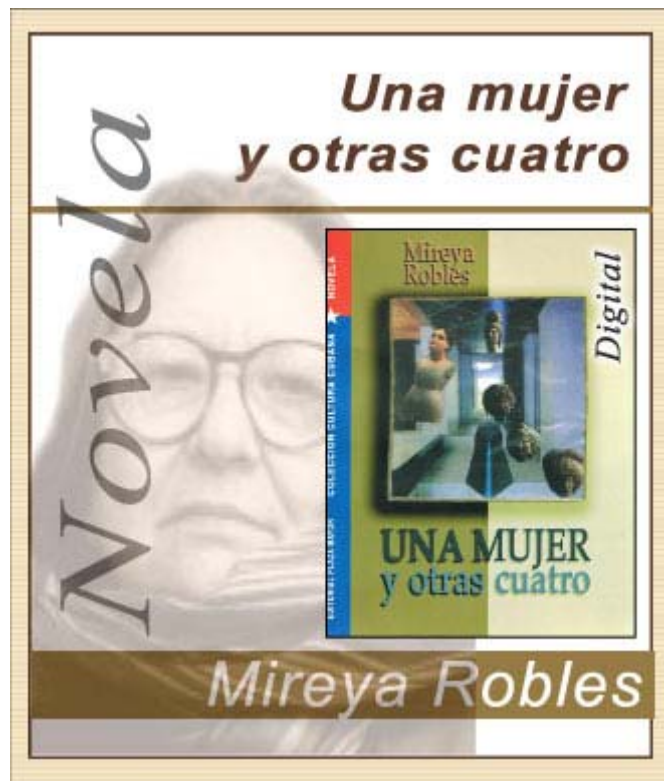


UNA MUJER Y OTRAS CUATRO

Mireya Robles



Novela

**Para obtenerla impresa en papel, puede visitar el sitio de
la Editorial Plaza Mayor**

<http://www.editorialplazamayor.com/>

Visite el Sitio de la escritora:

www.mireyarobles.com

www.mireyarobles.miarroba.com

y vine aquí para hablar de cuando yo era tan pequeña y me ponían la marinerita y los shorcitos blancos y a mí me daba por asustarme aquello de que me gustaran más los shorcitos que las falditas y que mi papá, jugando siempre conmigo me dijera riéndose que, mira, mi niña, si me gano la lotería te compro un par de revólveres de oro y nácar y el mejor martillo y los mejores anzuelos para que pesques tamboriles y les rasques la barriga y se inflen hasta quererse reventar y te compramos un caballo y vas a ser el mejor vaquero de todos, mejor que los de las películas, y yo pensando que ya yo tengo anzuelos y bastantes tamboriles que pesco y ya tengo unos revólveres con manzana movible y tengo cartucheras y fundas y todo, y siempre estoy carpinteando con las herramientas de mi papá y toda esta conversación de la lotería me gusta porque es como soñar, pero siempre me asusta cuando llegamos a la parte de que vas a ser el mejor vaquero, porque aunque yo quiera yo sé que nunca voy a ser vaquero, y si se gana la lotería aprendo a montar el caballo que me compre, que bastante que me imagino atravesando como un bosque a toda velocidad, y mi mamá les dice a la vieja mora y a la vieja vizcaína que a mí no me gustan las muñecas y mira como lo cuenta una y otra vez con tanto orgullo como refiriéndose a algo muy especial de mí, de todo lo que yo soy y no digo nada, pero la verdad es que me gustan las muñecas, pero muy pocas, bien, bien poquitas, pero lo más aburrido es el juego de las niñas, y si los bebés fueran de verdad, bueno, eso sí que es rico y me dan hasta deseos de llorar y una cosa así como si me fuera a orinar porque un bebé es una cosa bien tiernita; pero a mí también me gusta correr bastante, pero bastante, con los shorcitos blancos y la marinerita, y si me encuentro algún varón que se meta conmigo, me gusta darle puñetazos y ganar yo y sentirme fuerte y correr bastante hasta que me voy y me preocupo porque me gustan tanto los shorcitos y hace meses que quise averiguar y me senté sin pantalones en el suelo y abrí las piernas y agaché la cabeza para mirar y nadie me va a coger aquí escondida detrás de la cama y miré bastante y no vi nada que me sorprendiera pero sí voy a ver lo que hay ahí dentro y estoy abierta y pensando y veo claritas todas las tablas del piso y allí, bien tranquilo, como tirado en el suelo, un clavito plateado, y esto mismo, que cogí el clavito y me abro bien y me lo empiezo a entrar para ver qué es lo que pasaba porque si el huequito se hace grande puedo ver mejor y voy a enterarme de

todo lo que hay por allá dentro y ahora sí que me decido y empujo con el dedo la cabeza del clavito y el clavito se metió y no sale, y yo quiero que salga, y qué susto, el susto en el mismo corazón que me camina bien rápido, y me paro del rincón y me pongo el blúmer y me voy al baño y me quito el blúmer y trato de orinar parada y trato de orinar sentada y sale un chorrillo pero lo otro sigue ahí y me quedo toda la mañana con esa preocupación, y todo el mediodía y ya por la tarde me bañan y aquello allí dentro y yo callada y sin hablar pero con nadie, y el susto, y estamos todos en el corredor de la calle y unos están sentados en el columpio verde y otros en el balance grande y en el balance chiquito y yo pensando que cuando me toque orinar, voy a buscar el orinalito porque así yo veo si sale aquello porque en el inodoro se me va y no lo veo, y cuando estoy pensando todo esto, el ardor por allí mismo, por todo aquello, ése es el clavito y ahora sí que me va a salir y cuando me voy a parar del taburetico viene corriendo Raglán, el negro bien prieto, prieto, hermano de Gwendolina, y todos son jamaquinos y hablan como jamaquinos y Raglán tiene como quince años y es un hombrón y bien flaco y alto, y Raglán está desesperado y le habla a mi mamá bien rápido, y mire, yo tengo que pasar ahora mismo, y mi mamá, pero Raglán, qué te pasa, y Raglán, bueno, al baño, ahora mismo, y Raglán ya estaba gritando, tengo que ir, tengo que ir! y mi mamá, pasa, hijo, corre, el baño, al fondo del pasillo, y yo a protestar porque yo sé que el clavito está a punto de salir y sigo protestando, mamá, que Raglán no vaya al baño, y mi mamá, no seas así, niña, que todos tenemos derecho, y yo, que yo también tengo derecho porque ya no puedo más, y entré y casi no podía correr por el pasillo porque aquello me empezaba a doler y empujé la puerta del baño y Raglán estaba en cuclillas, encaramado encima del cajón de madera que tiene un hueco en el medio por el que se ve el mar, y agarro el orinalito azul de unas pinticas blancas y lo iba a sacar de allí, pero en eso Raglán se para y quédate, que ya yo terminé, y se va del baño y me senté en el orinalito, y el chorro caliente, y el dolor, y pín, el sonido contra el metal, y me paré a mirar para estar bien segura y ahí está el clavito y ahora sí me voy tranquila para el corredor porque el fresco del mar es bien sabroso aunque a veces viene con alguna pestecita, y van pasando los meses y yo sigo en la misma escuelita de las Calderón, y la gente nada más que dice que son dos hermanas bien decentes y son mulatas elegantes, altas, empolvaditas, y a mí no me gusta la escuela porque es difícil estar

entre tanta gente, y lo mejor es la hora de la lección pero la hora de la lección casi nunca viene y cuando viene, siempre lo mismo, Cristo, A, B, C, y nos sientan mucho rato en estos bancos tan largos, y yo creo que lo mejor es venir a la escuela a investigar cosas, pero ya le pregunté a la viejita que es la mamá de las Calderón, óigame, para qué es esa tinaja tan grande, pero tan grande que está en el patio? y la viejita, pues eso es para el agua, y yo, y el agua se pone sucia? y la viejita que no, porque se cuela, y yo, que con qué se cuela, pero no entendí la explicación porque creo que la viejita dijo que con una piedra, y yo, todas las tardes me iba para el patio a vigilar a la viejita, pero la viejita ni se movía del balance de mimbre, y yo pensando que lo de la piedra no se va a dar, y creo que es mejor ir a investigar a Fermina la china, que ella y su marido tienen una bodega en la esquinita, a unas cuantas casas de las Calderón, y al otro día voy a la bodega a comprar una libreta y el corazón me salta bastante y yo quiero hablar con Fermina, y ahora mismo le hablo y casi voy a hablar y no me sale nada y yo quiero hablar con ella porque siempre lleva sombrero como los chinos y la bata larga como los chinos, y si ella me contara cómo es el lugar de donde ella vino, pero Fermina siempre habla en chino con su marido chino y sus niños chinos y siempre está lejana, como en otro mundo, y yo quiero que Fermina me cuente, pero yo creo que si ella empieza a hablar como yo, se le va a romper algo, se le va a romper el misterio, y me quedo sin hablar y señalo en el anaquel una libretica y el marido de Fermina me la alarga y yo le pago el real y vuelvo a casa de las Calderón y esa tarde otra vez el Cristo, A, B, C, hasta que nos despachan a las tres de la tarde, y voy por todas las aceras hasta mi casa, pensando que ya vienen las vacaciones y que en esta escuela no se puede averiguar ni lo de la piedra y Fermina nunca me va a contar nada de su pueblo, y la otra escuelita a la que yo iba antes, bastante aburrida que era, y menos mal que me quitaron, pero fue porque un perro me mordió en la nalga cuando Lourdes me llevaba a la escuelita, y Lourdes le dijo a mi mamá que ella creía que el perro tenía rabia y mi mamá me llevó en taxi para Guantánamo y bastante plata que le costó el taxi, y nos vamos para la casa que está en Calixto García y llaman al médico y el médico parece una caravelita, y me mira la nalga y dice que no, que ni inyecciones ni nada, que pronto voy a estar bien, pero todo el mundo siguió cuidándome, y a mí me gustaba aquello, pero que no me mordiera más el perro, y me llevan otra vez para Caimanera y ahora

yo no sé qué es lo que voy a investigar, pero me escapé hasta las salinas porque allí a lo mejor encuentro algo y me subí en otra loma de sal y voy a empezar a bajar corriendo y me caí y estoy rodando y se me rayan los muslos y esto sí que arde bastante y decido irme para mi casa y no digo nada de los rayones porque no se ven con la faldita y mira que no encontrar nada en las salinas, pero mañana mismito me voy a buscar algún tesoro debajo de las casas, porque aquí las casas están sobre estacas enterradas en el mar y debajo de las casas voy a encontrar algún tesoro y me paso el día velando cómo puedo irme, pero no hay manera y llega la tarde y me bañan y me empolvan, y la colonia, y las medias blancas, y el vestido de piqué azul, que se lo mandaron a bordar a Teresita la bordadora, y ahora con todo esto puesto sí es verdad que no me voy a poder meter debajo de la casa, pero es la mejor oportunidad, ahora que todos están en el corredor, bueno, siempre me puedo cuidar de no mojarme la ropa y me remango la falda hasta la cintura y me meto en el agua y empiezo a caminar por allí abajo y nada más que hay porquería y unos globitos blancos que me dijeron que nunca los cogiera porque se llaman condones y están sucios y ya me voy desesperando porque no veo ningún tesoro y me inclino para ver mejor el fondo y me olvido de la falda y se me moja todo aquello y ahora sí que la hice, que buena paliza que me van a dar, y salgo de allí bien rápido y me voy por el patio corriendo hasta los caballitos que están bien cerca y con la peseta que tengo puedo montar cuatro veces y ya me voy mareando de tantas vueltas, pero el aire me va secando el vestido y ahora a corretear por el puente de madera hasta que se acabe de secar y ahora sí que ya nadie se va a dar cuenta, pero dónde estará el tesoro y yo sospecho que va a estar en el hueco que separa las dos casas, el que está al lado del corredor, por donde yo tiro el anzuelo para pescar tamboriles, y por ahí me voy a meter yo cuando baje la marea y que no haya nadie por aquí hasta que un día ya no hay nadie y la marea está baja y me tiro por el hueco y caigo sobre un tablón que tiene un clavo herrumbroso de punta y me entierro el clavo en la pierna derecha y empiezo a echar sangre por la herida, pero así, chorreando y todo sigo buscando el tesoro pero no aparece y me da miedo estar aquí sola y empiezo a apilar piedras para encaramarme y salir, y ya en el corredor, cada vez que alguien se acerca me pongo las manos en la pierna para que no me vean la herida y me voy a curar esto pero nada más que encuentro remedios para la garganta y para la nariz y

me pongo un poco de cada uno en la misma herida y todos los días me pongo los remedios y ya yo creía que no se me iba a curar pero empezó a curarse, y ahora mi mamá está hablando con la amiga de una cosa que entiesa la quijada y que se llama tétano y que lo dan los clavos herrumbrosos y yo me paso los días tocándome la quijada para ver si se me entiesa y la preocupación y el miedo todo el tiempo hasta que óyeme, mamá, bueno, yo me caí sobre un clavo herrumbroso de esos que entiesan la quijada, y ella, que cómo no me lo dijiste antes, y yo, que bueno, que fue un accidente sin importancia, pero que cuando el otro día te oí hablar todo eso del tétano, bueno, dime, tú crees que se me va a entiesar la quijada? y ella me registra bien la herida y bueno, no, porque ya esto está curado pero mira que tú no decirme nada de esa caída, y yo me hice la boba y me fui de allí bien pronto; en frente está Miramar, la fonda de los chinos y hacen pasteles de hojaldre con relleno de guayaba y con relleno de limón, de piña y de coco, y yo todos los días me voy para la fonda porque quiero aprender a hablar como Fermina y todos los días les digo a los chinos que me enseñen alguna palabra y los chinos a veces están en la fonda en camiseta y al principio los chinos ni me hacían caso y yo les decía que yo quería que el dueño de la fonda me enseñara a hablar en chino, pero que tenía que ser el dueño porque seguro que él es el que sabe mejor y yo todos los días, que dónde está el dueño y los chinos sin decirme, pero un día veo a este chino que está bien vestido y que no está sudando en camiseta y le pregunto y él, que sí, que es el dueño, y yo le echo mis palabritas en chino que me enseñaron los de la camiseta, y él se ríe, y yo, que desde hace tiempo yo vengo todos los días a buscarlo para que él me enseñe y él se ríe y que sí, que me va a enseñar, pero por la noche, después que coman los trabajadores de la base que llegan en la lancha de las seis, y yo que sí, y mi mamá me deja cruzar a la fonda todas las noches, y él me enseña a contar y a saludar, y palabras y palabras, pero un día fui a Nueva Orleans, la fonda de los otros chinos, que está como a tres casas de donde yo vivo y les dije las palabras y no me entendieron porque ellos hablan otra clase de chino y me quedé queriendo que sí me entendieran, y a mí me dijeron que los chinos de la fonda de enfrente duermen en la misma fonda y yo quiero investigar si duermen encima de las mesas, pero no puedo averiguar porque por la noche los chinos cierran la fonda con esas puertas acanaladas que se parecen a las pencas de zinc de los techos y la parte de atrás de

la fonda da al mar y no me puedo asomar, pero ahora mismo me voy para el patio de la fonda de los otros chinos, a ver si veo alguna cama y averiguo cómo es que duermen los chinos, y cruzo del patio de mi casa al patio de al lado y veo a esta mujer montuna dándole el pecho a la niña como de un año y me quedo allí, mirando por la celosía, porque lo mejor sería que yo fuera la niña, y en eso se aparece Rafaelito que ya tiene como cuatro años, y empieza a llorar por la teta y la mujer pone a la niña en el suelo y carga a Rafaelito y me da una rabia tremenda verlo prendido de la teta, y me voy y atravieso otro patio, y ya en el de la fonda, y la puerta de atrás está abierta y los chinos están sentados en el suelo, fumando unas cañas largas como de bambú, y yo los miro bastante rato y ahora todas las tardes voy a vigilar a los chinos que siempre están como adormecidos, sentados en el suelo, y las cañas y el humo, hasta que un día, óyeme, mamá, por qué los chinos se sientan en el suelo a fumar cañas? y ella, que cómo yo lo sé, y yo, que bueno, que un día me metí por equivocación en el patio de la fonda y ella, a gritar que si algún día me coge en eso, que me va a abofetear, y yo, que por equivocación, y ella, que ella tenía formas de enterarse y que si se enteraba de que yo me acercaba nada más al patio de la fonda, prepárate de la paliza que te voy a dar, y me imaginé al pueblo entero descubriéndome vigilando a los chinos y `después, la paliza, y no fui más, y ahora a veces me voy a hablar con la montuna, ella siempre está sentada en un banquito en el patio y tiene los ojos claros, como avellanas y como de estatua, y se sienta allí como lejana y siempre está desgreñada pero tiene en el pelo unas vetas rubias como el maíz y ella me dice que juegue con Rafaelito y yo juego con él, pero un día le di un tirón del brazo por prenderse de la teta, y después me dio lástima porque yo sé que Rafaelito ni sabía que a mí me daba rabia verlo prendido de la teta, y ahora, yo no sé qué me está pasando que todos los días me voy para la casa de al lado, donde vive Emma la mora y me siento en un rincón, en el sillón de mimbre, y al principio me ponía a vigilar, a ver si es verdad que los muebles tienen chinches, pero yo nunca los vi en el sillón; Emma siempre está vestida con batas blancas, largas, de hilo, y su tía Flora, que es bien viejita, también con batas largas y fumando una pipa con un botellón de agua y pone también unos carboncitos en una cosita que yo creo que es como un platico de bronce y tiene también una manguerita en la boca y el litro de agua empieza a hacer burbujas, y la tía Flora me saluda en árabe y yo le contesto,

pero es lo único que sé ahora, porque mi mamá me dijo que cuando empecé a hablar, yo no decía nada en español, porque empecé a hablar unas cosas y sonidos raros que ella no entendía, y fue asustada con Emma, mira, Emma, yo creo que esta niña va a tener problemas para hablar porque todo lo dice raro y nadie la entiende, y Emma empieza a reírse y explica, que no, que no es un problema, que todos los días cuando tú nos la dejas por un rato, Flora le habla en árabe y ya ella entiende y dice algunas palabras, y mi mamá divertida y contenta de que aquello no fuera nada, y todavía me hace la historia a mí y a algunas visitas, aunque ya yo no sé nada de árabe, y yo todos los días vengo a ver a Emma porque me gusta mucho la quincalla y en las vidrieras tiene botellas de perfume y pañuelos y blusas y cuando viene el franco, ella sale al puente de madera y habla en inglés con los marineros americanos y los trae a la quincalla y les enseña la mercancía y un día yo estaba en la quincalla y un americano me regaló un medio con la figura del búfalo, y yo siempre con Emma, que cómo va el negocio, y Emma, que ahí, que en la lucha, pero la gente dice que Emma tiene bastante dinero escondido en la casa, y antes yo hablaba más con Emma, pero ahora me siento en el sillón de mimbre y allí, callada y callada, y un día se me desaparece de delante la quincalla y se me desaparecen todas las vidrieras y las botellas de perfume y voy al timón de un yate pequeño, capitaneándolo, soy el capitán del yate, y detrás de mí está esta mujer sin blusa ni ajustadores y las tetas empiezan a crecerle y a crecerle para poder almacenar la leche, pero que Rafaelito no se la tome, y la mujer parada detrás del capitán y las tetas crecen para el almacén de leche, hasta que a veces le llegaban al suelo y otras veces se las echaba por los hombros como una estola y yo, todas las tardes en el sillón, capitaneando, y la mujer parada detrás alargando el almacén, pero que Rafaelito no, y un día, un viaje a Guantánamo, y las amigas de mi prima seguro que van a estar allí, y yo quiero ser bien fuerte y no voy a dejar que esto de estar con tanta gente me asuste porque ya pasó eso que dice mi mamá, que desde que yo nací, nada más que pegada a ella, y que ni al baño podía ir sin mí porque yo a gritar, y después fue que me empecé a dar con Mercedes, que era la que me cuidaba, pero yo no me acuerdo de ella, y que cuando yo todavía no tenía ni un año, a Mercedes se le ocurre sacarme a la calle para darme la comida porque yo estaba resistida a comer, y Mercedes en el desespero me lleva con comida y todo a la bodega de un españolito porque la

bodega estaba bien cerca de la casa, al final del puente de madera, y Mercedes, que ella me sentó sobre el mostrador y empezó a hablar con el españolito de la lucha que yo daba, y mire usted, Serafín, que esta niña no quiere comer, y para demostrárselo, me da una cucharada de comida, y yo me la comí, y seguí comiendo hasta que acabé con todo lo que me dio Mercedes, pero que cuando Mercedes paraba de hablar con Serafín, entonces yo me resistía a comer, y todos los días me tenía que llevar a la bodega y Mercedes y Serafín a hablar para que yo comiera, y yo no me acuerdo de nada de esto, porque ya en esa esquina del puente de madera no hay ninguna bodega, ni yo he visto nunca esa bodega, pero sí me acuerdo que hace tiempo, si no me hacían cuentos yo me resistía a comer y a dormir y al mediodía un cuento y por la noche otro, y mi mamá, que ya estoy cansada de hacer cuentos porque ya no sé qué inventar, y yo, a retirar el plato y a no dormir por la noche, y mi mamá empezó a hacerme el cuento de un oso en el bosque, y después, lo mismo, con el oso de otro color, y yo lo dejé pasar un par de veces hasta que un día me da la rabieta y a protestar porque siempre era el mismo oso y me aburría aunque fuera de otro color, y mi mamá a reírse con mi rabieta, pero niña, es que ya no sé qué hacer con lo de los cuentos, hasta que un día vino Lucas, que es gordo y con bigote y se ríe como un bobo, y trajo un bastón de trocitos como de tarro, y un trocito era como color carbón y otro era como color hueso, y yo en seguida empiezo a caminar con el bastón, y óyeme, Lucas, de qué está hecho este bastón? y Lucas, que él no sabe, y yo, que sí, que me diga de qué está hecho, y él, que probablemente de tarro de buey, y a mí me parece muy aburrido eso de tarro de buey, y que no, que tiene que estar hecho de otra cosa, y que me diga, y Lucas empieza a rascarse un poco la cabeza que le está sudando, y empieza a reírse, y me suelta que está hecho de espinazo de tiburón, y yo, que si es de un solo tiburón, y él, que está hecho de cientos de tiburones porque cada trocito viene de un espinazo distinto, y ahora sí que me emocioné porque a los tiburones les tengo miedo y cada vez que vamos a pescar en la chalupa y mi papá tira la cuchara para ir pescando mientras anda la chalupa, yo, callada, y no hablo con nadie porque este miedo, y me dijeron ya que si uno se cae al mar y vienen los tiburones, que atrás vienen las toninas a salvarlo a uno, y que cuando los tiburones ven a las toninas, que es como aquí les dicen a los delfines, los tiburones se van corriendo y entonces, las toninas se lo llevan a uno a

caballo hasta la misma orilla, sin una sola mordida de tiburón, pero cuando yo estoy en la chalupa, aunque me digan lo de las toninas, me entra el miedo y empiezo a rezarle al Angel de la Guarda, porque yo creo que él es hasta más rápido que las toninas, porque yo creo que cuando uno se cae al mar, los primeros que vienen son los tiburones, y atrás vienen las toninas a salvar, pero si las toninas nadan despacio y no les da tiempo a llegar antes de que los tiburones empiecen las mordidas, entonces no lo pueden llevar a uno a caballo hasta la misma orilla de Caimanera, y por eso yo sé que es mejor rezarle al Angel, porque en caso de peligro, él llega más rápido que las toninas, y ahora me voy a gozar bastante con este bastón porque tengo a los tiburones por el espinazo y cada vez que salgo a caminar por el puente de madera, yo camino con el bastón, y así voy dominando a todos los tiburones y ya a la hora del almuerzo no me tienen que hacer cuentos porque pongo el bastón al lado mío, y a la hora de dormir tienen que colgar el bastón de una de las tiras del mosquitero para yo verlo desde la cama, pero antes, cuando yo dormía en el carriol que mi papá hizo con tela metálica, yo me acuerdo que una noche yo traté de llamar a mi mamá, pero todavía yo no sabía decir mamá y me dio tanto miedo no poder decir mamá que no podía ni llorar, y después que yo sabía hablar, yo le conté esto a mi mamá y ella me dijo que no podía ser, porque uno no puede acordarse de las cosas de bebé, pero yo sí me acuerdo, y yo ya casi no era bebé porque ya quería hablar y también me acuerdo de cuando yo tenía dos años y mi papá, jugando, me preguntó si yo quería ir a Guantánamo con él, y yo, que sí, y todo el mundo asombrado porque yo siempre pegada a mi mamá, que hasta en el baño, y ahora que sí, que yo sí voy, y mi papá le decía a mi mamá que no iba a haber problema, y mi mamá le decía que en el tren me iba a dar una rabieta porque siempre me daban rabietas y empezaba a revolcarme en la sala y llegaba rodando hasta la cocina, y seguí con las rabietas como hasta los cinco años, que estoy sentada en el suelo gritando bastante, y mi papá, sin decir nada se para de la silla y trae una jarra con agua helada de la nevera y me la echa por la cabeza, y mi mamá gritando, que para qué hiciste eso, que una pulmonía, y él, que no, que así tú verás como ella se cura de las rabietas, y me curé, pero cuando tenía dos años, mi papá, como siempre, optimista, que no, que en el tren no le va a dar la rabieta, y yo sabía que no me iba a dar porque yo sí quería ir a Guantánamo con mi papá, pero en el asiento de enfrente,

en el tren, había un hombre con un cartucho de pan, y había una flauta de pan, y yo, que quería el pan, y mi papá, que ese pan no es de nosotros, y yo, que quiero el pan y que quiero el pan, y ya me viene la rabieta, y mi papá apurado, y el hombre del pan oye todo aquello y sin conocernos, me regala un pan, y mi papá un poco apenado, y el hombre, no se preocupe, yo sé lo que es eso porque tengo una así en mi casa, y mi papá se queda tan agradecido y tan contento, y ya yo no rabié más en todo el camino, pero ahora que ya tengo siete años, me voy a quedar mucho tiempo en Guantánamo porque ya me van a quitar de la escuelita de las Calderón y ahora, en cuanto empiecen las clases me mandan al Colegio Teresiano y esto me da un poco de susto porque va a haber mucha gente pero hace un año que mi prima está allí y ella dice que con las monjas se aprenden muchas cosas lindas y tienen un niño Jesús en un pesebre y hace tiempo que ella sabe rezar y tiene muchas amigas, y yo me tengo que poner fuerte para que no me dé miedo tanta gente, y cuando me vaya con las monjas ya no voy a ver más a los chinos y ya no voy a aprender más palabras en chino, y ahora estoy aquí en Guantánamo y mi prima me dice que sus amigas están en la casa de enfrente, y si tú quieres, ven, para que las conozcas, y yo tengo un poco de miedo pero voy a conocerlas y voy a ser bien fuerte, y estamos todas en el patio de la casa de Inesita y las niñas hablan y hablan y yo callada, y hay una niña bien linda que le dicen Nelly y tiene la piel trigueña y el pelo bien negro y los dientes bien lindos y todas están hablando y yo no digo nada, pero estoy pensando que para yo casarme con Nelly, primero tengo que ser grande y ganar dinero, pero además, pero entonces empiezan a hablar todas de lo que van a ser cuando sean grandes y una dice que ella va a ser una mujer rica, y otra dice que ella no sabe, pero que cree que lo mejor es ser mamá, y Nelly dice que ella solamente tiene ocho años pero que ella cree que también mamá, y yo sin decir nada, pero entonces cada una empieza a preguntarme, y tú, y tú, qué vas a ser? qué vas a ser tú? y yo callada y callada y empiezo a sentir que me estoy ahogando, pero entonces Nelly me pregunta y yo me ahogo más hasta que me paro y la señalo con el dedo índice moviendo la mano perpendicularmente, y la voz me sale ronca: yo lo que quiero es crecer y ser hombre y casarme contigo, y unas empiezan a reírse y Nelly empezó a correr y mi prima se para y bien brava, ahora mismo me voy para mi casa para decírselo a mi mamá, y cuando sale rápido yo la sigo, pero cruzo la calle

despacio y me siento como una fatiga porque yo no sé qué es lo que voy a decir cuando me estén regañando, y cuando llego a la casa ya mi prima había sacado a su mamá del baño, que se iba a bañar, y se lo había contado todo, y cuando ya yo estoy en el corredor del patio donde había bastantes macetas colgantes y matas y algunas flores y un perico y un lavadero de cemento, ella me mira como con miedo y con bastantes ganas de regañarme y tuerce los ojos y me sigue mirando como si yo fuera una cosa muy fea y de pronto, óyeme, eso que me dijo Marianita que tú has hecho, eso es algo muy malo y muy feo, eso que tú has hecho sólo lo hacen los varones, y cuando dijo los varones yo creí que iba a vomitar y me dio mucho miedo que ella quisiera vomitar por lo que yo hice, y trato de cambiarlo todo, ya ella no me va a virar los ojos ni me va a ver como algo tan feo y entonces, oye, Marianita, chica, yo lo que estaba era jugando, y eso no es nada porque tú bien sabes, Marianita, que tú me dijiste que tú jugabas a los papás y a los novios con Inesita, pero Marianita saltó enrabiada, no, no y no, que lo que tú hiciste no es eso, que hasta te pusiste ronca cuando dijiste que te querías casar con Nelly, y otra vez la mamá de Marianita con cara de vómito, y que eso es cosa de varones, y yo no sé por qué me da ese miedo que ella diga que es cosa de varones, si yo en Caimanera iba a ser jefa de una banda toda de varones y yo se lo propuse al hijo del chino Antonio, que se llama Emilito, y él ya me dijo que sí, que él quería que yo fuera su jefa, y se lo íbamos a decir a Tuto, que es hijo del hombre del correo y se lo íbamos a decir a otros varones más y entonces yo iba a dirigir las excavaciones y los planes para encontrar tesoros, y todavía me da más susto cuando ella le dice a Marianita, óyeme, díles a las niñas que todo fue un juego, repíteles que fue un juego, y Marianita está de acuerdo, y después la mamá viene hasta donde yo estoy y trata de convencerme, todo fue un juego, verdad que todo fue un juego? y a los pocos días mi mamá me viene a buscar y yo no sé si le van a decir lo de Nelly y si se lo dicen me daría un miedo bien grande si a mi mamá le dan ganas de vomitar, pero pasan los días y mi mamá no dice nada, y en los días que me quedan en Caimanera antes de empezar las clases, todas las tardes me voy para el rincón que está en la quincalla de Emma, y allí nadie me molesta y puedo ser capitán con una gorra blanca de capitán; yo sé manejar el timón mejor que nadie, voy atravesando el mar, y nunca tengo miedo porque yo sé todas las direcciones y siempre pongo el timón donde tiene que estar, aquí yo nunca he

sentido ninguna soledad porque la mujer siempre está parada detrás de mí y ahí están los almacenes, que siempre empiezan chiquitos y después se alargan, la mujer nunca habla conmigo, pero ella sabe que yo soy el capitán y me admira porque yo estoy en el timón, yo sé que los almacenes de ella están ahí para mí y cuando mi mamá me llama para bañarme yo le digo que todavía no, Emma se ríe y le dice que es que a mí me gusta cuidar la quincalla, y nadie sabe que estoy capitaneando el yate, y me pongo triste cuando dejo el timón y el mar y la mujer callada que va detrás de mí; llega el día de irme para la escuela y me llevan al tren y me recomiendan a Víctor, el que recoge los boletos, porque Víctor es un señor de edad y muy decente, se casó ya un poquito viejo y la mujer tuvo mellizos y uno de los mellizos se murió, yo no sufrí cuando se murió porque yo casi ni lo conocía pero sí sufrí porque la mamá estaba triste y cuando ella pasa por el puente de madera que es la calle delante de nuestra casa, viene hasta el columpio y habla con mi mamá, y mi mamá, bueno, hija, hay que tener conformidad, tienes que vivir para tu otro hijo y para el pobre Víctor que está siempre tan triste, y yo siempre me paro a oír para ver si dicen algo del niño muerto porque yo quiero saber cómo es que la gente se muere y qué es lo que dicen antes de morirse, pero ella nunca dijo nada, y yo, que quiero saber esto de la muerte y por eso, cuando el hermanito de René se murió, yo fui a casa de René porque dijeron que estaban velando al niño y él era todavía de meses y no lo pude ver porque ya tenían la cajita blanca de madera en alto, como en un esquinero en la pared, y no pude ver nada, y en seguida me dijeron que me fuera de allí porque a lo mejor a mi mamá no le gustaba, pero es que ellos creen que yo nunca he visto ningún muerto, pero ellos no saben que en la lomita que está cerca de aquí yo vi un bebito muerto, envuelto en algodones con sangre, estaba tirado en la lomita y fui corriendo y se lo dije a mi mamá y mi mamá se puso triste, y qué horror, eso seguro que es un aborto, y yo pregunto y nadie me quiere decir qué es un aborto, y ahora, con el hermanito de René, que tiene unos meses o un año, yo quiero preguntar si murió de aborto, pero no me atrevo, Lourdes, que es la que friega y me lleva a la escuela, es la novia de René, ella está triste con lo del niño y yo le pregunto que por qué murió y ella no me dice, y yo no menciono que si es de aborto porque la gente se insulta cuando yo digo que en la lomita había un bebé que murió de aborto y que yo vi los algodones llenos de sangre porque así están los niños cuando mueren de

aborto, pero muy pronto me voy a enterar qué es lo que dicen los niños que se van a morir y qué es lo que hacen cuando se van a morir porque mi mamá me dijo que Elenita se va a morir pronto de tifo, Elenita ya es grande como con unos catorce años y ya le quedan unos días para morir y mi mamá me dijo que si ella me ve asomada aunque sea por el corredor de la casa de Elenita, que me prepare, de la paliza, porque el tifo sí se pega, y de eso se muere la gente, como se va a morir Elenita; y Elenita y los hermanos y el papá y la mamá son unos mulatos bien decentes como las Calderón, yo juego un poco con la hermana de Elenita, que es chiquita como yo, pero con Elenita yo nunca juego, pero yo voy a verla antes de que se muera, y me paso toda la tarde cerca del corredor de su casa hasta que ya no veo a nadie que me conozca por el puente de madera, no hay nadie en el corredor de mi casa y me meto corriendo en el corredor de casa de Elenita, toco a la puerta y sale la mamá, y yo, sin saludar ni nada, he venido a ver a Elenita, ahora estamos en la sala y después de la sala hay una saleta y en la esquina izquierda de la saleta es que está Elenita, la mamá me recibió muy bien, ven, pasa, para que veas a Elenita, y yo me acerco y Elenita está sentada en un sillón de mimbre y está envuelta en unas colchitas finas y está bien flaquita y casi como si no se pudiera mover, y yo estoy parada delante de ella y no sé qué decirle porque yo casi ni la conozco y me da miedo eso que dicen del tifo, hasta que por fin, óyeme, Elenita, si tú quieres yo te traigo un cartucho de caramelos, y Elenita así, como desmayándose, mueve la cabeza y no, gracias, pero yo creo que le gustó que yo quisiera traerle caramelos, y ya mejor me voy a corretear y a montar bicicleta por el puente, pero me quedo pensando que Elenita se va a morir y a los pocos días se murió pero a mí no me dijeron nada hasta después del entierro y cuando me lo dijeron pensé que total, ya yo sabía que se iba a morir porque la vi envuelta en colchas y no quiso ni el cartucho de caramelos, todo esto hace tiempo que pasó y ya la gente dice que Víctor se está conformando por la muerte del mellizo, y mi mamá me lleva hasta casi las líneas del tren y el tren ya está puesto, y mire, Víctor, échemele un vistazo hasta que llegue a Guantánamo, porque allí la espera la mamá de Marianita, y Víctor que sí, que cómo no, y mi mamá me compra un cartucho de mariquitas de plátano y otro de galleticas goticas de vainilla y de limón para que yo vaya comiendo en el camino y cuando el tren arranca mi mamá está parada allí, y adiós y adiós con la mano, y cuando ya no

la veo empiezo a llorar y sigo llorando hasta después de Novaliche y entonces abro los cartuchos y me gustan bastante las mariquitas y las goticas, pero ahora yo sé que más nunca voy a poder aprender chino; el primer día en el colegio de las Madres estoy un poco asustada, allí están todas las amigas de Marianita y todas ellas se dan bastante lija porque el papá de una es cafetalero y el papá de la otra es médico y nada más que están hablando que se compran toda la ropa en El Encanto y en Fin de Siglo y siempre están enseñando las etiquetas de la ropa para que la gente vea donde se la compraron, pero los uniformes míos sí son buenos porque me los hizo la mamá de Marianita con la tela de hilo que me compró mi mamá, y los uniformes de ir a clases son blancos y tienen un cinto marrón de cuero y una pabela marrón con una cintica marrón colgando de la parte de atrás de la pabela y los uniformes de ir a misa los domingos, que son los uniformes de gala, son de seda con una banda ancha de tela de tafetán en la cintura, que cae a la derecha y parece un machete, y la gorra es como la de los marineros canadienses, que parece un huevo frito pero blanco por dentro con el borde marrón, y como dice mi mamá, esto de las monjas cuesta duro pero duro plata, cada vez que las monjas hacen una recolecta, porque casi todos los días hacen una recolecta, las Madres dicen en las clases los nombres de las niñas ricas que han dado más dinero; en primer grado tenemos a la Madre Elvira que enseña inglés y tiene los dientes postizos y la Madre Virginia que es la que nos toma la lección de catecismo y el primer día me puso un párrafo de historia sagrada que me tengo que aprender de memoria y cuando me fui para la casa yo no entendí lo que estaba leyendo porque las Calderón nada más que Cristo, A, B, C, y le tuve que decir a Marianita que me lo leyera unas cuantas veces hasta que me lo aprendí pero me dio bastante miedo porque Adán y Eva cometieron el pecado original y fueron desterrados del paraíso terrenal que fue su primera morada, y yo, a la mamá de Marianita, que qué es eso de morada, y ella, que es como la casa, y yo, que si desterrado es algo así como que les entran truenos porque el pecado original tiene que ser muy grande porque es original, y Carmen, la mamá de Marianita, que no, que desterrados es que se tienen que ir del paraíso que es su morada, y que es un jardín muy lindo y yo no entendí, porque no fue que Adán y Eva se mudaron, sino que se tuvieron que ir por todo aquello que era original y al otro día la Madre Virginia empieza a llamar a cada niña por separado y cada niña tiene que acercarse a la

tarima donde está el escritorio de la Madre y decir la lección de memoria y cuando me llega el turno el corazón me salta y me da como un ahogo pero digo todito lo de la morada y la Madre Virginia se queda como un maniquí y le tuve que decir, ya, Madre, y la Madre, bueno, la próxima; a mí la Madre que más me gusta es la Madre Lupe que es bien flaca y tiene la cara bien larga y es trigueña pero medio amarillita y es mejicana y cuando quiere que entendamos las cosas, nos cuenta milagros porque son cosas que casi no van a pasar pero pasan y un milagro fue lo del Angel de la Guarda, que la niña quería mucho a su Angel de la Guarda y la niña se murió y como no era perfecta no se pudo ir para el cielo y la mandaron al purgatorio y ella decía que estaba dispuesta a cumplir los castigos pero que ella nunca había ido a ningún lugar sin su Angel de la Guarda y ahora no iba a entrar al purgatorio sin él, y al Angel le gustó esto bastante y le dijo a la niña, mira, chica, quédate aquí afuera del purgatorio hasta que yo vuelva y la niña lo esperó allí porque sin el Angel ella no iba a ninguna parte y al poco rato vio al Angel que vino bien contento y le dijo que como él no podía entrar en el purgatorio, le había conseguido el permiso a la niña para entrar en el cielo y la niña se fue para el cielo llena de felicidad; ya Carmita me compró un libro para aprender a leer que se llama *Upa!* y en cuanto yo llego de la escuela ella me enseña a leer y después yo practico todas las noches hasta las diez y en pocas semanas voy a aprender a leer pero al principio sufrí bastante con una lección que decía que el conejo iba a lustrar los zapatos pero ya me aprendí lo que dice debajo de los dibujos del libro y lo recito como si lo estuviera leyendo; todos los días como a las diez de la mañana, Carmita nos manda a Marianita y a mí, un bistí que lo trae la negra Toya en el termo y es jugo de carne porque la carne es lo que evita la anemia que es lo que le dio a Marianita y a mí me lo traen para que no me dé; ahora me estoy sentando en un pupitre que está atrás donde hay una ventana que da al patio y en el aula hay una muchacha grande que seguro que ya usa ajustadores porque tiene el corpiño bien abultado y es jabada y bien fea y se llama Fortunata y las niñas dicen que es bien pobre pero ella es bien buena porque siempre está callada y no se mete con nadie pero cuando su papá, que es huevero, pasa por el colegio, él siempre grita el pregón, huevos, huevos, hueeeeeeeeeevos fressssscos, bien barata la docena; y las niñas se empiezan a reír y levantan la tapa del pupitre para que la Madre no las vea y llaman a Fortunata bien bajito, oye,

Fortunata, ahí va tu papá con sus huevos, y cuando el papá de Fortunata no pasa, la misma cosa, oye, Fortunata y dónde están los huevos de tu papá? y cuando se oye el pregón, oye, Fortunata, ya están en la acera los huevos de tu papá, y Fortunata callada porque ella quiere al huevero y a la mujer del huevero que fueron quienes la recogieron cuando ella era bebé porque su mamá de verdad no la quería y la regaló, y la que más abusa de Fortunata es Sara que es grande y gorda y tiene como nueve años y no me gusta el abuso hasta que un día, oye, Sara, si tú le mientas otra vez los huevos a Fortunata, te voy a entrar a golpes, y yo quería que Sara no mentara más los huevos porque si lo hace, voy a tener que fajarme con ella y es muy grande, pero al otro día, el huevero con el pregón y los huevos, y Sara, oye, Fortunata, por ahí van los huevos de tu papá y yo subo la tapa del pupitre y meto la cabeza para que la Madre no me vea, y oye, Sara, en el recreo de las diez te espero en el patio, y bajo la tapa y me quedo bien seria el resto de la clase y pensando que Sara es muy grande para mí, pero a las diez, en el patio, me lío con Sara y nos damos puñetazos y Marianita ve el tamaño de Sara y viene corriendo a defenderme y de un manotazo le arranca el lazo del uniforme y le da un puñetazo que la hace caer de nalgas y Sara llama a su amiga y la amiga me cae a golpes y las demás niñas empiezan a gritar y vienen las monjas corriendo y se meten entre nosotras hasta que nos separan y cuando le dieron las quejas a Carmita le conté lo de los huevos y no me regañó; el 23 de junio de 1942 me dan el diplomita que dice que en el primer curso saqué Notable en conducta y Segundo Sobresaliente en aplicación y antes de eso, el 19 de marzo, hice la primera comunión junto con Marianita y los vestidos eran de holán clarín y se los mandaron a bordar a Teresita; en las vacaciones en Caimanera voy al cine del gordo Vigil, dicen que en la tanda de las dos, las putas de la zona van a ver la película y yo quiero saber cómo se conocen las putas y empecé a preguntar y una niña que vive en el puente de madera me dijo que se conocen porque llevan una llave en la mano derecha y una cadenita en el tobillo derecho y desde ese día me puse a vigilar detrás de la ventana que da al corredor de la calle que es el puente de madera y me fijaba en todas las mujeres que pasaban y vi a dos con la llave y la cadenita y le pregunto a Bodí, que es bien negrita porque es hermana de Raglán y es la que friega ahora, que quién es esa mujer rubia con bastante pelo, tan flaca y un poco fea, como ajada, y Bodí, ah, ésa es Blacamán, ella trabaja en el café de María

la Grande, ella antes era bonita pero ya se echó a perder, y yo, otra vez, que quién es esa mujer trigueña bien bonita que también tiene la llave y la cadena en el tobillo y que pasa mucho por el puente, y Bodí, ah, a ésa le dicen María Félix y es la que más negocio hace en el café de María la Grande, un hombre la quiere sacar de la zona y ponerla particular, y yo no entiendo eso de particular y Bodí que trabajó de criada en la zona se sabe todos los cuentos, y bueno, que él le pone un cuarto y ella trabaja para él porque es chulo; me preocupa que las mujeres tengan que trabajar mucho y le pregunto a Bodí qué es lo que tienen que hacer, y Bodí se ríe como una boba pícara y se va caminando despacio mientras me dice: trabajo de putas, hacen trabajo de putas; y yo quiero ver el café de María la Grande y ver qué es lo que hacen las putas porque yo sé que la zona está detrás de la lomita blanca pero me da miedo ir porque dicen que todo eso es bien malo pero sí fui a la matinée y me sentí una cosquillita en el pie y me toqué y un bicho me picó la mano y yo quería gritar porque aquello me dolía mucho, pero aguanté bastante porque si grito me sacan del cine y yo quiero ver la película y cuando se acabó se lo dije a mi mamá, y ay, niña, eso seguro que es una picada de alacrán, y se asustó porque ella siempre se asusta cuando me pasa algo y me llevó a la botica que está cerca del cine y el boticario me puso árnica y dijo que con eso ya no iba a tener problemas y así fue, y otro día fui por la noche con mi papá al cine de Vigil pero me dio miedo porque era **El hombre lobo** y cuando venía la luna el hombre se hacía lobo y me senté en el brazo del asiento de mi papá y cuando salimos me tuvo que llevar cargada en los hombros y él me decía que el hombre lobo no me podía hacer nada pero yo vi en la película que era bien malo y ahora todas las noches me duermo con una almohada en la espalda para protegerme del hombre lobo; lo que más me sigue gustando es montar en bicicleta por el puente y por la noche ir al puesto de fritas y comerme una frita o un bistecito, que el hombre que tiene el puesto de fritas es español y las cocina bien deliciosas y pica la cebolla finita y después en pedacitos y pone a freír la frita o el bistecito y lo sazona todo con un líquido que ya tiene preparado y después hace los emparedados con galletas de agua que tienen una masa como de pan bien rico y se pican en dos y adentro va la frita o el bistecito o si no, a veces, por las noches, que es cuando mi mamá no cocina, vamos a comprar macho asado porque el puesto del machero está cerca del puesto de fritas y el macho lo asan en puya y le queda el

cuero tostadito y delicioso y casi siempre compramos costillas y vamos a comérnoslas al columpio y si uno quiere, allí cerca hay un lugar donde hacen unos batidos que a mí me gustan más que ninguna otra cosa de tomar porque son de mango o papaya o zapote o níspero o anón y tantas cosas más que yo no sé cuál pedir y tienen una vidriera con péter de chocolate y besitos de chocolate pero eso sí no lo puedo comer porque un día empecé a echar unas gomitas verdes y mi mamá creyó que Francisca, la negrita de casa de Emma la mora me daba pastillas de goma y la regañó y Francisca, que no, que yo no le doy nada de comer a la niña sin permiso, y cuando siguieron las gomitas el médico de Santiago de Cuba adonde me llevó mi mamá, dijo que era el hígado y mi mamá le pidió perdón a Francisca que tiene el culito levantado y unas pasitas bien corticas y todo el mundo dice que debajo del culito levantado tiene un rabo enorme; con lo del hígado tengo que tomar la hepatona que Santiago me la da porque si no yo no me la tomo porque ella es la que siempre viene a santiguarme con albahaca y a rezar cuando estoy enferma y también me soba el estómago cuando tengo empacho y una vez que me sobó ella dijo que yo lo que tenía era empacho de agua y cuando ella me da la hepatona tan salada, se me mueve la cabeza ella sola y me sale un relincho como de caballo y después me tengo que acostar sobre el lado derecho que es donde está el hígado y ahora estoy queriendo más a Santiago que a Emma la mora porque Santiago viene todas las tardes y se sienta en el columpio y habla con mi mamá y yo creo que ella me quiere, ella es vizcaína y es una viejita tiesecita y que parece bien seria pero es de lo más simpática y a veces nos vamos caminando ella, mi mamá y yo hasta las salinas de El Deseo y dicen que una vez estaban moliendo sal y un hombre se cayó en las maquinarias y se molió con la sal y si un día veo sal un poco rosada ya yo sé que ahí está el hombre que se molió, cuando estamos descansando en El Deseo, mi mamá ve el aparato que está cerca de nosotras y, para qué será esto, Santiago? y Santiago levanta los hombros porque ella no sabe y yo sí sé y le digo que eso, bueno, es un pluviómetro que es un aparato para medir la lluvia, y mi mamá se pone bien orgullosa, y yo sé decir pluviómetro porque vi el dibujo en el diccionario pero me gustó cuando me dijeron que soy inteligente; el marido de Santiago se llama Andrés y también es vizcaíno y es bien bajito y tiene la nariz como un tomate, redonda y bien roja porque dicen que él siempre está borracho pero camina derechito y sin

tambalearse y yo nunca lo oigo hablar y quiero saber por qué no habla y mi mamá me dice que él sí habla con mi papá y quiero saber de qué habla Andrés porque cuando yo lo saludo él mueve un poquito la cabeza pero no dice nada y con ese bigote tan grande se ve muy serio y quiero saber en qué trabaja Andrés y mi mamá me dice que es pescador y se va en la chalupa a pescar con las tarrayas que a mí me gustan mucho porque son redes bien grandes y tienen plomos en todo el borde y los pescadores tiran las tarrayas al mar y cuando las sacan los peces están en las redes y quiero saber si Andrés pesca con nasa porque mi papá sabe pescar con nasa que es una jaulita de alambre que se tira al mar y atrapa los peces y yo no me acuerdo si la noche que fuimos a pescar con mi papá pescamos las langostas con nasa pero él alumbró el mar con unas luces bien fuertes que trajimos en la chalupa y cuando íbamos a coger cangrejos había que cogerlos con la mano con cuidado para que no muerdan porque las muelas son como las tenazas, los cangrejos son grandes con el carapacho gris y se van echando en sacos como esos donde viene el carbón y cuando nos llevamos los cangrejos para la casa mi papá los limpia con un cepillo y les saca una cosa fea que tienen dentro y los pone a hervir para hacer enchilado de cangrejos que es lo más delicioso, se cocina con tomate, cebolla, ajo, aceite de oliva, aceitunas y cerveza y con el enchilado nos tomamos unas cervezas con Coca Cola y es la comida más deliciosa; me dijeron que hace muchos años Andrés iba en su bote a Boquerón a venderles cosas a los barcos mercantes y Emma también iba en un bote a vender a los barcos, pero ahora no los dejan ir porque nada más que van los que tienen permiso; este verano mi mamá conoció a Isabel que vive en la Maison Bernard que parece un chalet suizo y ella está casada con un americano que tiene un puesto importante en la base y tiene dos niños y uno es rubito con el pelo casi blanco y es bien lindo y se llama Billy y tiene tres años y muchas veces vamos a nadar al Cayo con Isabel y los niños y alguna gente se ríe de Isabel porque a veces se queda como en otro mundo con la boca abierta pero siempre está leyendo y sabe mucho y habla inglés y francés y alemán y también italiano y es muy alta y yo quiero saber como sabe Isabel y todos los días hago dibujos para que Isabel me diga en inglés cómo se dice casa y perro y tintero y campana y otras cosas y yo pongo los nombres en inglés en los dibujos; y un día estoy sentada en el columpio con mi mamá y la gente empieza a darnos la noticia,

oígame, usted sabe que Maggie se murió anoche? y mi mamá, pero no me digas, chico, y cómo fue eso? y cada vez que alguien pasa dice la noticia y ahora una mujer barrigona dice que Maggie se murió de un ataque al corazón, y todos dicen que ahora qué va a ser de Cristina, y yo quiero saber todo lo del muerto, y yo sé que Maggie es la dueña del café que está en la otra cuadra y mi mamá me dice que Maggie recogió a Cristina cuando era bien chiquita y ahora tiene como quince años, y la vieja mulata a la que le dan los ataques de epilepsia pasa por el puente y dice toda excitada y haciendo garabatos en el aire, que a las cuatro, que el entierro es a las cuatro y el locutor de la emisora que está aquí al lado que no es emisora de verdad porque nada más que tiene micrófono con altavoces y el locutor siempre está recitando, pasarás por mi vida sin saber que pasaste, pasarás en silencio por mi amor, y al pasar fingiré una sonrisa y siempre acaba con que jamás lo sabrás, y el locutor también fue boxeador y trabaja en la base y ahora está aquí junto al columpio, que el entierro es esta tarde a las cuatro, y en cuanto mi mamá entra a darle una vuelta a los frijoles y a todo el almuerzo que ya está puesto en los fogones, yo en seguida me voy para la otra cuadra a pasar por el café y miro para adentro y no veo nada, y me recuerdo de cuando Maggie, que era bien gorda, y de rolletes y todo, y con permanente y americana de pelo claro, estaba siempre detrás del mostrador de la barra y mi mamá me decía que cuidado con asomarme siquiera por el café y cada vez que yo podía pasaba por allí a la hora del franco y el café estaba lleno de marinos americanos y yo siempre sospechaba que las mujeres con la cadenita estaban escondidas en todos los rincones del café y un día por la mañana había un hombre en la barra colocando botellas y yo me asomé a la puerta y le dije que yo había venido a ver el café y el hombre me dijo bien bravo que aquí no hay nada que ver y que no se permiten niñas en el café y tuve que salir; hoy ya yo sé que mi mamá no va a ir al entierro y me paso el día velando el reloj y un poco antes de las cuatro me voy para el café y delante de la puerta ya está el coche fúnebre tirado por caballos, que seguro que lo tuvieron que traer de Guantánamo porque en Caimanera no hay coches fúnebres ni hay funerarias, y yo lo estoy mirando todo y unos hombres abren la puerta de atrás del coche y otros hombres sacan el sarcófago por la puerta del café y lo meten en el coche y detrás del sarcófago sale Cristina del café y está llorando como yo nunca he visto llorar a nadie porque es un llanto fuerte y

con tanta soledad y yo empiezo a llorar también porque yo sé que Cristina está con su mamá por última vez y ahora quién la va a cuidar, y es una muchacha tan hermosa, alta, de pelo castaño claro muy largo y lacio y los ojos como la miel, la gente la sujeta porque tiene los brazos alargados hacia el sarcófago y cuando solloza nada más que dice, mamá, qué sola me quedo, qué sola me quedo, el coche empieza a andar y la gente se queda allí, sujetando a Cristina y yo me voy para mi casa con una tristeza que yo nunca había sentido antes y yo sé que esto nunca se me va a olvidar; ahora en el segundo curso me han puesto en el piso de arriba y cada vez que un grupo de niñas sube las escaleras, Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío, que es lo que hay que decir en el descanso de las escaleras al pasar por la imagen que está en la pared, me tocó el segundo curso con la Madre Venancia que siempre está rabiosa y no entiendo lo que dice porque tiene los labios hundidos como si se los estuviera comiendo; una de las niñas que a veces viene a hablar conmigo me preguntó que si yo sé cómo se hacen los niños, y yo, que sí lo sé porque ya en mi casa me contaron lo de la cigüeña, y ella se empieza a reír y, oye, chica, tú tan grande y eres una bobona porque como se hacen es que el hombre le mete el pito en el pipi de la mujer y la mujer para tener hijos primero tiene que empezar con el periodo, que es echar sangre por el pipi todos los meses, y lo que el hombre le hace a la mujer se llama así, y me dijo una palabra tan fea que yo no la quiero volver a oír y yo le digo que ella es una mentirosa, y ella, y tú lo que eres es una bobona y lo que te dije se lo puedes preguntar a cualquiera porque es verdad, y cuando yo la veo tan segura me da mucho miedo y ya sufrí bastante cuando una niña me dijo que Santa Claus y los Reyes Magos eran los papás y yo no dije nada en mi casa porque yo creía que era malo saber eso, pero un día Marianita lo dijo, ya hace meses que sabemos lo de los Reyes, y no nos regañaron, y ahora yo no sé si me van a regañar pero se lo voy a decir a Carmita y en cuanto llego a la casa me decido y, óyeme, Carmita, chica, tengo que preguntarte algo pero yo no quiero que tú me regañes, y Carmita, bueno, por qué te voy a regañar? y yo, que me lo prometa, y Carmita, bueno, no te voy a regañar, y yo, pues una niña me dijo que las mujeres tienen periodo que es echar sangre por el pipi todos los meses y esto pasa antes de tener los niños y yo quiero saber si el periodo de los hombres les viene todos los meses antes de tener los niños, y si no, cuándo es que les viene; las dos estamos

sentadas a la mesa donde Carmita hace los patrones de la costura y tiene los ojos bajos como mirando fijo a la mesa, hasta que, bueno, yo no te voy a regañar porque te lo prometí, pero jamás vuelvas a hablar de esas cosas, ya tú las sabrás cuando seas grande, y yo, que si nadie me lo dice nunca, cómo lo voy a saber cuando sea grande, y Carmita levantó una ceja y puso la cara como de carnero que iba a suspirar, y, bueno, éstas son cosas de mayores, y ya yo sabía que no iba a hablar más de eso; el 21 de junio de 1943, el diplomita, Notable en conducta y Notable en aplicación y en seguida el verano en Caimanera y yo no quiero que la guerra venga a la base y a lo mejor no viene porque yo nunca me acuesto sin rezar para que se acabe la guerra porque si no los japoneses y los alemanes se van a aparecer aquí, en el puente de madera y ya dijeron que había un submarino alemán cerca, pero bien cerquita de la base y también dijeron que Errol Flynn estaba en su yate en la base y todo el mundo en Caimanera nada más que hablando del yate de Errol Flynn y yo me paso todo el tiempo en el columpio esperando a Errol Flynn porque si pasa por el puente de madera ya yo estoy aquí y lo veo, y una noche estoy sentada en el columpio y viene un grupo de americanos vestidos de civil y se meten todos en la quincalla de Emma y yo los estoy mirando bien a todos y hay uno que tiene la cara bien linda y ése tiene que ser Errol Flynn y quiero hablar y el salto del corazón no me deja pero lo miro bastante y me paro delante de él hasta que él me dice hello y yo le digo hello pero bien bajito porque estoy como ahogada y yo quiero preguntarle si él es Errol Flynn pero el ahogo no me deja salir la voz y antes de yo poder preguntar nada, todos se van; ahora todas las tardes me siento en el columpio, pero el cuartico de al lado donde estaba la quincalla de Emma, Emma se lo alquiló a los prácticos y tienen ahí una oficina y la quincalla de Emma está ahora en la sala de la casa de Emma, ella vive sola con Francisca porque Flora se murió, y los prácticos siempre están hablando de los barcos mercantes que vienen a Boquerón y hay un mulato alto que tiene la cara bien elegante y bien linda y bien simpática y siempre está en el corredorcito de la oficina y yo en mi corredor y a mí me gusta mucho hablar con él porque cuando él era joven era telegrafista de un barco mercante y viajó por el mundo entero, pero lo que se dice por el mundo entero y cuando dice que como Brasil no hay ningún país se le hacen unos hoyitos bien lindos en la cara y a mí me gusta como él fuma y le digo que yo también quiero ser telegrafista y al otro día él

me trajo un aparato para practicar telegrafía y ahora me enseña la clave de Morse y pasamos las tardes en la emoción de las transmisiones pero a veces no doy la lección porque mi mamá y yo vamos a casa de Santiago y a mí lo que más me gusta es un árbol enorme que está sembrado en el frente de la casa y tiene un olor bien rico, como a sábanas de hilo guardadas en un baúl y cada vez que voy me pego al árbol y nadie sabe que yo lo quiero tanto y las hojas son verdes y tienen un borde blanco y a veces me llevo una hoja y me acompaña, la casa de Santiago es blanca, de madera y bien, bien limpia y al lado de su casa hay dos casas más que son de ella y al cruzar la calle hay unas accesorias que también son de ella y que son de madera, amarillas, y están sobre estacas metidas en el mar y al lado de las casas de Santiago está la iglesia y Santiago tiene la llave de la iglesia y a veces nos deja entrar cuando no hay nadie, a mí me gusta mucho la iglesia porque tiene una Virgen María bien linda que yo creo que es la Milagrosa pero hay mucho olor a guardado en la iglesia y la gente dice que es olor a murciélago y cuando voy a misa yo rezo para que no vengan los murciélagos; el año pasado tuvimos una repasadora Marianita y yo que nos enseñó en la casa todo lo de tercer año para que pudiéramos pasar de segundo a cuarto y ahora me tocó la Madre Virginia que es gorda pero gorda y da mucho miedo porque siempre está rabiosa y tiene los ojos de sapo y los cañones de la barba se le ven claritos y es mejicana pero no es buena como la Madre Lupe y cuando camina va dando tumbos y ahora estoy otra vez en la planta baja y quiero que la monja hable del niño Jesús y del Ángel de la Guarda, como el milagro que contó la Madre Lupe, pero el milagro que cuenta la Madre Virginia da un poco de miedo porque es de una niña que es muy buena y casi perfecta y quiso ver su alma pero los ángeles no querían enseñársela pero ella les siguió pidiendo que se la enseñaran y los ángeles le dijeron, pues mira, chica, esta tarde la vas a ver pasar por tu casa y la niña se pasó la tarde esperando y lo único que vio fue una mujer leprosa con el cuerpo todo podrido y se le iban cayendo los pedazos y la niña tenía mucho miedo pero le preguntó que quién era y la mujer le dijo: he venido aquí para que me veas, yo soy tu alma; y a mí me entró también el miedo porque con las malas palabras que digo, la mujer que es mi alma debe de estar bien fea; la Madre Virginia siempre empieza la hora de religión con que la vida se va como palito en el agua y yo veo que mi vida es como el palito que se lo lleva el agua y quiero alcanzar el palito

y salvarlo de la corriente del río pero el río se lo lleva en remolinos, y después de lo del palito, la Madre Virginia habla del infierno donde hay pailas enormes con aceite hirviendo y unas máquinas rebanadoras por las que pasan todos los días a todos los que están en el infierno y como las máquinas tienen tantas pero tantas cuchillas, los cuerpos salen en rebanadas y oigo todo esto hasta que un día me atrevo y le pregunto que si hay niñas en el infierno y ella me dice que puedo estar segura de eso, que bastantes niñas se van para el infierno; cuando la monja habla de los diablos ni Marianita ni yo podemos dormir por la noche porque los diablos viven eternamente en el fuego pero también se van por todas partes y ahora, por las noches, me fijo bien para ver si hay algo debajo de la cama grande donde dormimos Marianita y yo porque uno de los diablos chiquitos puede meterse en el cuarto y esconderse en un rincón; además de religión tenemos la caligrafía que es hacer rayas verticales sin interrupción y círculos sin interrupción hasta que con los círculos se forma un túnel para que nos salga la letra como la tienen las monjas que es el método Palmer y seguimos con el método hasta el 26 de junio de 1944 cuando me dan el diplomita que tiene en la parte de abajo el nombre de M. Aurora Calvillo que es la superiora que es mejicana y blanca como la leche y casi bonita pero nunca habla con las niñas porque es la superiora, su oficina está a la entrada, a la derecha y después sigue el pasillo donde está el cuadro que es el rostro de Cristo que se quedó impreso en el paño de la Verónica y dicen que si uno lo mira bastante se le mueven los ojos y hasta el rostro y yo bastante que lo miro pero nunca se mueve; el diploma dice que saqué Sobresaliente en conducta y Primer Sobresaliente en aplicación y en la parte central superior tiene una foto de Santa Teresita de Jesús y en los otros dos diplomas lo que había era un escudo que dice patria, Dios, familia y después en la parte central inferior, una bola del mundo, una lira, un libro, una paleta de pintor con pinceles y todo, tres rosas y un letrero que dice educación, enseñanza; ahora estoy en Caimanera y todos los sábados viene una monjita de la Caridad que se llama Sor Virtudes y es del asilo de San José de Guantánamo y el asilo es para niños y ancianos y desde que yo era bien chiquita íbamos al asilo el día de Reyes y llevábamos juguetes que mi papá hacía porque él sabe carpintear y hacía mesitas y balancitos y otras cosas y también compraban juguetes poco a poco durante el año y mi mamá iba haciendo ropa y lo llevábamos todo el seis de enero y mi mamá conoce

a muchas monjas pero sobre todo a Sor Virtudes y a Sor Pilar que son bien simpáticas y vienen a hacer la recolecta del sábado a Caimanera porque el pago de la base es el viernes y las dos siempre almuerzan en mi casa y un día vino Sor Virtudes ella solita porque a Sor Pilar la trasladaron a otro pueblo y Sor Virtudes es bastante viejita pero siempre está alegre y riéndose y se come todo el arroz con pollo que mi mamá le hace y se toma la cerveza Hatuey y se come la natilla planchada con azúcar parda y merengue tostado encima, cerramos la puerta y ella se quita la ropa negra porque le da mucho calor y descansa un rato y habla bastante y se ríe hasta que, bueno, ahora me toca hacer el recorrido por la zona, y mi mamá, por Dios, Sor Virtudes, a usted no le da miedo ir por allá? y ella, no, hija, si allí hay algunas mujeres que se criaron en el asilo, porque qué puede hacer una mujer pobre? o casarse, o meterse a monja o ser prostituta, tú, que tanto me preguntas, pero Sor Virtudes, cómo es posible que usted tan alegre se haya metido a monja? pues mira, yo no nací para el matrimonio y sé que nunca hubiera podido ser prostituta, así es que aquí me tienes, de monja, y en la zona ni te preocupes, que no me ha pasado ni me va a pasar nada, fíjate que cuando yo llego, las muchachas me están esperando y me acompañan a todos los cafés para hacer la recolecta y a veces me da dolor ver allí a esas niñas que vi crecer, pero cuando les digo, ay, chicas, si pudieran salir de aquí, estoy pensando a la vez que a dónde van a ir; y mi mamá, menos mal que los americanos han instalado el centro de profilaxis porque si no, estas pobres morirían podridas, y yo, que qué es el centro de profilaxis, y mi mamá, que a veces me manda a callar cuando hago preguntas en conversaciones de mayores, esta vez me explicó, es como un centro de consulta médica donde un médico examina e inyecta a las prostitutas para que no se enfermen y los americanos pagan todo eso porque no quieren que los marinos americanos se enfermen y todas las prostitutas se tienen que inscribir en el centro de profilaxis, y mi mamá sigue hablando, y dígame, Sor Virtudes, usted conoce a Angeles? ella es una señora como de unos sesenta años y tiene que haber sido una mujer preciosa, porque todavía es apuesta y elegante, y Sor Virtudes, que no, que no la conoce, y mi mamá, pues ella fue prostituta por muchos años, pero se las arregló para estar bastante independiente y ahorró su dinero y ahora tiene un negocio propio, creo que una tiendecita, pues Angeles a veces viene por aquí y me cuenta su vida, que tiene

una hija que ella educó en La Habana en los mejores colegios y estudió carrera y todo y está casada con un médico y está fantásticamente bien, siempre ha vivido en La Habana y nunca supo que su mamá era prostituta y Angeles vive feliz de pensar que su hija está inocente y ajena a todo lo que ella ha sufrido pero a veces le da miedo pensar que alguien se lo diga y cuando me dice eso, yo siempre le digo, no te preocupes, Angeles, que si hasta ahora no lo ha sabido, por qué lo va a saber? y Angeles se va tranquila; Santiago sigue viniendo casi todas las tardes y nos cuenta que Cristina está viviendo en una de sus accesorias amarillas con uno de los hermanos Guitián, que es el que paga la renta, tú conoces a Guitián, verdad? los garroteros que nadie sabe de dónde vinieron pero dicen que son de La Habana, el caso es que prestan dinero a garrote y los viernes van a cobrarles a los trabajadores de la base el dinero que les han prestado, y hay que verlos en el muelle esperando las lanchas como buitres, hasta usan revólver y todo y con ellos sí es verdad que nadie se acaba de liberar porque cobran una barbaridad de interés; Santiago aclara todo esto porque ella también presta dinero porque cuando mi mamá necesita le pide a Santiago y después tiene que darle intereses todas las semanas cuando le paga dos o tres pesos o lo que pueda pagar, pero Santiago dice que los Guitián sí son abusadores y que el que está con Cristina es el hermano más gordo y más feo, el que tiene cara de matón porque el otro que es el jefe, es alto, delgado, bien parecido y habla suavemente, como si no llevara revólver; y mi mamá, pero ay, Santiago, cómo esa muchacha se ha metido con un hombre así, y Santiago, bueno, hija, al menos está recogida y ella está loca por él, y él dice que él no piensa casarse, pero yo lo veo muy enamorado y no anda con nadie más que con ella y con todo lo que él diga tú verás que en cuanto Cristina empiece a parir él se casa, y así fue; Santiago tiene dos hijas pero cuando habla de una siempre dice mi hija María que se crió en buenos colegios fuera de Caimanera y se casó con un hombre rico y vive en España, y cuando habla de la otra que es la mayor, dice nada más Norberta, ni mi hija ni nada; a Norberta la dejaron bruta sin ir al colegio y la gente dice que cuando tenía trece años se la dieron a un hombre que era bruto y hasta le pegaba, para que se casara con ella, Norberta vive en Boquerón con su marido pescador; a veces Santiago viene contenta para hablar con mi mamá, y mira, carta de mi hija María, me la quieres leer? y Santiago es bien feliz mientras mi mamá le lee la carta y después se van para

la saleta donde hay una mesa redonda y Santiago le dicta a mi mamá una carta para mandársela a María porque Santiago no sabe ni leer ni escribir, y en la sala de la casa de Santiago están las fotos de María que es una mujer bien bella, y del nieto de Santiago con una cara bien linda, pero linda de verdad, y una vez pasaron meses y no se recibía carta de María y mi mamá le escribía las cartas que dictaba Santiago, y nada, hasta que por fin contestó el nieto de Santiago diciendo que su mamá estaba un poco cansada y le encargaba a él que escribiera, y mi mamá se enteró en Guantánamo por unos parientes del marido de María, que María se murió y Santiago no lo sabe, y ahora, cuando tiene carta ya no viene tan contenta porque es del nieto y ella quiere que sea de María, y a veces viene bien preocupada y habla como si se lo estuviera diciendo a ella misma, yo creo que a María le pasa algo y no me lo quieren decir, y mi mamá tampoco le dice nada porque María es la única persona que Santiago quiere en el mundo, porque ella no quiere así ni a Andrés ni a Norberta, y a mí me da tristeza oír a Santiago dictando las cartas para María pero también me alegro de que no sufra; ahora ya casi nunca veo a Emma, pero una tarde viene bien preocupada al columpio y habla con mi mamá, y oye, yo tengo un problema y el médico me manda medicinas y nada, y parece como si le diera miedo hablar de eso hasta que por fin, tú sabes, chica, yo tengo una solitaria, y mi mamá, ah, Emma, pero eso no es problema, mira, tómate un vaso lleno de coco rayado y papaya verde rayada y tú verás como la echas, y Emma, sí, tú crees? y mi mamá, tómate lo que te digo, que te vas a acordar de mí, y al otro día viene Emma otra vez, y mira, es verdad lo que me dijiste, eché una solitaria tan larga que yo creí que no se iba a acabar nunca, yo no sé como ese animal me cabía dentro, pero tú sabes una cosa? yo miré bien y vi que no eché la cabeza y si la cabeza se queda dentro la solitaria vuelve a crecer, y mi mamá, bueno, Emma, pues tómate otro vaso de lo mismo, el coco rayado y la papaya verde rayada, y Emma pone cara de duda y se va con su bata larga de hilo y su paso lento tan distinto al de los demás, y al otro día ya viene contenta, pues sí, ya eché todo, pero todo, la cabeza también, y mi mamá, contenta del acierto, ya tú ves, Emma, cuando yo te digo que eso del coco y la papaya es único, pero único; y ya el fin del verano y ya septiembre y las monjas y el quinto curso con la Madre Lupe y ahora compro más estampitas que nunca, que las vende la Madre Angela en un cuartico bien chiquito todo lleno de medallas y

estampitas que son una protección para el que las compra y pronto vamos a escribir oraciones y peticiones en un papelito y las monjas las van a poner en un plato de hierro bien grande y las van a quemar y entonces Dios recibe todo esto y lo concede y lo que vamos a pedir es que se acabe la guerra pronto y para eso, además de escribir las oraciones en los papelitos, tenemos que rezar muchas oraciones más; a finales del quinto, mi mamá viene un día a Guantánamo y me trae la noticia, tu papá está cesante y el año que viene no podrás seguir en el Teresiano; en agosto, en Caimanera, pasa la conga por el puente de madera: pín, pín, cayó Berlín, pón, pón, cayó Japón, y después, en *Bohemia*, la sombra que se quedó en un puente como una calcomanía, pegada allí por la bomba atómica y las fotos de Mussolini colgado en la plaza pública como las reses que se ven en las carnicerías; y la noticia aún regada en el pueblo de que Santiago había sido culpable de la muerte de Emma la mora ocurrida unos meses atrás cuando Santiago le recomendó unas medicinas que mezcladas con otras que Emma estaba tomando le envenenaron la sangre y todo el mundo comenta que le empezaron a salir morados por el cuerpo y a los pocos días se murió y todavía la gente consuela a Santiago porque el envenenamiento de Emma fue sin intención; ya en Guantánamo, empiezo el sexto en la escuelita de Eloísa para prepararme para ingreso; la mesa, los bancos alargados, Eloísa con su mote de pequeña coronela, su madre, la vieja Tulita invariablemente de mal humor, caminando al ritmo del bastón y un zapato de enorme plataforma que deja caer en el suelo a golpes pesados, la hermana de Eloísa tan mansamente arrugada, Pepe, el sobrino al que le dicen el hijo de nadie, el gato engreído y silencioso, se van haciendo una costumbre en mí; ahora, a los once años, a veces me siento en una cárcel redonda, circular, cilíndrica, transparente, desde la que puedo verlo todo sin poderlo tocar y empiezo a imaginarme en la piel de los demás, del hombre que pasa a mi lado y parece tan contento y lo sigo y le voy mirando fijo la parte de atrás del cuello y me hago humo y entro por ahí y me acomodo en su cuerpo y pienso en los niños que tengo, porque el 20 de julio es el cumpleaños de Luisín y qué lindo le queda el traje de hilo a mi mujer, y el mes que viene, cuando cobre la platica que me deben, nos vamos a dar un viajecito por La Habana; pero no puedo quedarme mucho tiempo, tanto tiempo, todo el tiempo, porque siempre, de pronto, estoy caminando detrás del hombre y ya no es mía su familia ni el viaje a La Habana ni las

monedas que lleva en el bolsillo y regreso con mi miedo a esta piel que nunca me abandona, y a veces entro en una mujer de pelo largo que pasa por el puente de madera, pero nunca me metí en su ropa ni en la piel de su mano que sujetaba la cartera; una mañana cualquiera, sangre en la payama, voy hasta la cama de Carmita para que vea las manchas y Carmita, ay, ya tienes el periodo, ven, que tienes que cruzarte, y prepara un algodón envuelto en gasa, un elástico que se pone a la altura de la cadera y delante y detrás, una petaquita colgando del elástico, y en las petaquitas, los alfileres de niñera que se prenden de la gasa y Carmita me lo entrega todo y yo misma me crucé; este verano me quedo en Guantánamo repasando con Tutú, que trabaja en las oficinas del Instituto y es maestro del colegio americano, y todos los días me voy con Inesita que también se va a presentar a examen de ingreso en septiembre y en la caminata diaria de las ocho cuadas, me va saliendo la alegría a su lado; desde el primer día, Tutú nos dijo que le llamáramos señor Pérez porque si le decían Tutú, él no iba a contestar, y así fue; la mesa larga como la de la última cena con bancos a los lados y yo siempre trato de sentarme junto a Inesita y si ella se sienta primero, entonces, ven, aquí hay lugar, aquí, a mi lado; todas las tardes, Tutú a la cabecera preguntando cosas que a veces yo me sé y no me atrevo a contestar, hasta que un día, díganme, cuál es el único músculo inmóvil y voluntario? Tutú le pregunta a cada uno y nadie sabe y yo con palpitaciones porque eso sí me lo sé, y cuando me pregunta a mí, yo, casi ahogada, que la vejiga, y él que cómo? y yo, que la vejiga, y Tutú se resigna a no contestarse él mismo la pregunta y dice de mala gana, sí, eso mismo es, y yo me alegro de haberla contestado porque hasta Inesita que sabe tanto, bueno, ni ella la pudo contestar; se pasan los días entre mi visión de tener una carrera y la culpa que siento porque mi mamá tiene que trabajar tanto bordando payamas y pañueletas con dibujos de bohíos y palmas para que el viejo Pack, el negro americano, se las venda en la base, y los cuartos de la casa que ha tenido que alquilar para poder pagar la renta, y mi padre, derrumbado en una cama leyendo *Carteles* y *Bohemia*, y mi mamá me explica, el jefe inmediato de tu papá, Croughton, quería darle el puesto de tu papá a otra gente y le tendieron la trampa, un americano le pidió a tu papá que le sacara una libra de mantequilla de la base y tu papá le quiso hacer el favor, porque cuánta gente hay que saca un cartón de cigarros o algún helado o mantequilla, y los soldados que hacen los

registros a la salida de la base se hacen de la vista gorda o cuando más, les quitan las cosas, pero a tu papá lo acusaron de contrabando y en seguida le dieron bola negra y lo cesantearon y por eso él no se decide a irse para Miami, porque quién lo va a recomendar y si él llegó a ser inspector general de plantas eléctricas y de agua es porque fue un trabajador ejemplar, en los veinte años que trabajó allí nunca faltó, aunque estuviera enfermo se iba a trabajar; y recuerdo cómo te ibas, papá, cómo caminabas muchas veces fumando tu cachimba, dirigiéndote hacia el muelle para coger la lancha y llegar a la base para el turno de las seis de la tarde, de las doce de la noche, y yo me quedaba con un poco de admiración y melancolía porque no te iba a ver hasta la mañana siguiente, o hasta por la tarde, y te imaginaba cruzando el salitre del mar mientras el traganíqueles de enfrente tocaba Oh, Johnny, Oh, Johnny, y el resto no lo entendía y me frustraba no entender y me contentaba jugando en el suelo de madera con las chapitas de Coca Cola, haciendo planes para los próximos roncadores que iban a girar enloquecidos entre mis manos, zumbando, atravesados por cordeles; a los pocos días de la cesantía algunas niñas del Colegio Teresiano me rodearon en el parque Martí y una decía, mi papá es médico, y el tuyo, qué hace tu papá? y la otra decía, mi papá es cafetalero, y el tuyo, qué hace tu papá? y se miraban y se reían y semanas después estoy sentada en el quicio de la puerta de la casa de Carmita, en la calle Crombet, y pasa el grupo y quiero llamar a cada una por su nombre, pero ninguna se detiene, empiezan a reírse sin mirarme y echan a correr; entonces empecé a sentir la cárcel cilíndrica transparente desde la que veo el espacio abierto y una vegetación exuberante como la del paraíso, para verlo y no tocarlo, para verlo y no estar en él porque siempre está ahí la prisión del cristal, del cristal grueso del que no puedo salir y otras veces, cuando estoy sentada en el balance de Caimanera, empiezan a rodearme cintas horribles de satín, unas de color violeta intenso y otras de color amarillo mostaza, las cintas se multiplican y hacen una pared espesa que ondula a mi alrededor, deslizándose como las serpientes; hoy es sábado y estoy en casa de Inesita, en un cuarto que da al patio, ella está acostada en la cama ancha, de hierro, pintada de verde, yo me siento a su lado y hablamos en voz baja y ella cierra los ojos y se queda así, con los ojos cerrados y me le voy acercando hasta besarla en la boca y siento un estremecimiento hondo, una felicidad melancólica, y al poco rato Inesita me mira con una sonrisa tan

coqueta, y, óyeme, ese beso me dejó!... y una noche, en el corredor del patio de Carmita, Inesita está sentada en una silla y yo de pie y ella me mira y yo me inclino y la beso en la boca y cuando nos separamos Carmita ya venía por el pasillo y yo creo que nos vio por la ventana de rejas, y casi en seguida, y qué hacen ustedes aquí solas? vamos, vamos para la sala; y nos quedamos Inesita y yo con un extraño malestar; el 7 de septiembre de 1946 pasé el examen de ingreso y pienso matricularme en el Instituto porque la matrícula allí es gratis, pero mi mamá, que no, que de ninguna manera, que tú vas al colegio americano, y me nace un agradecimiento y una culpa por el pago mensual de 27 pesos que saldrán de los bordados de mi mamá; y ya la matrícula en el colegio americano y todos los fines de semana voy a Caimanera y traigo pañueletas para bordar en Guantánamo, pero sigo sin aliviar la culpa que me separa de aquella niña: que Rafaelito no, y el vestido se me va a secar en los caballitos, verdad que tú me quieres, mamá? verdad que tú me quieres más que a nadie? y ahí están los almacenes, sí, mamá, es un pluviómetro y hoy no encontré ningún tesoro pero tal vez en las salinas, correteando por el puente y después, la bicicleta, todos los osos son el mismo oso, mamá, y en el carriol no pude llamarte porque aún no podía hablar y por la tarde estoy capitaneando, verdad que a mí más que a nadie, mamá? verdad que a mí nada más? y mi mamá se sonrío en silencio y bueno, yo te quiero a ti pero a otras personas también, pero eso es verdad, a ti más que a nadie, y se me quita el terror porque mi mamá sí me quiere y cuando monto bicicleta lo oigo bien clarito, a ti más que a nadie y cuando armo los roncadores, a ti más que a nadie y eso es un pluviómetro, mamá; y ya la casa de Caimanera con sus estacas metidas en el agua, ha dejado de ser mía y de mi mamá y de mi papá porque en una habitación hay dos ingenieros que trabajan para la Snare y en otra habitación están Clarín y Teyo y Clarín cree que soy un genio porque cuando mencionó al hijo paralítico de los Martínez le dije que era un vegetal y mucho más, un ser inanimado y Clarín asombrada con lo de inanimado y yo pensando que total, la palabra me la aprendí en una película y eso no es ser genio, y Teyo es gordo, gordo pero gordo y se pasa el día mandando a Clarín: Clarín, tráeme agua, Clarín, llévate el vaso, Clarín, quiero hielo, Clarín, búscame la foto que nos sacamos en Bayamo hace tres años, y Clarín camina mansita por las tablas de la casa y, sí, mi vida, sí, mi vida, y a veces Clarín me cuenta lo mucho que Teyo la necesita,

porque imagínate, que a Teyo no le gusta hacer pipí ni hacer caca en el inodoro, todo lo hace en el orinal y a cada minuto tengo que estar lavando el orinal porque a Teyo no le gusta que se quede ni un poquito de orine y cuando tiene que hacer algo yo le bajo el pantalón y los calzoncillos y lo coloco en el orinal y cuando termina, le limpio la caquita; y siempre repite Clarín, enternecida, que a Teyo le gusta que ella lo limpie; Inesita se ha puesto precavida y casi ni se acerca a mí aunque cada vez que vamos a salir con Marianita ella me dice en secreto que si yo no voy ella no va, y esto es suficiente, y si estamos en grupo yo casi no hablo aunque esté Inesita, pero cuando estamos a solas Inesita y yo, entonces hablamos y ella me dice mi amor y a mí nunca me habían dicho mi amor y ya pertenezco a alguien y una noche Carmita va conmigo a casa de Inesita y está conversando en la sala con la mamá de Inesita y a Inesita se le ocurre, ven, vamos a conversar en el patio, y nos sentamos allí sin encender las luces y nos abrazamos y seguimos abrazándonos hasta que sentimos los pasos y la voz de Carmita, vamos, vamos, que esto está muy oscuro, y para disimular lo que estaba pensando, empieza con la mamá de Inesita, casi riéndose, oye, Matilde, mira que las muchachitas tienen cosas, te imaginas, ponerse a jugar en esa oscuridad? y yo llego a la sala caminando en silencio, y Carmita, ay, niña, qué te pasa, no te sientes bien? pero mira eso, Matilde, si es que tiene la cara descompuesta, y me inspecciona toda, y da una vuelta alrededor de mí, y de pronto, pero mira esto, tienes como un mojadito en la parte de atrás de la falda, será que se te mojó con algo, verdad? y yo asiento con la cabeza sin mirarla y camino hasta la puerta, y al llegar a la casa ya Carmita ha puesto la cara seria y yo me voy derecho a mi cuarto, porque ahora Marianita tiene su cuarto y yo el mío, y ya la payama puesta y ya la intimidación del mosquitero y sentirme aún tan cerca de Inesita, hasta que me entregué a ella en la anchura vacía de la cama; a veces se me aparecen las monjas como visiones transparentes, las sombras de las tocas formando sus figuras en la pared, moviéndose en una procesión cuadrangular, yo, en el centro y empieza el regreso y estoy en quinto y viene la imagen rápida del profesor de matemáticas con su enigma y sus manías, pero enseñando bien, siempre enseñando bien y viene la Madre Elvira con sus dientes postizos, con su inglés machacado y su casi bondad y se desaparecen los dos en un remolino de viento y la Madre Lupe se queda allí, sentada serenamente frente a mí mientras hago apuntes en una hoja de papel, y no,

el apunte no está bien y tiro la hoja de papel y la Madre Lupe se llena de una sabiduría seca y me señala, las cosas que sirven no se tiran así, usted debió tirar sólo el pedazo de hoja que ya no sirve y acuérdesese de lo que le voy a decir, llegará un día en que usted querrá un pedazo de papel y no lo tendrá, y me quedo callada, en la lluvia de miedo que sale de su boca; estoy en cuarto, en la fila, esperando a que suene la chasca para entrar al aula y Josephine Fenton, que es flaquita y jamaquina y más alta que yo, empieza a jugar conmigo y a hacerme cosquillas y me río en la fila, que es falta imperdonable y la Madre Virginia me pregunta con su ira de siempre que por qué yo me reí y no digo nada y me entra en el aula a mí sola y sigo sin decir nada y me empieza a dar tirones de la pabela marrón y tirones y tirones y ya me estoy ahogando y la Madre Virginia da un tirón más y revienta el elástico de la pabela que se le queda en las manos y la tira en mi pupitre y empieza a sonar la chasca muy rápidamente y en un minuto se llenó el aula de niñas; estoy en segundo, en el aula del piso alto y la Madre Venancia me dice algo que no entendí porque nunca la entiendo con su hablar bajito y sus labios hundidos pero la oigo, vaya, vaya, no se quede ahí, vaya a primero y dé mi recado y bajo al aula de primero y después de pedir permiso la Madre Lupe me deja entrar y mire, Madre, dice la Madre Venancia que le mande todas las niñas de primero, que ella las quiere ver, y la Madre Lupe, entre su asombro, bueno, bueno, si así lo manda, así lo haré, y subo otra vez al aula de segundo, y la Madre Venancia, que dónde está lo que fui a buscar, y yo, que muy pronto se lo van a traer, y casi en seguida, las voces en coro, Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío, y ya las niñas de primero amontonadas en la puerta y la Madre Venancia se les acerca de mal humor y, qué quieren? qué hacen aquí? y la niña grande que las había traído, bueno, Madre, se las traje todas, como usted ordenó, y la Madre Venancia me mira como si me fuera a tirar por la ventana, y, qué clase de recado ha dado usted? yo lo que mandé a pedir fue el cesto de labores, iré yo misma a buscarlo, y sale como un trueno y las niñas de primero bajan otra vez, Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío, y me empiezo a sentir abochornada porque los brutos son los que no entienden pero después se me quita el bochorno porque quién manda a la Madre Venancia a hablar tan bajito y tan aprisa y con los labios hundidos, y cuando la vi aparecer creí que me iba a regañar pero empezó a enseñar labores y no peleó más; aprender labores no es muy malo, pero

no me gusta bordar el mantel entero que siempre hay que bordar para fin de año y Agustina que está interna y ya es bien grande con bulto en el corpiño y todo y tiene la cara en punta como un mango y es amiga mía, me borda siempre el mantel y yo le hago las tareas de matemática; estoy en primero y la Madre Lupe nos pone a hacer los ejercicios del método Palmer, las rayas verticales y los círculos para que formen el túnel y lo más importante es que se hagan las líneas continuadas sin levantar el brazo y ya lo tengo todo bien, pero bien hecho y la Madre Lupe se para de pupitre en pupitre para dar la calificación y yo me adelanto y me pongo un cero bien grande para que la Madre Lupe me diga: no, usted no merece un cero porque lo hizo muy bien, y cuando está parada frente a mi pupitre me entran palpitaciones porque me va a decir, usted lo hizo muy bien, pero la Madre Lupe se queda mirando el cero bien molesta y, bueno, si ya usted se calificó, yo no tengo que calificarla, y se fue, y yo nunca me volví a dar un cero en nada, y ahora estoy en el desayuno de la Primera Comunión y no puedo probar el chocolate que yo quiero tanto porque así me lo dijo mi mamá y me lo dijo Carmita, que chocolate, no, pero me como los bizcochos, que bastante que me gustaron aunque seguí queriendo el chocolate, y ahora estoy en el Cayo y les tengo miedo a las rayas y a las morenas que se enredan en los palos y a los chuchos que se esconden en el fango, y ahora estoy en el tren que se aleja de Caimanera cuando terminan las vacaciones y los fines de semana y cuando arranca el tren empiezo a llorar y sigo llorando hasta Novaliche porque extraño a mi mamá, y después, las mariquitas de plátano y las goticas de limón que son unas galleticas bien chiquitas y bien tostadas con sabor a limón, y en casa de Carmita no puedo buscar tesoros pero oigo los episodios de **Tarzán**, y de **Los tres Villalobos** y de **Tamacún, El Vengador Errante** y del **Spirit** o me paro delante del retrato de mi abuelo que Carmita tiene en su cuarto y no pude conocerlo porque él se murió antes de que mi mamá se casara con mi papá, porque tenía tuberculosis, y era andaluz con la cara bien trigueña y bien linda y le gustaba emborracharse en el Café La Bombilla con un anís que mi abuela le dice caramanchel, y un día mi abuelo se metió a caballo en una tienda y se lo iban a llevar preso pero no se lo llevaron y yo siempre me imagino que yo estaba en la tienda con el vestido rosado que me queda bien bonito y con los zapatos blancos y las medias blancas y mi abuelo llega con la fuerza del caballo y los demás se ponen débiles y yo soy testigo de que él es el héroe y

después él deja su caballo y me lleva a pasear en el coche de Rufo que tiene un caballo bien flaco y bien pensativo porque va pensando que tiene mucha hambre y mi abuelo recoge a sus perros y los invita a pasear en el coche y nos vamos él y yo con los perros a recorrer todo el pueblo y cuando pasamos por La Bombilla no nos bajamos porque ya mi abuelo no quiere más anís y cuando Carmita oye a mi abuela hablando del borracho de tu abuelo, siempre la regaña y dice que las muchachitas no tienen que saber los secretos de familia y por eso yo me escondo en el cuarto con mi abuela y ella me dice que nació en Arbuñó que Carmita dice que es Albuñol y que mi abuelo nació en Gualchos y que mi abuelo tenía un mellizo y ella no sabe si cuando eran novios mi abuelo era el que iba a celebrarse con ella o si a veces mandaba a su mellizo y que después fueron de luna de miel y que allá no hacían papel de inodoro y siempre se limpiaban con terrones y después nació Carmita en Málaga y la trajeron chiquita en un barco hasta la misma Cuba y cuando ya estaban en Cuba entonces nació mi mamá; cuando mi papá salió de la base yo me sentaba a soñar que él se iba para Miami y allí iba a trabajar y nos mandaba a buscar y que en Miami el sol era como oro pegado al aire y me obsesionaba esta luz tan amarilla, y mamá, vámonos para Miami, tenemos que irnos para Miami, y mi mamá, bueno, sí, tu papá lo está pensando, vamos a ver, vamos a ver, y un día mi mamá me da la noticia, tu papá decidió irse para La Habana, sale la semana que viene y allí va a sacar el pasaporte y si todo sale bien, ya embarca para Miami porque allí están Isabel y el marido y él prometió ayudarlo si decidía irse, así es que veremos a ver, y los días pasan y mi mamá le compra el flu de viaje y le hace las maletas y él se va en barco hasta Santiago para tomar el tren hasta La Habana y yo casi ni hablo para que nadie me interrumpa lo de la luz amarilla, y mi mamá, en el columpio, con todos los que se paran a conversar, bueno, mi esposo anda por La Habana, sí, haciendo las gestiones, y es probable que de ahí siga para Miami porque tenemos pensado irnos para allá, bueno, no, aún no hemos tenido noticias, así es que a lo mejor ya está en Miami, bueno, hace dos semanas que se fue pero todo esto de diligencias, el pasaporte, el papeleo, la visa, todo, todo toma tiempo, así es que vamos a ver, vamos a ver; y yo casi ni respiro porque no quiero que nadie me lleve lo de la luz amarilla, pero una mañana, mamá, ya hace tres semanas y ni una carta, tú crees que ya está trabajando en Miami y nos va a mandar a buscar? y mi mamá, bueno, hija,

vamos a ver, vamos a ver, y esa tarde estamos en la sala y la puerta de la calle está abierta y se aparece mi papá de lo más contento, con un saco enorme a cuestras, como los de carbón, y yo rápidamente pienso que fue a Miami, consiguió trabajo, nos compró tantas cosas que ya ni le caben en la maleta y que pronto nos vamos para Miami con buena ropa y buenos zapatos porque los míos hace tiempo tienen un hueco bien grande en la suela, aunque ya me encargaron unos por el catálogo de Sears y los estoy esperando porque con estos zapatos, si llueve, con el hueco me mojo el pie, y los zapatos que me van a llegar de Sears los voy a querer bastante porque son de sport como a mí me gustan y en cuanto lleguen ya no uso más los del hueco, pero si en el saco hay otros zapatos, me los llevo para Miami; y mi mamá tan contenta de verlo, bueno, cuéntame, ya sacaste el pasaporte? ya te dieron la visa? ya fuiste a Miami? ya hablaste con el marido de Isabel? y él, bueno, no, no, todavía no tengo el pasaporte, como tardaba tanto, decidí venir y quedé en que me lo mandaran; y yo siento que me cae encima la estrechez de Caimanera y vuelvo a la prisión redonda que me inmoviliza, como si tuviera que estar de pie, encerrada en el cilindro enorme y transparente; me acerco al saco y mi papá adivina el gesto y ah, estos son unos boniatos que compré en Santiago porque estaban a buen precio, y yo pensando que qué vamos a hacer con un saco de boniatos, y me vuelvo otra vez al silencio y ya sé que lo de Miami no se da; mi papá consigue trabajos vendiendo pólizas de seguro, de Ship Chandler, de administrador de una tienda de víveres, y todo termina siempre en el fracaso; una noche, en la sala de Guantánamo, pienso, como tantas veces, en Inesita, estoy cayendo en una casi nostalgia, en esta melancolía que me da su ausencia y de pronto, la veo aparecer por el marco de la puerta, y ya tan cerca de mí, y me mira con una suavidad casi alegre y me habla con voz de invitación, vamos a conversar al corredor del patio? nos sentamos solas, sin encender la luz, y la mano de Inesita dirigiendo mi mano hacia sus muslos, siento el contacto de su piel en mis dedos que la acarician lentamente, nos va llevando la emoción olvidándonos de todo lo que nos rodea, y de pronto, Carmita, tan pálida, delante de nosotras, pero qué hacen ustedes, qué están haciendo aquí? vamos, vamos, Inesita, es mejor que te vayas, ya es tarde y seguro que tu mamá te está esperando, y cuando Inesita se va sin mirarme, Carmita se dirige a mí, esto que está pasando se lo tengo que decir a tu mamá; me quedo sentada en el patio con esta

debilidad, con todo este frío; a los pocos días viene mi mamá y después de un rato con Carmita, me llama y, mira, dile a Inesita que nunca más, pero nunca más venga a buscarte para ir al colegio juntas, y yo no contesto, y al otro día cuando Inesita viene a buscarme, mira, Inesita, no vengas más para ir al colegio juntas, caminamos en silencio por última vez y ese día en el colegio, apenas hablamos; en los años de bachillerato, entro cada noche al cuarto de Carmita y desde allí puedo ver la casa de Inesita, algún mueble, un pedazo de pared, la lámpara del techo, pero a ella, a Inesita, rara vez la veo; pasan los meses y me permiten salidas esporádicas con Inesita al teatro cuando el pueblo se siente visitado por la cultura con el niño director de orquesta que se anuncia con el nombre de Ferruccio Burco, y Fata Morgana con sus rápidos cambios de ropa y Evita Muñoz y Tito Guízar y Andrés Segovia tan indignado con el ruido de los motores de la calle que combinado con los comentarios del público emocionado con su presencia ahogaban las notas de su guitarra y de cuando en cuando dejaba de tocar y, si no hay absoluto silencio no toco, y el público a duras penas obedecía y se callaba, y Berta Singerman y los Niños Cantores de Viena y cuando vino el Orfeón de Chile, Inesita y yo nos sentamos en paraíso, la parte más alta del cine y cuando se apagan las luces viene Roberto con su pelo rojo y su piel transparente casi, viene con su piel sonrosada y se sienta junto a Inesita y le pasa el brazo por la espalda y se queda así mientras trato de concentrarme en no sentir angustia, y ya se encienden las luces y Roberto se va y mientras se aleja trato de adivinar las marcas que le han dejado en las piernas las operaciones que le han hecho en los huesos, mientras intuyo cómo será su quehacer diario con sus cuatro hermanos retardados que el pueblo atribuye a las taras concentradas de sus padres que son primos, de los seis hermanos sólo dos se han salvado de las taras; el regreso a la casa se hace penoso entre conversaciones que pretenden ser triviales hasta que, Inesita, tú eres novia de Roberto? y ella, sí, ya le dije que sí; y otra pregunta más porque acercarme a la realidad equivale a manejar la realidad, dime, tú te besas con él? y ella, no, eso no, y casi nunca lo veo, pero me regaló este monederito que le trajo su tía de Europa, y veo el monedero abriéndose y cerrándose como una estrella para descubrir o encerrar monedas; en los días que siguen me siento aislada de todo, como profundamente dormida en mí misma; el letargo da paso a la tristeza y Carmita empieza a comentar con las amigas que rara vez me río,

y a veces prolonga el comentario, es una muchacha triste, no sé como puede estar tan seria con trece años que tiene, y cada día más hermética; otras veces me habla a mí, tienes que poner de tu parte y ser sociable; yo sigo en mi silencio con los ojos prendidos en la noche buscando algún rastro de Inesita o encerrada en mi cuarto escribiéndole poemas: nunca presentí que fuera el llanto/ el signo final de tu mirada/ que hicieras de mi alma un camposanto/ y lágrimas en él sólo quedarán// yo sé que es injusto que te quiera/ con la pasión loca que hasta hoy ha sido/ sólo un sueño, un amor en primavera/ y sostén de los días que he existido// tú hiciste de mi espíritu una fosa/ en la cual yace el amor que allí enterraste/ colocando olvido a modo de una rosa/ y a modo de epitafio mis súplicas dejaste; y siempre escribo estas concentraciones de tristeza que guardo entre mis cuadernos, y un día voy a casa de Inesita y cuando estamos a solas le doy la hoja doblada y, mira, escribí esto para ti, y ella lo guarda con cuidado para que nadie lo vea y nos separamos y nunca supe si lo leyó; en mi cama ancha siento su olor y su aliento y su boca y sus senos tan pequeños y mi boca recorriendo su cuerpo y soy suya en la anchura solitaria; ahora siempre me viene un sueño recurrente, de mi cerebro sale por una de las sienes, un cordón umbilical y veo a Inesita que viene flotando en el aire, casi hecha de aire, y se coloca a mi lado, paralelamente, yo, acostada en la cama, hacia el borde, y ella acostada en el aire, fuera de la cama, flotando a mi lado, y el cordón umbilical que sale de mis sienes, se mete en el hueco vacío que trae Inesita en una de sus sienes hasta que el cordón llena todo el hueco y nos quedamos así, selladas para siempre, el sueño me persigue cuando estoy despierta y un día, en casa de Inesita, sabes, Inesita, que me persigue un sueño, un cordón umbilical que me sale de la sien, y ella me interrumpe, sí, yo sé, sale de tu cerebro y entra en el mío, por aquí, por aquí, y me describe exactamente todo y ante mi asombro, se sonrió enigmática y no dijo nada más; en las vacaciones de diciembre, otra vez el tren, Novaliche, Caimanera, el puente de madera, y en la sala de mi casa, montones de carteras de cocodrilo, montones de perfumes, y mi mamá explica, Violeta y Dionisio mandaron toda esta mercancía para que tu papá la venda, tú te acuerdas de ellos, verdad? son los que tenían el puestecito de collares y otras chucherías y lo armaban todos los días en el muelle a la hora de la llegada de las lanchas, y después venían todas las tardes a comer aquí porque estaban mal, pero mal de situación; y yo, claro que los recuerdo,

si Violeta era una mujer atractiva, cargada de misterio, y Dionisio era un ser metido en el silencio; siempre quise saber más de ellos, pero sólo supe que eran judíos europeos que vinieron huyendo de los nazis durante la guerra y estuvieron un tiempo en aquel muelle, con su quincalla ambulante; todas las tardes comían en mi casa y mi mamá contenta de poderlos ayudar porque un plato de comida no debe de faltarle a nadie; ahora viven en La Habana y tienen un comercio de artículos de piel y perfumería; están bien allá, eso es lo que me está diciendo mi mamá, que están muy bien allá, y que ahora quieren que tu papá les venda mercancía aquí; y de pronto me duele oír todo esto porque Violeta y Dionisio fueron seres que habitaron mi imaginación, cuántas veces traté de descifrarlos cuando los veía detrás de aquella quincalla ambulante, y ahora esta mercancía tan cuidadosamente colocada en el piso, esperando otro fracaso de mi papá y la fantasía que viví con Violeta y Dionisio pasará a ser otra cosa cuando se conviertan en dos acreedores más como esos otros que tocan a la puerta, pero no digo nada por no apagar esta ilusión de mi mamá cuando la oigo, todo irá bien, tu padre es trabajador, en todos los años que trabajó en la base fue un hombre responsable que hasta con fiebre de cuarenta se iba a trabajar, y lo que es a Dionisio y a Violeta, bastante que los ayudamos, porque tu padre será lo que será, pero generoso sí que es, como nadie, porque yo no sé cuánta gente venía aquí cuando él estaba trabajando y si en ese momento no teníamos un plato de comida, él llevaba al que fuera al restaurán de enfrente, el de Miguel González, y mientras pudo, no dejó que nadie que viniera a él necesitado pasara hambre y a veces ni dinero tenía y con todo eso los llevaba al restaurán o a la fonda y como a él le fiaban, pagaba la cuenta el viernes cuando cobraba en la base; cuando oigo todo esto reconozco a mi papá de cuando yo era niña, pero sigo pensando que este nuevo intento lo llevará a un fracaso más, y así fue; mi mamá sigue hablando con esa compasión que a veces le sale para él, él es un hombre de buen corazón porque luchó con Andrés hasta hace poco, tú sabes que Andrés murió de cáncer, no? y yo que no, que no lo sabía, y ella, pues sí, Andrés murió podrido, yo no sé si tenía el cáncer en los intestinos pero se vaciaba en la cama y con una peste que no se podía resistir y todos los días tu papá iba a limpiarlo y a ayudar a Santiago con Andrés porque a la hora de la hora, nadie se apareció por en casa de Santiago para luchar con esto tan terrible, y hasta el final fue tremendo, porque se pasó días

agonizando y no había forma de que se le acabara de desprender el espíritu, hasta que yo me decidí y le hablé a Santiago, óyeme, Santiago, yo sé que tú eres muy católica, pero he oído decir de casos como éste, que el espíritu no acaba de soltar la materia, y Tinita, la espiritista, les ha rezado y con los rezos de Tinita es que han acabado su agonía, porque hija, Andrés lleva días y días agonizando y no acaba de morir en paz; y tú puedes creer que Santiago accedió, y efectivamente, le hablé a Tinita y para allá fue a rezarle, pues óyeme, yo no sé si sería casualidad o qué, pero esa misma tarde Andrés se murió y el que lo vistió y se encargó de toda la lucha del entierro fue tu papá; y yo, y ahora, mamá, Santiago vive sola? y mi mamá, no, Santiago vive con Norberta, porque tú sabes que Norberta enviudó hace unos años y vivía sola en Boquerón, pero ahora Santiago le pidió que viniera a vivir con ella y ahí está Norberta; mi mamá se queda callada como recordando, y de pronto, mira, yo no sé si contarte algo que me dijo Santiago, porque ella a nadie se lo había contado antes, pero yo sé que tú no lo hablarías con nadie; me siento cerca de mi mamá en este tono de intimidad, y yo, no, yo no lo hablaría, y ella, pues se trata de Norberta y Andrés, es una historia tan increíble que parece una de esas novelas del siglo pasado, resulta que cuando murió Andrés, Santiago me dijo, mira, quiero contarte algo que no le he dicho a nadie, se trata de Norberta, y yo le dije, bueno, Santiago, en el pueblo siempre se ha dicho que Norberta no es hija legítima de ustedes, pero debe de ser desagradable para ti hablar de eso, así es que mejor es dejarlo así, y Santiago, no, no, si no es eso, es que Norberta es hija de Andrés, pero no es hija mía, déjame explicarte, yo era sirvienta de una familia de aristócratas en España, y Andrés era el cochero de la familia, y por esas cosas de la vida, la hija de los dueños de la casa salió en estado de Andrés y cuando nació la niña, que es Norberta, la familia nos dio dinero, pero bastante dinero para que Andrés y yo nos casáramos y adoptáramos a la niña, pero con la condición de que nos fuéramos de España, y así fue como vinimos a parar a Cuba, y así fue como yo me pude comprar estas casitas que tengo, y si no hubiera sido por todo esto, yo jamás me hubiera casado con Andrés; el 8 de febrero de 1948, Ernesto Milá, que está conmigo en bachillerato, viene y, que mira, que enamorado, que si yo quiero ser su novia, y yo en realidad no quiero ser su novia y además, Ernesto, aunque aún no tiene dinero se pasa la vida jugando el papel de futuro heredero de las fincas de Yateras, y habla del ganado de

su abuelo y habla de que su papá va a ser alcalde algún día y entonces imagínate, tú serás la novia del hijo del alcalde; y si yo pudiera enamorarme de Ernesto y deshacerme de toda esta soledad, y decido ser su novia y él se pone tan contento; para Ernesto, ser novio mío es besarme hasta que se me entumece la boca y yo accedo para tratar de acostumbrarme pero no me acostumbro; si Ernesto y yo pudiéramos hablar, pero no hay conversación posible, porque todo es que algún día voy a ser el hijo del alcalde y tú serás la novia del hijo del alcalde, y algún día seré heredero de todo ese ganado de Yateras; Ernesto me debería gustar, con sus ojos azules y su pelo castaño ondeado y su cara bonita, sobre todo, la boca y los dientes; un día nos metemos sin permiso de Carmita en el cine Actualidades, y Ernesto, en seguida, el brazo por detrás, y a besarme, y yo accedo aunque en realidad lo que me interesa es ver la película, pero se pasa la noche sin que yo pueda ver nada de **National Velvet**; sigo esperando a ver si me enamoro y todavía no; en el verano estoy en Caimanera y Ernesto va a venir este fin de semana porque mi mamá me deja que Ernesto me visite; ella dice que ella sabe que somos noviecitos y que mejor es que nos veamos aquí en la casa y no por ahí, pero a Carmita no le he dicho nada porque Carmita está enloquecida con el honor de la familia y dice que si ella me ve nada más hablando algún día con un varón, que en seguida me manda para Caimanera porque a lo mejor salgo con una barriga y ella no quiere responsabilidades y además, el honor; durante la semana no puedo salir y cuando salgo tengo que estar en la casa a las nueve de la noche y el domingo tengo que llegar a las diez de la noche mientras la retreta del parque Martí toca el himno nacional y cuando los músicos con sus uniformes tan desteñidos empiezan las primeras notas de al combate corred bayameses, que la patria os contempla orgullosa, todo el mundo se para y se pone la mano en el corazón y Marianita y yo a correr para llegar a casa de Carmita, si es posible, antes de morir por la patria es vivir y definitivamente antes de a las armas, valientes, corred, y como Carmita vive a media cuadra del parque, siempre llegamos a tiempo, aunque a veces, cuando alguno de los patriotas de la mano en el pecho nos ve correr, empieza a gritar, el himno, más respeto para el himno, y seguimos corriendo por no oírle a Carmita eso del honor porque ya una vez llegué a las diez y diez y Carmita empezó a llorar porque llegar a las diez y diez es manchar el honor de la familia, esa noche me tocó

bastante el vientre como ella hace cuando cree que he perdido esta virginidad que todavía llevo conmigo; Carmita de un suspiro en otro, procura cuidar el honor de la familia porque si te pasa algo, tú sabes, si tú manchas el honor de la familia, en seguida te mando con tu mamá, y sobre todo, no des lugar a que hablen de ti porque si la gente dice que eres una perdida, es igual que si lo fueras; yo siempre tengo que tener mucho cuidado porque si Carmita me manda para Caimanera con mi mamá no puedo seguir estudiando; el viernes se aparece Ernesto aquí en Caimanera con un maletín y con la cara tan seria, mira, yo iba a venir cada día este fin de semana, mañana sábado y también el domingo, pero se ha presentado una reunión de ganaderos y como mi abuelo no puede ir, yo voy a ir a representarlo, la reunión es en Santiago, y tú ves ese maletín que está ahí? pues bueno, ahí hay miles de pesos porque vamos a cerrar transacciones que llegan a miles, pero a miles de pesos y todo eso lo tengo que resolver yo representando a mi abuelo; yo sé que aunque Ernesto tuviera treinta años en lugar de diez y seis, su abuelo no le confiaría la transacción más simple, lo que sí sé es que son los carnavales de Santiago y Ernesto se va a rumbear por las calles, y me da una alegría tremenda estar libre este fin de semana; cuando llega la hora de irse en el barco, lo despido con agradecimiento, y bueno, que todo te vaya bien en la reunión de ganaderos, y me quedo tan tranquila porque los carnavales duran una semana y si Ernesto viene trasnochado de tanta parranda, lo más probable es que necesite descansar y no tenga que molestarme por unos días después que regrese; pasan los meses y yo todavía sin enamorarme y ya septiembre y ya no resisto esto más, hasta que mira, Ernesto, esto no puede seguir; Ernesto insiste en esas explicaciones a las que tradicionalmente está obligada la novia cuando rompe el compromiso, y si es el novio el que lo rompe no tiene que dar explicaciones porque con desaparecerse, da por concluido el asunto; Ernesto sigue insistiendo en que por qué quiero terminar, y yo, que no tengo nada que decir, hasta que él, bueno, está bien, y se aleja con las manos en los bolsillos, asumiendo su papel de hombre herido, no sé si hasta orgulloso del drama que estaba protagonizando; pocos días después se hizo novio de una muchacha que parece una avispita y que por suerte no está en el colegio con nosotros porque hubieran sido un inconveniente los imaginarios triángulos de amor y los celos innecesarios; me pregunto qué habrá pensado Inesita de este noviazgo,

porque nunca hemos hablado de esto y me pregunto si Inesita habrá intuido que con novio y todo, nunca dejé de ser de ella en la anchura solitaria; sigo deambulando este tercer año y los meses acentúan mi silencio; voy pensando que me gustaría estudiar Astronomía o Medicina, y Carmita, no, a ti lo que de verdad te pega es ser arquitecto, y yo pensando que no voy a saber hacer los planos de las casas y que en cuanto estén terminadas se van a caer hundiéndose por el centro del techo y siempre las veo cayéndose hasta que se hacen polvo, y cada vez que Carmita dice lo de arquitecto yo pienso en el hundimiento y mira, Carmita, mejor no, mejor es que arquitectura no, y otras veces pienso que esto de preocuparme por la carrera que voy a estudiar en La Habana es una forma de soñar, porque con qué me van a mandar a estudiar? ahora a mi papá le han ofrecido un negocio, le han dado una tienda de víveres para que él la administre y poco a poco vaya comprando acciones hasta que las compre todas y se haga él el dueño de la tienda porque hay varios accionistas que son dueños de la tienda y la quieren vender y mi mamá de lo más ilusionada porque afuera de la tienda hay hasta una bomba de gasolina y mi papá también controla la gasolinera y además, con este fuego enorme que hubo en Caimanera, que se quemó hasta la plaza de mercado y las principales tiendas de víveres, imagínate, la tienda de tu papá tiene que ser un gran negocio hasta que reedifiquen la plaza y todas las demás tiendas y cuando hayan reconstruido todo esto ya tu papá tendrá marchantes que seguirán comprándole a él los víveres, y yo te digo la verdad, yo lo que quisiera hacer es trabajar en la tienda con tu papá porque si yo atiende el negocio despachando y en la caja, yo sé que nos vamos a levantar pero él está resistido a que yo trabaje en la tienda y no me deja ni asomarme por allí, me ha prohibido que yo vaya por allá y hasta tengo que comprar los víveres en una de las pocas tiendecitas que ha quedado en pie después del fuego; me alegro de que al menos por un tiempo, mi mamá esté ilusionada, hasta que un día voy a Caimanera y mi madre desconsolada, en cuanto me bajo del tren empieza su queja, tu padre perdió la tienda, no la atendía y se gastaba el dinero con mujeres; poco después en Guantánamo, sentada en un balance en el corredor del patio, llega mi papá y ni me muevo del balance ni lo miro y él por primera vez acerca una silla y se sienta frente a mí para hablarme, como para darme explicaciones, tú sabes lo que ha pasado? y yo muevo la cabeza para decir que no, y él, pues perdí la tienda, y

demasiada suerte he tenido porque podía haber ido a la cárcel y yo me quedo en el silencio pensando que este hombre que tengo delante de mí no tiene derecho a comerse el plato de frijoles, ni el arroz, ni la carne, ni la sopa, ni las papas de tantos almuerzos y tantas cenas que llegan a la mesa con el sacrificio de mi mamá, y me va invadiendo el dolor ante esta laguna que se ha abierto entre los dos; avanza el tercer año con mi preocupación de no poder estudiar en La Habana, porque a veces presiento que mi vida trae un destino y que su forma de realizarse está en La Habana, pero también está todo esto que se impone, lo que está pendiente, aún por solucionar, el saber que no quiero pasar la vida en esta soledad, y en las noches de cama vacía, a veces se aparece de golpe Inesita; en uno de los asaltos bailables del Unión Club de Guantánamo, se me acerca Carlos Barceló con su nariz de gancho y sus pies de Fred Astaire y me dejo llevar en su ritmo hasta que impone una proximidad asfixiante que me hace pasar el resto de la noche tratando de no sentir su dureza entre los muslos hasta que me salva Carmita con que ya se hace tarde y nos tenemos que ir; bajamos las escaleras, atravesamos el parque en el aire de la noche y ya estamos en Crombet, entre Pedro A. Pérez y Martí y la mueblería de la esquina y la puerta del hotel Venus, que en el pueblo le dicen la puerta del pecado, porque dicen que el hotel, que está en los altos de la mueblería, es una casa de citas aunque nunca he visto a ninguna mujer entrando allí por la puerta estrecha y entreabierta que deja ver las escaleras, y ya en seguida, en casa de Carmita y el descanso de no sentir a Carlos imponiendo su dureza; en las semanas que siguen Carlos se multiplica en las esquinas, tengo que verte, tengo que hablar contigo, y su insistencia letánica, estoy enamorado, quiero que seas mi novia y la exigencia de que explique por qué no quiero serlo; se suceden los días de insistencia y asedio hasta que me digo que tal vez con Carlos me acostumbro y pasé a ser la novia de este hijo de comerciante en peletería; los domingos por la noche, el parque y la retreta y las parejas dando vueltas y vueltas, los hombres parados, circunvalando el ciclo ambulatorio de mujeres que se pasean en racimo, de gancho y en las vueltas y vueltas, les llegan los piropos de los hombres, qué ojos más asesinos, compadécete, que me estás matando; adiós, linda; oye, no te des tanta lija; ay, mamá, qué buena estás; o si no, empiezan a silbar y a resoplar y caen en un trance sexual; cuando veo a Carlos no tengo nada que decirle y él habla de mi silencio, unas veces sin saber

qué hacer con él y otras, recitando a Neruda, me gustas cuando callas porque estás como ausente; ya no me interesa ir a bailar con él porque él se desentiende de la música y se concentra en quererme atravesar con su dureza y cuando fui al cine América con tanta ilusión por ver ***Por quién doblan las campanas*** allí se apareció Carlos a querer imponer su entretenimiento sexual y sólo pude ver, de cuando en cuando, las caras de Gary Cooper y de Ingrid Bergman; en cada encuentro, Carlos se hace lapa sin voz ni pies, sólo su manera de pegarse y mi hastío que termina en mira, Carlos, esto no puede seguir, nada, no es por nada, es que ya no puede seguir, y en mis quince años sigue el cilindro transparente que quiero romper con la muerte, pero el suicidio es difícil en este pueblo y lo sé desde que tenía trece años y le escribí una carta a Carmita, no quiero que me lloren ni sufran, porque si me he suicidado es porque así lo quise hacer, y ya la carta doblada en el bolsillo de la camisa del uniforme, y en la farmacia de la esquina le digo al que despacha que me dé un pomo de permanganato de potasio y que si viene en pastillas, mucho mejor, y él, bueno, espérese, yo no puedo venderle eso, y se desaparece en la trastienda y regresa con el dueño de la farmacia que es gordo y alto y canoso y de cara rosada y me pregunta que para qué yo quiero eso, y yo, que yo no sé, que Carmita me mandó, y él, que si Carmita no lo viene a buscar ella misma, que él no lo vende, y yo le insisto en que Carmita decía que aunque sea, una dosis pequeña, y él, que si no es a la misma Carmita, que no; voy a otras farmacias y lo mismo, que si no es a Carmita, que no, y me voy para la casa apretando en la mano, el dinero que había reunido para comprar el permanganato y en el bolsillo, la carta que nunca le daré a Carmita; en el gavetero de su cuarto hay un revólver que Carmita me dijo que había sido de mi abuelo y me digo que tengo que conseguir balas pero ya han pasado dos años y todavía sin balas y cuando quiero morirme, me encierro en el cuarto de Carmita y saco el revólver y me pongo delante del espejo y coloco la boca del revólver en mi sien derecha y aprieto el gatillo varias veces, click, click, click, y siempre me digo, si esto hubiera tenido balas, ya todo habría terminado y me quedo tranquila en la posibilidad de que todo podía haber terminado; en el curso de Agricultura de cuarto año, el profesor, un montuno con título de doctor en Pedagogía a quien le decimos el sijú, empeñado en que aprendamos a distinguir las distintas clases de tierra, palpándolas, viéndolas de cerca, hasta que nos lleva al campo, a

una finca y nos enseña los implementos de agricultura y de cuando en cuando se dobla para recoger un puñado de tierra y echa un discurso sobre cada puñado; yo me siento especialmente cerca de Inesita y el campo y la naturaleza y esta espera que tan calladamente siento en mí; hemos venido en varios carros y al regreso, Inesita se monta en el asiento de atrás del jeep del profesor y yo a su lado arrinconada cerca de la ventana, y como si no fuera nada importante, pongo el brazo izquierdo en el espaldar de Inesita y empiezo a acariciarla y ella abre un poco el brazo propiciándole espacio a mi mano mientras el sijú habla entre salto y salto del jeep; al día siguiente, en la escuela, nos tratamos con una distancia que borró de golpe el acercamiento del día anterior; meses después, una excursión con el colegio a la playa del Uvero, salimos al amanecer en un camión abierto y vamos todos sentados en el suelo, Inesita, ausente hoy; éste para mí es un viaje mágico que me va alejando de esta casa y este pueblo, me acompaña un poco el sueño y me dejo sentir parte de la mañana misma, ser un poco el fresco que atravieso, diluirme en el espacio, ser el espacio mismo, y ya en la playa escojo mi parche de arena desde donde se abren las imágenes: la visión del mar, la directora del colegio en culotte, como una cazadora inglesa dirigiendo dignamente un safari en el corazón de Africa, con su pelo rojo, sus ojos azules, su inglés suave y terminantemente autoritario, el mar entre promontorios de rocas, sigo con la vista el espacio que se hace lejanía como si quisiera meterme en ella, confundirme con el mar, alejarme para siempre de esta orilla, se desliza el tiempo, sigo sentada abrazándome las piernas al nivel de las rodillas y de pronto, Marcia corriendo velozmente delante de mí, y su alegría y su risa y detrás de ella, Saúl, el judío polaco; se están tirando arena y se ríen y siento ansiedad por la alegría de Marcia, porque tal vez, si la arena lanzada por Saúl me tocara la piel, yo también pudiera reír, he dejado de confundirme con el mar porque la vida puede estar aquí, en la orilla, y pudiera ser mía si yo la tocara; me adentro en la piel de la risa y me contagio de la alegría de Saúl con su andar de oso juguetón, su pelo negro, crespo, sus ojos castaños su boca pequeña, sus dientes tan parejos y esa especie de orgullo que sabe llevar; en el camión abierto, de regreso, Marcia entona una canción repitiendo siempre, es mi hombre, es mi hombre, y en la tonada de tango apache intuyo su pasión; ya en la casa, le escribo una carta de amor a Saúl que guardo cuidadosamente en mi billetera sin intenciones de enviársela, y el

domingo en el parque, vueltas y vueltas en el óvalo interior, y en cada vuelta, la visión de Saúl, allí parado, hasta que se me acerca y me habla y me quedo como adormecida cuando él me reclama que soy indiferente, que por qué apenas le contesto, y al empezar el himno, antes de echarme a correr, le doy la carta y le afirmo, si fuera indiferente, no te hubiera escrito así; al otro día, Saúl como enloquecido porque a él nunca le habían escrito una carta de amor, y desde ahora estamos juntos siempre que podemos y estudiamos juntos en casa de Carmita que nos vigila de cerca y cada día nos escribimos cartas y cuando cumplí los diez y seis años me escribió un poema y me trajo un frasco de perfume; a veces me pregunto si es que me metí en la piel de Marcia y me sentí correr en la arena con sus pies y me reí con su risa y me enamoré de Saúl con sus ojos, y cuando me preocupo porque tenemos distintas religiones, Saúl me asegura que eso no es problema, porque con hacerme judía ya se resuelve todo y me cuenta que en la boda tiraremos unas copas al suelo que se pisan y se hacen trizas como un símbolo de que el matrimonio no podrá disolverse hasta que todos los pedacitos se vuelvan a unir; a veces sueño con la ceremonia de las copas rotas y con un niño que tenemos que va siempre vestido con shorcitos de terciopelo negro y una camisita de seda blanca y ya tiene dos años y va caminando por dondequiera y queriendo agarrar las cosas y yo detrás de él; ahora todos los fines de semana me voy para Caimanera para que Saúl pueda visitarme; un día, sentada en el suelo en casa de Carmita, aliviándome el calor con el frescor del mosaico, me llega de pronto una angustia por Inesita y desaparece Saúl y la ceremonia de las copas rotas; esa tarde voy a la salve en la Iglesia de Santa Catalina que está en el parque Martí y rezo largamente con tanta angustia y trato de que venga el niño de los shorcitos de terciopelo pero no viene; ya el fin del cuarto año, estoy en Caimanera en las vacaciones del verano, Saúl viene a diario y de pronto su ausencia y mi angustia y la incertidumbre hasta que Marianita me trae un recado, que Saúl se partió un brazo jugando pelota y que le dijo Jenny, la que vive cerca de Saúl, que por las noches Saúl se despertaba gritando mi nombre y que los padres de Saúl se habían alarmado por eso y que ellos nunca lo dejarían casarse conmigo porque si no es con una judía, no lo van a dejar casar; voy a Guantánamo a ver a Saúl y en el corredor de su casa está su hermana, cordial, pasa, pasa, y como para tranquilizarme, mis padres están en la retacera y nunca cierran antes de las

seis; entro en esta casa tan espaciosa, en esta amplitud, y a la izquierda, una habitación, Saúl en payama, con el brazo enyesado y quejándose del dolor, me quedo un rato con él, un poco nerviosa porque temo que lleguen los padres tan serios, sobre todo el padre que nunca se ríe, quedamos en vernos en cuanto le sea posible; otra vez en Caimanera, pasan las semanas, Saúl no viene y le mando una carta con Marianita y a los pocos días se aparece él con la noticia de que viene a despedirse porque se va a estudiar a Chicago; esa noche, mi madre trata de acompañarme pero no sabe que el llanto no me sale por Saúl, sino por toda esta esperanza que se rompe; ya en quinto año, las promesas de mi madre, aunque sea con sacrificios te mando a estudiar, me traen la casi certeza de poder irme a La Habana y de que allí vendría mi renacimiento; un día, un compañero de clases, ayer recibí carta de Saúl, está de lo más contento en los Estados Unidos, y entonces me mira y, me preguntó por ti en la carta; es el momento de resolver esta situación de Saúl y mía en alguna forma de comunicación, para que esto no se quede como un tajo, como algo colgando, inconcluso, y le pido, ya que Saúl te pregunta por mí, puedes darme su dirección? y él, que sí, que con mucho gusto; ya en mi cuarto trato de escribir una carta que no me salga como una súplica ni como una exigencia y sólo me sale un débil pretexto para escribirle, que ya me habían dicho que preguntó por mí, y que yo pensé que ya me había olvidado y que tal vez era mejor así, y me quedé esperando que me escribiera cualquier cosa que pudiera establecer el diálogo, una forma de entendernos, pero su carta nunca llegó; en las vacaciones de diciembre, aquí está Saúl, caminoteando el parque de Guantánamo donde todavía sigue la estatua de Periquito Pérez, la Iglesia de Santa Catalina, los bancos, y la gente dando vueltas los domingos; Saúl ha venido con aires de viajero, con un cigarrillo en la mano y enseñando una caja de fósforos que lleva su nombre impreso; después de varios días de saludos a distancia, se acerca una noche a mí en el Unión, su cara alegre, cigarrillo en mano; necesito saber si recibió mi carta y él que sí, y que cuando la leyó pensó que yo estaba loca, y yo me sonreí porque me di cuenta de que él nada había tenido que ver con mi vida y que toda esta relación me la inventé yo, sé que Saúl no comprendió mi sonrisa cuando me alejé de pronto y lo dejé allí, enseñando su nombre grabado en la caja de fósforos y manejando el cigarrillo con el que parecía afirmar: ahora sí que soy hombre; continúa este quinto

año de once asignaturas y cercano al título de Bachiller en Ciencias y Letras, mi carta al rector de la Universidad de La Habana, dirigida a la calle San Lázaro, que me envíe una lista de cursos y en la parte de atrás del sobre, mi nombre y esta dirección de la que quiero irme, Crombet, entre Pedro A. Pérez y Martí, la contemplo largamente para que sea éste un rito de despedida; ahora siempre camino con la mirada hacia el horizonte, depositada allí involuntariamente; y ya la lista de cursos de la Universidad y me detengo largamente en cada plan de estudios y siempre vuelvo a Derecho Diplomático y Consular porque esto me llevaría a viajes infinitos, me paso horas estudiando la lista, leyéndola y volviéndola a leer y cuando mi mamá viene a Guantánamo, mira, mamá, lo que quiero estudiar es Derecho Diplomático y Consular, y Carmita oye esto y viene corriendo, pero muchacha, tú sabes lo que estás diciendo? si aquí los puestos diplomáticos nada más se consiguen por influencia política y a quién conocemos nosotras que te pueda recomendar? oye bien lo que te digo, la carrera diplomática a ti te serviría de adorno nada más, de adorno, algo muy bonito pero nada más, eso está bueno para niñas ricas que quieren tener un título de la Universidad para que les sirva de eso, de adorno, o para tener algo en qué entretenerse, o porque conocen a los políticos que hay que conocer para que les consigan puestos y les den recomendaciones, pero tú, a dónde vas a ir con un título así? si te gustan las leyes estudia Derecho Civil para que al menos ganes algo con testamentos y divorcios; comprendo que Carmita tiene razón y cuando se aleja y mi mamá me habla con cariño, mira, hija, estudia lo que tú quieras, lo que te inspire, siento un agradecimiento hondo, pero sé que no me puedo dar el lujo de estudiar una carrera que me sirva de adorno; voy haciendo las gestiones, ya he escogido las asignaturas de Derecho Civil y de Derecho Diplomático y Consular y ahora voy a casa de Rosalía porque hace un año que ella estudia en La Habana y me va a orientar en cuanto a qué casa de huéspedes puedo ir a parar y ya se me fue esa sensación de vergüenza que yo sentía ante Rosalía porque cuando estábamos en el quinto grado en el colegio de las monjas, yo usaba soportes y al caminar se me salían un poco los zapatos y cuando Rosalía estaba en la fila detrás de mí, siempre se estaba riendo y yo creo que era de eso, de que se me salían los zapatos, pero aunque me daba mucha vergüenza que se riera, yo nunca me reí de ella porque ella no sabía pronunciar la ce hache y en lugar de decir Pancho, decía Panso, y en lugar

de decir muchacha, decía musasa, y ahora me está hablando y me está diciendo que una compañera de Filosofía y Letras le había escrito y que si quiero leer la carta y yo, que sí, y cuando me da la carta me cuido de no sentarme en el sillón que está cerca de la puerta de la calle que es donde dice la gente que siempre se sienta el tío leproso en sus tardes de visita; abro la carta, letras como patitas de moscas, abiertas, desparramándose en el papel blanco; hay algo que atrae y que libera en esta carta y tal vez porque viene de La Habana, yo hubiera querido que esta carta fuera para mí; mientras leo, oigo a Rosalía, en la casa de huéspedes donde yo estoy no hay lugar, pero como ves, Marisol me escribe para que yo le consiga estudiantes para una casa de huéspedes que va a poner una señora que ella conoce y yo te digo, Marisol es encantadora, yo sé que a ti te va a encantar, si tú quieres, puedes irte para esta casa donde va a estar Marisol y cuando haya puesto en la mía entonces te mudas, releo la carta y me asusta un poco cuando dice: estamos buscando muchachas decentes y morales para una nueva casa de huéspedes, vamos a haber unas seis muchachas nada más, si tú sabes de alguien, déjame saber, sigo bajando la vista hasta su firma de letra abierta, Marisol, y quise pensar que la carta me la había escrito a mí y que me abrazaba a mí y no a Rosalía; en estos días se casa Marianita con Albert, su novio americano; la boda, en casa de Carmita porque Albert es protestante y dice que en la iglesia no, y el cake y la sidra y los invitados y los testigos y todos abrazan a Marianita en cuanto termina el acto de firmar y cuando voy a abrazarla, se me sale un llanto profundo porque tiene dieciocho años y se va a un mundo desconocido por salir de la vigilia del honor; pronto me voy para La Habana; mi mamá me compra unas maletas Samsonite que alguien le trajo de la base y ya el seis de octubre de 1951 y la despedida y el taxi en la puerta y el avión hasta Santiago y de ahí el autobús hasta La Habana y me alegro de hacer el viaje con Rosalía y la hermana porque así no me siento tan perdida, toda la noche vamos pasando pueblos en el autobús, en esta casi oscuridad intuyo a Camagüey, a Santa Clara, a Matanzas, hasta que, el frescor de la mañana y la terminal de ómnibus y casi no puedo creer que estoy en La Habana; Rosalía y la hermana me llevan primero a mí, a la casa de huéspedes en la esquina de Escobar y Aramburu, hay algo de triste en estas calles pero el apartamento se ve agradable, toco a la puerta y sale una negra que imagino que es la sirvienta, ya estoy en la sala

y espero un tramo de tiempo que me pareció largo, larguísimo, por fin sale una mujer gorda, casi repulsiva, con figura de matrona, con boca de molleja que se le va un poco de lado al hablar, después del saludo le doy una breve información, soy la nueva, recomendada por Marisol, y la mujer, entre tímida y autoritaria, siéntate; me siento sobre la Samsonite con mis diez y siete años y todo el temor que me acompaña; la espera, otra vez, se hace larga hasta que se aparece una muchacha trigueña con los ojos casi cerrados como si aún no se hubiera acabado de despertar; al verla me paro y le pregunto por Marisol, y ella, casi bostezando, bueno, Marisol llega en un par de días, ya ella me avisó que viene en un par de días, yo también soy estudiante de Derecho y Tomasa es la tía de mi novio, Pedrito Alvarez, tú conoces a Pedrito? y yo que sí, que sí lo conozco, pero claro, no le digo que hace unos días dieron un asalto en el Unión, uno de esos bailes que surgen de pronto, y allí, Pedrito invitándome a bailar y me dejo llevar por su ritmo hasta que empieza a declarármeme, a tratar de besarme, tiene algo de atractivo en la boca, los labios sensuales, pero mantengo mi distancia, y en los días sucesivos, Pedrito, que si quiero ser su novia y yo, mira, Pedrito, en unos días me voy para La Habana, así es que no insistas más, y él, que eso qué tiene que ver, mira, yo en estos días voy a La Habana en viaje de negocios, dame tu dirección y yo te voy a buscar y salimos en La Habana mientras yo esté allí, y yo, amablemente, que no, que gracias, que no puedo; ahora tengo a Marta delante de mí en esta esquina de Escobar y Aramburu, así es que tú conoces a Pedrito? pues precisamente él llega hoy, se va a pasar unos días aquí en La Habana porque no sé el tiempo que hace que no nos vemos, claro que papi y mami y mi hermano han venido de Ciego de Avila y se van a quedar aquí en La Habana hasta que se vaya Pedrito, y bueno, voy a arreglarme porque él me avisó que pensaba llegar temprano, pero ven, déjame enseñarte tu cuarto; vamos al cuarto y mi cama está pegada a la pared, a la izquierda; junto a la ventana, la otra cama y Marta explica, esta cama va a ser para Zenaida, también de Ciego de Avila, y en el otro cuarto vamos a estar Marisol y yo, este semestre nada más que hemos conseguido cuatro estudiantes, pero dentro de un par de meses se mudan otras dos; recorro el apartamento amplio y agradable, a la entrada, a la derecha, está el cuarto donde duermen Tomasa y la negra Julia, después está el cuarto de Marisol y Marta, le sigue el baño y después del baño, mi cuarto; el de Tomasa da a la sala y los otros

dos cuartos y el baño dan al comedor; empiezo a desempacar las maletas y a colocar mis cosas, y ya las maletas vacías y estoy planchando una camisa de guarandol de rayas y una falda blanca de hilo y estoy pensando en el susto que se va a dar Pedrito cuando me vea aquí y mientras pienso esto, tocan a la puerta, veo entrar a Pedrito que se abraza a Marta en su papel de novio enamorado, con los ojos cerrados, forzando una ternura caballeresca, y yo parada allí, con la plancha en la mano, contemplando el abrazo hasta que Pedrito se recobra de su propio papel, me ve sonriendo ante la escena y se aparta de Marta como si hubiera visto un fantasma, y yo, hola, Pedrito, qué sorpresa verte por aquí y él a gaguear, que sí, sí, sí, qué, qué, qué sorpresa, y como con urgencia de irse y desaparecer, bueno, Marta, vamos a salir? y ella, bueno, papi y mami y mi hermano tienen que estar al llegar, ellos nos vienen a recoger porque mi hermano trajo la máquina, y Pedrito, ah, pero tus padres están aquí? y Marta, sí, claro, se van a quedar hasta que tú te vayas, y Pedrito hace una mueca, como si lo hubieran atrapado y lo hubieran metido en un cartucho, y al poco rato llegó toda la parentela de Marta, el padre gordo, la madre insípida, el hermano delgado, concentrado en la importancia de pertenecer a familia adinerada, y Pedrito entre ellos como pez fuera del agua; cuando van desfilando para salir, me mira como queriéndome decir algo pero termina saliendo con el grupo que se lo lleva como si hubieran encontrado en él un adorno precioso; ya está la casa vacía y Tomasa y Julia pasan horas en su cuarto, secreteándose y riéndose, el día va pasando y yo sola en mi cuarto y no me atrevo a salir a la calle porque si salgo me voy a perder, pienso que es tan malo no tener a nadie que me quiera; la soledad crece hasta las dos de la tarde cuando ya no puedo más y empiezo a llorar y decido firmemente que me voy otra vez para Guantánamo, se lo tengo que decir a Tomasa, pero cómo interrumpirle su diversión con Julia, hasta que me decido y, mire, Tomasa, yo tengo que irme para Guantánamo, y Tomasa, con la boca caída de lado, no, eso no puede ser, espera unos días, Marisol viene pronto, y esta tarde lo que tú tienes que hacer es llamar a la amiga esa que te trajo y decirle que te venga a buscar para salir con ella un rato; a mí no me entusiasma la idea porque con Rosalía no tengo nada que compartir, pero no resisto más esta soledad y la llamo, mira, que me quiero ir, que esto es muy solo y yo no conozco a nadie, y ella, más condescendiente que entusiasmada, bueno, mira, mi hermana y yo te vamos a

buscar para dar una vuelta, pasamos a recogerte como a las seis; me tranquilizó saber que venían, me conformo un poco hasta que ya están aquí y salimos a caminar por calles que me son desconocidas y la hermosura de la ciudad no calma esta soledad tan triste, vamos a la casa de huéspedes de Rosalía, el edificio es casi nuevo y el barrio mucho mejor que en el que yo vivo; nos sentamos a conversar y yo, que quiero irme otra vez para Guantánamo, y Rosalía se empieza a reír y me dice, tú verás que dentro de unos días ya te acostumbras, y entonces, cuando le cojas gusto a esto, no vas a querer irte nunca, pero nunca de aquí, créeme que eso es así; y en el fondo sé que es así, que es cuestión de sobrevivir estos días hasta que llegue Marisol; al otro día Pedrito me saluda y sé que en este momento se siente más amigo mío porque se ha dado cuenta de que yo no le he mencionado a Marta sus declaraciones; hoy, todo el día, la soledad de mi cuarto; por la noche cuando están Marta y su grupo de parientes en la sala, llega Pedrito y lo veo soportar el aburrimiento; cuando se disponen a salir, él se dirige a mí y me invita, ven, ven con nosotros, cómo te vas a quedar aquí sola, si es que te debimos de haber invitado desde el primer día, y yo sí deseo ir por no quedarme sola, pero los demás no me han invitado y no me atrevo a aceptar, hasta que el padre de Marta, ah, así es que usted es la única estudiante aquí? pues sí hombre, cómo no, venga con nosotros, y la madre, sí, claro, que venga; no me hice de rogar y le agradecí a Pedrito su gesto de amistad; damos vueltas y vueltas en el carro, Pedrito se muestra amable y conversador conmigo, y me siento menos sola; como a las once volvemos para la casa, y Marta, esta noche yo voy a dormir aquí en tu cuarto pero desde mañana me voy para el hotel con mis padres hasta que se vayan a Ciego de Avila; me duermo protegida por el rincón donde se ajusta mi cama estrecha, me duermo protegida por la espera de Marisol y ya este sueño sin interrupciones que se alarga hasta la luz del día, y esta risa de cristal que me llega de la sala, y esta voz de campana fresca que se encadena en palabras que oigo a medias, ésa es Marisol, sé que es Marisol porque con ella se metió la primavera; después del intercambio de saludos con Tomasa y con Julia, los pasos se acercan, y ya Marta de pie para recibirla y yo sentada en la cama con mi payama de cuadritos verdes, blancos y de color tabaco, de tela corrugada de algodón, las piernas juntas, las manos sobre los muslos, y esta inocencia que me regresa como si estuviera naciendo, Marisol ya ha pasado por mi

cama sin verme y ahora está de espaldas, abrazando a Marta, ah, así es que tu familia está aquí? pues mira, yo vine antes de lo que pensaba venir porque pensé que no ibas a tener quien te acompañara a salir con Pedrito, pero bueno, me alegro de haber venido de todas formas; me deslumbra su alegría y me duele que haya venido por acompañar a Marta y no por mí, y ya le quiero hasta el vestido blanco de pinceladas azules y color tabaco y le quiero su pelo negro, y cuándo se fijará en mí, pero es el momento de la espera y del silencio y mis manos aún allí, aquietadas, sin atreverse al gesto, hasta que Marisol se vira y ah, tú eres la nueva? y asiento con la cabeza cuando siento para mí esa sonrisa suya, esos ojos tan hermosos y su mano en mi hombro derecho, y, como si supiera las palabras exactas que necesito oír, su voz reafirmandome, aquí te vas a sentir bien, no tienes que preocuparte, aquí vas a estar bien; el sonido se hace símbolo de empezar de nuevo, de estrenarme a la vida, de renacer; ahora su voz conversa con Marta, palabras que no son para mí, pero que son una presencia en mí; entro en una ensoñación que me descubro en la mirada, en el espejo del baño, mientras cumpla la tarea automática de lavarme los dientes; una ducha tibia, mi vestido de algodón, el café con leche, deliciosas tiras de pan con mantequilla, el pan de canilla picado en cuatro tiras para mojar en el café con leche y todo se hace luminoso; y Marta, oye, Marisol, qué pena me da que hayas venido por mí, pero mira, si tú quieres, sal con todos nosotros; y Marisol y su sonrisa tan hermosa, no, está bien, yo me quedo aquí, yo saldría si te hiciera falta, si estuvieras sola, pero prefiero quedarme; y me mira, y si me quedo, entonces salimos nosotras dos, no te parece? la alegría de sus ojos, una luz que me ilumina piel adentro desintegrando todos mis muertos para sacarme a la vida, y afirmo desde mi casi silencio, sé que Marisol intuye lo que siento, lo que los demás no ven, y ahora mismo, aquí, en la sala, estamos sellando este misterio nuestro en el que nadie más puede entrar; llegan los parientes de Marta, Pedrito con su cara de resignación, Marisol intercambiando saludos, agradable, cordial, acogedora y apenas puedo fijarme en nadie más; por fin el momento en que desfilan, los veo desaparecer por la puerta, y ya Marisol a mi lado, vamos a ponernos cómodas, te gusta caminar? y mi respuesta casi silenciosa, sí, me encanta; ya Marisol se ha puesto sus mocasines y yo los míos; dejamos atrás el apartamento para atravesar la luz del día, y ese amor de Marisol por el aire que respira y esa alegría de estar viva y su forma de aceptar

este silencio mío mientras me señala, mira estas piedras, qué antiguas, yo amo estas piedras tan viejas cargadas de historia, mira, mira, y me señala, mira, verdad que son bellísimas las escalinatas de la Universidad? mira, ésta es mi Escuela, la Escuela de Filosofía y Letras, mira, ésta es tu Escuela de Derecho; y ahora en Carlos III, mira, la Escuela de Medicina; me abro a la vida y voy reconociendo la belleza de las cosas cuando las toca su voz y esta luminosidad que se me abraza a las ciento doce libras de mi peso; en mis huesos, una sabiduría para estrenar las calles de adoquines, los viejos edificios, la cafetería de L y 27, ven, vamos a comernos los perros calientes más ricos que hacen en La Habana; las aceras amplias, las calles asfaltadas, la promesa de Radiocentro, mira, aquí vamos a venir, aquí, además de la película, ponen siempre un show buenísimo; ya va oscureciendo, si pudiéramos meternos en una cabaña solitaria, pero es hora del regreso y se queda mi ensoñación entre las anchas avenidas; ya la cena y Marisol haciendo cuentos con esa alegría tan simpática, y bueno, me voy a poner cómoda; entra en el cuarto y sale con una payama de seda blanca, el cuello rematado en un vivo delgado, color vino, y yo también con mi payama de cuadritos, estamos en el comedor, Tomasa parece entretenida con los cuentos de Marisol, y Marisol, a mí, yo no sé bailar, y tú? y yo que sí, que yo sí, y ella, ah, pues tienes que enseñarme porque yo soy un desastre bailando, antes, lo que sí sabía bailar era la jota aragonesa, sí, creo que aragonesa, no? pero ya ni me acuerdo, y con la misma se para a bailar la jota, su risa tan clara, y bueno, yo creía que sabía bailar la jota pero ahora creo que lo que parezco es un chino verdulero, no? Tomasa se ríe y Julia sigue rondando el asiento de Tomasa con la cara amarrada, enmoñada, hasta que Tomasa la ve y bueno, ya son las diez y media, me voy a acostar, todas las noches nos acostamos temprano, ya voy a cerrar con llave la puerta de la casa porque Marta no viene esta noche; nos damos las buenas noches; Marisol entra en su cuarto, me llama y cierra la puerta: vamos a conversar un poco, no te parece? se acuesta en su cama que está cerca de la ventana, yo me siento en la cama de Marta que está casi pegada a la de Marisol, y Marisol, ven, por qué no te acercas para conversar? me siento en el suelo con las piernas debajo de su cama, mi cabeza, a la altura de la suya, nos hablamos en la penumbra hasta que Marisol, mirándome a los ojos, cómo te sientes? y no me atrevo a decir lo que siento en español y me sale, wonderful, con una voz profunda; Marisol

se sonrío casi feliz y no decimos nada más de esto porque es innecesario, se nos va deslizado la noche hasta que Marisol, bueno, yo no tengo sueño, pero en algún momento tenemos que acostarnos, no te parece? y estoy de acuerdo, pero qué difícil se me hace alejarme; ya de pie, bueno, hasta mañana; en mi cuarto, un sentimiento hermoso me acompaña a la vez que añoro estar con Marisol, y de pronto, Marisol en la puerta de mi cuarto con su almohada en la mano, oye, como Marta no viene hoy, yo me voy a quedar aquí para que tú no estés solita; y esta serenidad que me entra y este agradecimiento y esta intensidad cuando presiento la silueta de los senos pequeños que insisten en marcarse entre las sedas blancas de su payama; y Marisol, que duermas bien, siéntete tranquilita que yo estoy aquí; se va durmiendo en la otra cama y yo en la mía; me voy al sueño con esta mansedumbre hasta que se me va lo que queda de la noche y ya la luz del día y esta frescura que me llega; me siento en la cama; la alegría de verla dormida tan cerca de mí, me paro delante de ella para acompañarle el sueño hasta que abre los ojos y su sonrisa, y hola, dormiste bien? en un tono tan acogedor, y ya presentimos este día nuestro de caminar calles que se hacen queridas; el café con leche, el pan con mantequilla, Tomasa, sentada a la mesa, hace un chiste obscuro y Marisol y yo nos quedamos serias mientras dejamos pasar su risa grotesca; terminado el desayuno, nos preparamos para salir; tocan a la puerta, se aparecen Marta y sus parientes con Pedrito, Marta llama a Marisol y hablan en el cuarto y Marisol me llama y, oye, Marta quiere que yo los acompañe a ella y a Pedrito a un juego de pelota al que Pedrito quiere ir porque sus padres no la pueden acompañar, ni su hermano; oigo esto y algo se me ensombrece dentro; Marisol me rescata de la tristeza, no te preocupes, ya yo le dije a Marta que tú tenías que ir porque no te vas a quedar aquí sola, así es que vamos a estar juntas, es un compromiso del cual no puedo evadirme, tú lo comprendes, verdad? la miro agradecida por esa seguridad que ella me da; salimos Marta, Pedrito, Marisol y yo; ya en el estadio, una cola enorme para poder entrar; después de la espera tan larga, estamos en los asientos, comienza el juego que no entiendo y Marisol se deleita en explicarme lo que es home y primera base y un strike y le hacen gracia mis comentarios tan desacertados y se entusiasma porque está jugando el equipo del Almendares porque ella es almenjarista; se van rápidas las horas y los días y ya las clases; he decidido llevar mis asignaturas por la libre

para poder sacar diez en vez de cinco asignaturas cada año, es urgente que termine pronto la carrera porque no sé hasta cuándo mi madre me podrá mantener en La Habana; cuando nos llega el dinero de la casa, le pagamos a Tomasa, el resto que nos queda lo juntamos Marisol y yo y con eso nos vamos a merendar, o al cine, a encontrar momentos de privacidad fuera del apartamento; siempre andamos solas ella y yo y cada vez se nos hace más difícil dormir en cuartos separados, ella con Marta y yo con Zenaida, con la que no tengo nada que compartir aunque a veces pretende ser cariñosa conmigo, óyeme, tú duermes que pareces un oso, y así empezó a decirme el oso, y Marisol me dice que le gusta eso de oso y repite, oso, osito, osito, mi osito, osi, mochi, Mochi; en las tardes en que Marisol tiene clases y yo no, me entra esta tristeza hasta que llega; por la noche nos sentamos aparte para estudiar y Marisol, ven, pon tu balance frente al mío, aquí, cerca, y yo lo pongo y estamos frente a frente, hablamos, nos miramos, ella con sus pies en mi asiento rozándome el costado de uno de mis muslos; a veces, en el baño, abrazo contra mí la ropa que ha usado Marisol para que los líquidos ya secos de su cuerpo me impregnen de su olor; esta mañana nos hemos levantado para ir a la Universidad, se nos hace difícil la separación, seguimos conversando y Marisol propone, óyeme, vamos a caminar un rato por el malecón? y así dejamos que el mar nos acompañe; en la guagua rumbo a Galiano y San Rafael, un muchacho delgado, de pelo negro, de tez muy blanca, hola, Marisol, cuánto tiempo sin verte, qué alegría encontrarte, dime, dónde estás parando? en la cordialidad alegre de Marisol, oigo nuestra dirección de Aramburu y Escobar; nos bajamos, el muchacho sigue en la guagua; entre el gentío de la calle y la elegancia de las tiendas, algo me va doliendo dentro, sé que Marisol lo intuye porque me mira a los ojos, apresura una explicación: este muchacho, Ricardo, estuvo enamorado de mí pero no fue novio mío ni nada, es un buen muchacho, me escribía cartas de amor en las que me decía muñequita, pero yo siempre lo he visto como a un amigo, eso es todo, es más, yo nunca he tenido novio, con veinte y un años que tengo, nunca me han besado; me quedo mirándole la boca, la urgencia tan callada se hace casi dolor en mis labios, una sensualidad controlada me acompaña en la merienda del Ten-Cent; la pureza de Marisol, su casi ingenuidad, su aire adolescente, la hacen parecer menor que yo; en el baño se hace costumbre el olor de su ropa que me acerco en secreto, se hace costumbre todo esto

de lo que nunca hablo; Zenaida sale casi todas las noches con el novio y esta noche Marta ha salido y la privacidad será nuestra; estamos en el cuarto de Marisol, a puerta cerrada y ya en payamas, nos tocan a la puerta; la cara amarrada de Julia, asomándose, oye, Marisol, un joven te busca; Marisol escoge un vestido rápidamente, se cambia en el baño y se va para la sala; en el cuarto, este frío que me entra, la espera se dilata para hacerse angustia, ya me parece que Marisol se ha ido para siempre y me quedo sin armas para esconder la angustia; la puerta se abre y su sonrisa y su mirada de preocupación y oye, Mochi, tú te sientes bien? yo en la sala estaba preocupada por ti, Ricardo vino a visitarme como amigo, a conversar un rato, pero nada más, él sabe que a mí no me interesa como nada más; me siento aligerada y se va haciendo hermoso este momento; cuando nos sigue molestando la presencia de las otras, me pregunto si Marisol se ha dado cuenta de esto que sentimos, si ella intuye esta necesidad que siento por su boca; una mañana, oye, quieres ir a La Habana vieja? así caminamos un poco y conoces aquello y de paso vamos al correo, que quiero mandar un certificado a casa; ya la guagua y calles tan antiguas que camino entre sueños y el correo y la fila y dos muchachos vienen a sacar conversación; uno, muy bien parecido, cómo dices que te llamas? Marisol? pues yo me llamo Eduardo, sí, estudio Medicina, así es que Escobar y Aramburu? bueno, pues como a las ocho y media las vamos a recoger, te parece bien? y Marisol, de acuerdo; le echo un vistazo al que me va a tocar a mí, un rubio de ojos azules con cara de monito simpático, de esos que uno podría encontrar detrás de las rejas de cualquier zoológico, nos despedimos, y la guagua, y el apartamento, y Marisol se lava la cabeza y le habla a Marta, óyeme, Eduardo es un tipazo de hombre, una cara monísima, pero además, tiene un pecho que parece un colchón Simmons; y pienso que ya es hora de que yo me deje de todo esto que creí intuir en Marisol, todo esto que me inventé yo; me esfuerzo por mantener una serenidad que es resignación y es desencanto, me esfuerzo por no pensar en lo que sentiré cuando vea a Marisol con ese hombre; con esa precisión de los relojes que dan las horas en campanadas, me viene a la mente aquello de óyeme, Eduardo tiene un pecho que parece un colchón Simmons; ya de noche esperamos en la sala la llegada de Eduardo y Ruby entre el frío de mis manos y la frase persistente, un colchón Simmons; la espera se alarga hasta las nueve, hasta las diez, hasta las diez y media

y cuando pensé que Marisol se iba a desencantar, oigo su risa, bueno, desde hace rato ya yo sé que no vienen, y yo, estás desencantada? y ella, riéndose, no, por qué voy a estar desencantada? me vuelve un alivio junto con el propósito de aceptar que yo me inventé algo que no existe; a los pocos días, Tomasa, con su boca de lado y el ritmo de su cuerpo enorme, oigan, muchachitas, tenemos que mudarnos de aquí; da unas vagas explicaciones, algo así como que los dueños quieren vivir en el apartamento, pero todo dicho en una forma complicada y extraña; la mudanza ocurre rápidamente a este otro apartamento casi nuevo en la calle K entre 19 y 21; ahora me han puesto en el cuarto con Elvira, una nueva que es de Cienfuegos y con una amiga de ella a quien le dicen la Rubia; Marisol está en otro cuarto con Marta y Zenaida; por las noches Marisol y yo nos quedamos estudiando en la sala, empezamos como a las once, cuando ya todas están acostadas y cerramos la puerta del pasillo que separa las habitaciones del resto de la casa; una noche, Marisol, oye, yo no tengo deseos de estudiar mis asignaturas, quieres que te lea un poco de Derecho Romano? le entrego el libro, para leer en voz alta, tenemos que estar cerca para no despertar a las demás, nos sentamos en el piso del pasillo, ella me lee, me pasan por la mente estas leyes, unas veces, como una seria letanía, otras veces, como una canción; en el arrullo de su voz me asalta esta debilidad en la cabeza que nos da el hambre, porque Tomasa nos hambrea con la comida siempre escasa, raciones para dos o tres personas que nos ponen en la mesa para que comamos ocho; cuando recibimos el dinero del mes, vamos a comer a distintas cafeterías y restaurantes o compramos algo para comer en la casa, en las últimas semanas del mes sólo nos quedan las escasas raciones de Tomasa; noche a noche, sentadas en el piso, tan cerca, cuando Marisol no lee en alta voz nos quedamos mirándonos hondamente, su mano entre las mías, ahora siempre su mano entre las mías, la acerco a mí, se la beso y siento mi boca abierta, como absorbiéndola; me paso el día esperando momentos nuestros, esta noche, después de leer, Marisol, ven, vamos al balcón, quiero enseñarte un lucero, la sigo con una cierta ensoñación, qué hermosa la noche, y ella, mira, verdad que es un lucero bellísimo? ése es nuestro lucero; aspiramos la noche antes de entrar, como para retenerla, y ya en la penumbra del comedor, nos abrazamos en esta forma lenta, apretada, el calor de mis manos recorriéndole la espalda, la humedad de mis labios abiertos en su cuello, en la oreja,

nuestra respiración honda y contenida, una intensidad que casi duele, un dejarse llevar hacia la entrega, y de pronto, la voz de Marisol, es mejor que vayamos a acostarnos, no te parece? sin hablar, nos vamos al pasillo y lo caminamos, su mano en la mía, y ya la puerta y ya la despedida y me pregunto si Marisol se dará cuenta de lo que está pasando entre nosotras, si se dará cuenta de todo esto que nunca mencionamos; ahora, Marisol sentada frente a mí en este comedor en el que tantas noches nos hemos abrazado, sus piernas en mi asiento, tan cerca de mis muslos; se hace intensa la tarde gris que golpea con su lluvia los cristales, se hace intensa mi ensoñación húmeda y gris, hermosamente melancólica, inesperadamente sacudida en la voz de Marisol: sí, fue mi primer amor, cuando yo lo veía creía que me iba a desmayar, siempre coincidíamos en la misma playa de veraneo, pero yo creo que él ni se enteró, imagínate, él era como siete años mayor que yo, si yo era una vejiguita, imagínate; la voz se va apagando mientras escribe un poema raro, hermoso, de lluvia que golpea los cristales, de la lluvia que trae la nostalgia de aquel amor; y otra vez su voz: Mochi, cuando yo me case y cuando te cases tú, podríamos vivir los dos matrimonios en la misma casa y así no tendríamos que separarnos nunca; la escucho dentro de un asombro que me va creciendo mientras me digo que definitivamente debo de haberme inventado todas estas cosas que no existen; ya de noche, volvemos a Constantino I, que trasladó la capital a Bizancio que terminó llamándose Constantinopla, mis manos vacías sin el contacto de la suya; ha avanzado la noche y decido, bueno, creo que debemos acostarnos, y ella, sí, ya es tarde; voy hacia la puerta, ella me detiene, y, bueno, hoy no me vas a abrazar? la abrazo tratando de que mi contacto sea de afecto y amistad, que sea un abrazo de amiga o de amigo o de padre, y ella, estrechando el abrazo, así no, abrázame como siempre, como siempre; la intensidad me viene de golpe, mi boca húmeda en su cuello, bebiéndomela, hasta que su voz, bueno, es mejor que nos vayamos a acostar, y ya el pasillo, su mano en la mía, la puerta del pasillo, y, hasta mañana, sí, hasta mañana; es diciembre, los días de vacaciones se acercan, qué dirá mi madre cuando me vea en estas noventa y ocho libras y alejarme de ti, Marisol, y ya las diligencias y el pasaje y Rosalía y la hermana y el autobús y el avión y el tren y Caimanera y mi madre en el puente de madera, llorando, ay, hija, qué te ha pasado, si es que estás transparente, tienes las manos transparentes, y yo, que bueno, que

no nos dan mucha comida, y mi madre, pues aquí tienes que alimentarte, y cuando estés en La Habana yo te mandaré cajas de comida, tú sabes, cosas en lata para que te alimentes, ay, por Dios; y a llorar otra vez y en estos días el cuidado de mi madre, y el alimento y el reconstituyente, Vitaferol, mira, hija, te vas a llevar un pomo de Vitaferol para La Habana y a mí me encanta el Vitaferol que desde bien chiquita me lo daban y yo siempre quería más porque es como melaza; se acerca el 31 de diciembre, no quiero ir al baile para que nada me aparte de Marisol, ni siquiera el acto insignificante de bailar con alguien que no me interesa, pero tal vez esta necesidad de serle fiel a Marisol es algo que yo me he inventado porque ella sigue hablando del día en que se case y también de que hay que salir con muchachos, que nosotras nunca salimos con muchachos; un día que vimos a Ruby, Marisol lo invitó a la casa y Ruby se apareció con un amigo, fuimos a dar una vuelta en máquina y Ruby le explicó a Marisol que aquella noche que él y Eduardo iban a salir con nosotras no fueron a buscarnos porque algo se les presentó y les fue imposible ir, y que cualquier día venían a buscarnos para salir, pero nunca vinieron; ahora, en Guantánamo, Luisín me invita para el 31, acepto sin desearlo, sin saber por qué es que he aceptado, tal vez porque Luisín es el muchacho más bien parecido de Guantánamo y todas las muchachas están locas por él, y Carmita y todos dirían que por qué no voy al baile del 31 si ya tengo compañero y chaperona, tampoco sé por qué Luisín me habrá invitado, tal vez por curiosidad, por verificar si es cierto lo que se dice en el pueblo de mí, y ya el 31 y ya el baile y es verdad que Luisín es un hombre bello con sus ojos y su pelo color de miel y su tez como una rosa y su boca perfecta, no es hombruno, ni siquiera varonil, no baila mal aunque es de pasito corto, sin soltarse, y yo esperando que en algún momento este hombre tan bello diga algo interesante pero no dice nada ni de él ni de la carrera de Medicina que está estudiando, sólo se queda ahí, mansamente vanidoso; ya a solas, me acompaña la penumbra, esta espera, el momento en que volveré a ver a Marisol, la certeza de que este año de 1952 no se estrena para mí hasta que yo no esté con ella; sigue la espera hasta el día del viaje, y ya en La Habana y nuestro encuentro casi silencioso con tanto que decir; salimos a caminar para estar solas, y yo, mira, Marisol, el día 31 fui al baile con Luisín, y Marisol, ése es el muchacho del que tanto habla Rosalía, que todas están locas por él? y yo, que sí, que es ése mismo, Marisol se va

poniendo pálida y en sus ojos que tanto quiero, voy reconociendo el dolor, y mira, Marisol, yo, ni me besé con él, ni dejé que se me acercara, te dije que fui a bailar porque quiero que lo sepas, pero no porque eso haya tenido importancia para mí; un alivio le va llegando al oírme y otra vez, la necesidad de estar juntas, decidimos comer fuera y después, al cine y regresar de noche a la casa; en la urgencia de estar juntas se nos pasa a veces la hora de ir a clases, y el día que voy, mientras me como el pastel de guayaba en el bar de Derecho, pienso en el momento de volver, de apresurar las calles para adelantar el reencuentro, pero siempre la insistencia de Marisol, tenemos que empezar a salir con muchachos porque todas las demás salen; una tarde llego de la Universidad y Marisol, tan alegre, ven, déjame enseñarte, me lleva para el cuarto, me enseña una caja de dulces, y mira, me la trajo tío Pedro, no la quise abrir hasta que tú llegaras; al abrirla, toda esta repostería cubana tan sabrosa, los capuchinos tan deliciosos, las varitas de San Jacobo, las panetelas borrachas, los dulces de almendra; y Marisol, y esa sonrisa, y verdad que todo esto es un sueño? y todavía no te he dicho lo mejor, tío Pedro me dejó platica y esta noche nos vamos a la cafetería de Radiocentro y nos damos un banquete inolvidable, qué te parece? y yo, al fin, bueno, Marisol, esta noche no puede ser, porque me encontré a Luisín y me invitó a salir y como tú siempre dices que hay que salir con muchachos, pues yo, Marisol me interrumpe, ah, sí, muy bien, claro, sal con él; veo la tristeza en sus ojos y en el gesto contraído de su frente; trato de estudiar en la sala en lo que queda de la tarde y de pronto, Marisol, oye, yo voy a salir contigo y con Luisín, él tiene que saber que ninguna muchacha sale sola, y acepto porque lo mejor que puede pasarme esta noche es estar con Marisol; ya las ocho y media, Luisín fumando y caminando con el pasito de George Raft, estás lista? y yo, sí, pero tenemos que esperar a una amiga que va con nosotros; Marisol llega a la sala antes de que Luisín diga una palabra y Luisín, vamos a ir a un parque de diversiones, cogemos la guagua y los tres vamos de pie, y yo, de cuando en cuando mirando a Marisol, su rostro tan sombrío; en el parque de diversiones Luisín quiere montar en todo, en los coches locos, en la montaña rusa, en los caballitos, y Marisol siempre se queda en tierra, esperando, con la tristeza en los ojos, hasta que yo, mira, Luisín, no me siento bien, tengo que irme ya, y él, pero es que es tan temprano, la noche empieza ahora, podemos ir a otra parte, y yo, que me siento mal, y él que si es así,

que está bien, que nos vamos; en el apartamento, la voz de Marisol, es verdad lo que dice Rosalía, es un muchacho guapo; y yo, que con todo lo bello que es, me aburre enormemente; ella me mira con una casi resignación como si acabara de perder, irremediablemente, algo muy suyo; esta noche no estudiamos y cuando la fui a abrazar, su voz, hasta mañana, y no me devolvió el abrazo; en los días sucesivos, un vacío se ha hecho entre nosotras que poco a poco se va disipando; esta noche Elvira no está aquí y la Rubia, como tantas veces, ha ido a pasar unos días con su familia en Los Pinos; es hora de acostarnos y Marisol viene para mi cuarto; la luz apagada, Marisol acostada en la cama de Elvira, oímos en la penumbra la música de André Kostelanez, estoy sentada en el suelo como en aquella primera noche, en un intenso silencio compartido en el que nos miramos largamente; vamos cerrando la distancia y mi boca abierta en su cuello, en la oreja, me siento los labios resbalándole la piel al ritmo de una respiración profunda; algo que casi duele mientras le desabrocho la blusa y empiezo a acariciarle los senos por encima del satín, un sonido quejumbroso que le sale, una mezcla de suave violencia y de ternura, y de pronto, su voz, esto no debe de pasar entre nosotras; siento un frío que me debilita porque pienso que definitivamente, yo me inventé algo que no existe en Marisol, y la angustia de mi equivocación, y el llanto que me sale incontenible, perdóname, Marisol, es culpa mía, esto de no haber visto que; Marisol con esa ternura conmovedora, no, si no es culpa tuya, yo no quiero que tú sufras, es que tenemos que hablar de esto, nunca hemos hablado, pero hay que decirlo, si es que podemos querernos en otra forma, si es que para mí tú eres como una hermanita, tú no lo sientes así? y yo, que sí, porque lo cierto es que tengo muchas formas de quererla, y Marisol, yo me alegro de que hablemos porque así podemos tratar, verdad que sí? con la serenidad que nos va envolviendo, nos llega también el planteamiento de cómo disipar un sentimiento que ya, tan absolutamente, nos envuelve; una noche, después de intentar estudiar, vamos a despedirnos de nuestro lucero, la noche tan hermosa, y, Marisol, no me vas a abrazar? es que ya tú no me quieres abrazar? otra vez el comedor, la penumbra, la mezcla de suave violencia y de ternura y como siempre, la voz de Marisol tan a tiempo, es mejor que vayamos a acostarnos, no te parece? al otro día como a las dos de la tarde estoy en mi cama y Elvira en la suya; Marisol viene y se acuesta conmigo en esta cama estrecha,

nuestros cuerpos tan cerca, y protegiendo nuestra intimidad, una colcha que nos cubre en el intenso calor de nuestro clima; Elvira echa su risita de niña ingenua que le sale entre bostezos, ay, me está entrando sueño, por qué no echamos una siestecita y cierra los ojos y Marisol y yo nos quedamos en silencio, mirándonos por no sé cuánto tiempo mientras nos llega desde algún apartamento cercano, una música que nos acompaña, el **Sueño de amor** de Liszt; ya nadie nos puede quitar lo que tiene que cumplirse, me voy acercando para que ella estrene en mi boca su primer beso, esta fuerza tan suave que nos une, esta serenidad tan llena que aún nos queda cuando Elvira abre los ojos y, qué, muchachitas, ustedes no durmieron? yo me rendí; Marisol ni contesta y yo, en un medio silencio, no, no pudimos dormir; sin decirnos nada, Marisol y yo sabemos que tenemos que salir porque hoy los demás se harían intolerables; la mesa más solitaria de una cafetería, el paseo lento por las avenidas, se nos ha hecho de noche sin darnos cuenta; regresamos, y ya mi cama y Marisol en su cuarto, y esa voz suya que se ha quedado en mí, teníamos que salir porque es preciso hablar, verdad, mi vida? qué cosa tan hermosa, mi primer beso, yo me lo había imaginado tantas veces, cómo sería mi primer beso, pero nunca lo pude soñar así, tan hermoso, si es que cuando me besaste yo sentí que me desprendía del mundo, que me quedaba flotando en el espacio acompañándome la música del **Sueño de amor**, yo sé en qué momento exacto fue que nos besamos y ya para siempre, cada vez que lo oiga voy a reconocer ese momento, y tengo que decirte, tengo que decirte, mi amor, que la otra noche cuando tú me acariciabas los senos, yo lo deseaba también, es que no te diste cuenta de cómo yo estaba? pero no vas a creer esto, me dio pena pensar que iba a estar desnuda delante de ti, porque yo nunca... pero también está lo otro, lo que yo he luchado por no reconocer, si es que desde el principio, desde que empezamos a estudiar juntas y tú me abrazabas y me besabas por el cuello, se quedaba en mí una intensidad que cuando me separaba de ti me hacía preguntarme, pero Dios mío, qué es todo esto, a veces trataba de no pensar en lo que sentía por ti y otras veces le pedía a San José que me ayudara, le pedía que esto no fuera lo que yo creía que era, porque yo sentía tanto miedo, pero hoy no quiero romper esta felicidad, esto tan bello que fue mi primer beso, esa boca tuya, qué boca, yo adoro tu boca; ahora en mi cama, Elvira se empeña en hablar y yo, mira, Elvira, me da pena, pero me vence el sueño, y al fin se

apaga Elvira y me quedo en esta ensoñación, repitiéndome las palabras de Marisol, entrándomelas piel adentro, porque no sé lo que nos depara el destino pero el hecho de que su primer beso fue mío, ya nadie me lo puede quitar; se hace difícil habitar este amor entre tanta gente, y esa preocupación de Marisol, hay que salir con muchachos, ahora más que nunca, tenemos que salir; cuando la miro largamente, siempre su precaución, ten cuidado, no me mires así, se van a dar cuenta, desvío la mirada y me pregunto en silencio si algún día dejará de molestarme la presencia invadente de los demás, tantos pares de ojos en vigilia; la urgencia del beso, hay que esperar esa hora tarde de la noche en que las demás duermen y mi libro de Derecho Romano se queda allí, abierto en el pasillo; una noche en que se hace demasiado difícil la despedida, sin soltarnos las manos seguimos para la cama de Marisol y la tierna violencia del beso se prolonga mientras la acaricio y guardo su humedad en mi mano, mi boca resbala por su cuello, en sus senos, nuestra respiración profunda y contenida, un temblor que me recorre y la voz apagada de Marisol tratando de quietarme, cálmate, cálmate, se pueden despertar; en la penumbra miro la cama de Zenaida perpendicular a mí, como a un metro y medio de distancia, a mi izquierda, tan cerca, la cama de Marta, no quiero detenerme a pensar si estarán dormidas o no, si habrán intuido mi temblor y la voz apagada, cálmate, cálmate, trato de relajarme, boca arriba, los brazos a cada lado del cuerpo, me quedo derecha, derecha en la cama, me voy calmando, me voy separando de todo lo que me rodea, soy pensamiento nada más, me salgo por mis ojos, divago por el cuadrilátero del techo, esta quietud que me penetra, esta ajenidad que me envuelve como un acto involuntario de desprenderme del pedazo de cal y de cemento y de ladrillos donde también respiran Zenaida y Marta, me vuelvo a meter por mis ojos, siento la coraza del cráneo y todo esto que es piel y sangre y cal también, y la idea de ser libre fuera de mí, otra cosa que no sea yo, aire y espacio; se prolonga el silencio hasta que, bueno, Marisol, hasta mañana; en mi cama, la necesidad de libertad insistente, y la pregunta, por qué tener que pagar el pan con la sangre de mi frente, con la sangre del tiempo, con el tiempo, cuántos pedazos de tiempo tenemos que pagar por un pedazo de pan, cuántos pedazos de este tiempo-vida hay que dar por un hueco donde se ampare nuestra privacidad; si algún día pudiera habitar el tiempo sin tener que darlo por un pedazo de pan, si pudiera solamente pintar o escribir o amar

libremente a una mujer; la obsesión de habitar el tiempo me sorprende aquí, en mi payama de cuadritos, es hora de inducirme al sueño, me abrazo a la almohada, estoy sobre el lado derecho, mi mano derecha debajo de la almohada donde reposa mi cabeza para hundirme en esto de no ser; va pasando la noche que no siento hasta la luz del día, me voy reconociendo, todo igual, la payama de cuadritos, Elvira, los ojos vigilantes, me voy al baño, la payama baja y el blúmer y el acto de orinar privadamente; sentada en la taza enciendo mi primer cigarrillo de la mañana, fumar privadamente con el estómago vacío para que me venga el mareo que me da la nicotina, me interrumpe el primer toque, y yo, que ocupado, y otro toque, y yo, que ocupado, y ya esto no es orinar privadamente y ya esto no es fumar privadamente; el pedazo de papel bruscamente arrancado del rollo, me seco, el blúmer en su lugar, la payama abrochada, salgo, el tráfico de la casa siempre igual y estas urgencias de besos que se cumplen a medias detrás de las puertas de los closets, Marisol, para aliviar la densidad que nos envuelve, oye, Mochi, yo creo que sería mejor que yo me comprara un ajustador de maternidad, no te parece? su risa, campaneando como un cristal, me hace olvidar por un momento toda esta limitación, los ojos vigilantes que se pegan a las paredes para asaltar nuestra intimidad; una mañana estamos todas en el comedor y Tomasa, tengo que decirles algo, yo no puedo seguir con la casa de huéspedes, yo no me siento bien, así es que pronto se tienen que mudar, no nos dice exactamente cuándo; Marisol toma la noticia con esa actitud de ella, con la que no le da importancia a las cosas que tienen solución y en cuanto estamos a solas, no te preocupes, seguro que encontramos una casa mucho mejor que ésta, pasan los días, el 10 de marzo el tiroteo por las calles, la gente comentando el golpe de estado, que Fulgencio Batista dio el madrugón y que a dónde irán a parar Mary Tarrero y Prío Socarrás; Marisol y yo desde temprano en la calle, pasamos grupitos de gente; todo el mundo está inquieto y la Universidad está revuelta; Marisol y yo ya hemos decidido regresar al apartamento, ahora caminamos por la acera, oímos un tiroteo y no sabemos de dónde viene y Marisol, tírate, tírate al suelo; nos tiramos al suelo boca abajo hasta que pasa el repicar de balas y ya el silencio y nos quedamos sin saber de dónde vino; estamos en la casa esperando noticias de la huelga de estudiantes hasta que nos llega la confirmación, cerrada la Universidad por tiempo indefinido, en este 11 de marzo decidimos regresar a nuestros pueblos, y Marisol por

qué no te pasas unos días conmigo en Las Villas? así conoces mi pueblo y después sigues para Guantánamo; me llega la invitación como un golpe de suerte inesperado en el que se me hace difícil reconocer que el cristal grueso del cilindro se ha abierto, liberándome para que conozca una plenitud que nunca había sido mía; las maletas preparadas, la estación, el tren en marcha y yo preocupada porque nada más que veo asientos y creí que íbamos en litera, y Marisol, sí, no te preocupes, ahorita las arman, y al poco rato, las literas listas, y ya en la nuestra, las cortinas bien unidas, el trepidar del tren, presentir el campo en la carrera rápida y oscura de la ventanilla; esta intimidad tan nuestra aquí, donde nadie nos molesta, y si vivir fuera intuir el campo, atravesar la noche vertiginosamente en un viaje infinito, en este rectángulo que nos contiene, detener el tiempo en este acto de hacer el amor; qué hermosa la blancura de Marisol en la penumbra donde nuestros cuerpos van aprendiendo a reconocerse en la intensidad que nos lleva a una paz claramente identificable, y, hasta mañana, mi vida; hasta mañana, mi amor, y nos quedamos así, abrazadas, piel a piel, en esta urgencia que nos quita el sueño, y otra vez empezamos y nos sorprende esa violencia tan llena de ternura, y después esa paz, esa definitiva serenidad, y empezamos otra vez y otra y a la séptima vez ya nos va interrumpiendo la claridad del día y el vozarrón del conductor anunciando el pueblo; nos vestimos rápidamente, me siento el cansancio pegado en la cara cuando ya la estación, la familia de Marisol, la casa; y la madre, ay, pobrecitas, pero qué demacradas están, si es que esos viajes en tren son terribles, seguro que no pudieron dormir, no? y nosotras que no, que no pudimos; me quedo observando su figura de cincuenta y ocho años, tan absolutamente diminuta, detrás de gafas gruesas, los pies unidos en el talón y separados en las punteras; el desayuno, Marisol le ha pedido a la cocinera que me haga un chocolate caliente que sabe delicioso con el pan con mantequilla, terminado el desayuno, la madre de Marisol insistiendo en conversar pero ante nuestro absoluto cansancio se resigna, bueno, ya veo que quieren descansar, bueno, sí, vayan a acostarse, ponemos a la visita en el otro cuarto, ya está preparado, y Marisol, no, mami, es mejor que duerma conmigo porque a ella le da miedo dormir sola; la madre no se ha quedado muy conforme pero tampoco quiere enfrentarse a la decisión tan rotunda de Marisol; ya en esta cama ancha voy a dejar mi mano sobre la suya para dormirme así, y Marisol, asustada, cuidado, hay que

tener mucho cuidado, en cualquier momento que se le ocurra, mami puede entrar, a la noche, espera hasta la noche; me conforma esa promesa, me duermo; estos días hemos querido estirar el tiempo; en los momentos en que no nos rodean los primos y primas y familiares de Marisol, salimos a caminar el pueblo, después del caserío estamos en el campo abierto, compartimos el silencio o hablamos en voz baja; el campo, limpio de gentes, nos podemos mirar, y Marisol, qué mirada tan dulce la tuya, y esa sonrisa, yo adoro tu sonrisa, te das cuenta de que a tu lado se me hace hermoso este camino entre la yerba? a mí nunca me habían hablado así y ya no tuvimos que decir nada más y ahora en el gentío de primos y primas y las sobrinitas y la cuñada y el hermano y el padre y la madre, me acompaña aquello del camino hermoso abierto entre la yerba; en la mesa rectangular, el almuerzo, el padre de Marisol me hace historias, habla con un acento como si acabara de llegar de España pero con una dicción obstaculizada por el asma, cuando no entiendo bien lo que dice, Marisol adivina mi gesto y repite la historia; el hermano de Marisol, siete años mayor que ella, de unos cinco pies y cuatro pulgadas, el cinto del pantalón a la altura de las tetillas, enorme bigote, enormes patillas, hay algo vivaz y noble en su mirada; Marisol se esfuerza porque yo me sienta acogida, tú te has fijado como toda mi familia te acepta? mami te atiende muchísimo, papi que nunca habla con nadie, se queda en la sobremesa para hablar contigo, mi hermano ya me dijo que cuando tú te vayas él te lleva al aeropuerto que está bastante lejos de aquí, mi hermano que no deja la tienda por nada, pero por nada, imagínate que a los catorce años ya él le dijo a papi que no quería estudiar más para dedicarse a la tienda, y fíjate que él ni se va a su casa a almorzar porque como estamos al lado de la tienda, se ahorra tiempo almorzando aquí; Marisol y su familia protegida en la seguridad que da el dinero, la tienda tan grande por donde desfilan el campesinado y la gente del pueblo, propiedades de casas aquí, casas de apartamentos en La Habana; Marisol, limpia de ostentaciones dentro de su riqueza, libre del peso del sacrificio, qué cómodo debe ser nacer así, sin esta culpa que nos trae la pobreza; si algún día yo pudiera tener dinero para que ella viviera a mi lado con esa tranquilidad que vive ahora, sin darse cuenta siquiera de que sobrevivir es un prolongado acto doloroso, una imposibilidad, una limitación; la angustia se me hace palabra, Marisol, si algún día pudiéramos vivir juntas, cómo disolver esta pobreza que siempre me acompaña, si es que hoy no

puedo ni soñar esa casa que construyo para ti, con la que siempre te sorprendo, y tu alegría y tu emoción profunda ante ese espacio que será nuestro, hoy no puedo soñarla porque me siento la pobreza pegada en los huesos; y Marisol, pero tesoro, no te das cuenta de que con la única persona que puedo ser feliz es contigo? si se tratara solamente de pobreza, yo me iría contigo al fin del mundo; al oírta me va entrando una resignación, un sabor amargo porque ya no puedo decir aquello, cuando crezca voy a ser hombre y a casarme contigo; Marisol sigue pensando en el matrimonio como si fuera para ella un acto inescapable de cumplimiento con la sociedad, porque como mami dice, aunque me divorcie después, una mujer debe de casarse; sé que jamás viviremos juntas, me asalta la urgencia de emigrar para que los ojos vigilantes se queden ciegos de mí, y me atrevo a mencionar, si esto se diera, Marisol, si yo pudiera irme lejos de aquí, vendrías conmigo? y Marisol, no quiero hablar de nuestra separación, pero por lejos que estemos nada nos separará, aun cuando se me arrugue la piel te seguiré queriendo porque nos une la sangre, quieres ver como nos une la sangre? levanta la cuchilla que descansaba encima de la mesa de noche, se hace sangre en la mano y sangrando, me da la cuchilla, ahora tú, sácate sangre tú, y yo, como poseída por este ritual extraño me entierro la cuchilla hasta que empiezo a sangrar y unimos las manos apretándolas, como un sello; hablamos de transfusiones de sangre, para que mi sangre corra por tus venas y la tuya recorra mi cuerpo; estos pactos que hacemos en el tiempo, no tendrán lugar en el espacio, porque Marisol nunca alzaré el vuelo y siempre será lo mismo, la mesa rectangular, Marisol, el padre, la madre, el hermano; el día de nuestra separación llegará demasiado temprano, llegará violentamente, a desprender mi boca de su cuerpo; esta tarde tan hermosa, el sol de nuestra tierra, y Marisol, ven, tengo que compartir esto contigo, antes de que te me vayas, ven; voy siguiéndola escaleras arriba hasta la azotea, Marisol respira profundamente y abre los brazos para recibir del todo la pureza del aire, mira, ven, éstas son mis palomas, desde hace tiempo tengo mi palomar, verdad que son hermosas mis palomas? me va señalando sus preferidas; comparto el momento en un casi silencio, y pienso que qué bueno, si a Marisol nunca se le fuera esta ingenuidad tan sana, que qué bueno si yo no tuviera que decirle, Marisol, es mejor que me vaya, es mejor que ya mañana me vaya, y nos llega a las dos esta tristeza, y Marisol, bueno, sí, yo comprendo, ya tu mami estará

deseosa de que llegues; no le digo que en realidad podría quedarme más tiempo, pero he notado que cada vez que Marisol y yo decimos de salir a caminar a solas, a la madre se le hace una trompita en la boca como una forma de protesta; todas las mañanas al amanecer, la madre entra en el cuarto y vamos, vamos, Mari, levántate a tomar el jugo de naranja, Marisol se sienta en la cama medio dormida sin que se le ocurra pedir que no la despierte a esas horas; todas las noches tenemos que dar tiempo a que los demás se duerman y si sentimos los pasos de su madre nos separamos en seguida, porque puede entrar de pronto al cuarto a decirle cualquier cosa a Marisol; ahora respiramos el aire que nos llega en la azotea, y Marisol, esta noche mi hermano nos iba a llevar a todos a visitar a mis tías que viven como a quince kilómetros de aquí, yo creo que entre el viaje y la visita estarán fuera como unas dos o tres horas, yo le voy a decir a mami que tú quieres ver ***El jorobado de París*** que están poniendo aquí, en el cine de la esquina, le insistimos en que tú no has visto la película y que la quieres ver, entramos al cine antes de que ellos se vayan, estamos un rato allí y volvemos para acá, así tenemos la casa para nosotras, no te parece? su voz me llega como una promesa y me maravilla esta forma de Marisol de buscar la manera de compensar el dolor; ahora su voz, tan alegre, vamos a bajar a merendar una mermelada de guayaba que está divina, pero divina, tú verás como te va a gustar, y nos tomamos un café, y hay de esas galletas que tú les dices galletas de Cristina, que te gustan tanto; ya en la mesa rectangular, riquísima la merienda, el padre de Marisol tomándose el café, la madre caminando sin parar con los zapatos de tacones y las punteras separadas, y Marisol, oye, mami, esta noche Mochi y yo nos quedamos para ir al cine porque ella no ha visto ***El jorobado de París*** y lo están poniendo en el cine de la esquina, y ya la trompita, y bueno, si ustedes no van, pues dejaremos el viaje para otro día, y Marisol, no, mami, por qué van a dejar de ir ustedes, si es que ya las tías los esperan y no hay necesidad ninguna, es una tontería eso de que no vayan; y el padre, claro, yo lo veo así, vamos nosotros a casa de tus hermanas y ellas que vean la película; la trompita ahí, apretada en el silencio, y Marisol, mami, yo creo que ustedes regresarán antes que nosotras, pero por si acaso, déjame la llave; ya de noche, la madre, el padre y el hermano preparándose para salir, y Marisol, bueno, mami, un besito, que lo pasen bien, y no se preocupen por nosotras, eh? en el cine, todo aquello del jorobado de

París que ya yo me había visto en Guantánamo, tanto que me conmovió y ahora esta impaciencia que me da el jorobado, y ya Marisol sabe que no resisto estar allí y sin que yo le diga nada, cálmate, hay que dar tiempo, hasta que por fin, ya, vámonos; cruzamos la calle, entramos por el boquete de la puerta y Marisol, vamos a registrar la casa para estar seguras de que no hay nadie, la recorremos, está cómodamente vacía, al llegar al baño de losetas empezamos a besarnos, allí, delante del lavabo, tan cerca de la ducha, frente a la taza y el bidet; el abrazo largo y el beso prolongado, y yo, vamos a quitarnos toda esta ropa y a acostarnos, y Marisol, no, no, tenemos que estar vestidas porque si ellos llegan les decimos que acabamos de llegar del cine, otra vez el abrazo, y un ruido en la puerta, el llavín girando, la separación brusca y Marisol, deben ser ellos, menos mal que al entrar aquí encendí todas las luces, su paso apresurado hacia la sala y yo allí en el baño, dentro de un silencio inconforme, y la voz de Marisol, pero mamaíta, ya están de vuelta? a ver, viejita, cómo lo pasaron? y la voz del padre, sí, tu mamá quiso regresar en seguida, en cuanto llegamos quiso volver; salgo del baño con una sonrisa forzada, y qué tal? lo pasaron bien? cómo están las hermanas? y la madre, como disgustada, bien, ellas están bien; y yo, nosotras acabamos de llegar en este momento porque no nos gustó la película; ahora a sentarse en la sala hasta que llegue la hora de acostarnos que se sigue prolongando hasta que Marisol, mamaíta, es mejor que nos acostemos ya porque mañana ella se tiene que levantar temprano, y doña Florida, bueno, está bien, y Jacinto la tiene que llevar al aeropuerto? porque él tiene mucho trabajo en la tienda, y yo me adelanto a contestar, no, porque dice Marisol que aquí mismo en la esquina para la guagua que me lleva al aeropuerto, y Florida, sí, así es, aquí mismito la puedes tomar; y yo, bueno, hasta mañana, y doña Florida y don Alvaro, bueno, hasta mañana; en la cama, a esperar los ronquidos de don Alvaro, el silencio de los tacones, y yo, oye, Marisol, cómo es que a tu mamá le pusieron Florida? y Marisol, bueno, es que a ella no le gustan sus nombres y ella misma se los quitó y decidió llamarse Florida porque dice que ese nombre siempre le gustó, y yo, que cómo se llama en realidad, y Marisol, que a su mamá no le gusta que sepan sus nombres, y yo, que me los diga, hasta que por fin, Marisol, bueno, a ella le pusieron Tiburcia Agripina, te imaginas ponerle esos nombres a un angelito recién nacido? nos dio gracia como Marisol dijo esto y nos reímos bajito, de pronto, doña Florida allí,

plantada delante de la cama, bueno, si van a levantarse temprano no se pasarán la noche hablando, no? y Marisol, no, mami, ya yo me voy a dormir, si es que tengo un sueeeeeeeño! y empieza a bostezar, y tú, mami, no tienes sueño? y doña Florida, que no, que ninguno; se va, me quedo pensando que si se le ocurre pasarse el insomnio caminando por la casa, buena es la noche que nos espera, no sé cuántas horas van pasando, nos llega esa música trasnochada del traganíquel del café de la esquina, y por fin, el silencio, nuestra piel desnuda, y qué pronto nos viene el amanecer, los tacones sonando por toda la casa, la puerta abierta, el vaso en la mano y aquella figura diminuta, vamos, vamos Mari, el jugo de naranja, y Marisol se lo toma sin protestar, disfrutando el cuidado de su madre y después el tono chiquión y mimoso, mami, aún es muy temprano, me quedo un ratico más, un ratiquito nada más; la trompita, como inconforme, como si no se resignara a estar despierta sin Marisol, acuérdate que se tienen que levantar temprano, y Marisol, sí, mamaíta, un ratiquito más; se aleja el taconeo, el vaso, la estatura diminuta; abro los ojos para mirarnos a solas un rato más, y Marisol, en voz baja, sabes una cosa? de cuando en cuando me cambian la posición del colchón pero voy a decirle a mami que no lo toquen más porque si no lo cambian, siempre voy a saber exactamente cuál es tu lugar y así va a ser como si estuvieras ahí, como si no te hubieras ido; hay que levantarse y ya el desayuno y mis maletas en la sala y el momento de cruzar la calle para coger la guagua y ya en las dos la tristeza de la ausencia y lo difícil de una despedida cordial para aturdir con fórmulas nuestro amor profundo; el apretón de manos a don Alvaro, el abrazo a doña Florida, muchas gracias, doña Florida, por sus atenciones; y Marisol y yo aguantándonos en esta disciplina que nos impone la renuncia; evitamos la mirada, Marisol se me acerca, buen viaje, y, en voz baja, un telegrama, pásame un telegrama, tengo que saber que llegaste bien, y, en voz alta, bueno, hasta luego, saludos a tu mami y demás familiares, ya en la guagua y Marisol allí, en la acera, hasta que se hace inútil mantener la vista en ella porque el movimiento nos roba las imágenes, nos desaparece los pueblos; en la carretera, la ausencia se llena de recuerdos, Marisol, nunca me habían hecho un regalo de cumpleaños así, qué amanecer, ese 12 de marzo; Marisol, y si algún día yo me fuera lejos, vendrías conmigo? esta pobreza que siempre me acompaña; Marisol, lo que más duele es lo que nunca te he dicho, yo voy a crecer y a ser hombre y a casarme contigo; esa

renuncia suya y a la vez su forma de quererme, si hay alguien con quien yo puedo ser pobre y feliz, es contigo, no te das cuenta de que contigo se hace hermoso este camino abierto entre la yerba? el vozarrón del chofer me saca del ensueño, el aeropuerto, despachar las maletas, abordar el avión, el ruido que rompe la serenidad del espacio, la acidez, el sueño que me da la dramamina, Santiago, otro avión hasta Guantánamo y mi mamá y Carmita que me esperan, de qué puedo hablar ahora, no, los disturbios no me afectaron, no, yo no oí ni un tiro, no, yo no salí del apartamento ni me asomé por la Universidad, todo bien, no hay problemas; trato de oír historias de gentes que apenas conozco, y ay, mi hija, qué alegría de verte, y tú, no te alegras de vernos? estás tan tristonza; y yo, que no, que es el viaje, el viaje me ha cansado mucho, pero cómo no voy a alegrarme, antes de que se me olvide, tengo que ir al correo a pasar un telegrama porque la mamá de la amiga mía me dijo que se iba a preocupar si yo no pasaba un telegrama para saber que llegué bien y esta señora fue muy atenta conmigo, así es que imagínate, tengo que cumplir, y mi mamá, sí, hija, cumple, cumple, pero por qué no lo pasas mañana, si tú misma dices que estás tan cansada, tú sabes lo que es ir ahora hasta el correo? y yo, bueno, para mí es un compromiso y una molestia esto de salir ahora, pero ella insistió y mejor se lo paso ya hoy; y mi mamá, pero acuéstate primero y descansa un rato, y yo, no, es que no quiero tener esto pendiente; salgo antes de que se compliquen más las explicaciones, mientras camino las cuabras hacia el correo voy pensando en el telegrama, amor mío, llegué bien, no sabes cuánto te extraño; vida, acabo de llegar y ya quiero estar contigo, tuya siempre; los escalones del correo, la ventanilla, y sí, qué desea? enviar un telegrama? mire, aquí tiene; lleno el papel, nombre, dirección, fecha y el texto, llegué bien, Mochi; el hombre de la ventanilla cuenta las palabras, y así va a firmar usted? Mochi dice aquí? y yo, con un poco de pena porque los demás están oyendo su tono tan naturalmente alto, sí señor, así nada más, pago, los escalones, el regreso por las mismas aceras, y claro que tiene que ser Mochi nada más, es lo único que puedo decir; en Caimanera, lo mismo de siempre, tantos mosquitos encima de uno, rondando a uno, la invasión de los mosquitos que se intensifica hacia las seis de la tarde y ya no nos abandona hasta por la mañana, esas son las aguas estancadas, eso es lo que dice la gente, esas son las aguas estancadas que nos cunden de mosquitos y de esta pestecita que nunca se

desprende, siempre está ahí la pestecita porque los inodoros dan al mar, ahí mismo, debajo de las casas y cuando la marea baja, todo queda en la orilla, imagínate, cómo no va a oler; ya en mi casa tenemos taza, pero en muchas de las casas lo que hay es un cajón, yo me sentaba y me sentía la brisa del mar por ahí mismito y lo hacía todo en un sobresalto porque a veces los muchachos del pueblo se meten por debajo de las casas y uno no los ve porque se esconden detrás de las estacas; mi mamá y yo seguimos con las payamas de satín, el dragón o el bohío, el bordado de las letras, Cuba, y ya estás terminando ésa? pues dámela para plancharla, Pack esperando en el columpio y a apurarse porque ya la lancha americana se va y Pack viaja en la que sale para la base a las tres de la tarde; mi papá en la camita del corredor del patio de celosía, acostado boca arriba con la *Bohemia* en la mano y me pregunto si se venderán suficientes payamas y pañueletas para cubrir mi viaje a La Habana, para cubrir la casa de huéspedes, siempre esta angustia, siempre si podré irme o no, pasan los días y una carta de Marisol que mi madre me entrega abierta porque quiso participar en eso de recibir una carta de La Habana, de un lugar que no es los mosquitos ni Pack ni la plancha ni el bordado, voy a protestar, pero lo dejo así, en la sorpresa y el silencio; pocos días después otra carta de Marisol, que Tomasa ya dejó la casa de huéspedes, pero mira, Mochi, ya encontré otra en un edificio de N que te va a encantar, un edificio bellísimo, nuevecito, que está cerca de la cafetería Cibeles, es de una señora campesina que vive con la hija, parece buena gente; ya mami y yo fuimos a La Habana a verlo todo; vamos a estar Marta, tú y yo en una habitación y Elvira y la Rubia en otra, Zenaida se va para otra casa de huéspedes, espero que nos veamos pronto, cariños, y su firma que es como una definición de ella misma; el tiempo parece detenerse hasta que llega al fin el momento del telegrama, dentro de dos días estoy en La Habana, releo la fecha, la dirección, el texto con mi hora de llegada y mi firma, Osito, el hombre de la ventanilla contando las palabras y oígame, la firma es Osito? eso es lo que dice aquí, Osito? su voz tan naturalmente alta y yo en mi medio silencio, sí señor, eso mismo es lo que dice, pago, me imagino a Marisol esperándome en la estación de autobuses y ya el taxi y ya el avión hasta Santiago y el autobús hasta la estación de La Habana y Marisol no está, voy en el taxi pensando que debe ser que todo ha terminado; ya la casa, y en la entrada, Marisol con su sonrisa, y mi cara tan seria, y no tengo que decirle nada

porque en seguida, la explicación, acabo de llegar yo también, estaba loca por adelantarme a ti para esperarte pero no pude, no pude venir antes, pero qué alegría estar juntas, verdad que ya se te va a quitar la cara seria? mira, si cuando recibí tu telegrama con eso de Osito, me pareció que me estabas dando besitos así, así, así, pero muchos besitos, su risa tan alegre va borrando esta seriedad tan de piedra y salgo de mi encierro; es verdad, este edificio es bellissimo con plantas hermosas en todo el pasillo ancho de la entrada, los pisos tan pulidos y al fondo, la puerta; subimos hasta el tercer piso, y mira, Mochi, esta señora es Nievita y ésta es Claudia, su hija; Nievita es una señora gruesa, campesina, que parece buena gente, Claudia es flaca de color rosado, como el de los ratones recién nacidos, los brazos largos y tiesos, medio bizca, medio anormal, profundamente tímida, y yo, a Nievita, que mucho gusto, y a Claudia, que mucho gusto; vamos a nuestro cuarto con una tercera cama tan de más, esperando a Marta, Marisol intuye mi protesta y mira la cama de Marta con resignación, qué podía yo hacer, imagínate, qué podía hacer, cómo decirle a Marta que quiero estar sola contigo; cuando nuestra resignación se va haciendo desabrida, Marisol comenta, Marta va a tardar unos días en llegar y mientras tanto, el mundo es nuestro; las caminatas por el Prado, los platillos voladores tan deliciosos que hacen en un timbiriche cerca de allí, siempre nos gustan los de mermelada de fresa y queso crema y nos encanta ver como colocan las dos tajadas de pan con la mermelada y el queso crema en la planchita redonda, y después, saboreamos el platillo volador con un batido de anón o mango o zapote que Marisol le dice batido de mamey, o si no, un batido de vainilla o de chocolate, recorreremos tantos lugares apareciéndonos de pronto en el malecón o en la Catedral, Marisol siempre quiere pasar por la Catedral, verdad, Mochi, que la Catedral es bellissima? a mí me emociona verla, te juro que me emociona; a veces, el tumulto del centro comercial, Galiano y San Rafael, y soñar delante de las vidrieras, fijarme en los anillos de matrimonio hasta que veo el que me gusta para Marisol; esta tarde nos vamos para la cafetería del América, nos tomamos un frozen de chocolate y Marisol me repite, ves qué especitos y qué ricos son? si hay que comérselos con cucharilla; a mí me gustan mucho estas cucharillas tan largas que ponen, estoy recreándome en esto cuando de pronto, Marisol, mira para ahí, esto sí que es tener suerte, mira quién acaba de entrar; miro y es una negra vestida con un traje verde de satín, con un aire

elegante, y Marisol me aclara antes de yo preguntar, es la Marquesa, tú nunca has oído hablar de la Marquesa? y yo, que sí, que he oído hablar de ella y también del Caballero de París; la Marquesa se acerca al mostrador y se sienta en un banquillo cerca de Marisol, Marisol empieza a hablarle, mire Marquesa para acá y Marquesa para allá, y la Marquesa tan a gusto oyendo su título repetido con tanto entusiasmo; la guagua y ya la calle N, caminamos hacia el apartamento y Marisol, oye, Mochi, te das cuenta de que esa conversación con la Marquesa fue un momento histórico? te das cuenta de que hemos vivido la historia? su pregunta nos inicia en una serie de relatos de nuestros pueblos, ella me habla de sus personajes, de uno a quien le dicen Callejas por los cuentos que hace, y que a ella también le dicen Callejas en su casa porque le gusta hacer cuentos y hablar mucho; y a veces, cuando habla seguido, óyeme, verdad que hoy estoy peor que Callejas? y yo, que no, que me encanta oírla; y en Guantánamo, también, tenemos a Aguacero, que cuando habla escupe a todo el mundo, y está el Cabezón, que tiene la cabeza enorme y los muchachos le gritan Cabezón y él les grita obscenidades que riman con Cabezón y sigue repitiendo, ón, ón, ón, y está Virula, que cuando le dicen Virula, él contesta, a mí que me digan Félix, y por alguna razón extraña, en el pueblo han cogido la frase para indicar que uno no tiene nada que ver con lo que le están diciendo y en vez de decir, yo en eso me lavo las manos, dicen, a mí que me digan Félix; y está la mulata que siempre se está dando golpes en el pómulo, bien arriba, casi en el ojo derecho, y se da los golpes con los dedos apiñados y ya se le ha hecho un morado enorme, como un círculo negro alrededor del ojo, y cada vez que uno dice, oígame, qué le pasó en el ojo? ella siempre contesta, la mula de Ampallo, que me dio una patada en el ojo, y eso es como darle cuerda porque entonces sigue repitiendo, la mula de Ampallo me dio una patada, la mula de Ampallo me dio una patada en el ojo, y le oímos la letanía hasta que se pierde de vista; y está la vieja que vende billetes y que se enrabieta cuando le dicen Bichí Bichí, y yo un día le dije Bichí Bichí y seguí caminando disimuladamente y al poco rato, ya no me acordaba de Bichí Bichí y cuando estoy pasando por las columnas del edificio de la farmacia, siento que me dan un bastonazo por la cabeza y era Bichí Bichí que me estaba velando y se desquitó con el bastonazo y no le dije nada porque tenía derecho a hacerlo, traté de seguir tan campante, como si no me hubiera hecho nada el bastonazo, pero para

decirte la verdad, me dio hasta mareo y el caso es que nunca más le dije Bichí Bichí; Marisol y yo empezamos a reírnos imaginándonos a Bichí Bichí dándome el bastonazo y velándome entre las columnas; en Guantánamo hay una loca que se llama Severita, que tiene la cara llena de arrugas y surcos y siempre está pintorreteada, la boca pintada con creyón rojo, rojísimo, como si fuera un payaso, y carmín en toda la cara, siempre lleva pamea puesta y cinco o seis faldas sucias, rpiadas y apestosas, la dejan montar gratis en el tren que va de Guantánamo a Caimanera, y le ha dado por decir que es amante de un médico de Guantánamo, en cuanto Severita llega a Caimanera, la gente le grita, oye, Severita, cómo te fue anoche con el doctor? Severita se ríe enloquecida, y el doctor, cada día está más enamorado de mí, y anoche me hizo tal y tal cosa, y habla cochinas hasta por los codos, y la gente a reírse, y un día, hay unos muchachos en el corredor de mi casa oyendo a Severita, porque Severita viene todos los domingos a saludar a mi mamá, y uno de los muchachos dice, qué les parece si le damos un baño a Severita? le piden permiso a mi mamá, y mi mamá, bueno, si ella quiere, en el patio hay una manguera; se la llevan para el patio, y, vamos, Severita, para quitarte un poco de piojos, Severita acepta con aquella ingenuidad tan indefensa, vi cuando prepararon la manguera y me fui, porque el baño me pareció demasiado doloroso; y está la vieja Panchita, la de los líos, que se viste de largo, y que siempre lleva un lío de ropa como el de los vagos de las películas, es muda y la gente dice que es muda porque le arrancaron la lengua, pero nadie sabe por qué, va de casa en casa pidiendo pan con su cara arrugada y su boca sin dientes, y aunque no se le oye la voz, se entiende que está pidiendo pan y cuando se lo dan lo mete en el lío con la ropa y cuando tiene la boca abierta como un enorme óvalo para pedir el pan, pone una expresión de sorpresa, casi alegre, no es como Severita, que a veces se ríe enloquecidamente y otras veces se sienta en el sillón y llora indefinidamente con una tristeza que se hace profunda; en Caimanera tenemos a Cosita, el señor Presidente, un mulato como de cincuenta años, de barba blanca, que usa bastón y parece un patriarca, siempre impecablemente limpio, la gente le pasa por al lado, y qué, señor Presidente, cómo andan las cosas del gobierno? y oígame, Cosita, lo que hace falta es que usted, como Presidente de la República, nos eche un buen discurso, Cosita se levanta del sillón donde le están limpiando los zapatos, la alegría en los ojos, su

figura tan hermosa, y empieza a hablar, ajeno a la burla y la risa de los que le rodean; y de pronto, me asombro de esa inconsciencia con que nos burlamos de esos seres tocados por la locura; me asalta la necesidad de conocer al Caballero de París y habitar su mundo; y ya Marta aquí y por suerte ella es de las que siempre van a clases y por las mañanas tenemos la habitación para nosotras, he convencido a Marisol de que tenemos que cerrar la puerta con llave porque Nievita entra en los cuartos sin tocar, y Marisol, pero si la puerta está con llave y Nievita intenta entrar, qué va a pensar? y yo, bueno, imagínate, si la puerta está sin llave y Nievita entra cuando no debe entrar; una noche en que Marta estaba felizmente fuera, estamos en la cama de Marisol, su cuerpo debajo del mío en un beso prolongado que nos ha hecho perder la noción del tiempo, de pronto, el pomo de la puerta, el ruido, alguien tratando de entrar, Marisol se contrae con intentos de pararse para obedecer el mandato de Nievita que se empeña en abrir la puerta y yo estrecho más el abrazo y me resisto a desprender mi boca de la suya; Nievita a golpetazo limpio en la puerta, Marisol tratando de liberarse, la sigo besando tan violentamente entre los gritos de ay, Jesús, Claudia, Claudia, vamos a llamar a ver quién viene para que nos ayuden a abrir la puerta; los gritos me desprenden, me voy para mi cama, me hago la dormida, Marisol abre la puerta con cara de sueño, y ay, Nievita, perdone usted, es que anoche estudiamos hasta tarde y estábamos rendidas, y Nievita, ay, Jesús, pero qué susto, y las demás muchachitas que no están aquí, porque si no yo les hubiera pedido que me ayudaran a abrir la puerta, y Marisol, disculpándose, dígame, Nievita, qué desea? y Nievita, bueno, yo, a ver, pues hija, ni me acuerdo, con el susto, ni me acuerdo, era una bobería, pero ya ni sé, hija, con el susto, ya ni sé; no hablamos más de esto y me quedé pensando si Marisol se habría puesto brava conmigo por el nerviosismo que le hice pasar, pero un día, mientras merendábamos, esa sonrisa suya, la alegría en sus ojos, y su voz, qué beso aquel, mi amor, qué beso aquel; y yo, que cuál, y ella, el beso aquel, el de los gritos de Nievita, y con nuestra risa, esta felicidad que viene a acompañarnos; Marta, con la cara de amargura que siempre tiene, ha cambiado con nosotras y cada día se nos hace más difícil convivir con ella; no creo que ella sabe que Pedrito tiene novia en Guantánamo y que ya la gente dice que Pedrito y Lidia se van a casar; Elvira a veces me mira con esa sonrisa de ingenua idiotizada, me dice algo a medias, como compadecida de mí, como diciendo,

bueno, a pesar de todo, yo te perdono, pero en seguida se da cuenta de que a mí no me interesan sus perdones porque ella nada tiene que perdonarme; otras veces adopta el papel de salvadora y va con Marisol a brindarle a su hermano Rolandito, como si Rolando pudiera salvar a Marisol, mira, Marisol, tú harías una pareja maravillosa con Rolandito, por qué no hablas con él? mientras la oigo, pienso en Rolando, en su sonrisa bobalicona como la de Elvira y me pregunto si Elvira no se dará cuenta de que está perdiendo su tiempo; Rolando y otros muchachos vienen todos los días a almorzar aunque no viven aquí, y Elvira insiste, mira, cuando Rolandito venga a almorzar, habla con él, porque si no a él le va a dar pena invitarte a salir; y se planta en la cara esa sonrisa en la que levanta el labio superior y se le ve el interior del labio como esforzándose por llegar a la nariz; Marisol sigue sin interesarse por Rolandito y Elvira se queda sin poder salvar a nadie; ahora Marta se pasa días fuera de la casa y cuando vuelve, trae con ella una amargura y un resentimiento que se hace agresividad; un día entramos al cuarto, Marta está llorando, nos dice que recibió carta de Pedrito y que Pedrito ha roto el compromiso; Marisol, conmovida, trata de consolarla pero Marta guarda su distancia; Marisol se le acerca y Marta, esquiva, yo me voy de aquí, me mudo en estos días, pero desde hoy me voy, ya vendré a buscar mis cosas, y se va con su amargura tan ácida, sin mirarnos; el alivio de no tener que convivir con ese resentimiento de Marta, y por otra parte la preocupación de Marisol, a quien le ha afectado la actitud de Marta, y, Mochi, yo creo que Marta sabe lo de nosotras y por eso es que se ha amargado así, aparte de lo de Pedrito, yo creo que se ha ido por lo de nosotras; trato de calmarla porque no vale la pena que nos dejemos devorar por su rencor; Elvira sigue con eso de muchachitas, ustedes nunca salen con muchachos, con tantos muchachos que vienen a almorzar aquí, y ya tú sabes, Marisol, que si tú quieres, yo le hablo a Rolandito; no quiero herir a Elvira recordándole que ella tampoco sale con muchachos porque no la invitan; Nievita ha cambiado con nosotras, nos mira con aire de sospecha; se va cerrando el círculo y ahora salimos más que nunca porque necesitamos lo agradable de una matinée o el misterio del barrio chino, el almuerzo en el Pacífico o la merienda en alguna cafetería; en el apartamento sentimos el acecho, algo desagradable que se nos va filtrando; una noche, Marisol, oye, Mochi, si Marta y Nievita y Elvira y creo que hasta todos los demás reaccionan así ante lo

nuestro, es que debe ser algo a lo que debemos renunciar, vamos a prometerle a San José que ya no va a pasar nada entre nosotras, tenemos que irnos a confesar, pero sobre todo, prometerle a San José que jamás volveremos a acercarnos así; Marisol ha escogido la Iglesia del Sagrado Corazón, esta noche no puedo dormir pensando en la posibilidad de que me toque uno de esos curas que siempre están hablando del infierno, si así fuera, tendría que decirle que cómo me voy a ir al infierno por este amor tan hermoso, todavía me imponen un poco las sotanas y sería horrible que el cura se saliera con que el diablo y el infierno; ya en la guagua, en el asiento de atrás, una frialdad en el pecho, este miedo que reconozco en el silencio y en el sudor de las manos; en Reina, la Iglesia tan hermosa, ya de rodillas, el terror, y mire, padre, ya yo no me acuerdo de cómo se hace la confesión ni me acuerdo del acto de contricción; me responde una voz suave que se filtra por las rejillas, bueno, hija, cálmate, cálmate, repite conmigo, y repito lo que me va diciendo; en la benevolencia de este padre tan viejito confieso todas estas cosas sin estar segura de que sean tan terribles; y el anciano, bueno, hija, eso pasa mucho en los conventos, entre las monjas, no sufras, hija mía, vete en paz, me quedo esperando, hasta que, padre, cuál es la penitencia? y el padre, bueno, si quieres, reza algunas Ave Marías, como tú creas; Marisol allí, de rodillas en el confesionario, minutos después viene a mí llena de alivio, ahora juntas, de rodillas, estamos rezando; y ya de pie y ya en el pasillo y la calle y, Marisol, que Dios bendiga a ese viejito, qué alma tan pura, qué emoción, mañana puedo comulgar; esa noche Marisol en su cama y yo en la mía; y yo pensando que este amor no puede ser pecado y en la ironía de tener por fin un cuarto a solas y que venga acompañado de esta renuncia; la voz de Marisol queriendo habitar la noche, ves que podemos querernos así también? y yo pensando que sí, que podemos querernos así también, aunque no pregunto por cuánto tiempo, en este silencio, la emoción de Marisol, mañana comulgamos, que duermas bien; y tú también, hasta mañana; y ya la luz del día y no desayunamos para poder comulgar, y ya los vestiditos de peterpán, el cuello alto, de tortuga, las mangas a mitad del antebrazo, la falda a media pierna, Marisol en un recogimiento total, y ya en Reina, y ya la Iglesia, la misa solemne y ajena, llega la hora de comulgar, el cura gordo, desagradable, viene por mi derecha reventando en manteca, toma una hostia y la alza y otra y otra y las va poniendo en las bocas abiertas como buzones, voy

oyendo sin entender palabras atropelladas que dice automáticamente, le miro los dedos acercándose a las bocas, como butifarras, y si este cura orinó antes de dar la hostia y no se lavó las manos? inclino los ojos y ya delante de mí la falda ancha, me imagino la hostia alzada y las palabras dichas en un dos por tres, abro la boca, me quedo con la boca abierta y la hostia no llega, el bulto de faldas delante de mí, y el vozarrón, fuera, fuera de aquí, desvergonzadas, no atino a cerrar la boca porque no me doy cuenta de que los gritos del cura son para mí y para Marisol que está a mi lado, sigo sin moverme, y la mano de Marisol tocándome el brazo y su voz, vamos, vamos, tenemos que salir; ya en la calle le pregunto qué ha pasado, si será que el viejito que nos confesó le habrá contado a este cura, y Marisol, no, no, por Dios, si ese viejito es un alma de Dios, el cura nos insultó porque no tenemos mangas largas, tú no le oíste decir algo así como la carne desnuda de los brazos? y yo, la verdad es que no oí nada, tal vez porque no se me ocurrió pensar en desnudeces del brazo cuando las mangas nos llegan casi hasta el codo; pero es mejor no haberlo entendido allí, para que no me creciera en el templo, la violencia; nuestra breve inmovilidad en la acera, nuestros primeros pasos y ya la guagua y el regreso y Marisol, pensativa, y su voz, curas como éste son los que alejan a uno de la Iglesia; y yo pensando que desde ahora en adelante mi búsqueda de Dios, a solas, y mis momentos de recogimiento, en iglesias vacías, limpias de curas y letanías automáticas; con la promesa-renuncia se va filtrando el desasosiego porque no entregar este amor que llevamos es una forma de morir un poco; la sequedad austera en nuestro cuarto, la inutilidad de este vacío; Marisol ha sacado el cofre de metal que guarda en su armario, lo abre y, tenemos que tirar este algodón; con un gesto de la mano, ya el algodón allí, en el cesto de papeles, y me llega aquella noche tan hermosa, cuando ya nos vino la hora del reposo, y Marisol, quiero guardar esta entrega que me sale para ti; el algodón húmedo en la mesa de noche, y al otro día, no hablamos de eso cuando lo colocó en una esquinita del cofre de metal y me hizo feliz esta idea de concretizar recuerdos; se nos hace amarga la renuncia, se nos va yendo la risa, la soledad nos asalta, la necesidad de alivio, y bueno, después de todo, podemos dormirnos con las manos cogidas; esta tarde, en nuestro cuarto, Marisol estudia sentada en el balance, entro, me paro detrás del balance y su cabeza se inclina hacia atrás como para mirarme, me doblo hacia ella y en este momento

sostenido la mirada se hace beso prolongado, la puerta cerrada con llave, nuestros cuerpos desnudos, piel a piel, el movimiento de su entrega en mi boca, la presión de nuestras manos ahogando el grito; no nos llega del todo la serenidad porque hemos roto una promesa pero nos llega el alivio de saber que todo está ahí, que la ausencia no nos ha sorprendido todavía; ya vestidas, la puerta sin llave, Marisol en el balance y yo de pie, algo me hace mirar a través de la ventana, no hay nadie allá abajo, en el solar vacío, sigo buscando en el espacio y me detengo en ese edificio de apartamentos que está después del solar, recorro las ventanas y de pronto, mira, Marisol, mira aquella ventana, qué ves allí? y este frío que nos viene porque lo hemos reconocido, como un telescopio enfocando nuestra ventana, el frío se me hace palabra, Marisol, nos habrán visto? y Marisol, no lo creo porque la cama está mucho más baja que la ventana y ese apartamento está al mismo nivel que éste; pero yo sé que como aves de rapiña han querido devorar la visión de tantos besos que creíamos amparados por nuestras paredes; y ahora, este nuevo cuidado, esta vigilia de la ventana; ya los exámenes y me falta el tiempo, una dosis de bencedrina para no dormir, para tratar de sacar diez asignaturas en vez de las cinco o seis que se sacan regularmente; terminado el curso, la despedida y esta ausencia de verano; en Caimanera, todo igual, las payamas de satín, la pañueletas, los bordados; por las tardes, selecciono las imágenes que han de acompañarme en este pedazo de la tarde, no sé desde cuándo estoy así, de pie, mi mente, metida entre las aguas, liberándose, liberándose, y mi cuerpo tan quieto para que nadie me interrumpa esta forma de escapar; la presencia me llega tímida, la voz suave de mi padre, qué, hija, estás pensando? nada le respondo y cuando siento su brazo en mi espalda con una casi ternura, como queriendo acompañarme, me sale esta dureza mientras me separo de él; su mirada baja y ese silencio suyo que siento tan profundo; lo veo alejarse con paso triste y quiero gritarle, perdóname, papá, perdona esta dureza mía, por qué te has caído, dime, por qué te has caído, dímelo para comprenderte; lo sigo mirando y lo abandono en su tristeza, me quedo de pie, sin moverme, mi mente escapando hacia el mar, hasta que ya no puedo, y aquí, conmigo, esta soledad tan solitaria; las cartas de Marisol, esporádicas, y las mías a ella también escasas por todo esto que tengo que callarme; en una de sus cartas Marisol me dice que ya Nievita cerró la casa de huéspedes, que ella fue a La Habana con su mamá a

recoger sus cosas y que ya encontró otra casa de huéspedes que está en la calle H, una casa antigua, pero agradable, que ella y yo tendremos una habitación solas; este deseo de irme de aquí, la urgencia de que mi libertad no sea una carga para nadie, qué caminos tendré que recorrer en esta vida, en qué forma puede uno liberarse; el comentario de Caimanera, la gitana está aquí, ha llegado la gitana, y nada más que veinticinco centavos; quiero ir a la gitana y mi mamá, mira, vamos a hacer una cosa, yo voy primero y a los pocos días vas tú porque si vamos juntas nos va a decir lo mismo a las dos; y yo, mamá, y quién es esa gitana? y ella, bueno, nadie sabe de dónde es, ya estuvo aquí una vez que vino por unos días, pero yo nunca he ido a consultarme con ella; mi mamá va a verla y cuando viene, yo, tan ansiosa, qué te dijo, mamá, dime, qué te dijo, y ella, bueno, hija, me dijo un disparate tan grande que no la dejé ni seguir, imagínate que según ella tu papá está al morirse y yo le dije, mire, señora, ni siga, porque mi marido jamás ha padecido ni un dolor de cabeza; ahora, hija, si tú quieres ir, ve; yo quiero ir y atravieso el pueblo hasta la casa donde está parando la gitana, una especie de bohío pero no con techo de yaguas, sino con techo de zinc; la gitana me echa las cartas y mire, usted quiere irse de aquí y está estudiando y usted se va para el extranjero pero más adelante, antes de irse usted se va a casar y algún día usted va a terminar una carrera, aunque yo no sé cuándo; y ahora se queda la gitana tan seria, y mire, aquí hay algo pero yo no sé si decírselo; y a mí este susto que me entra, pero que sí, que me lo diga; y la gitana, bueno, mire, su padre está al morirse, estamos comenzando octubre, yo creo que él no llega al mes que viene, no, él no llega a noviembre, esto es ya cuestión de algunas semanas, algo que va a pasar de repente, como a destiempo, porque él es un hombre joven todavía, verdad? y yo, que tiene cuarenta y nueve años, y ella, pues mire, a su padre, desde hace años, le han puesto trabajos de brujería y ahora le han tirado así, a matarlo, porque a él aún no le toca morir, pero es demasiado fuerte lo que le han hecho; me voy de allí, me llevo este asombro por las calles y ya mi casa y mi madre en la sala y veo a mi padre en shorts, en el corredor del patio, en el momento de coger algo de encima de la mesa, y en ese instante lo supe, mamá, procura que lo despojen, procura hacer algo para que no lleve oscuridades a su muerte, vas a ocuparte de eso, mamá? vas a ocuparte? y mi madre, indecisa, bueno, vamos a ver si él quiere, yo voy a tratar; ya la hora de irme y esta dureza que no me

deja decirle, papá, cuídate en la hora de tu muerte, papá, llévate esta luz, llévate mi luz, que te acompañe; la casa de H tiene su encanto, una casa antigua, de jardín y cancela, pero tanta gente, y el cuarto de Marisol y mío con una puerta que se abre como las de las películas del Oeste, como las de las cantinas de los pueblos fantasmas, con una aldabita para mantener las dos hojas medio unidas, la falta de privacidad y la vigilia nos esperan, y Marisol, sabes que Nievita le dijo a mami lo de nosotras? mami me lo dijo y yo logré convencerla, aunque no sé si en el fondo lo creerá, y ahora ya tú sabes el cuidado que tenemos que tener, hay que salir con muchachos, hay que hacer amistad con las demás muchachitas, no podemos aislarnos porque van a volver a decir lo mismo, lo mejor sería tratar otra vez, tratar de renunciar a esto, yo sé que podemos hacerlo; Marisol se quedará sólo unos días en La Habana porque consiguió una plaza de maestra de música en un pueblito de Las Villas, el padre de Marisol tuvo que comprarle la plaza, no sé cuánto pagó por el nombramiento y tiene que ir un número de días a dar clases al pueblo, y el resto del año le dan licencia; sabes una cosa, Marisol? antes de salir de Caimanera yo tenía que haber hablado con mi padre y no lo hice, me despedí de él tan fríamente, y ahora tengo que hablarte de él, Marisol, porque nunca lo he hecho, porque aquella vez que me preguntaste que dónde trabajaba mi papá, yo te fulminé con la mirada y no lo mencionamos más, yo no quería reconocer que él existía así, en esa forma que me avergonzaba, como un ente social que no cumplía su función de ganarse el pan, pero él está ahí, Marisol, él siempre ha estado ahí, y yo nunca traté de comprenderlo, de habitar su fracaso desde su cesantía en la base, para comprenderlo mejor, y ahora, cuando se muera tan de pronto, va a estar ahí más que nunca por todo esto que nunca le he dicho, no me va a dar tiempo, Marisol, no me va a dar tiempo a verlo otra vez; la ternura de Marisol me llega como un alivio, no te obsesiones así, ya verás que sí, ya verás que vas a poder hablar con él y que se van a comunicar, todo va a salir bien, tú verás que sí; y cuando me obsesiona todo esto, se lo digo a Marisol y ella me repite que todo va a salir bien y me voy tranquilizando; unos días y ya no está Marisol, voy conociendo a las chicas que viven aquí, Quica se ha hecho amiga mía, es buena, sencilla, generosa; su amiga Matilde, con quien comparte la habitación, es egoísta, con cara de mango y con un novio que también tiene cara de mango; en el mismo cuarto con Quica y Matilde, está Hilda la mora, tan callada, tan

inteligente, tan campesina, tan buenota, casi no habla con nadie, nada más que con su novio, morito también; Zaida es de Matanzas, sangrona, bruta, con un cuarto para ella sola; y Leyda y la Bibi y Nenita en otro cuarto; la Bibi me dijo que Nenita es homosexual y que las dueñas de la casa la van a sacar con el pretexto de que van a cerrar la casa de huéspedes y ella está tan preocupada porque es amiga de Nenita y le tiene cariño, pero las dueñas le han dicho a la Bibi que ella tiene que decirle a Nenita que es verdad que van a cerrar la casa y que si la Bibi no coopera con ellas, que se vaya también, y la Bibi me cuenta, es que yo quiero mucho a Nenita y no me importa si es homosexual o no lo es, no tienen derecho a hacerle eso porque ella nunca se mete con nadie, por qué me habrán puesto en el compromiso de engañarla, pero a la vez, yo prefiero que Nenita se vaya de aquí, sin saber por qué, sé que se tiene que ir; las dueñas son las hijas de doña Filomena, que está ya viejita y no se mete en nada, las que se encargan de todo son Niní, de unos cuarenta años, novia de un médico flaco, amargado, seco, de espejuelitos montados al aire y un bigotico antiguo, Niní le dice Cuchi, pero Marisol ya le puso Tamarindo entre Amargura y Soledad; la hija mayor es Cuquita, como de unos cuarenta y tres años, que es abogada pero no tiene bufete y trabaja en la Zona Fiscal, el novio, de familia millonaria, pelirrojo, gordón como un tonel, habla como un retardado, tiene su título de médico, está instalado en una pequeña clínica a las afueras de La Habana; hace unas semanas Marisol y yo tuvimos que chaperonear a Cuquita cuando él la llevó a ver la clínica; los dos novios ya casi están en los cincuenta y no acaban de decidirse a casarse con las dos hermanas; vienen todas las noches a celebrarse, Niní y Cuchi se sientan en los balances de la sala y Cuquita y Orlandito se sientan en los balances del comedor, nos preguntamos siempre de qué hablarán Tamarindo y Niní, tan amargados que son los dos; pero lo que hablan Orlandito y Cuquita todo el mundo lo sabe porque Orlandito habla a gritos y aunque no oigamos a Cuquita, sabemos de qué es lo que están hablando, ahora a Orlandito le ha dado por estudiar Pedagogía y estudia a gritos en el comedor y cuando le pedimos que baje la voz porque no deja estudiar a nadie, él dice, ah, shí, eshtá bien, pero sigue gritando, y Cuquita, tan inteligente, se da cuenta del papelón que hace Orlandito pero trata de taparlo porque para ella y para Niní lo más importante es casarse, están las dos dedicadas a los novios, a que se sientan bien, a que no se disgusten por nada;

Cuquita cumple la historia, esto de casarse y oír para siempre los solemnes parlamentos de Orlandito: miya, miya, Cuquita, yo tengo un pashente que eshtá emfemmito, shica, y yo queo, shica, que hay que dale penishilina, miya, miya, shica, yo queo que con penishilina she cuya, qué te payeshe, Cuqui? y Cuquita asiente, Cuquita siempre asiente, sí, Orlandito, trata con penicilina, a ver; y Orlandito, bueno, Cuqui, ahoya vamos a eshtudiar Peyagogía; y dale con la Pedagogía hasta las once de la noche en que nos deja después de hacernos pasar horas buscando un rincón donde no tengamos que oírlo; la Bibi, también con novio porque ya lo ha decidido, tiene que casarse, pero la Bibi lo sabe, que si se casa, ése será su ritual de muerte, caer en la asfixia de Ricardo que la controlará social, oficial y físicamente, que controlará también su mente tan clara; su perfume de Miss Dior, su elegancia, arreglarse tanto para celebrarse con Ricardo y regresar al cuarto cargada de tedio, marchita en la mediocridad de Ricardo, porque para Ricardo, venir al mundo es estudiar Ciencias Comerciales y algún día ser el administrador del hotel de su padre, allá, en Santiago, con la Bibi encerrada en la casa, obedeciendo su mandato, obedeciendo el mandato de la madre de él, del padre de él, de sus hermanas y de todo este clan apretado de familia; la Bibi a veces me habla de estas cosas, como una queja a medias; le pregunto, estás enamorada de Ricardo? y la Bibi, no, yo no, pero ya lo hemos hablado mamá y yo, Ricardo es el hombre con quien me voy a casar; Ricardo y todo su dinero, y ese aire altanero que lleva en su ropa impecable, en la calidad de la ropa que lo cubre, pero también, esa inseguridad que trata de esconder entre la brusquedad y el silencio; un día, la Bibi, sabes una cosa? Ricardo me ha prohibido que le hable de ti, me ha prohibido que te mencione siquiera, porque a veces me sale un lenguaje que le resulta extraño, y su asombro, y yo, que ese lenguaje es tuyo, que así hablas tú, y a veces me da por repetir tus letanías, y su asombro, y yo, que esas letanías son tuyas, que así hablas tú, y otras veces me salen tus refranes, y su asombro, y yo, que esos refranes son tuyos, que así hablas tú, y hoy me lo ha prohibido, que no mencione más tu nombre, que no hable de ti, que no hable como tú; el brillo en los ojos de la Bibi, y su sonrisa porque no hace falta el comentario, y mi satisfacción, eso de saber que Ricardo se siente amenazado, que sienta la necesidad de que la Bibi no mencione mi nombre, pero que a pesar de todo, estoy ahí; el cuarto vacío sin Marisol, Quica viene a

acompañarme como si supiera que alguien debe de tratar de quitarme un poco esta angustia de la ausencia; ahora, al amanecer, cuando me despierto, me voy a sentar en la sala, y allí siempre está la Bibi, nos miramos, nos encontramos en ese lenguaje que ya se ha hecho nuestro, hay algo en estos amaneceres que me alivia tantas penas; ahora estoy yendo a clases y siempre me encuentro a Eddy en el bar de Derecho, mientras me como el pastel de guayaba y me tomo la Coca-Cola o el café, me llega su actitud de cuidarme y cuando voy con él a la cafetería de Radiocentro, entre el bocadito de pierna y jamón y el helado, me alegro de cumplir con esto que quiere Marisol; estamos en la última semana de octubre, me ronda la angustia, me ronda el miedo; al amanecer del 30, el timbre prolongado de larga distancia y casi me despierto, sé que debería levantarme pero no salgo de la cama; el timbre se convierte en voces que oigo lejanamente, un murmullo de voces se va acercando y ya delante de mí, doña Filomena, Cuquita, la Bibi, Hilda la mora, Matilde y Quica; y Cuquita, mira, levántate, han llamado, que tu papá no anda muy bien y tienes que irte para allá, y yo, que quiero saber, que si está grave, y Cuquita, no, qué va, es que quieren que tú estés allí, pero ya está fuera de peligro, y yo, que quiero saber qué es, y no me dicen, y Cuquita, que ella no sabe; me levanto rápido, tengo que arreglarlo todo para el viaje, el pasaje, todo lo demás, y Cuquita, no, ya la Bibi te arregló todo, vístete y prepara las maletas, Hilda y la Bibi te van a acompañar al aeropuerto para que no vayas sola, nada más que para que no vayas sola; en el camino, la compasión casi palpable de Hilda, ese hermetismo dolido de la Bibi; el avión, ya Santiago, el avión hasta Guantánamo, nubes blancas debajo de mí, un espacio tan diáfano, es mi encuentro con una verdad tan serena, mi padre está muerto, yo sé que mi padre está muerto; el aeropuerto divisado a vuelo de pájaro, aterrizamos, y al bajar del avión, aquel hombre allí, parado, yo sé que me espera a mí, tal vez sea mi padre que ha venido hasta aquí para que yo no me asuste, para que yo vea que en realidad no ha pasado nada; me apresuro, me acerco, y es el padre de Inesita que viene a mi encuentro y me abraza, y mira, yo vine a esperarte, tenemos que ir a Caimanera, yo te acompaño; y yo, y mi papá? y él, bueno, tu papá no pudo venir, pero ya tú verás que está bien, ya tú lo verás, ahora mismo nos vamos en taxi para Caimanera; en el taxi, una amiga de Carmita y el padre de Inesita, un silencio cerrado en todo el camino, estamos ya cerca de Caimanera, frente a la loma que es

el cementerio, un grupo de hombres se para en la carretera haciendo señales para detener el taxi y el padre de Inesita sale apresurado y los lleva aparte y discute, que no, que no, y vuelve al taxi y su voz, al chofer, mire, siga, siga para Caimanera; sé que están enterrando a mi padre, no me dejo pensar en eso; el taxi en marcha y ya el pueblo, el corredor de la casa, el gentío, y mi madre que sale llorando a mi encuentro, y yo, mamá, dónde está mi papá? dónde está mi papá? ella se controla un momento, y, ya lo enterraron, hija, ya lo enterraron; el gentío cercándome, velándome las lágrimas que quieren recoger para sus catarsis; yo sin llorar y aquellas caras contrayéndose en un llanto que nada tiene que ver con mi padre ni conmigo; mamá, diles que se vayan, necesito estar sola, me voy al canapé de la sala, me acuesto, cierro los ojos, y mi madre, te sientes mal, hija? y yo, sí, mamá, el gentío, el gentío, diles que se vayan, y mi mamá, no, no puedo decirles eso, han venido a acompañarnos, pero casi de inmediato, disculpándose, les habla, por favor, ella está mal, como desmayada, ya alguien fue a buscar al médico, por favor, yo les agradezco que hayan venido pero ella necesita descanso; van saliendo las caras contraídas, mojadas, ajenas, me quedo en el silencio sin llorar, el médico me examina, ella está bien, perfectamente bien, y se aleja con su maletín negro; le pido a mi mamá que me deje allí a solas; me quedo boca arriba, tan derecha en la cama, y sigo así, cuánto tiempo habrá pasado; ya la noche tan cerrada, me levanto, voy a recorrer la casa donde ya no está él, restos de rituales de muerto, un crucifijo, las velas, ese olor a cirio quemado, la explicación de mi madre, hija, no pudimos esperarte, lo velamos aquí, pero con este calor, tuvimos que decidir; unas pastillas para dormirme en esta casa que está de muerte; la luz del día, y sobre la mesita, su anillo de rubí y su pipa; deambulo por la casa como buscando algo en los rincones, y cuando mi madre no me ve, me voy al cuarto, abro el armario para ver su ropa, la toco, recuerdo como le quedaba esta camisa; y ahora esta ropa tan vacía de él, y yo delante del armario, como si cada día viniera a buscarlo en la ropa y no lo encuentro, y este llanto que me sale, tan mío, me dejo llorar porque hay verdades que nos entran a retazos y hoy ha madurado su muerte en mí; voy saliendo del silencio, dime, mamá, cómo fue todo, y mi mamá, tú no recibiste mi carta? y yo, que no, y ella, pues yo te escribí un par de días antes de morir él y te contaba que él se compró una chalupita y que iba a pescar todos los días con un hombre que vive en el Nunque y

llevaban el pescado al mercado y hacían su dinerito, y tu papá me daba algo a mí, y el resto, para pagar la chalupita; en mi carta yo te decía que él había cambiado tanto, que era como si hubiera empezado a rehacerse, ay, hija, qué cosas tan extrañas tiene la vida, el 29 de octubre tu padre iba a ir a pescar y yo le supliqué que por favor, que no fuera, por este sueño tan extraño que tuve, que él se moría de repente y que cientos de trabajadores de la base pedían permiso para salir del trabajo para ir al entierro y que no dio tiempo a traer el coche fúnebre de Guantánamo y se lo llevaron como en un camión enorme y cuando me desperté, le dije a tu papá que ese día no saliera a pescar y le conté el sueño y él se rió pero yo insistí en que no fuera y cuando llegó el pescador del Nunque a buscarlo, él se disculpó, que no se sentía bien, que no podía ir; nos quedamos aquí él y yo, hablando de su muerte, y me preguntó que si él se moría qué iba a hacer yo, y yo le dije, yo, me voy en seguida de aquí, me voy para otro pueblo o para otro país y él se quedó así, tristón, y me dijo, no, quédate aquí, no te vayas a luchar sola a un lugar adonde nadie te conoce; aquí pasarás más o menos trabajos, pero no tienes esa soledad de lo desconocido; fíjate, hija, hasta eso hablamos ese día y ya por la tarde empezó a sentirse mal, yo estaba en la sala y lo veo en el corredor del patio caminando, dando tumbos, y yo creí que él estaba jugando, tú sabes que a él le gustaba jugar así, pero seguía tambaleándose, me le acerco y lo vi tan mal, pero tan mal; él se acostó y yo me acosté a su lado, me quedé dormida y a media noche, algo me despertó, no sé decirte qué me despertó, algo terrible que le pasaba a él, ya no podía moverse de la cama, y yo tan asustada y él casi sin poder hablar, pero me dijo, con tanto esfuerzo, cálmate, tienes que ser fuerte, la muerte es una sola; salí a buscar al médico y dejé aquí a Luneida que es la que me friega y me ayuda a bordar, Luneida se queda aquí a dormir porque ya no tenemos cuartos alquilados porque desde que él empezó con la chalupita decidimos no alquilarlos más porque necesitábamos esta tranquilidad; cuando salí y traje al médico, de paso le avisé a Santiago para que viniera conmigo, cuando llegamos aquí ya él ni hablaba y el médico me dijo, esto es una embolia, pero terrible, tan terrible, que si queda vivo va a quedar como un vegetal; casi en seguida murió, y después fue todo como lo vi en el sueño, tantos trabajadores empezaron a pedir permiso en la base para ir al entierro que a las dos de la tarde ya habían suspendido los permisos y no quisieron dar más; yo jamás había visto un entierro con tanta gente; y tal como

lo vi en el sueño, no dio tiempo de traer el coche fúnebre de Guantánamo y tuvieron que llevarlo al cementerio en un enorme camión; mi madre sigue hablando y a mí me duele esto tan grotesco de la muerte, esta diligencia inevitable del entierro en el medio de transporte que aparezca, y mi madre, agradecida, tú sabes como todos aquí querían a tu papá, tú no te imaginas lo bien que se portaron; yo sigo oyéndola y me sigue doliendo ese enorme camión; y ahora a bordar, a bordar incesantemente porque así, si bordo montones de payamas, tal vez pueda volver a La Habana, nos está pasando noviembre y hemos decidido que si vuelvo, será después de las vacaciones de diciembre para evitar los gastos de tantos viajes; me preocupa esto de que mi mamá esté sola, pero una señora divorciada que trabaja en la base le va a alquilar un cuarto, lo que va a pagar es una basura, pero qué alivio, mi madre no va a estar sola, y ya este día triste de diciembre en el que va a romper un año nuevo; pronto estaré en La Habana y antes de irme quiero ver la tumba de mi padre; voy con mi madre a esa loma a las afueras de Caimanera; delante de mí, este pedazo de mármol, el nombre de mi padre y la fecha, 1903-1952, no puedo conmoverme ante la piedra y no puedo conmoverme ante la fecha y ese nombre de mi padre que se me hace extraño, como si no fuera mi padre el que estuviera aquí, en este montón de tierra; es hora del regreso y conmigo, esta incredulidad que me acompaña; y ya el momento de irme, el pasaje, el avión, La Habana, y es enero y Marisol no ha llegado; la Bibi esperándome en la casa con su casi ternura tan coqueta, con su alegría tan suave, su abrazo acogedor, todas las mañanas nos adelantamos a las demás, la Bibi y yo en la sala mirándonos, definiéndonos, mira, Bibi, yo te veo en el círculo de luz de un proyector, en ese mundo reducido, con la luz que va contigo a todas tus soledades, a esa soledad que habitas con Ricardo, a veces hablamos tanto sin hablar, porque tenemos esta forma de entendernos; pasan los días, llega Marisol, y mira, esta carta la he guardado para ti; es la carta de mi madre, tu papá se compró una chalupita y ahora va todos los días a pescar; va con un pescador que vive en el Nunque; tu papá ha cambiado tanto, de lo que sacan de la pesca, siempre me da algo, y el resto es para ir pagando la chalupita; la carta doblada ya en el sobre, mi mano cubriendo el sobre como queriendo retener algo, y no sé qué es; Marisol otra vez con la renuncia, que hay que salir con muchachos, pero sobre todo, que hay que renunciar y hacer amistades con las demás y no aislarnos; estoy saturada de culpa

con la lucha de mi madre para sobrevivir, para mantenerme en La Habana, y ahora la culpa de sentir todo esto a lo que tengo que renunciar, el peso que me viene con la culpa, esta angustia que nunca me abandona, esta espera desabrida; por las noches nos quedamos mirándonos largamente, con urgencia contenida, Marisol en su cama y yo en la mía, esta noche la mirada se prolonga, y es ternura y es intensidad a flor de piel y en mi boca, una exigencia casi dolorosa, Marisol, lentamente, abriéndose la blusa, y sus senos esperándome, ya las dos en mi cama, quiero olvidarme de que esta felicidad puede ser tan momentánea, la tensión nos abandona, y ya Marisol en su cama, hablamos de la promesa y de la renuncia y de nuestra falta de voluntad; y yo, Marisol, no puedo creer que este amor pueda ofender a Dios, nadie me saca a flor de piel esta nobleza, lo mejor de mí, como lo haces tú, esto no puede ser pecado, yo lo sé, y Marisol, yo también lo siento así, yo sé que nadie sabe querer como tú, yo estoy segura de que nadie sabrá quererme como tú, pero la gente, y de pronto, una luz que nos invade como una bondad, como el amor infinito más puro; tú lo sientes, Marisol? sí, una presencia, y yo, sí, la presencia del amor infinito, y nos quedamos dormidas en esta bendición; ahora seguimos saliendo como antes pero cuando no nos queda dinero para ir al cine o para merendar, ya no tenemos a quien venderle la ropa, porque antes le vendíamos los vestidos que no nos gustaban a Claudia y con ese dinero podíamos salir; aquí en la esquina el restaurán Vienés con su ambiente europeo y la dueña que nos habla con su acento alemán, esta noche, en el Vienés, el piano de música tan solitaria, casi clásica, siempre triste, el pianista con su ropa antigua, salida de algún viejo baúl, y ya el menú y esta luz tan íntima que nos alumbra a medias para darnos un reflejo amarillo-naranja, Marisol, mirándome, cómo me gusta el reflejo de esta luz en tu cara, en tus ojos color de miel, sabes, Mochi, que el nuestro es uno de esos grandes amores de la historia? y yo empiezo a preguntarme si en otras reencarnaciones nos habremos amado, pero en ésta, estaba destinado a pasar, porque fíjate, Marisol, coincidir en tiempo y en espacio para encontrarnos aquí, ahora; el camarero con su libretica, nuestra orden, para Marisol, bisté asado y para mí, pollo asado, el vino que nos acompaña, el camarero recomienda el postre, la especialidad de la casa, que suena a algo así como strudel de queso, un delicioso pastel de queso con crema de leche, nos recreamos en todo esto tan despaciosamente, y ahora el café para rematar la

cena en estos momentos tan nuestros; en un par de semanas, ya Marisol no está y Quica muchas veces viene a acompañarme; en la mañana temprano, yo otra vez con la Bibi en la sala, y siempre por las tardes la Bibi en su cuarto y yo también; la Bibi se pone una toallita con hielo en los senos para que se le mantengan duros, y yo allí, mientras se pasa el hielo que da vueltas concéntricas desde el pezón hasta la base, qué senos tan hermosos tiene la Bibi, ella lo sabe y todas las tardes después del hielo, la misma escena, la Bibi se saca los senos y se los mira en el espejo, y siempre me asombra esta extraña ceremonia; una mañana, como a las once, la Bibi se me acerca en el pasillo solitario donde busco entre las cartas amontonadas en la mesa alargada, si hay alguna para mí, y la Bibi, con una mirada pícaro en los ojos: sabes lo que yo iba a hacer? iba a besarte en la boca, qué tú harías si yo te beso en la boca? sé que lo de la Bibi es un juego, un coqueteo momentáneo que aparece para desaparecer de pronto y hacerse distancia y le hablo sin mirarla, si tú hubieras tratado de besarme, yo te hubiera separado de mí; ya los exámenes, otra vez mis diez asignaturas, y después de los exámenes, carta de mi mamá, que yo debo de ir a ver a Marianita, que ella me paga el pasaje porque tenemos que saber cómo le va a Marianita en un país extraño, tan joven que es; me entra un miedo cuando sigo leyendo, tú decide lo que deseas hacer, pero si vas a Texas, lo más probable es que tengas que dejar los estudios porque me es imposible hacer los dos gastos; y aquí no puedo seguir sin contar la historia verdadera, no puedo seguir sin decir que no soy hija única, no puedo seguir sin decir que Marianita no es hija de Carmita, porque Marianita es hija de mi madre, como yo, y por eso, aunque mi carta diga bien claramente, mamá, yo quiero seguir estudiando, mi mamá insiste, tengo que saber cómo anda Marianita, así es que ve a Texas directamente desde La Habana para ahorrar en pasaje, y ya veremos cómo se resuelve lo de tus estudios; ya el año pasado yo había hecho las diligencias de sacar el pasaporte por si algún día tenía que ir a ver a Marianita, porque mi mamá así lo quiso, por cualquier cosa que se pudiera presentar, y Marisol conmigo en todo esto de las fotos y los viajes al bufete de La Habana Vieja, hasta que por fin, República de Cuba, pasaporte número 15691; lugar de nacimiento, Guantánamo, Oriente, Cuba; fecha de nacimiento, marzo 12, 1934; estado, soltera; profesión, estudiante; estatura, 5'1"; color de la piel, blanco; color de los ojos, pardo; color del cabello, castaño; expediente número 20353-52;

carta de pago número 4278; y certifico que es ciudadana cubana y en esa virtud suplico a las autoridades civiles y militares de los países por donde transite, reconozcan en ella la calidad de tal ciudadanía; dado en La Habana a 18 de julio de 1952; el pasaje, la ropa que voy a llevar, las maletas hechas, Marisol a mi lado en Rancho Boyeros, cuídate, Mochi, cuídate, y esa tristeza honda en sus ojos a la hora de despedirnos; el vuelo solitario, el aeropuerto de Miami, un cuño que me plantan en el pasaporte, U.S. Department of Justice, admitted July 24, 1953, Immigration and Naturalization Service; estoy en la fila, esperando el turno para el registro de maletas, ojalá que no registren mucho porque en las maletas le traigo unos plátanos verdes a Marianita, y aquí dicen que no permiten plantas ni nada de eso, y de pronto la voz, que todo el mundo ponga las maletas encima de la plataforma, las veo allí abiertas mientras pasa el tiempo hasta que yo, mire, por favor, en veinte minutos tengo que tomar otro avión para Corpus Christi, tengo que ir a otro aeropuerto a tomarlo y no me va a dar tiempo, por favor, revíseme las maletas rápidamente; le enseño el billete de avión, el aduanero cierra las maletas y, está bien, puede irse; me precipito hacia la salida, un poco de miedo al coger el taxi porque a dónde me va a llevar, le digo en mi inglés al taxista rubio y gordito, que yo sé que el otro aeropuerto está bien cerquita pero que si me lleva rápido, le doy cinco dólares de más, five dollars, five dollars, y le enseño el billete y el gordito que O.K., arrea duro, llegamos y por fin el avión, qué alegría le van a dar a Marianita estos plátanos; no fumar, cinturón de seguridad, aterrizaje, aeropuerto de Corpus Christi y un miedito, me estarán esperando o no, y si no qué hago, cómo llego a Kingsville, cómo encuentro el trailer; bajo las escaleras, camino hacia el edificio y allí, Marianita y Albert; los abrazos, la alegría de vernos, la alegría de decir, Marianita, no lo vas a creer, aquí te traigo unos plátanos; Marianita se anticipa y saborea estos plátanos fritos tan ricos y me cuenta que ya sabe cocinar, que al principio lo único que hacía era abrir latas y que como no sabía inglés, cada vez que abría una lata aquello era una sorpresa y que al principio, a veces Albert llegaba del trabajo y se la encontraba con las maletas hechas y diciendo que ella se iba para Cuba, sobre todo el día que se acababan de mudar a un apartamento y ella lo tuvo que limpiar porque estaba churroso y cuando Albert llegó se la encontró sentada en la escalera, con la maleta hecha y llorando porque se quería ir para Cuba; y yo, que si esto le había pasado muchas veces, y

ella, que sí, pero que después que Albert llegaba se le pasaba y desempacaba la maleta y que ahora todo es distinto, pero imagínate, sin hablar inglés ni entender casi qué es lo que Albert decía, y Albert resistido a aprender español y nunca se sentó a enseñarme inglés, lo que he aprendido, lo he aprendido con la televisión y adivinando lo que me decía la gente; Marianita y yo hablamos español en todo el trayecto y Albert ahí, en el timón, tieso como una momia; Kingsville, el trailer, un tedio regado en este campo de trailers; por las calles que pasamos en Kingsville, todos parecen montunos con botas, espuelas, sombrero de vaqueros; el trailer de Marianita con una habitación, baño, cocina y la sala donde hay una pequeña mesa de comer y un canapé donde yo duermo; hablamos por horas sin mencionar lo que tantas veces ella me había dicho en Cuba, yo, en esta casa llena de viejos no me quedo, quién los va a cuidar cuando sean viejos, mis dos tías, mi mamá, mi papá, mi tío, para entonces, ya mi abuela estará muerta, pero y los demás? vivir con estas dos tías para las que todo es malo, para las que todo es pecado y que están siempre con la letanía de que somos el bastón de la vejez? y si no, irme para Caimanera a hacer qué? yo, me caso con el primero que aparezca, y ya lo sé, Marianita, el primero que apareció fue Albert, y ya lo sé, Marianita, que te hubieras casado con él de todas maneras, aunque mi madre no te hubiera lanzado aquella bofetada cuando caminabas con ella por las calles de Guantánamo y ella te preguntó si ibas a casarte y tú le dijiste con esa costumbre de no dar explicaciones, que no sabías, que no tenías la menor idea de si te ibas a casar y el día de tu boda me abracé a ti y lloré profundamente la inocencia de tus dieciocho años, lloré profundamente el golpe de mi madre, tenía ella que escoger, ya lo sabes, las pañueletas y las payamas con dragones y bohíos, made in Cuba, no daban para todos los gastos, y mi carrera en la Universidad, Marianita, qué te está costando a ti? pero ya sabes que mi madre nos quiere, que te quiere y que por eso estoy aquí, en un viaje pagado por las horas infinitas derramadas sobre dragones y bohíos, todo made in Cuba, por nosotras, para nosotras dos, Marianita, ya lo ves; ahora, rodeada de la ausencia de imaginación en Albert a quien no se le ocurre ir a ningún sitio, extraño a Marisol con un casi llanto que me acompaña porque nos separa el tiempo, tantas semanas hasta la hora del regreso; si salimos en el carro, Marianita y Albert delante y yo detrás, vistiendo a Marisol con blusas blancas de dormir, transparentes, y sus senos ahí,

esperándome, siempre una blusa blanca transparente, y ella esperándome; de cuando en cuando, Marianita, que qué callada estoy y yo le digo que sí a medias, como puedo, para que nada me distraiga de esto que siento tan repetidamente; pasan los días y las salidas son al mercado y a comprar algún tornillo o caña de pescar, y yo, que quiero ver el King's Ranch, que cuando le han puesto Kingsville a este pueblo es porque el King's Ranch tiene que ser importante, y quiero ir a San Antonio y quiero ir a Dallas y a Austin que es la capital de Texas pero Albert, achantado; por fin decide hacer una salida, nos lleva a casa de sus padres en Mercedes, un pueblito de campo, vamos a la finquita de algodón con la casa de madera donde no hay baño ni inodoro y Marianita y yo tenemos que salir todas las mañanas a ver detrás de qué tronco nos amparamos porque al excusado que tienen en el patio ni nos atrevemos a ir porque dice Marianita que hay culebras y ratas y por la noche orinamos en una lata y por la mañana botamos el orine en el patio; a la mamá de Albert, Marianita y yo le pusimos Severita porque tiene la cara llena de surcos y se parece a Severita, se hace los vestidos de sacos de harina que ahora estampan con unas florecitas para que la gente del campo se entusiasme y los compre; nos asombra esta anciana ingenua pero dura en su tradición de negarse al ritmo de la civilización; el refrigerador y la cocina de gas están aquí porque Albert los compró; la anciana hace unas galleticas deliciosas con besitos de chocolate y también, quimbombó empanizado; al viejito, Marianita y yo le decimos Maca-Maca y parece un personaje de novela campesina con su pipa y su mameluco, encaramado en el tractor todo el día; paso las horas de la noche sin poder dormir porque los colchones los han hecho los viejos con algodón crudo y son duros y llenos de baches, y dicen que hay unas ratas tan grandes que las matan con escopeta o les ponen trampas enormes, que son del tamaño de conejos y que caminan por la viga del techo que está por encima de la cama donde yo duermo, paso horas vigilando la viga por si veo algún movimiento, salir corriendo; por las mañanas Marianita y yo salimos a caminar por la finquita y vamos hasta la choza de unos mejicanos que cuando nos ven, siempre dicen, ahí vienen las amitas, y cuando llegamos a saludarlos nos lo agradecen con aspavientos como si nuestra presencia allí constituyera un gran honor; Marianita siempre les lleva algo, sobre todo, ropa, y a veces les da algún dólar que haya podido escaparse del control estricto que Albert

tiene con el dinero; cuando estamos en el trailer, yo sigo insistiendo en que cuándo vamos a conocer algún lugar que valga la pena, y un día, Albert, que bueno, que nos va a llevar a una playa famosísima, Padre Island, me visualizo disfrutando el mar, sentándome en la arena, haciéndome la dormida para que no me interrumpen mi encuentro con Marisol, pero Albert anuncia la salida en una noche cerrada explicando de paso, yo lo que quiero es ir allá a pescar; el viaje tan largo, Albert hablando de los coyotes de Texas y que si yo no oí los aullidos de los coyotes en la finca de sus padres y que a lo mejor en la carretera vemos alguno, y yo ni los oí ni he visto ninguno en la carretera, aunque sí he visto conejos, docenas de conejos y con eso termina la conversación; en la playa totalmente desolada, una negrura de boca de lobo, me acuesto a dormir en el asiento de atrás del carro y Marianita se acuesta en el asiento de adelante y nos quedamos dormidas hasta que el amanecer viene a despertarnos, Albert ya de vuelta con todo su equipo de pesca, tan contento de lo divertido que ha sido para él todo esto, y en cuanto entra al carro echa a andar el motor y ya estamos de vuelta en Kingsville, a pasar los días jugando baraja con Marianita y esperar las noches y sentir los insectos golpeando el cristal de la ventana buscando la luz; otro día, quizá por salir de mi insistencia, Albert decide, está bien, vamos a San Antonio, y yo tan contenta en este domingo porque me hace ilusión ver el Alamo, pero al bajarnos, el letrerito, **cerrado**; y Albert en seguida, bueno, entonces, regresamos porque no hay nada más que ver en San Antonio; el carro en marcha, el regreso tan desabrido, este calor del mediodía; ahora veo a Marianita riéndose ante un anaquel de la cocina que acaba de abrir y me llama, ven acá, tienes que ver esto; me asomo y veo latas y latas vacías, apiladas, llenando el anaquel, y yo, oye, Marianita, qué hacen ustedes con estas latas? y Marianita, ésas son cosas de Albert, porque según él, si viene una guerra, ya tenemos latas para almacenar agua y otras cosas, imagínate, que tengo que botar las latas a escondidas porque si fuera por él, tendríamos el trailer repleto de latas, desde el piso hasta el techo; y se vuelve a reír entre la rebeldía y la condescendencia mientras me enseña una colección de cañas de pescar y rifles de todas clases; el 3 de septiembre, mi viaje, el cuño en mi pasaporte, República de Cuba, entrada, Rancho Boyeros; en mi maleta, el regalo que le traigo a la Bibi, una sayuelita de nylon, plisadita, con unos pliegues finiticos en distintos tonos de amarillo como si fueran distintos tonos del sol, y el

regalo para Marisol, varios discos, el **Concierto de Varsovia**, **La valse**, y disquitos de cuarenta y cinco revoluciones con **High Noon** y **Ruby**; cartas a mi mamá, que Marianita está bien, que no se preocupe, que ya sabe cocinar y que tiene el trailer bien arreglado y limpiecito, pero no digo nada de la colección de latas, cañas de pescar y rifles, porque éste es un informe, mamá, para que estés tranquila, porque éste es un informe, mamá, para que puedas decir, entre el orgullo y la resignación, tengo una hija que está allá, en el Norte, casada con un americano; desde que llegué he salido con varios muchachos al cine y he soportado como pude la tensión que me da tener que entablar una conversación; una noche salimos Marisol y yo con dos muchachos a bailar a Tropicana y a Sans Souci con otras dos parejas; el gentío, ajeno a mí, dando saltos o apretándose para matar el tiempo entre el Cuba Libre y el humo de cigarrillos encadenados; a veces Marisol y yo nos ponemos a oír los discos que le traje pero ya, si ella va alguna vez a clase o se queda en la casa, yo salgo sola de cuando en cuando para que la gente vea que no siempre estamos juntas; un día salí sola, por ahí, por donde me lleve la primera guagua que pase y me bajo en la esquina donde está la sinagoga que siempre quise ver, camino hacia ella, me paro al pie de la escalinata, me quedo contemplando la fachada sin ornamentos y de pronto, esa presencia a mis espaldas, doy media vuelta y allí, tan cerca, el Caballero de París con su capa, su churre, su portañuela abierta, sus greñas, sus gestos de elegancia barroca; nos saludamos como si él fuera un gran caballero y yo una gran dama de otros siglos; le hablo, porque a quién mejor, mire, Caballero, yo sé que pronto me llevan de La Habana, me lleva algo que no soy yo porque yo no me quiero ir, pero antes de la separación, antes de mi ausencia, quiero ver una sinagoga; las reverencias del Caballero asintiendo y nuestros pasos paralelos ascendiendo, toco a la puerta ya entreabierta, nadie contesta, me asomo, un hombre camina por el salón vacío, y mis preguntas, que si puedo entrar y ver la sinagoga, y él, como si no le estuviera respondiendo a nadie, no, aquí no hay nada que ver, si usted quiere, llame por teléfono y pregúntele al rabí, ahora aquí no hay nadie; me da la espalda y desaparece; el Caballero aún allí, me le acerco y, ya ve usted, Caballero, no se me ha dado esto de ver la sinagoga, pero qué privilegio, conocerlo a usted; otra vez las reverencias, su sonrisa de satisfacción al oír mis palabras, y la despedida; camino las calles para perderme en el tiempo y pienso, si esta noche llueve, no voy a llorar

porque se me tiene que ir el terror de imaginarme el agua filtrándose en la tumba de mi padre para invadirle los huesos de frío; ya de noche, el trepidar pesado de la lluvia y un llanto que me sale para quedarse entre Marisol y yo; por las noches seguimos en la renuncia y la misma necesidad de siempre y cada una en su cama cuando empezamos a hablar de lo que haríamos si no fuera por la renuncia y terminamos hablándonos como si estuviéramos haciendo el amor, y de pronto, los senos de Marisol, esperándome, hasta que interrumpimos la renuncia; nos adentramos en las noches siempre tarde porque Quica se nos mete en el cuarto después que acaba de celebrarse con el novio y no nos deja hasta la una, hasta las dos, hasta la hora que se le antoje; y Marisol insistiéndome, no podemos decirle nada para que no crean que estamos tratando de aislarnos; por la mañana, a las seis, ya está aquí Matilde, a usar el lavabo que hay en nuestro cuarto, a lavarse la boca, a lavarse la cara de mango, a recrearse en gárgaras y gárgaras interminables, y esta invasión de nuestra privacidad y mi indignación, pero ya lo ha dicho Marisol, no se le puede decir a nadie que no venga al cuarto, no nos podemos aislar; el semestre avanza y una de estas mañanas que estamos en las renunciaciones y las culpas, nos abrazamos en el baño largamente, nos quedamos de pie, junto al lavabo para este nuevo encuentro y ya no decimos que nos faltó voluntad, porque una paz se anticipa a la culpa, otra vez la Presencia, como una luz, como un amor infinito que nos llega; Marisol, tú sientes algo? y Marisol, sí, la Presencia, qué paz tan grande, Dios está aquí, con nosotras, está aquí para que sepamos que nuestro amor no es pecado; se acercan las vacaciones y una nueva preocupación, mi madre me escribe que Teófilo, el sobrino de Emma la mora, le hace la competencia con las payamas, un hombre tan inmensamente rico viene a arrebatar nos nuestra única forma de subsistencia; ahora Pack le compra a Teófilo las payamas porque Teófilo las manda a bordar a máquina y le salen baratas y se las vende a Pack más baratas de lo que mi mamá las puede dar, y sin vender payamas, cómo voy a poder seguir estudiando, cómo vamos siquiera a sobrevivir, y cada vez más, esta ida mía me parece sin regreso; llega la tarde en que me he de ir, en unas horas ya estaré lejos, y ahora, por la mañana, Marisol y yo sabemos que ésta puede ser la última vez, y las dos en mi cama y la entrega que se intensifica con la idea de la separación, hasta que nos quedamos en paz, como si hubiéramos tocado el infinito; ya en el aeropuerto, y Marisol, qué triste

es esto de verte desaparecer en un avión, cuando te fuiste a Texas y vi que el avión se me perdía de vista separándote de mí entre ese espacio tan grande, sentí como si algo se me rompiera dentro; hoy otra vez te me vas así, para mí el avión ya es el símbolo de la separación, lo que te lleva de mí; y yo, para que no suene tan definitiva la separación, sí, Marisol, los aviones me llevan, pero también me traen, y repite, también te traen, nos quedamos así, mirando el horizonte, entre la esperanza y la resignación, esperando mi vuelo, que llega demasiado pronto para separarme otra vez; en Caimanera, mi madre con esa lucha con la que vamos pasando, vendiendo zapatos, ropas a plazos; tengo conmigo todos los libros de este curso de Derecho y en el paso de los meses sigo estudiando en Guantánamo, en Caimanera, tal vez pueda ir a La Habana para los exámenes finales, pero ya casi están los exámenes finales aquí y yo todavía en Caimanera, y mi madre, mira, yo no sé si escribirle a mi hermana Amparo, la que vive hace tantos años en New York, o tal vez sería mejor que le escribieras tú, porque las dos veces que ella ha venido, bueno, parece que tú le has caído bien, dile que si nos presta ochenta pesos, cuánto se lo vamos a agradecer, que yo se los pago poco a poco, porque hija, cuánto me duele que pierdas el año después de estudiar tanto, escribo la carta con esta vergüenza que da la pobreza, y casi en seguida, la respuesta, recibí tu carta y te contesto para decirte que yo no estoy para pagarle carreras a nadie; se me queda este descreimiento después de leer la carta, como si la situación fuera a solucionarse de todas formas, en cualquier momento, pero nada cambia y le escribo a Marisol, esto me parece definitivo, no puedo ir ni para los exámenes, no hemos podido conseguir el dinero; unas semanas después, carta de Marisol, me he tardado en escribirte porque he estado tratando de ver en qué forma puedes seguir estudiando, he hablado con una señora que tiene una casa de huéspedes y quiere venderla; es una casa conocida y ustedes no van a tener problemas en conseguir estudiantes, además, yo también les podría conseguir, pero es imprescindible que tu mami y tú vayan a La Habana y hablen con la dueña lo antes posible, y Marisol insistiendo con esa insistencia que no he visto en nadie más que en Marisol; le hablo a mi mamá, y mi mamá, bueno, vamos a ver quién me presta el dinero a rédito para el pasaje porque desde que Santiago murió no tengo a quién pedirle prestado, porque aunque a Santiago, eso sí, yo siempre le pagué réditos y altos, los demás garroteros son peores, pero si se trata

de que tú puedas seguir estudiando y que podamos sobrevivir, vamos a ver, hija, vamos a ver cómo consigo el dinero para el pasaje, y a los pocos días, un garrotero le prestó el dinero; estamos en La Habana y me da horror pensar que Marisol, mi mamá y yo convivamos en un apartamento; La Habana se ha hecho triste sin Marisol y se ha hecho triste este momento en que veo a mi madre tan desvalida mientras caminamos en el Vedado hacia la casa de huéspedes; ya en el apartamento y la señora, ah, sí, yo voy a vender la casa de huéspedes, claro, que me refiero al negocio nada más pero sin garantizarles que las estudiantes que viven ahora aquí se van a quedar con ustedes aunque yo imagino que sí, por qué no, ustedes por supuesto, tienen que comprar los muebles y pagar la renta; y mi madre, un poco intimidada por el gasto que presentía que no íbamos a poder hacer, bueno, y cuánto pide usted por el negocio? y la señora, bueno, con cuatro mil pesos está bien; mi madre, con una voz tan baja, como acobardada, bueno, debe de haber una equivocación, nosotras no podemos pagar eso; y me mira, y, bueno, hija, nos vamos? acepto la sugerencia en un silencio lleno de vergüenza; ya en la calle, paso por un edificio y recuerdo que en uno de sus consultorios, un dentista me sacó una muela; le pregunto a mi madre si quiere ver algo de La Habana y ella, que no, que es mejor no quedarnos para no gastar dinero en hoteles, que ya nos vamos para la estación de ómnibus y que cogeremos el próximo ómnibus que salga para Santiago, y me alegro de que no aceptara la sugerencia porque sería doloroso enseñarle La Habana a través de la tristeza; cómo es posible que Marisol no haya venido a guiarnos en esto, cómo es posible que haya insistido en que hagamos este viaje tan inútil y costoso; no le comento nada a mi mamá mientras el taxi nos lleva a la estación en este fracaso tan desabrido que nos envuelve; ya estamos mi madre y yo de vuelta y la gente preguntando, bueno, y por fin se van? y mi madre, con la timidez del que se pregunta con qué va a pagar las deudas, responde siempre la misma frase, no, el negocio no resultó, así es que vamos a ver, vamos a ver; mi carta a Marisol, que la señora pidió cuatro mil pesos por dejarnos alquilar un apartamento vacío y que a lo que ella llamó vendernos el negocio, era eso, un apartamento vacío que teníamos que alquilar y amueblar sin tener garantías de que las estudiantes que ella tenía viviendo allí, iban a vivir con nosotras, y que aun si así fuera, jamás podríamos pagar una cantidad como ésa; Marisol responde casi en seguida, que ella

debe haber entendido mal, que ella creyó que esto ya era un negocio seguro y que ella había hecho muchísimas diligencias para ver si nos podía conseguir algo, que siente mucho que no hayamos logrado nada y que sólo había tratado de buscar la forma de que yo pudiera continuar mi carrera; mi madre, sin comentar nada hasta ahora, me dice como pensando profundamente, cómo es posible que esta muchacha no se hubiera informado bien antes de hacernos dar ese viaje; no me sale una respuesta, sólo pienso que Marisol no sabe lo difícil que es sobrevivir y que para ella un viaje a La Habana no tiene importancia; pasan los meses, tomo cursos de mecanografía y de contabilidad; si pudiera trabajar, ayudar a mi madre; en cuanto me encuentro un poco preparada empiezo a solicitar examen en la base para ver si consigo trabajo en alguna de las oficinas, voy al primer examen, y el reloj, y mecanografiar tantas palabras por minuto y estas cosas que preguntan siempre entre minutos y segundos, no paso la primera vez que me presento, ni la segunda, por fin paso el examen a la tercera vez y a los pocos días me avisan que me presente en el Ordnance Department; empiezo mi automatismo sin saber de qué se trata el Departamento, sin que me interese averiguar; me toca de jefe el hijo de Croughton y tantas veces lo miro y me pregunto si él sabrá cuánto nos ha hecho sufrir su padre; Pete Croughton es flaquito y alto, de espejuelos, siempre en shorts, con los labios finos y apretados, siempre neurótico, siempre entre la condescendencia y el mal humor; yo, me automatizo cuando dice algo desagradable, me quedo callada como si no hubiera dicho nada; un día me llama y oye, tengo que hablar contigo, me dispongo a oírlo, y él, tú sabías que en este Departamento no pueden trabajar homosexuales? me quedo mirándolo sin expresión, como si no hubiera oído nada, y él, un poco frustrado, sigue, en este Departamento no pueden trabajar homosexuales ni aunque hayan sido homosexuales en la niñez nada más; continúa con que todo el Departamento es muy secreto y muy importante y que por eso no pueden tener aquí ni un homosexual; sigo sin expresión, que si tiene algo más que decirme, porque de no ser así, quiero terminar lo que estoy pasando a máquina; se queda desorientado, y que no, que no tiene nada más que decirme; sigo escribiendo a máquina todo esto que para el Departamento es tan secreto y tan importante y que para mí es aburrido hasta el tedio; las cartas de Marisol, tan esporádicas, mis cartas a ella, unas veces pesimistas y dolidas y otras veces, tan

secas, porque si ella me quiere, es mejor que me olvide, qué puede ya ofrecerle nuestro amor, si ya ni puedo soñar como cuando Marisol me decía, voy a decirte nuestra historia, tú eres Pablo y eres pintor y vivimos en un pequeño apartamento lejos de todos, de todas estas gentes que nos molestan y yo soy tu mujer y soy feliz con eso, con ser tu mujer, y sabes lo que tal vez yo haría? tal vez yo me dedicaría a escribir, tú pintas y yo escribo, qué te parece? ahora, un gesto de tristeza me marca la cara, este automatismo, el sueldo miserable con el que al menos, puedo ayudar a mi mamá, nunca me compro nada que no me sea absolutamente necesario para ir reuniendo poco a poco, porque algún día me tengo que ir de todo esto; la falta de sueño para coger el tren de Guantánamo a Caimanera, en Caimanera la lancha hasta la base, porque Marisol, las pocas veces que me escribe, me escribe a Guantánamo y casi siempre hago el viaje pensando si habrá carta, casi nunca hay, voy varias veces al correo, a suplicarles a los empleados que trabajan de noche, que miren si hay carta para mí, siempre tengo que explicarles, es un asunto importante, es un asunto urgente, pero buscan y buscan y nunca hay carta para mí y se hacen inútiles estas explicaciones y los pretextos que tengo que buscar para Carmita, que voy al estanquillo de la esquina, que voy a la farmacia, que voy a dar una vuelta por las vidrieras, y Carmita siempre se queda con sospecha porque para ella si una mujer sale sola por la noche a deambular por las calles, y siempre repite eso de deambular por las calles, está manchando el honor de la familia; para evitar las letanías del honor, me voy al cine y me quedo con la papeleta para entrar y salir varias veces para ir al correo, a ver, pero siempre regreso a la casa sin carta de Marisol; si me quedo en Caimanera, los mosquitos, la impaciencia de las cartas, el dolor como un buche amargo entre la garganta y el pecho, la obsesión de la cárcel circular de la que nunca puedo salir; quizás, si me caso con un americano y nos vamos de aquí y me divorcio en los Estados Unidos, entonces puedo mandar a buscar a Marisol, pero ésas son cosas que uno piensa y nunca hace y sé que Marisol no va a dejar a su familia y toda esa seguridad que tiene para compartir la vida conmigo y mi trabajo rutinario y mi cartucho con el sandwich que me sirve de almuerzo; esta tristeza por destino, la cárcel, el dolor, y mi silencio; desde hace días, un americano me persigue, que quiere casarse conmigo, le hablo a Marisol de este hombre y ella nada me reclama, si ella me reclamara, pero nada me dice y un 19 de

agosto decido casarme, dos años después de la última vez que vi a Marisol; una breve nota en la que no le menciono que tantas veces me llega el sueño llorando estas noches sin ella; el ritual en la capilla católica del curato de Guantánamo, viaje de luna de miel a Santiago de Cuba, una habitación en el hotel Casablanca, una cama ancha en la que precipitadamente pierdo la virginidad en un acto violento que me hace agarrarme a los barrotes de la cama para aguantar el dolor y después, correr al baño para tratar de detener el chorro de sangre que me corre por las piernas hasta los tobillos y él como si nada, vamos a salir que tengo hambre y poco después ya estamos en un restaurante de mariscos recomendado por el chofer del taxi donde escogemos las langostas que se mueven lentamente en un tanque de agua y que pasan a nuestros platos para ser consumidas en una cena sin alegría de mi parte, en un entusiasmo que sale de él grotesco, sin la frescura que tienen los niños, sin la profundidad de un hombre que haya alcanzado un mínimo de madurez, como si estuviera allí, con una sonrisa ajena, falsa, irrelevante; ya en Guantánamo, unas semanas han pasado después del ritual y la gente me pregunta al pasar, si estoy enferma; el americano y sus celos constantes y sus mentiras y su irresponsabilidad y siempre diciendo que si él sospecha nada más que lo voy a dejar, que me matará y todos los días me plantea una forma perfecta de matarme para que no aparezca él como culpable y que su manera preferida de matarme sería ahogándome porque así podría decir que me caí al mar y que él trató de salvarme pero le fue imposible y todos se compadecerían de él cuando lo vieran llorar, desconsoladamente, mi muerte; una noche su furia en mi cuello, la presión de sus manos tan fuerte, me quedo quieta porque me parece bien que ésta sea la hora de mi muerte; mi inmovilidad le quita el incentivo de seguir apretando, como si no fuera un logro matar a alguien que no ofrece resistencia; semanas después, la decisión de divorciarme sin decirle nada; lo llevo al abogado con el pretexto de arreglarme el pasaporte y entre su sorpresa y mi tranquilidad, quedamos legalmente separados; me cae noviembre y si yo pudiera ir a ver a Marisol, y mi carta, no sé qué te parecerá, pero tal vez pueda ir a verte el mes que viene; la respuesta rápida, tan explosiva, ven, te espero, será mi regalo de Navidad; el 31 de diciembre ya estoy en el avión que me lleva al aeropuerto de Santa Clara, y de allí, la guagua hasta el pueblo de Marisol, y ya, la parada frente a la farmacia, Marisol se acerca tan

radiante, tan primavera; nos abrazamos sin efusión porque traigo conmigo una sequedad, algo tan marchito y tan sin brillo, a Marisol le ha impresionado verme así con este aspecto de llevar conmigo una larga convalecencia; pasamos la tarde caminando el pueblo, y después, la cena del 31 en la misma mesa de antes, el padre, la madre, ella y yo; llega la hora de acostarnos y Marisol y yo en la misma cama, como la última vez; conversamos en voz baja sin hablar de lo nuestro, sin decir una palabra que tenga que ver con aquel amor tan grande, hasta que esta cercanía se hace abrazo y nuestros cuerpos, como diría Marisol, se reconocieron; pasan unos días, siento que ya me ha llegado otra vez la juventud, y Marisol, sabes que eres otra persona? yo estoy asombrada, llegaste tan marchita que me hizo mal efecto verte, y ya estás otra vez despejada, fresquecita, qué noche tan hermosa ésa, con la que estrenamos este año de 1956; y entonces, mi pregunta, dime, Marisol, si yo me pudiera ir de aquí, tú vendrías conmigo? Marisol se ensombrece, no, yo no puedo irme, nunca hablemos más de eso; aquí todo sigue igual, el jugo de naranja al amanecer, la trompita, me pregunto si doña Florida se estará saturando de mi presencia y decido el viaje para dentro de dos días, el 9 de enero; en uno de estos pocos momentos que nos quedan, Marisol me lleva al cuarto y me enseña dos fotos bellísimas, mira, llévate estas fotos; las besa y después de besarlas me las entrega; así, cuando las miro, recordarás que llevan mi calor; mañana es el regreso y tal vez esta noche nos amemos por última vez; a las dos nos asalta la idea, esta ausencia que se abre siempre tan demasiado pronto; dejamos correr las horas sin mencionar la separación y ya el amanecer y ya mis maletas listas, hay huelga de autobuses y disturbios políticos en la calle, el hermano de Marisol me lleva al aeropuerto repitiendo en todo el camino que esto, porque se trata de mí, pero que él en horas de trabajo no suele separarse del mostrador, y le agradezco el sacrificio; ya en la carretera, Jacinto delante manejando y Marisol y yo detrás; Marisol me toma una mano que deja entre las suyas durante todo el trayecto, y ya el aeropuerto y la despedida delante del hermano, medidamente afectuosa, casi cordial, gracias por todo, despídeme de nuevo de tus padres, y camino hacia las escaleras del avión para desaparecerme otra vez en el espacio; el 25 de enero un nuevo trabajo en la base, en el Naval Supply Depot, el tedio de estos escritorios y las calculadoras y las máquinas de escribir y la disciplina que me impongo para poder soportar y el escape

de leer incansablemente, una biografía de mujeres que incluye a Gertrude Stein, doce volúmenes de Freud, *Los miserables*, *La piel*, de Curzio Malaparte, libros para aprender italiano, para aprender francés, en el tren, en la lancha, en los cuarenta y cinco minutos que dan para el almuerzo; pasa el tiempo hasta que abril y tus cartas, Marisol, tan esporádicas; este fin de semana, en Caimanera, en la sala, oigo la voz de Quiqui preguntando por mí, el saludo y después, Quiqui, vine a esperar a mi papá que está al llegar de la base, así es que ahorita me voy para el muelle, pero antes quise llegar a saludarte, vine a pasarme unos días en Caimanera; recordamos rápidamente los tiempos de nuestra casi niñez cuando él venía a diario cuando Marianita y yo y otras amigas de Guantánamo veníamos los veranos y los fines de semana a Caimanera y Quiqui siempre andaba con nosotras, adondequiera que íbamos; y qué, cómo te va en la Universidad? te gusta la Medicina? y él, bueno, tú sabes que yo, desde chiquito dije que iba a ser médico, pero la verdad es que la carrera es difícil, ah, antes de que se me olvide, mi novia para en la misma casa de huéspedes donde está Marisol, así es que casi todas las noches la veo, a ella y a su novio; me sale la voz como un eco, ah, yo no sabía que ella tenía novio, debe ser una equivocación, y él, no, qué equivocación ni equivocación, si yo lo conozco a él también; un frío que me habita y no puedo salirme del silencio y de pronto, Quiqui me abraza y empieza a besarme y me quedo paralizada en ese beso porque se me han ido todas las formas de reaccionar, cuando se separa para darse tiempo a componerse antes de salir a esperar al padre, lo veo irse, con su pelo rubio y sus ojos verdes, su guayabera tan limpia, su respiración aún un poco difícil, y este amigo de la niñez, de pronto, se me hace extraño; he tenido que dejar pasar unos días antes de escribir, Marisol, Quiqui me ha dicho que tienes novio, no puedo explicarte lo que sentí, sé que de pronto empezó a besarme; Marisol, en su carta, indignada con Quiqui, que él no tenía derecho a decirme que ella tiene novio y que qué atrevimiento, eso de besarme, que en cuanto Quiqui llegue a La Habana, le va a decir lo que se merece, en cuanto a lo otro, yo, sí, es cierto lo que te dijo Quiqui, pero yo no había querido decirte, tengo novio, porque lo que hay entre él y yo nada tiene que ver contigo y conmigo, yo siempre te seguiré queriendo igual; sigo obligándome a la rutina del trabajo sin lograr vencer esta desolación y ya en mayo me avisan que el Departamento va a reducir el personal y que para el 18 estaré sin trabajo y antes

deirme voy con el oficial para que me dé una carta de recomendación porque para conseguir trabajo hay que armarse de recomendaciones en las cuales se destaca como un gran logro el hecho de que yo he manejado y cumplido con todas las teclas, las de la máquina de escribir, las de la sumadora, las de la calculadora, y cuando me dicen que siempre he respondido al llamado del deber y que nunca he faltado al trabajo, me siento disminuida, como si me dijeran que soy excelentemente, perfectamente mediocre; este mismo mes consigo trabajo de contabilidad en la oficina del Club de Oficiales, Commissioned Officers' Mess Open, con el sueldo de 150 dólares al mes que se reducen con el gasto del transporte diario, pero puedo almorzar en el Club sin que me cueste nada el almuerzo; el jefe mío es un cubano agradable que fue chulo durante muchos años, desde que era casi niño, siempre tenía alguna prostituta en la zona de Caimanera que trabajaba para él, tiene treinta y tres años y las muchachas lo encuentran bello porque se parece a Robert Taylor con su pelo negro y sus ojos verdes, está casado con una maestra; la viejita americana que trabaja conmigo en la oficina, él y yo, nos llevamos bien; el ambiente este es agradable porque la oficina del Club es acogedora con ventanas de cristal que dan a jardines de adelfas y grama verde, siempre bien recortada, hay varios salones y un bar, es como una mansión colonial de madera pintada de blanco y todo está limpio y tan elegante, la oficina no está separada sino que es como una salita más dentro de la mansión; la viejita Bernice se ha hecho amiga mía, quiere ser mi Pigmaleón en la forma que ella concibe que debe moldearse mi vida, que tengo que arreglarme más, sobre todo, pintarme, porque quién ha visto a una mujer tan joven a quien no le interese pintarse, que tengo que salir con hombres, que ella me puede presentar algunos, y se lo agradezco, pero siempre le busco una excusa; casi en cuanto me conoció, me contó que ella estaba en las Fuerzas Armadas y que empezó a salir con el que hoy es su marido y que salió en estado y que casi en seguida la expulsaron de las Fuerzas Armadas en forma deshonrosa y que quizás por todo esto que sufrí, perdió a la criatura, y que ella se decía, bueno, al menos, lo tengo a él, cuando nos casemos, toda esta experiencia desagradable irá quedando atrás, pero un día que estaban hablando en el banco de un parque, él le dijo que nunca había tenido ni la más remota intención de casarse con ella, y que ella, en medio de su asombro le dijo, no puedo creer que seas capaz de hacerme esto, a mí no me pesa todo lo que

he pasado porque siempre te quise y mi amor por ti era más grande que mi temor a esta vergüenza que estoy pasando, lo que no entiendo es por qué tuviste que jugar así conmigo, pero si no me quieres, estás libre de irte; él se levantó y se fue, me quedé en el banco llorando no sé por cuánto tiempo; de pronto, lo veo de pie delante de mí, y, Bernice, he decidido casarme contigo; y ya ves, hace años que nos casamos y aquí estamos; me encantan las historias de Bernice y su sentido del humor y su disposición tan agradable; las diligencias para irme de aquí definitivamente y los trámites se prolongan hasta julio de 1957 cuando llega la renovación de aquel pasaporte de estudiante, Ministerio de Estado, Dirección de Ciudadanía y Pasaportes; este pasaporte es válido hasta julio 18 de 1958; derechos \$2.20; firmado por Francisco Ugarte, Jefe de la División de Pasaportes; y el permiso de salida, República de Cuba, Ministerio de Estado, válido para salir del Territorio Nacional hasta el 28 de julio de 1957 de conformidad con las disposiciones de la Ley-Decreto número 1463 del 10 de junio de 1954; la visa en el Consulado Americano de Santiago con el cuño en mi pasaporte, nonquota, 0-1; Immigration visa No. 33, dated July 8, 1957, American Consul at American Consulate at Santiago de Cuba; mi carta a Marisol, me voy para Estados Unidos el 21 de julio, te lo digo, para que si algún día decidieras escribirme, que tu carta no caiga en manos ajenas; el 20 por la mañana, el cartero, la letra de Marisol en una carta de amor tan hermosa, llámame por teléfono en cuanto llegues a La Habana, por el mismo aeropuerto hay hoteles, nos pasaremos un par de días encerradas, amándonos, hasta morir de amor; va cayendo la tarde, el último atardecer que pasaré en mi tierra y en la partida definitiva, tal vez un encuentro con Marisol; llegan las 8:00 de la noche y un telegrama de Marisol, he decidido irme de La Habana, cuando tú llegues estaré en Las Villas, es mejor así, escíbeme, abrazos, Marisol; en las últimas horas, la tristeza contenida de mi madre, quisiera verla reír como aquella vez aquí, en casa de Carmita, que éramos chiquitas Marianita y yo, y Drina, la negrita que hace los mandados acaba de llegar con el pollo y el pescado que mi mamá le encargó, porque cuando mi mamá se pasa días en casa de Carmita ella siempre compra comida para cooperar, y cuando Drina entra con las compras, se nos acerca Marianita a mi mamá y a mí y empieza a hablar de la película de Betty Grable que dan en el cine Actualidades en la tanda de las cinco de la tarde y que Betty Grable es una actriz bien famosa y que ella quiere que mi mamá

nos lleve y mi mamá, ay, si yo hubiera sabido eso no le digo a Drina que traiga pescado porque ya lo que me queda es el pasaje para Caimanera; y Marianita, pues yo creo que es mejor ir al cine que comer pescado, y mi mamá me mira, y bueno, tú también quieres ver a Betty Grable? y yo que sí, que también, y no digo que de verdad quiero ir al cine para ver la segunda película de la tanda de las cinco, que es ***El hombre invisible***, porque ya me dijeron que eso de invisible es que nadie, pero nadie, lo puede ver, y yo muchas veces quisiera ser invisible y yo creo que si uno es invisible no es necesario entrar por las puertas porque hasta por las paredes uno puede pasar; me quedo callada hasta ver qué dice mi mamá, y mi mamá, bueno, yo creo que esto tiene arreglo, yo voy a devolver el pescado y nos vamos las tres para el cine, oye, Drina, mira, ve a la plaza de mercado otra vez y devuelve este pescado, díles que huele mal y que está podrido; y Drina, pero oígame, si usted me dijo cuando lo vio que qué pescado tan bueno, que estaba magnífico; y mi mamá, no, pero ahora lo he vuelto a ver y está malo; Drina se va otra vez para la plaza de mercado a hacer la devolución y mi mamá nos dice a Marianita y a mí que cuidado con decirle a Carmita que ella devolvió el pescado para llevarnos al cine, y Marianita promete que ella no va a decir nada y yo prometo que yo tampoco lo voy a decir, y yo me preocupo y oye, mamá, por qué tú no te quedas con el dinero del pescado para que mañana no llegues a Caimanera sin un quilo? y mi mamá, no, no, ya tu papá está al cobrar, seguro que ya mañana cobra, eso sí, yo tengo que estar allí cuando él llegue, si no, cuando vengo a ver ya gastó todo el dinero; y se echa a reír bien contenta porque podemos irnos al cine las tres y porque hizo la pillería del pescado y le jugamos la cabeza a Carmita; por la tarde, ya estamos bañadas y vestidas y cuando estamos por la acera, que vamos caminando para el cine, yo le doy la mano a mi mamá y me quedo así un ratico porque me ha gustado bastante que ella sepa que es mejor ir al cine que comer pescado, y en la vidriera que está en la esquina de la acera del teatro, mi mamá nos compra un real de gomitas de naranja y yo aprieto bien el cartuchito mío y pienso que estas gomitas las voy a guardar para cuando empiece la película del hombre invisible, y ya estamos en el cine Actualidades, nos sentamos un poco atrás, los asientos son de madera, son bancos largos con espaldar, porque en el cine Fausto hay sillas individuales pero aquí son bancos como los de la iglesia, pero bien feos; ya está oscurito y sale Betty Grable, y

yo, mira, mamá, ésa es Betty Grable, que es una artista bien famosa, y ella siempre lo que hace es cantar y bailar y siempre se está sonriendo, dime, mamá, tú no habías visto ninguna película de Betty Grable? mi mamá se queda un poco indecisa y sí, creo que ya vi una, es verdad que Betty Grable es muy bonita; veo que mi mamá está bien contenta y yo también, aquí, esperando que empiece lo del hombre invisible para abrir el cartuchito; ya es la hora de salir y sé que después del abrazo tan controlado, mi madre se quedará llorando y Carmita, con esa cara de luto de rigor; el taxi, el aeropuerto y ya Santiago y ya Rancho Boyeros, el anuncio del avión que sale para Miami, el ruido del motor me desprende para siempre de esta tierra; el tráfico de azafatas, el champán, dos paqueticos de chiclets, una dramamina, el asiento pegado a la ventanilla ya reclinado; de mí se desprende la silueta de mí misma, se desliza hacia el asiento vacío que está a mi izquierda, lo ocupa, se prepara para el discurso dirigido a mí aunque su mirada está fija hacia adelante, sus ademanes libres, su porte grotesco y abierto: "el gascar de Guantánamo a Caimanera iba lento, parando en Novaliche y en tantos otros tramos de los veinte kilómetros; el boleto, gritan, y yo se lo doy y el conductor ni me mira y abre un par de huecos inútiles en el cartoncito y sigue recogiendo el del otro, el de la otra y el de todos en el pequeño gusano del tren; la parada en Caimanera, me bajo y ahora tengo que correr y coger la lancha en el muelle y siempre esa peste en Caimanera y la lancha atraviesa la bahía y el soldado pide el pase a la entrada de la base naval y oigo inglés todo el día y el tedio y el aburrimiento y el día empezó a las cuatro de la mañana, y la máquina de escribir y unos minutos para tomar café y cuarenta y cinco minutos para el almuerzo y otra vez la máquina de escribir y las cuentas y sumas y restas y se llega a Guantánamo a las siete de la noche y aquel caserón donde una vieja enlutada se multiplica en muchas viejas enlutadas, mira, que nunca han deshonrado el honor de nuestra familia y tú no has caído mala todavía, ya deberías de haber tenido el periodo; y ni forma de explicarles que siempre se me atrasó el periodo y que el honor está ahí encerrado cerca de la abertura por donde orino y la vieja vestida de un negro más riguroso me mira la barriga hasta que no puede contenerse y me la toca proclamando a viva voz que nunca han manchado el honor de nuestra familia, no me molesto en recordarle que siempre tuve la barriga grande, dura y mirando hacia arriba y que a veces estoy cuatro meses sin periodo y que por

el hueco cerrado sólo me ha entrado agua de mar cuando voy a la playa; con su tela negra, se queda estática, levanta un ala de la nariz y la mitad del labio superior como presintiendo un hedor, me toca de nuevo la barriga y con voz trémula, nunca permitiríamos una deshonra, si te deshonraran, tendríamos que mandarte con tu madre; la vestida de un luto menos cerrado entorna los ojos hasta ponerlos en blanco como si le estuviera entregando un orgasmo a algún caballero fantasma al que se le hacen invisibles la armadura de hierro, la lanza, las manos y toda la carne y todos los huesos; temblando con un placer virginal y venéreo, dicta una doctrina también enferma: ser novios significa sólo tocarse los labios, yo moriré soltera y virgen como toda persona que jamás ha manchado el honor de la familia, y cae en una convulsión de placer sádico como si estuviera deleitándose con el presentimiento de un pecado, entre lágrimas y gemidos intermitentes y rápidos desfila la dentadura sonriendo, saboreando su victoria tan amarga de irse a la tumba intocada, intacta, y me suelta un latigazo de palabra, muchacha, por qué no contestas, mírala, hermana, como se va para el cuarto sin decir una palabra y se ha metido en la cama; allí quedan las dos hermanas de mi madre, las enlutadas, Carmita y la virginal que no he querido mencionar hasta ahora, voy a meterme en la cama sin decir palabra porque la palabra se hace inútil entre las enlutadas; es tarde y mañana otra vez, a las cuatro de la mañana, estoy tan cansada que esta noche no puedo ni estudiar francés, me acuesto con la barriga grande como siempre, sin el periodo, como siempre, con la virginidad intacta, como siempre; y ya las cuatro y el amanecer tan hermoso y el plan del día tan triste y el gascar y la conjugación en francés y el grajo del que tengo al lado que me entra violentamente por los huecos de la nariz, no hay otro lugar donde sentarse y retengo hasta Caimanera este deseo de vomitar, ya pasamos Novaliche y la carrera para la lancha y pensar en cómo nos despedazarían los tiburones si se rompiera la lancha; el soldado, el inglés, el café y los cuarenta y cinco minutos, la máquina de escribir, la tarjeta que juzga nuestra hora a las ocho y a las cinco; enseñar el pase, otra vez la lancha, otra vez el tren, la vieja que vende mariquitas de plátano en la estación de Caimanera, que me voy comiendo lentamente en los primeros kilómetros y ya pasamos Novaliche y a bajarse en la estación final, caminar once cuadras hasta el caserón de las viejas enloquecidas de honor y sexo; el tedio me hala la garganta, tomo belladona, hoy estoy demasiado

cansada para estudiar francés, no recuerdo si tomé la belladona, sé que la iba a tomar y me tomo una pastilla y me acuesto a dormir; son las cuatro de la mañana y de este pueblo hay que irse, el cónsul americano en la base naval me dijo hace unos meses, con su boca de ano estreñido y su voz gangosa, que no me daría la visa a menos que yo tuviera cinco mil dólares en el banco; salí llorando de su oficina y lloré toda la tarde sobre la máquina de escribir, aquí no se dan milagros y uno muere desde las cuatro de la mañana hasta las siete de la noche y después se acuesta uno para descansar de la muerte y el descanso es muy corto y otra vez son las cuatro; me dicen que el cónsul americano está en la base y voy a verlo con mi insistencia que anticipo inútil; me visualizo en la oficina del de la boca encogida y, perdone mister cónsul, que mire, que yo tengo que irme de aquí y mi sueldo miserable y los cinco mil dólares; me interrumpe el diálogo imaginario la presencia del estreñido con un capitán de unos huevos enormes, apretados siempre contra el caqui; en sus breves visitas por la oficina del Club, apenas si me había mirado y hoy no sé qué bicho le picó y hello, how are you, te vas para USA, pues que tengas buen viaje y éxito y un chiste y se rió y me reí sin saber lo que había dicho y el de la boca encogida cree que soy íntima del capitán y come in, usted no tendrá problemas para la visa, le deseo buena suerte, y me preparé para volar a USA; la compañía de aviación, la gente hablando que el viejo es maricón y que no, que todos sabemos que el maricón es el hijo aunque los dos son casados y que el viejo se la jugaba a la mujer gordona de michelines inflados y se la jugaba con otro hombre, todos lo sabemos porque lo hemos visto paseando en el coche de Rufo por el parque de Periquito Pérez pero yo siempre estoy en la luna y creí que a Rufo se le había muerto el caballo hacía mucho tiempo pero las bocas indiferentes del pueblo se abren y cierran para comer y para decir que Rufo paseaba en su coche a los dos maricones porque siempre se habla en ese tono burlón y agresivo contra los homosexuales, yo, no abro y cierro la boca con los demás, sólo que, mire, señor agente, mi reservación desde Guantánamo hasta San Francisco, sí, en California, sí, para julio 21 y él nada pregunta porque tengo fama en el pueblo de ente raro y solitario pero llevo mi rareza conmigo porque es lo único que tengo y te dejo sólo la fecha del 21 y te imagino caminando hacia los michelines con tu cadera ladeada y tu nalga huesuda, mira, que ésa se va sola para San Francisco, y sigo hablando con mi

mente que no recoge los ángulos de las calles ni los bordes de las aceras porque no se darán grandes milagros pero ahorita me voy de este pueblo; los mosquitos de Caimanera me dejaron de picar, la peste se fue y en el tren y en la lancha una y otra vez *USA en mil fotografías*, página a página hasta llegar a San Francisco y quedarme allí, en aquellas cuatro fotos hasta que el parón fuerte de la lancha me hace sacar automáticamente el pase de la cartera; el ciclo de cuatro de la mañana hasta las siete de la noche empezó a girar en redondo como una subida a la gloria, el vértigo, caigo en el tiempo, en la forma extraña en que pasa el tiempo porque ya siento que me fui de aquí y todavía luchando con el pase y ahí están las mariquitas de plátano mientras me busco y me busco en las cuatro fotos fijas, absorbentes, que me hablan hasta meterme en ellas; sí, señor agente, mi reservación está hecha desde hace meses, no, no es equivocación, sí, hasta San Francisco, en USA, sólo vine a confirmarlo, no es posible que usted se haya olvidado, cómo puede habersele olvidado si usted me dio hasta la hora de salida y el número del vuelo, pues mire usted, señorita, o mejor dicho, señora, y me dice señora como si fuera necesario recordarme que después de tanta belladona decidí casarme por unos días y allá en Santiago, en el hotel Casablanca, tuve que agarrarme de los barrotes de la cama para no gritar y él, como si nada, y terminado el acto, allí, en el baño, entre el inodoro y la bañera, yo sangrando hasta los tobillos, y él dando voces, I am hungry, que quería ir a comer; bajé las escaleras como pude, agarrándome del pasamanos y él delante, a toda prisa; un taxi nos deja en el restaurante, él escoge la langosta del estanquito de cristal y tan contento que se devoró todo, y después siempre fue lo mismo, aquella violencia encima de mí, dentro de mi cuerpo y la letanía diaria, que sería mejor ahogarte en una playa o tirarte de un bote de pesca y al tercer día resucité de entre los muertos o fueron tres semanas o tres meses tal vez y planté el divorcio para que desapareciera él con su violencia, para que fuera a practicarla con otra mujer o tal vez, y muy probable, con otro hombre y ya lista para irme a USA sin la tela y ahora esto de las reservaciones, mire, señor agente, si como me dice, ni modo de conseguir pasaje para San Francisco, dígame en este instante si tiene pasaje para Santiago y que sea para el día 21, sí, señorita, sí, señora, ése no podemos negárselo, o digo, para ése sí hay reservación, pero ya le digo, hasta Santiago porque en este julio de 1957 los cubanos están viajando como loco y

Cubana de Aviación va siempre rellena como una empanada de carne; bueno, el de la nalga torcida no hablaba así, se expresaba en pocas palabras y secamente, pero así lo oí y bajé las escaleras y llegué al caserón sin ver las calles; la noticia cayó en el caserón como una bomba, las dos enlutadas se multiplicaron y cundieron la casa de hermanas hechas a su imagen y semejanza, estampándose en todas las paredes donde aparecieron miles y miles de siluetas negras con los brazos abiertos, las manos entrelazadas formando una cadena que cubría todo el perímetro de la casa haciendo guardia, y por otro lado, surgieron las enlutadas caminantes que deambulaban por la casa como flagelantes en pena porque ahora quién va a ser el bastón de nuestra vejez y me dije con una paranoia perversa que las enlutadas habían presionado al pasajero de Rufo con el poder de nuestra honra y el buen nombre de nuestra familia para que yo no me embarque hacia la perdición porque después de todo, quién va a ser el bastón de nuestra vejez, si una niña tiene la obligación de nacer para cuidar a los viejos; de un tirón llegó el día de partida, la enlutada virginal me había negado la palabra desde siete días atrás, la enlutada mayor suspiró por el labio levantado y a la voz de taxi, ha llegado el taxi, se recogió como un caracol en sí misma, rodó por el suelo, siempre con la elegancia que da la lentitud, se metió rodando en casa del vecino, volvió a entrar convertida en bola de plomo o de aluminio hecha con envolturas de papeles metálicos de las cajetillas de cigarrillos y se colocó en un platillo plateado dentro del chinero para no volver a moverse jamás; mi madre, sin voz ni voto, se arrodilló delante de mí sollozando, con los brazos en cruz, me dolió dejarte así, mamá, con esos sollozos que te salían tan de dentro porque temías perturbar la voluntad de las enlutadas con ese temor profundo que te sale para ellas, por ellas, en ellas, y también, mamá, lo sé, llorabas nuestra separación porque nunca se sabe lo definitivo de la distancia y no sabes, mamá, que el dolor se me hizo silencio, llovizna fina que llovía dentro de mí, te di la espalda y con unos pasos que daba casi en el aire me acerqué a la puerta cargando la pesada maleta y sin volverme, mira, levántate, que te vas a dañar las rodillas en el mosaico; no dio tiempo a que desfilaran las demás, las siluetas pegadas a la pared se desprendieron rebeldes, protestando por no poder desfilar sus quejas una a una, y terminaron resignándose a formar un coro de lamentos, arqueándose como las medusas, contrayéndose como las medusas, ascendiendo al techo para volver a

bajar entrelazadas, todas en cadena o en grupos de dos o tres, abrazadas ahora en convulsiones eléctricas, ahuyentadas por sus propios gemidos; las figuras negras caminantes se rebelaron contra sus hermanas de superficie plana porque sólo a ellas les cabía el derecho de deambular su afligido letargo y para castigarlas, trajeron un viento terrible que arrasó las pencas de zinc de los techos vecinos, y se convirtieron en sauces; bajé los escalones por última vez, miré furtivamente las casas que me rodeaban en la calle Crombet, entré por la boca abierta del taxi, me senté cómodamente, y ese silencio cuando cerré la puerta; demora en Santiago hasta que sí, hay una cancelación; demora en La Habana, dénos su nombre y si hay alguna cancelación, la llamaremos por los altavoces; Rancho Boyeros es una plaza de calor de verano, los viajeros en los bancos, en las filas, se hacen bultos con guayaberas blancas, con bigotes incrustados como calcomanías; en las manos resbalan los boletos y las maletas se fugan por las plataformas rodantes; yo, centinela de la espera, transito inadvertida en la vigilia del espacio, buscando los hoteles; todo está vacío, y en las cuencas de mis ojos reposan los muertos del cenote; granito he dicho que son mis cuencas y sin cámaras de luz se inventan visiones y gritan inútilmente tu nombre, como reconociéndote en la muchedumbre; casi de noche me llaman los altavoces y ya el mostrador y mire, sólo hay pasaje de primera clase, sí, para Miami, acepto aquel vuelo donde prometen una copa de champán y ya el despegue y una comodidad tan triste; veo mi tierra empequeñecerse en la distancia y me llega la visión de mi abuela, de cuerpo presente, su quijada, que siempre fue sumisa, rebeldemente abierta, caída sobre el pecho, sí, es mejor sujetársela con un pañuelo blanco amarrado en la cúspide de la cabeza; en aquel cuarto que tanto habíamos compartido, la vi acercarse a la hora de su muerte, la oí hablar de perros que me salían por la boca, de copos de algodón que danzaban persistentes ante sus ojos y huían acobardados ante el gesto de sus manos que se alzaban para retenerlos; es delirio, diagnosticó el médico, es la sangre que no corre y amenaza gangrenar sus pies tan diminutos; y cuando se llenaban los orinales de sangre, también diagnosticó el médico, es una arteria reventada y un coagulante aceleraría la gangrena y un anticoagulante aceleraría la sangre que huye de su cuerpo; esperar su muerte en una agonía que se alarga y se alarga y ya no hay acomodo para estar en este mundo, siéntame, hija, que no puedo ya estar acostada, acuéstame, álzame, vírame,

dóblame, cuándo se dispondrá mi muerte, cuándo se dispondrá; y en la casi hora de tu muerte, el asombro rebelde y el temor, a dónde me llevan, a dónde me han llevado, si ésta no es mi casa ni éste es mi cuarto, y en la misma hora de tu muerte, el ronquido de mil cachorros, la inconsciencia, los músculos inmóviles, mi mano sobre tu pecho y un brusco movimiento para expulsar el último aire que habitaba tus pulmones, y te quedaste así, tan inmóvil, tan de piedra, después de tantos años de mira, hija, ya rompe el amanecer y te traigo un café para que estudies mejor, y siempre el cuidado de prepararme las medias, el uniforme, y esperar en la puerta por las tardes, vienes cansada, hija? te supiste la lección? dame tus pantalones y tus pañuelos, que éstos los lavo yo; después de tus regaños tan queridos, jarsú, joía, déjame tranquila, entonces, ven, hija, y ya el pan tostado y el café con leche para la merienda que me traes con tanto amor, y mi bata de casa en tu mano y me quito rápido el uniforme que te llevas para cuidarlo; nos vamos ya, de mano, en el tiempo, tengo cinco años y me llevas al Parque 24 de Febrero tan cerca de la casa de Calixto García y Donato Mármol y me compras en secreto durofríos y dulces de tableros y me dejas orinar en las latas que recogemos por las calles, y cuando pasó el negrito gritando, sujetándose la cabeza que sangraba, abuela, abuela, por qué se sujeta la cabeza? y tú, porque se le ha partido, hija, como un güiro, y si se la suelta, se le cae la mitad; nos sentábamos en los muros del jardín del parque donde me hacías, tan repetidamente, la historia del hombre de tu aldea, el que se echó un cabrito al hombro y mientras iba caminando creció y creció el cabrito y se convirtió en un hombre muerto, y dime, abuela, por qué creció, por qué creció el cabrito? y tú, éstos son misterios de la aldea y nadie sabe por qué creció; las tres de la mañana son y ya no puedo llorar tu boca abierta ni ese rigor de cera que te cubre; mis ojos tan abiertos y una voz aconsejándome reposo; me separé del sarcófago, me acosté en el cuarto contiguo en una cama enorme de hierro, obscenamente blanca, que se me antojó como una intrusa y como para castigarla, me masturbé hasta quedarme dormida;" la silueta regresó a mí cuando en la ventanilla del avión apareció un hormiguelo de luces amarillas y naranjas, abrocharse el cinturón, no fumar, no reclinar el asiento, y ya, aeropuerto de Miami, reclamo de equipaje, Inmigración, la tarjetica verde apropiadamente cubierta en plástico que determina mi condición de inmigrante, el cuño que me plantan en el pasaporte, US Department of Justice;

admitted July 21, 1957; Immigration and Naturalization Service, Miami, Florida, y ya en el salón de espera, y ya en el mostrador, sí, hasta San Francisco, si no hay vuelo directo, cualquier avión que vaya hacia el oeste, y el empleado, que bueno, que ya la llamaremos si hay alguna cancelación; avanza la noche, la cafetería, me tomo un café tan solitario, el humo de un cigarro que me ronda, y todo un mundo que ha quedado atrás; el cuarto de damas, varias argentinas se peinan, se ríen, orinan, y comentan las alegrías de su viaje; un golpe de voz rompe la tensión del insomnio, mi nombre y preséntese en esta compañía y lo único que tenemos es un billete para Chicago y a las seis de la mañana Welcome to the Windy City y en todos los mostradores, que no, que no hay nada para San Francisco, verifique en unas horas; me encamino hacia el tráfico, una guagua para el centro, me pego bien a la ventanilla por donde desfilan fuentes y vidrieras elegantes y entre la soledad prendida en el aire, una sensación de libertad; de regreso en el aeropuerto, mi nombre en el altavoz, vuelo directo con destino a San Francisco, avanzo hacia el oeste y voy perdiendo horas; Marianita se acabada de mudar en Alameda, sin teléfono, sin forma de poderle avisar y nadie me espera en el aeropuerto, bocas extrañas me informan, tome el autobús que la deja en la puerta de un hotel en el centro mismo de San Francisco y desde ahí tome un taxi a donde quiera ir; las calles inclinadas, los tranvías, un hotel elegante, nos bajamos; la soledad se acentúa con el asomo de la noche, con el movimiento de los carros, con las caras desconocidas que pasan delante de mí; metida aún en el aturdimiento, me dirijo al portero del hotel, por favor, un taxi, dónde puedo tomar un taxi, él estira la cara, usted tiene que esperar como todo el mundo, le asignaré un taxi cuando le llegue su turno y para ir a Alameda, vaya a la estación de autobuses que está como a cinco cuadras de aquí; llega mi turno, el chofer gordo, aspecto de gorila, el pelo parado, me mira como si quisiera ladrarme cuando le digo en una voz a la que quería darle una carga de seguridad y se hacía tímida, la estación de autobuses, la que está a cinco cuadras de aquí; todo pasa vertiginosamente y pasan también cinco, diez, quince, veinte minutos, el taxi sigue andando y, mire, que la estación está sólo a cinco cuadras del hotel, y el bull-dog vocífera, me va usted a enseñar cómo andar en San Francisco? arrea a toda marcha hasta que yo, mire, bájeme en la esquina; y él, usted no se baja hasta que yo no le diga; en la próxima luz roja me bajo y busco desesperadamente

un policía, no hay ninguno y el bull-dog, a gritos, ladrona, quiere irse sin pagar, y yo, en cuanto me baje las maletas le doy el importe, me las tira en la acera, le pago y sale como un bólido y qué hago yo en esta acera y dónde estoy; el viejito del traje marrón, como salido de un baúl antiguo, movía la cabeza de lado a lado; se acerca a mí con un pausado dramatismo, su acento, húngaro, he estado observando toda esta escena del taxi, cuánta crueldad hay en este mundo, en qué puedo ayudarla; y yo, un autobús que me lleve a Alameda, por favor, tomemos un taxi, le agradeceré que me acompañe, y él, no, es un crimen gastar ese dinero, la estación está a seis cuadras de aquí y ante su actitud que no admitía réplicas, me resigné a cargar una maleta llena de libros y discos mientras él llevaba la otra; en la ventanilla de billetes, no, aquí no hay ningún autobús que vaya a Alameda, da una dirección que no entendí pero imagino que será la de la estación que está a cinco cuadras del hotel; y el viejito, ah, pues eso sí que está lejos, muy lejos; y mi gran alivio cuando accedió a que esta vez tomáramos un taxi, y ya la estación y el autobús para Alameda listo para salir, y el viejito al chofer, cuídela, guíela, que va para Alameda; me abrazo a él tan fuertemente, y mire, cinco dólares para que regrese en taxi, no es pago, con nada podría pagarle, y él me detiene y no, de ninguna manera, usted es como mi hija, como mi hija; ya el movimiento que me aleja y su figura allí, como un duende mágico que aprendí a amar tan prontamente; me dejo llevar sintiéndome protegida por aquella voz, cuídela, guíela, por aquella voz que se disipaba con la indiferencia del chofer; me senté en uno de los asientos delanteros para vigilar al del timón; después de un tramo que me pareció demasiado largo, le recuerdo con una voz a la que quiero dar una carga de seguridad que se hace timidez, tengo que bajarme a la salida del túnel, en el campo de trailers; movió la cabeza afirmando enérgicamente con un gesto que me decía, ya lo sé, no me moleste más; unas millas más y yo de nuevo, falta mucho? y su voz de trueno, ya le dije que le avisaré; pasamos un túnel, no me avisa y me preocupa la posibilidad de que sea ése el túnel de Alameda, mi pregunta se queda encerrada en el miedo hasta que por fin me atrevo, no era ése el túnel de Alameda? y él, ah, sí, ése que pasamos es el túnel de Alameda, y no protesto, porque para qué, solamente mi voz apagada, déjeme en la primera parada que haga; el peso de las maletas, la carretera desierta, una pequeña tienda cerrada, la noche densa y empieza a cercarme el miedo, allí, petrificada, ni un policía, ni un

taxi, Marianita sin teléfono y de pronto, una pareja joven en un carro de sport descapotado, ella, embarazada, se dirige a mí, yo la vi bajar y cuando me bajé en la siguiente parada donde me esperaba mi esposo con el carro, le dije, vamos a recoger a esa mujer desolada que se quedó en la carretera y aquí estamos; en ese momento pensé que sí se dan los milagros, en la puerta del trailer apareció Marianita, muchacha, como no tenías reservación no sabíamos cuándo llegabas y hasta la semana que viene no nos ponen el teléfono y ya yo decía, ésa no llega hoy; me sentí girar, me abracé a la embarazada y empecé a llorar; la temperatura es de 65°F; con los planos de la ciudad que dan en las gasolineras, aprende uno a orientarse en las calles; autobuses, agencias de empleo, cuál es el número de su seguro social, qué experiencia tiene, mire, voy a llamar por teléfono, ah, así es que aún está vacante la plaza, sí, ahora se la mando, sí, de Cuba, pero sin mucho acento, y al decir esto me miró como si me perdonara la vida; todos los días, número de seguro social, experiencia, son magníficas sus cartas de recomendación, y así tres semanas y cuánto cansancio con aquellos tacones y por fin, la compañía de máquinas calculadoras Fridden me hace el favor de emplearme con un sueldo miserable; salir a las seis de la mañana del trailer, el largo recorrido en guagua, los archivos, los números, la máquina de escribir; en el trailer no cabemos, el niño brinca en mi cama hasta las tres de la mañana y me mudo para Oakland, una hermosa casa de huéspedes en la que comparto el cuarto con una maestra reseca que nunca se baña, su cara igualita a la de Azorín y su odio que no entiendo hasta que leo en una hoja de papel que había hecho trizas y desechado, en la que después de mucho trabajo para unir los papelitos sale su confesión, que se sentía culpable por no ser buena cristiana, porque la llenaba de odio una envidia atroz porque los hombres de la casa se fijaban en mí, y me duele su odio tan inútil; voy recorriendo calles en el octubre gris de Oakland sin saber, Chachita, que 17 años más tarde, en aquel octubre de 1974, vendrías a decirme que habías llegado a mí para romperme las tristezas, que habías venido de otras tumbas, así decías, Chachi, que nuestros encuentros, incompletos en tantas reencarnaciones, venían a cumplirse en aquel pueblo de Westchester en el que te apareciste como una visión, con tu boina de lana y una chaqueta de marino joven que se abrazaba a ti para oler de cerca el perfume de tu casi niñez de 27 años, esa chaqueta que se abrazaba a ti como una coraza

contra el miedo que entraba por tus ojos al ver, tan pegadas a mi piel, las huellas de Marisol; era el año de 1957 y me dejaba llevar yo misma por aquellas calles de Oakland, tragando niebla como si fueran grandes copos de soledad para terminar siempre en un Ten-Cent con piso de madera y oírme pedir en un inglés cubano, un strawberry shortcake para endulzarme la vida; por allí, siempre merodeando, una pareja de dos mujeres que iban de brazo, una, con el pelo del color de la cáscara de cebolla, pintura de labios casi negra, ojos verdosos, pantalones y botas; la otra, más alta, de pelo largo, negro, ondeado, llevaba falda y se dejaba llevar del brazo, nunca las vi sentadas en la cafetería del Ten-Cent, iban siempre caminando con una mirada resignada y desafiante, alertas siempre, como tratando de captar la estela de murmullos que provocaban a su paso, y a la vez, ajenas, voluptuosamente ajenas a esos comentarios que trataban inútilmente de marcarlas a golpes de maledicencia; en la casa de huéspedes de la señora Avis conocí a Jim, un hombre alto, alto, muy alto y delgado, y noche a noche, en su carro cuidadosamente parqueado en la oscuridad, los intentos de ternura se hacen demasiado sexuales, otras veces nos llega un casi romance que paseamos entre los rosales del Jardín de Rosas, en el parque Golden Gate, en Sausalito, en Berkeley, en restaurantes, en obras de teatro, y después, me dejó llevar a la oscuridad del carro para aliviar el tedio, sólo para aliviar el tedio de tu ausencia, Marisol, el tedio que persiste hasta hacerse desconsuelo; tres meses han pasado y las voces filosas vienen a dar el golpe: no, si la dejamos sin trabajo no es porque usted no cumpla, simplemente tenemos que economizar, y de ahí, a la ventanilla del seguro de desempleo y la voz agria que sale del hocico estirado, no, usted no tiene derecho, para poder cobrar tenía que haber trabajado más tiempo, y eso es todo, échese a un lado, no ve que está interrumpiendo? otra vez la búsqueda agobiante, los interrogatorios, cuál es el número de su seguro social, experiencia, cartas de recomendación, sí, un poco de acento, ya le avisaremos, pero no avisan; entro en el teatro del anuncio: se necesitan bailarinas y la voz del empresario, un poco molesto, usted me parece demasiado decente, pero a ver, quítese la ropa o es que acaso no sabía que tiene que bailar desnuda? me alejo con mi silencio y ya en la calle, camino apoyándome en mi sombrilla gris mientras trato de sentir en el ruido de mis tacones, el ritmo de la vida; entro en el estudio donde piden modelos, un hombre joven y agradable, con un tono

protector, me advierte: lo que hacemos son fotos de mujeres desnudas, no creo que le interese, me voy, agradecida, hasta la iglesia del ministro protestante, me hará diaconisa? me mandará de misionera a alguna aldea de Africa? hasta que llega a mí su voz condescendiente y mire, el trabajo que tengo para usted es éste: doble esta montaña de programas, uno a uno, dóblelos así, en cuatro, y doblo y doblo hasta que una niña de catorce años me lleva a su casa que está muy cerca y mire, le he preparado este sandwich de queso a la plancha y he preparado otro para mí; comemos sin palabras, regresamos a la iglesia, doblo y doblo hasta que desaparece la montaña y otra vez la niña, mire, aquí tiene cinco dólares, dice el reverendo que cuando usted necesite, que venga a doblar programas y a almorzar conmigo y no volví porque al reverendo se le sobra quien le doble los programas; una mañana me encamino hacia el trabajo señalado y cómo supo usted de este trabajo? ah, por el periódico? no, no saque su número de seguro social, no, no hace falta tener experiencia, salimos dentro de unos minutos; seis vendedoras en cada carro y millas y millas hasta que nos sueltan en un pueblecito que me pareció muerto; esto es lo que tienen que hacer: toquen en cada casa proponiendo estas colchas, y cuando se les acaben las colchas, vuelvan al carro a buscar más; un poco encogida toco en la primera puerta y vengo a proponerles estas colchas y antes de terminar la frase me tiran la puerta en la cara y en cada casa, que no queremos nada, que tenemos gripe, que no permitimos vendedores y portazo y portazo hasta que me fui a sentar debajo de un puente y no propuse ni una colcha más; antes de entrar en Oakland nos llevaron a un McDonald's, nos compraron un sandwich y un batido y ya en la oficina, sí, insistimos en pagarle los seis dólares, aunque usted no haya vendido nada, aquí tiene, según prometimos en el anuncio; la señora Avis empieza a ponerse nerviosa con mi desempleo a pesar de que no le debo nada y siempre viene con la historia de que mire, yo soy cristiana y lo único que deseo es que usted encuentre trabajo, bruscamente se echa de rodillas, ojos cerrados, me hala hacia el suelo, ahora tenemos que rezar, repita conmigo, y repito imitando el tono de lamento desagradable que termina con una invitación que parece una orden: usted viene conmigo a la iglesia este domingo; el carro lujoso nos lleva a la iglesia, en primera fila estamos, el ministro sermoneando en horas interminables en las que de cuando en cuando les cede el turno a algunos de los feligreses que se levantan a dar gritos, a

llorar escandalosamente, mi hijo se salvó por el poder de la oración, se multiplican las historias de milagros rematadas siempre por un coro de lamentos; ya en el hueco del carro, la voz de la señora Avis adopta un tono confidencial: si usted se convierte, en seguida encontrará trabajo, es más, es posible que usted encuentre trabajo muy, pero muy pronto, tengo un amigo que a veces viene a parar por una o dos semanas a la casa, un huésped itinerante, hombre de mucha influencia, pronto podrá conocerlo; pasaron varios días y varias noches en las que comíamos en aquella mesa larga como la de la última cena, una comida pasable, un poco de pan y mi silencio, hasta que, venga, venga para que conozca a mi amigo; ante mí, un viejo barrigón con cabeza y hocico de cerdo, mucho gusto, encantado de conocerla, tengo para usted la posibilidad de un gran puesto, y yo, que mucho se lo agradeceré, sí, señor, mañana a las dos estaría bien, pero no se moleste, con darme la dirección tiene, y él, que de ninguna manera, que para mí será un placer acompañarla y además, así la puedo presentar; ya en el carro de lujo vamos atravesando Oakland, las afueras de Oakland, una carretera que desconozco, millas y millas hasta que mire, señor, si el trabajo es tan lejos, yo no puedo tomarlo, no tengo carro, así es que; el viejo empieza a mover los ojos de cerdo nerviosamente, mirando de un lado a otro de la carretera y mire qué casualidad, ése es, ése es el lugar, vaya usted sola, no hace falta que yo la acompañe, no hace falta que mencione mi nombre, vaya, vaya usted; el edificio de la fábrica parece de granito, me dirijo a la recepcionista, mire, señorita, he venido porque me han dicho que hay una vacante; una mirada seca, una mano que me alarga unas planillas, llene usted estos papeles y si quiere, mándelos por correo aunque no tenemos ninguna vacante, salgo con un hasta luego que cayó en el vacío porque la recepcionista ni se dio por enterada; el viejo se había hecho más cerdo en la espera y ahora los ojillos le brillaban desesperadamente, fingiendo sorprenderse de que no hubiera trabajo; pasamos algunos caseríos desconocidos para mí, el viejo tratando de mantenerse animado y de hacerse el chistoso, hablando sin cesar de unos soldados de Hitler a los que llamaban la gustapo y que si yo había oído hablar de la gustapo y yo que sí, pero de donde yo vengo le decimos la gestapo, y el viejo, eso, eso, la gustapo; vamos entrando a las cercanías de Oakland dejando atrás la desolación de los caseríos, de las fábricas, de las carreteras, empezaban ya los repartos residenciales cuando cesó, de pronto, el

movimiento del carro: ésta es mi casa y tengo que entrar por un rato; y yo, pues entre usted que yo lo espero en el carro; es que mi esposa no está aquí y podemos estar solitos; pues mire, señor, quédese usted en su casa que yo regresaré en taxi; los ojitos se movieron nerviosamente cuando el carro echó a andar; se detuvo en un bar en forma de barco donde por suerte no nos dejaron entrar porque dije que no tenía identificación y castigaban severamente a los dueños de bares que no verificaban la mayoría de edad de los clientes; parada en otro bar en el que no exigen identificación, el viejo pide un trago para mí, y casi en seguida le digo que si quiere quedarse en el bar, yo tomo un taxi, y ah, pues no, que yo la llevo y ya en la casa, la señora Avis con suavidad de gata y dulzura de buena samaritana, me imagino que lo habrán pasado bien, no? le brillan los ojos momentáneamente para apagarse cuando le contesto tan a secas, no, no había trabajo y la fábrica está lejos; la señora Avis, dentro de su asombro, no se atrevió a decir una palabra más, pero al día siguiente, mire, cuando se cumpla este mes, no puedo alquilarle más el cuarto, no puedo arriesgarme con gente sin trabajo; Jim, el flaco, indignado, advierte a la señora Avis, si ella se va, nos vamos todos y se ofrece a prestarme dinero si me hiciera falta; se va aliviando la inseguridad, el miedo de imaginarme deambulando de noche por las calles, tratando de ampararme debajo de algún puente, a dónde se mete uno cuando no tiene adonde ir, porque ya Albert lo dijo, si no tienes trabajo, aquí no vengas porque yo no puedo mantenerte; va pasando diciembre, las calles se llenan de adornos de Navidad, confeccionados malamente en cualquier fábrica del Oriente, y sabes, Mochi, lo que sucedió hace años, un día de Navidad? nuestro arbolito cogió fuego y mi única preocupación era el humo, el humo que iba a asfixiar a papaíto y salí corriendo a coger un balde de agua para tirárselo al árbol y no recuerdo quién era que estaba allí que me detuvo y quitó la corriente, imagínate, Mochi, si me hubiera electrocutado no nos habiéramos conocido, y tu cuento, Marisol, me dejó una especie de terror escondido minúsculamente, en algún rincón de mí; ahora en Oakland, delante de mí, una de las tarjetas de Navidad en las que mandé a imprimir mi nombre, colocada en un sobre dirigido a ti, apilado entre los demás sobres llenos de nombres y de direcciones que apenas me interesan; esperé tus cartas, Marisol, día a día, hasta dejarme aturdir con el sueño de tu urgencia de mí, te imaginaba buscándome desesperadamente, indagando mi paradero, te

imaginaba diciéndote que no te resignabas a esta renuncia tan amarga, pero ni una letra tuya y este vacío que se hace tan grande; recorro las calles de Oakland calculando en cada bocanada de aire, el día en que habrás recibido mi sobre, mi dirección, mi nombre que te llega sin haberlo buscado, y ahora tu carta, tan breve, que todos estos meses te parecía mentira no saber en qué punto exacto del mundo estaba yo, y nada más, y ahí este reclamo contenido que me retumba dentro: por qué no me buscaste, Marisol, por qué no me buscaste; llene estas planillas y cómo supo de esta vacante, número social, experiencia, muy buenas recomendaciones pero todo depende del salario que usted espera, no podemos pagar mucho, a ver, cuánto espera? pues mire, señor, lo que usted quiera darme, necesito trabajar; ah, si es así puede empezar la semana que viene, y con aquel sueldo miserable me convertí en una empleada más de la compañía de seguros Hartford en la calle California entre Nob Hill y el barrio chino de San Francisco; sí, no hay remedio, Jim, mudarme a San Francisco, imposible pagar viajes diarios y una odisea en autobuses y tranvías; Myrtle viene con su hipocresía y su amabilidad fingida y su aire de superioridad porque trabaja en la compañía de teléfonos y porque tiene toda una habitación para ella sola y sus cuarenta y cinco años; su actitud ante los hombres es la de una araña que quisiera devorarlos entre sus manos engarrotadas por la artritis y cuánto me alegro de que hayas conseguido trabajo porque en la compañía de teléfonos tú sabes cuánto yo traté y no pude conseguirte nada; y mi silencio, porque Jim me lo había dicho, Myrtle te preparó una entrevista falsa por teléfono y la que se identificó como supervisora no era otra que una telefonista amiga de Myrtle y se pusieron las dos a entrevistarte para divertirse un poco; desde el principio, su amabilidad tan fingida, ven, para iniciarte en una de las maravillas de este país, me dejé llevar a una cafetería, y ella, al camarero, tráiganos dos batidos de chocolate, y entre asombro y asombro, absorbo por la pajita y Myrtle, verdad que nunca habías probado una cosa así? se llama batido de chocolate, traté de poner cara de agradecimiento y cada una pagó lo suyo y ya en el carro me pilló moviendo la cabeza de lado a lado, y, en qué piensas? y no le dije, pero de dónde se ha creído esta araña que he salido yo? me despido de la cocinera rusa en su apartamento del subsuelo, la mujer misteriosa y su rara relación con la señora Avis, como si mutuamente se dominaran, se temieran, se rechazaran; el hijo de la rusa, delicado,

rubio, de doce años de edad, de cuyo padre nunca se habló, estudia violín; en su apartamento agradable y acogedor me presenta a su amigo carpintero que en pocos segundos nos deja a solas, y la rusa, a mí me gusta la carne cruda y mi hijo sigue con sus lecciones de violín y cuánto diera yo por irme de esta casa porque no resisto a la señora Avis; y mi asombro, porque siempre pensé que la rusa era una espía de la señora Avis y que nos espiaba a los huéspedes para darle informes de todo lo que hacíamos; y ella, que la señora Avis es una mala mujer que se enfurecía cada vez que yo salía con Jim y que cuando le preguntó que por qué se enfurecía, la señora Avis empezó a gritar, porque hacen muy mala parejaaaaaaa! la casa de huéspedes de San Francisco, una mansión elegante, pisos de mármol, escaleras de mármol, rejas sólidas, negras, columnas griegas, 1900 Pacific Avenue; en el cuarto agradable, me acompaña una chimenea centrada entre dos camas; rompe la armonía la brusca entrada de la otra ocupante con su best-seller en la mano, pelo rubio pegajoso, ojos azules repulsivos, carne rosada de ratón recién nacido y el enfurecido ejercicio de mascar chicle; mi cama pegada a las ventanas y ella insistiendo en dejarlas abiertas noche a noche, de par en par; el frío me penetra y la ocupante del best-seller ordenando que no se cierren las ventanas y que tampoco está dispuesta a cambiar de cama porque no le gusta ese frío directo; le hablo a la señora Allen, que no sigo allí con la comedora de chicle y la señora Allen, que ya ella está al mudarse, y a los pocos días la vi desaparecer con su chicle y su best-seller, protegida por su innata animalidad; pasan los días y una noche, tarde, abro los ojos y delante de la mesa de té, los zapatos, las piernas, el abrigo largo, su elegancia, un moño francés de pelo negro, ojos verdes, cara de niño pícaro; Mimí, me llamo Mimí, soy de St. Lucia; no hablamos más, me quedo dormida con la impresión de que algo agradable había entrado a habitar el cuarto; Mimí, con sus veinte y cuatro años, su vida insegura e inquieta, itinerante, carro casi siempre sin gasolina, ropa elegante de I. Magnin, sin un centavo nunca; de cuando en cuando una invitación al barrio de los beatniks en North Beach a lo que había sido una fábrica de spaghetti donde tomamos cerveza mientras avanza la noche, pero antes de ir, siempre se detiene unos segundos en el apartamento de Pat, rubio, hermoso, ojos verdes serenos, y baja sonriendo con el dinero que Pat le da, y su voz alegre, vamos a tomarnos unas cervezas; casi a diario recorro el barrio chino y voy como buscándote, Marisol, en el

restaurante Cathay House, en las tiendas perfumadas de incienso donde me compré un vestido chino de algodón amarillo pálido y un papel de cartas tan hermoso, como un pergamino transparente con dibujos orientales, ramajes delicados suavemente tristes; ahora en mi cuarto, estreno el papel con letras griegas que nos sirven de clave, hoy te quiero más que nunca, y ni siquiera firmo y casi en seguida, un sobre con tu letra, me llegó la carta más hermosa que he recibido en mi vida, decía simplemente, hoy te quiero más que nunca; después de la nostalgia que me pareció sentir en tus palabras, me hablas de tu novio, que habías estado peleada con él pero que ya volvieron; salgo a recorrer las calles, el muelle de los pescadores, el barrio italiano, los tranvías, como si a cada paso, fueras a aparecer; ya me había acostumbrado a pensar que Mimí siempre se las arreglaría para vivir del aire, sin plantearse cómo resolver los problemas, manejándose para olvidarlos, para comprar a cuenta el ropero elegante que jamás pagaría, cuando la señora Allen decidió que Mimí tenía que irse de la casa de inmediato; mientras la señora Allen escogía las maletas y otras posesiones de Mimí como pago parcial por lo que le debía, Mimí hablaba de los próximos cursos de arte que iba a tomar en la Universidad de San Francisco; su carro lleno de toda esa ropa que no había pagado y ella tan tranquila como aquel día que una de las tiendas elegantes la llevó a juicio por no pagar; sólo una vez vino llorando, que había chocado el carro de un viejo barrigón, y el muy animal me insultó y salí del carro y empecé a darle puñetazos en la panza y el tipo resultó ser cónsul de no sé qué país latinoamericano y por eso abusó; pero pronto se le fue el llanto y no volvió a hablar del incidente; sí, sí, cuando tenga a dónde ir ya te llamaré por teléfono para darte mi dirección; la casa de Mimí, lejos, lejos de Pacific Avenue hasta que la parada del autobús y camino unas cuadras, ahí está el número, Mimí sonriendo en la puerta, en seguida te preparo una sopa y aquí tienes galletas, en cuanto termine de comer esta vieja que estoy cuidando nos sentamos a conversar; desde mi asiento le veo a la vieja el cráneo rosado y escamoso entre los pocos pelos que le quedan, come con dificultad de niño desvalido, y Mimí, ya terminó? la vieja apenas contesta, Mimí la ayuda a pararse y la sienta en el sofá de la sala; las latas de sopa de tomate abiertas, las galletas, y Mimí, vámonos para la sala de recreo; nos sentamos a ver un programa de Perry Mason, la vieja seguía como adormecida, sentada tiesamente en el sofá, y Mimí, ven para que

veas mi apartamento; en el subsuelo de la casa, me pareció agradable y cómodo el apartamento; no, aquí no tengo que pagar, sólo tengo que cuidar a la vieja; y yo, que trate de conservar eso hasta que termine de estudiar, y ella, bueno, todavía me queda el carro, no será la primera vez que duermo en el carro, y tú, con quién compartes ahora la habitación? y yo, que con Azize, la persa, que ahora está locamente enamorada y que nunca quiso al hombre con quien la casaron y de quien enviudó y que la familia del muerto la amenaza que si se casa con éste le quitan a su hijo y Azize suspirando constantemente mientras escribe cartas de amor o me lee en inglés libros de poetas persas, y siempre su tristeza disipada sólo por unas horas el día que la invitaron a una recepción en honor del Sha que visitaba San Francisco; no le digo a Mimí que he empezado a escribir una novela para que tu ausencia se diluya con mi letra, y al ritmo de la voz de Azize y la poesía persa, me dejo pensar en nuestro amor, me dejo oscilar lentamente, como un cañaveral arrullado por el viento, meciéndome entre la certeza y el desencanto, amparándome en la luz amarilla del Vienés, verdad, Mochi, que el nuestro es uno de los grandes amores de la historia? en esta casa enorme de Pacific Avenue, me amenaza el temor callado y triste, de que desaparezcas, de que desaparezca tu olor pegado a mi piel; pasan los días y una madrugada los timbrazos interrumpiendo el silencio y la voz de Mimí, te voy a buscar para que me acompañes, no me atrevo a pasar la noche sola en este apartamento, ya te contaré; en el apartamento, todo casi completamente destrozado y su única explicación: yo creo que ese hombre está loco y no lo parecía cuando lo conocí hoy en la playa, no podré seguir viviendo aquí, creo que me voy para Lake Tahoe, y en pocos días desapareció llevándose su huella y su moño francés; rompo la rutina del trabajo metiéndome a actriz en el pequeño grupo de sala teatro, The Interplayers, Leon, el director, me invita a asistir a sus clases de noche en una escuela del barrio de la Marina, mi pequeño papel en *The drop of a hat*, que representamos en los salones de la escuela, y más tarde, mi nombre entre los del grupo de relleno en el programa de *The Devil and Daniel Webster* y si alguien se enferma yo substituyo pero nadie se enfermó y nunca subí al escenario del pequeño teatro del barrio chino; día a día en las pólizas y por la noches los ensayos; en San Francisco se ha sembrado la soledad entre los seres vertiginosos que pasan sin tocarme, la peruana buena y aburrida, la judía de veinte y tres años, su cara de

pasmado asombro y sus historias, mi padre llegó huyendo a la América del Sur, llegó huyendo de los hornos de Hitler, él es mi padre y mi madre y fue testigo de mi primer orgasmo allá en Bolivia cuando un día estaba yo soñando entre unas convulsiones que me tiraron al suelo pero ahora vivo sola en una casa donde alquilan cuartos; nunca mencionó a su madre, ni siquiera aquella noche que pasé con ella tan lejos de Pacific Avenue y nos acostamos en su cama tan estrecha y en plena madrugada un viejo gordo y baboso entra al cuarto y se sienta en el borde de la cama y cuando empiezo a alarmarme, ella, no, no, está bien, es Tom, el encargado de la casa; y después, a él, hoy no, Tom, y el viejo se va con su torpe mansedumbre y ella explica, a Tom le gusta manosear, pero es inofensivo; al otro día no hablamos más del viejo, sólo de que a ella le gustaba la grasa de gallina untada en el pan negro y de cuando ella empezó a moverse de la cintura para abajo hasta que las convulsiones la tiraron violentamente de la cama y su padre allí, ayudándola a pararse, no te asustes, hija mía, eso es algo natural; a la hora del café, en los quince minutos en que somos libres, me lee en alta voz los versos de Gabriela Mistral o vamos a algún restaurante chino para el almuerzo acelerado de los cuarenta y cinco minutos; la filipina católica con su cruz en la frente el miércoles de ceniza y su mantilla de encajes, encargada de supervisar el proceso de las pólizas, me da instrucciones que sigo fielmente, para después decirme, eso no fue lo que yo le expliqué, y dirigirse a Robert, jefe de sección, para que él vea que la supervisión de ella es imprescindible y que es capaz de detectar errores, todo el mundo dice que ella y Robert son amantes, y para contrarrestar el rumor, habla constantemente de su marido filipino; meses sin saber de ti, desde aquella carta en que me anunciabas tu matrimonio porque estoy enamorada de él y le quiero y cuando me case me iré a vivir a Tope de Collantes, y mis pocas palabras y mi desolación mientras te decía que fueras feliz, y hoy te escribo en una tarjeta con una pintura de Van Gogh, me imagino que ya estarás en Tope de Collantes, a pesar de que habrás dejado de quererme, quise saber de ti, ahora vivo en un pequeño apartamento amueblado y no te digo, Marisol, esta añoranza que llevo en mí; muy pronto, tu carta que por varios días no me atreví a abrir: decidí no casarme, a última hora rompí el compromiso, en lo que me dices, que yo he dejado de quererte, cómo puedes decir eso, si por casi tres años fui novia de un hombre y creo que nunca, realmente, le quise; con el año de 1959 llega el

momento de mi partida, mi madre ha emigrado a Miami, vive con su hermana Amparo, la que antes vivía en Nueva York y recuerdo su carta, yo no estoy para pagarle carrera a nadie; mi madre reclama mi presencia; me despido de estas calles que guardan mi tristeza, el Cathay House con su arroz frito, sus costillas de puerco al carbón, aquella servilleta húmeda, de agua caliente perfumada; frente al restaurante, en la esquina de las calles California y Grant, la catedral donde se puede llorar privadamente ante un pequeño altar; las tiendas del barrio chino con su incienso penetrante; en el barrio italiano, el restaurán Sorrento con sus hojas de parra en el techo; el muelle de los pescadores con su profusión de restaurantes y aquellas calderas de mariscos hirviéndose en las aceras; el Franciscan y sus paredes de cristales donde uno almuerza mirando la bahía; el Coit Tower, los tranvías, las luces intensas color naranja que sobreviven en la niebla del Golden Gate; los jardines de rosales, las esculturas de Rodin, los temblores de tierra que me mecieron en el sexto piso de la Hartford, el serpenteante dragón del Año Nuevo chino, la exposición de Van Gogh en el museo del Golden Gate Park, las calles inclinadas sembradas de raíles y los viajes a Milpitas donde ahora viven Marianita y Albert, un caserío entre montañas y mi llegada siempre tarde a San Francisco y mi temor mientras espero la guagua para regresar a la casa, la parada en una esquina deprimente donde siento de cerca el churre de vagabundos y borrachos, me quedo allí, tan tensamente quieta en el frío que se hace casi bruma, una mujer de unos sesenta años, vestida de negro, con botas antiquísimas de piel negra y bonete como el de las menonitas, vocifera los fuegos del infierno, sus brazos agitados en el aire, la vista fija en mí, un escalofrío me recorre cuando veo sus ojos de frente y la furia de sus brazos amenazando, retrocedo en el temor de las botas negras que se acercan, empiezo a girar hasta recorrer sobre mi eje una circunferencia, sigo girando y dejo a mi espalda los gritos que se van alejando mientras cruzan la calle; en la rutina del trabajo esta ciudad se me va haciendo extraña y la deshbito a diario en los tranvías, en la Hartford, en las aceras donde me detengo a vomitar de cuando en cuando, en esta neblina que cae y me rodea sin tocarme; San Francisco, cumpliendo su ciclo, ha señalado mi partida; Jack, el joven japonés, ocupante de uno de los tantos escritorios de la Hartford, me lleva al aeropuerto; un abrazo, nos despedimos, al alzar el vuelo presiento mi fantasma deambulando para siempre en los tranvías; la llegada a

Miami, todo tan desolado, dónde se ha quedado palpitando el corazón de San Francisco, recorro avenidas insípidas y lisas, qué parte del itinerario cumplen en este momento los tranvías, en qué parte del puente se asienta aquella neblina tan hermosa; entre lluvias torrenciales voy de oficina en oficina llenando papeles, número del seguro social, cartas de recomendación, por qué quiere trabajar en esta compañía, en qué forma su experiencia podría beneficiar a nuestra compañía; la voz gangosa y gutural del judío que me mira por encima de sus espejuelos, me anuncia, puedo darle un puesto de asistente de tenedora de libros, y así me inicié en el sueldo miserable, el tedio de las cuentas, que tal compañía pagó el cargamento de tuberías de vinil y que la otra compañía también pagó, y estoy asentando pagos de ocho a cinco, día a día, marcando esclavitud en las tarjetas perforadas, escritorios donde deambulan enormes, feroces cucarachas, tuberías de pvc, trabajadores de cara triste, la suciedad del suelo y la voz del judío ladrando como Hitler en aquellos discursos de Movietone para después alejarse con sus piernas varicosas, envueltas como las de las momias, tan estirado y recto como si le hubieran metido uno de sus tubos de vinil por el ano y le recorriera verticalmente el cuerpo hasta la base del cerebro; Sarah, la tenedora de libros, obesa, de treinta y seis años de edad, siempre riéndose, siempre de buen carácter, siempre disculpando al pequeño Hitler, es que míster K, como a él le gusta que le digan, vino de Polonia cuando era niño, no hablaba inglés y los otros niños se reían de él y él juró que llegaría a ser un gran personaje, un médico eminente, y que entonces nadie podría reírse de él; y ahí está, con sus fábricas y sucursales, sus casas en la playa y sus ladridos, y como no pudo llegar a médico, le hizo dos hijos a esa mujer de cara mongólica y los metió a estudiar Medicina; de cuando en cuando vienen a la fábrica con sus batas impecablemente blancas y su cuidado de no acercarse demasiado a la pobreza; uno es trigueño con cara de oso y el otro es blancuzco, delicadito, y nos mira como si siempre estuviera al decirnos, yo me lavo el ano con champán; Sarah sigue en su admiración por míster K, y yo le digo, Sarah, no seas buenaza, estás equivocada en eso como nos equivocamos contigo los trabajadores de la oficina cuando el sumiso de George hizo la recolecta para que mandáramos flores al entierro de tu madre, y tú, ya en la procesión del entierro, viste aquellas flores sobre el sarcófago y entonces tu desesperación y tu consulta con el rabí, que mi madre es judía ortodoxa y no se

admiten flores en el entierro y el rabí te tuvo que consolar, bueno, eso salió de un acto inofensivo de ignorancia de parte de tus amigos cristianos, y tú, Sarah, nos perdonaste porque sabes que te queremos y seguiste en tu benevolencia hasta que el pequeño Hitler, con su voz gangosa empujándole el hueco de la garganta, te insultó delante de todos porque compraste sin su permiso una cajita de ligas de veinte centavos; aumentan las vejaciones y aumenta su capital como si una fuerza misteriosa lo compensara por patearnos; el gordo Bill, siempre callado ante los insultos, me pide que lo ayude en su trabajo atrasado y cuando terminamos, ya cerrada la noche, míster K, con un placer pequeñamente perverso, se dirige a mí y mire, éste es su último cheque, aquí no vuelva más, si tiene que trabajar después de las cinco, aunque no le pague por ese tiempo, es porque usted no es eficiente; lo vi girar sobre sus tacones y alejar su pequeño trasero, el punto central de su tiesura; el *Miami Herald*, los otros periódicos, anuncios de empleos, las planillas, número de seguro social, los cheques de compensación de desempleo que tapan un poco la miseria y con los cheques de desempleo, la advertencia, nosotros nos ocupamos de conseguirle trabajo y si usted no acepta el trabajo que le consigamos, inmediatamente se le discontinuará la ayuda; recorro las calles, quiero volver a mi niñez, a aquellas noches en que el marido de Carmita, holgazán y caballero, nos traía una enorme porción de mantecado en envases de cartón, acompañado de bizcochos *sponge rusks* que salían con el nombre de esponrús del Refectorio, llamado después café Montecarlo, acompañado también de bocadillos de jamón y queso en pan de media noche, al oírlo entrar y al llamado de Carmita, nos levantábamos corriendo Marianita y yo, a disfrutar el banquete que con tanto cariño nos ofrecían; me espera de nuevo el tedio de los anuncios rectangulares de los periódicos, no logro espantar ese tedio sin ser Louise, la loca soñadora de 1900 Pacific Avenue, así que usted está al irse? sí, para Miami; ah, pues no puede irse sin ver mi pajarillo, subimos las escaleras de mármol hasta el segundo piso, el olor a viejo que me hace retroceder en el tiempo como si nos adentráramos bruscamente en el siglo XIX, Louise, como una gran dama sureña, con su acento de Alabama, su bata larga de satín, aquella enorme pamea que nunca se quitaba, la cara untada de crema grasosa, el pelo quemado por las teñiduras, rebelde a mantenerse rubio, siempre hablando de grandezas ya idas como si fueran parte de su momento de hoy;

entorna sus ojos de cincuenta años como una coqueta e inocente damisela mientras contemplo aquel museo; su voz se hace acogedora, te traje para darte una sorpresa, para que antes de irte, mi pajarito cante algo para ti; se para ante una jaula de mimbre tapada con un paño de franela, ahora mi bebé te cantará, pobrecillo, que hoy no le he puesto la comida, la veo tan feliz delante de la jaula hasta que al fin hala el trapo con un gesto teatral como una princesa que con mover la mano estuviera perdonando alguna vida, queda desnudo el esqueleto de la jaula con sus varillas de mimbre afuera, como costillas descarnadas y en el mismo centro, en su mínima perchita, un canario embalsamado, inmóvil, con su muerte cosificada y Louise, a ver, mi bebé, canta para nuestra amiga; entona una letanía de palabras mimosas para convencer al canario hasta que yo, es mejor que no lo forcemos a cantar, tal vez no se siente bien, y Louise debatiéndose en un gesto entre satisfecho y resignado, ya tendrá frío mi niño, la colcha vuelve a cubrir la jaula, nos disponemos a salir de la habitación y ya casi en la puerta, cuánto me alegro de que estés tan acompañada, Louise; ella me sonrío agradecida por no contarla entre los descartados que habitamos el destierro de nuestra soledad; bajamos las escaleras de mármol y al llegar a las mesas redondas del comedor Louise se separa de mí porque se había agotado el pozo de nuestra comunicación y se dirigía ahora a otros seres que cortaban la carne o apuraban la sopa sin interés de oírla, sin interés de participar en su discurso sobre las grandes damas del Sur; en el calor y la lluvia de Miami, sigo sin untarme, piel adentro, la locura de pájaros disecados; un día en ese año de 1960, se apareció Marisol con moño francés y guantes de piel negra, como me lo había anunciado su amiga Nenita en un golpe de teléfono con voz lenta y un tono de intimidad un poco postiza, mira, Mari me dijo que te llamara, que ella viene el sábado por la tarde, y si tú tienes carro, ah, un Corvair, pues mira, la vamos a recoger al aeropuerto; esa noche nos conocimos, Nenita me sugirió que me arreglara un poco, un permanente, tal vez, unos aretes tal vez, tal vez alguna pulsa, porque tú sabes que hay piedras de muchos colores y lindas, debes de hacerte algo, no sé cómo eras pero te ves así, bueno, pálida y marchita; no le cuento a Nenita la ausencia, tanta ausencia en estos tres años y cómo buscaba a Marisol en el aire húmedo de San Francisco y en aquella casa del Camino Real por la que pasaba en mi regreso de Milpitas, cuántas veces me veía allí con Marisol, me apropiaba de los cuartos, del

comedor, grandes ensaladas que preparabas para la cena, muchas luces encendidas de un amarillo claro y brillante, yo pintaba, tú escribías, y deambulábamos por aquella casa dentro del hecho exacto y poderoso de nuestro amor, siempre era la misma casa en el Camino Real, entre Milpitas y San Francisco, la que mis ojos ávidos buscaban desde la ventanilla del autobús; en la peluquería de Jordan Marsh le suplico a la peluquera, una onda ancha, bien ancha, sólo para darle un poco de vida a este pelo tan mustio, la peluquera pone cara de experta y me asegura que aquellos hierros y aires calientes me dejarían una onda natural, rejuvenecida; salí de allí rizada como una gallina encaracolada, con rizos minúsculos y abundantes, desesperantemente horribles, salí con unos aretes de piedras blancas y azul añil, con una pulsa que le hacía juego y un vestido de peterpán de flores del mismo color con una falda ancha que colgaba sin gracia de mi cuerpo de 92 libras, me sentía disfrazada, con un pelo que no era el mío y unos deseos enormes de esconderme dentro de un saco herméticamente cerrado; ya en el Corvair, en shorts y una camisa de sport, carretera hacia el aeropuerto, cigarros en cadena, sala de espera hasta que anuncian el vuelo de Cubana de Aviación y Nenita se precipita, dueña del momento, dueña de las primeras palabras de Marisol, de referencias a gentes y lugares que desconozco; me mantengo a distancia, tímidamente, con deseos de correr para que no me vea esta expresión marchita y temerosa; Marisol se dirige a mí sin emoción y me quedo rígida, sin atreverme al abrazo, sin atreverme a responder a su rápido interrogatorio que sonaba a fórmulas de cordialidad pronunciadas a distancia, cómo estás? cómo te va? qué estás haciendo ahora? cómo está tu mamá? pronuncié algo torpemente, palabras vacías que rodaban sin propósito para perderse en la densidad del aire hasta que me oí decir, esperen aquí, voy a buscar el carro; mientras caminaba hacia el parqueo, me sentí sola, extraña, como si Marisol no estuviera allí con su moño francés, su sonrisa que tanto amé, sus ojos tan hermosos; llegamos a mi casa que no es mi casa, donde reina la rapacidad de Amparo en el número exacto: 210 en 53 Court, barrio del South West donde desde hace meses mi madre y yo le pagamos renta por una pequeña habitación para mí y otra que mi madre comparte con Amparo, Marisol se quedará en una tercera habitación, desocupada en ese momento, que Amparo alquila cuando puede, cuando encuentra alguna inquilina de confianza; parqueo el carro en el carport, entramos, mi

madre se muestra amable, Amparo asume una actitud de gran anfitriona, mostrándole a Marisol su habitación por la cual ya yo le había pagado y ofreciéndole más tarde una cena por la cual también le había pagado; Marisol se atarea en desempacar las maletas, se inclina y tantea los compartimentos y bolsillos como buscando algo hasta que saca un frasquito negro de Chanel, como de cerámica, de esos que son para llevar en la cartera, y me lo muestra, esto es para tu mamá, no sabía que vivías con una tía, así es que no traje nada para ella, y para ti, un regalito pequeño porque no se puede sacar mucho de Cuba, y me entrega un peinecito plástico color carey, insignificante, por el que no sentí ningún apego; días antes, en el Howard Johnson's de Biscayne Boulevard, como si no tuviera importancia, Nenita, has traído alguna foto de Marisol? Nenita me enseña una foto de carnet que me quedo mirando hasta que, si la quieres, puedes quedarte con ella, y la guardé en mi billetera sintiendo su casi presencia, ajena y poderosa a la vez; es de noche, recorreremos Miami en el Corvair, yo al timón, dándome cuenta de que Marisol estaba allí por un capricho de la casualidad, que había venido a ver a Nenita, a tratar de convencerla de que no se exilara en Miami, y había ido a parar a casa de Amparo porque no había sitio para ella entre los parientes de Nenita, de pronto, la voz melosa de Nenita se hace insistente: a ver, Mari, por qué no cantas esas dos canciones de Alvaro Carrillo y Frank Domínguez que están de moda en Cuba, anda, cántalas, si no las recuerdas bien, cántalas como las recuerdes, que estoy segura de que aquí no se conocen; así se lo confirmo y de nuevo su insistencia y la voz de Marisol: "tanto tiempo disfrutando de este amor/ nuestras almas se acercaron tanto así/ que yo guardo tu sabor/ pero tú llevas también sabor a mí// si negaras mi presencia en tu vivir/ bastaría con abrazarte y conversar/ tanta vida yo te di/ que por fuerza tienes ya sabor a mí// no pretendo ser tu dueño/ no soy nada, yo no tengo vanidad/ de mi vida doy lo bueno/ yo tan pobre qué otra cosa puedo dar// pasarán más de mil años, muchos más/ yo no sé si tenga amor la eternidad/ pero allá tal como aquí/ en la boca llevarás sabor a mí...", la canción empezaba a hacer su efecto, a disipar la extrañeza entre Marisol y yo cuando la voz melosa de Nenita se dejó oír, ahora la otra, Mari, canta la otra canción, y Marisol empieza: "como en un sueño/ sin presentirlo/ te me acercaste/ y aquella noche/ maravillosa/ tú me besaste// en el hechizo/ de tu sonrisa/ había ternura/ y en esa entrega/ de tus caricias/ tibia

dulzura// pero el destino/ marca un camino/ que nos tortura/ y entre mis brazos/ quedó el espacio/ de tu figura// y desde entonces/ te estoy buscando/ para decirte/ que como un niño/ cuando te fuiste/ me quedé/ llorando, llorando, llorando..." un hondo silencio ha llenado el carro y una necesidad de hablar a solas con Marisol, hasta ahora, la conversación había girado en torno al posible exilio de Nenita, porque yo vine con idea de exilarme, pero mami todavía está en Cuba y no puedo dejar a mami sola; y Marisol, sí, Nenita, pero además tú eres mi única amiga en Cuba, si tú te quedas aquí, qué hago yo; el diálogo se había repetido exacto varias veces para terminar con una Nenita sonriente, satisfecha de ser imprescindible; pasada la medianoche, por fin solas en la oscuridad del Corvair, la voz de Marisol, yo sé que tenemos que hablar, yo creo, Mochi, que lo mejor es que no suceda nada entre nosotras, empezando porque vamos a estar juntas unos días y después la separación otra vez, no, no debe pasar nada, tú no lo crees así? y yo, demasiado tímida para decirle que me siento desprendida de todo, de mí misma, que la vida nunca me deja retener nada, que la felicidad de unos días podría romper esta miseria que me habita; un ligero movimiento de cabeza que sirve de sustituto a las palabras que no pronuncio: así será, Marisol, así será; en casa de Amparo, oscuridad y silencio, Marisol en su habitación, tal vez dormida ya, y en mí una angustia agitada que no cabe en el pequeño cuarto en el que tantas veces he añorado a Marisol y ya el carport y el Corvair y la carretera que recorro a solas hasta que el amanecer me lleva de nuevo a casa de Amparo; mi madre, por la tarde, al regresar de la factoría donde durante ocho horas al día borda suéters de cachemir, se dirige a mí entre la censura y la indignación, pero muchacha, adónde saliste tú a esas horas de la noche? adónde fuiste? y yo, apagadamente y sin deseos de dar explicaciones, fui a dar una vuelta; nuestras voces desaparecen dejando en mi madre una expresión de reproche; esa noche, cuando mi madre y Amparo duermen o vigilan en la oscuridad, entro al baño con Marisol, Mochi, te pedí que entraras porque me preocupa saberte así, en esa desesperación; comenzamos el abrazo lento y acariacante, mi boca en su cuello reconociendo los rincones como si el tiempo no hubiera transcurrido, la siento jadeante entre mis brazos, y ya su blusa abierta y su mano en mi cabeza guiándome hasta sus senos y de pronto, su voz, ten cuidado, creo que sentí un ruido, es mejor que salgas porque parece que están

despiertas; nos llega la mañana del viaje propuesto a New Orleans junto con la noticia del ciclón que se acerca; ya en la carretera, he dejado atrás la preocupación de mi madre, y tú vas a salir así, con este ciclón que han anunciado? tomo la 1 Norte, Hollywood, Dania, Fort Lauderdale, West Palm Beach, corriendo a mayor velocidad que el ciclón, huyendo de su furia; ya de noche, San Agustín y un motel de dos camas cameras, Marisol y yo en una y Nenita en la otra; mi acercamiento y la voz ahogada de Marisol, esta noche no, porque si Nenita se despierta, qué horror; me dormí sintiendo que su voz encerraba una promesa; la luz del día nos pasa por Jacksonville, nos lleva a Tallahassee, damos una vuelta por la Universidad, nos detenemos para decidir nuestro rumbo, y la voz de Nenita, es imposible, totalmente imposible seguir hasta New Orleans, no llegaremos a tiempo para regresar a Cuba antes de que se venza el permiso de entrada; alteramos la dirección del viaje que nos lleva a Cypress Gardens, Silver Springs, The Singing Tower y sus campanadas que nos reciben con el **Sueño de amor**, detengo a Marisol por el brazo, regálame esta noche, dime que me regalas esta noche, su sonrisa me trae una reconciliación con la vida, una paz en la que me sentí dueña de mí, recuperando pedazos de mí misma que por tanto tiempo habían quedado sueltos, inútiles; llegamos a Miami ya entrada la noche y Nenita empeñada en quedarse a dormir en casa de Amparo, sigo mi camino como si no la hubiera oído hasta que de pronto, mira, Nenita, ya estamos frente a la casa de tus parientes, así es que bueno, ya nos veremos mañana y que duermas bien; Marisol y yo en la intimidad del Corvair, mi mano entre las suyas; nos detenemos en un motel de la carretera, en el cuarto, una cocina que no vamos a usar, en la mesa de noche, un teléfono desde el que no me atrevo a llamar a mi madre; demasiado pronto nos amanece el día y ya en casa de Amparo y su voz ácida y burlona dirigiéndose a mi madre, ya te lo dije yo, que no te preocuparas tanto por el ciclón, que las niñas se estarían divirtiendo de lo lindo y ni se molestaron en llamar y tú aquí, angustiándote por gusto; esa noche otra vez la lucha por deshacernos de Nenita que por fin logramos dejar depositada en casa de sus parientes; en el hotel Congress, cerca del aeropuerto, se nos va la noche sin tiempo para el sueño, al salir, Marisol se despide de la habitación: un día volveremos, tenemos que volver; la casa de Amparo, el reproche silencioso de mi madre, la ausencia de Marisol, la espera de sus cartas y el temor de que Amparo las abra

porque ya Mochi, no nos podemos escribir más con letras griegas porque si en Cuba interceptan mis cartas se creerán que escribo en clave para tramar algo contra el gobierno, sólo pondré mi inicial y apellido; empiezan a llegar sus cartas de amor, sé, que en el camino de mi vida, en cada rincón te encontraré; y a continuación, para volverlos a vivir, alusiones a nuestras noches de amor; hace horas que espero en la telefónica, sí, una llamada a Cuba, a La Habana, hasta que por fin mi nombre, la cabina que me señalan, su voz que siento tan mía, y ya la casa de Amparo, el Corvair guardado en el carport, la cara rígida de mi madre, y su censura que me llega mientras me entrega una carta abierta de Marisol, mira, Amparo abrió esta carta por equivocación; leo la carta reconociendo cada letra de Marisol y me quedo allí, de pie, fingiendo indiferencia ante la indignación contenida de mi madre, trato, cuidadosamente, de no mover ni un músculo de la cara cuando tropiezo con alguna palabra de amor o con frases que debieron de haber quedado entre Marisol y yo hasta que una voz que apenas puedo reconocer como mía, intenta explicar, ah sí, es que ahora, con eso de las acusaciones por contrarrevolución, hay que hablar con un lenguaje de amor cuando uno quiere referirse a lo que está pasando en Cuba, es una forma de transmitirnos noticias; y así sellamos la tarde mi madre y yo, en un cerrado silencio de incomunicación; en este 17 de abril de 1961, día en que se abre la exposición de pintura en el hotel Di Lido en la que participo con varios cuadros, me viene la noticia de la invasión de Bahía de Cochinos, la desesperación de no saber cómo estará Marisol, la angustia de no poderla llamar por temor a cometer una imprudencia que pudiera perjudicarla, noticias del fracaso de la invasión y el hecho de que Cuba se ha convertido en una cárcel gigante habitada por millares de presos para evitar posibles brotes contrarrevolucionarios, pasan semanas, una llamada de teléfono, una voz de mujer desconocida para mí, sólo la llamo para darle un mensaje, Marisol está bien, eso es todo, que no se preocupe, que está bien; poco después Nenita y la madre vienen a engrosar el exilio de Miami, la madre me cuenta, imagínate, nos denunciaron los vecinos porque teníamos un grupo de amistades en la casa, allí estábamos conversando cuando se aparecen unos milicianos y nos llevan presos a todos, nos encerraron en una celda a Nenita y a mí que estaba tan repleta de mujeres que no teníamos espacio ni para acostarnos en aquel suelo lleno de ratas y suciedad, maltratadas por las milicianas que nos vigilaban, más de un mes

encerradas allí, sin una acusación, sin que nos celebraran juicio, hasta que un día una miliciana abrió la puerta de rejas y nos mandó a salir, en este tiempo sobrevivimos gracias a Marisol que nos traía comida arriesgándose a que la metieran presa a ella también, si te digo, que se salvó de milagro, porque el día que nos metieron presas ella iba a ir a mi casa también y no sé qué pasó que por fin no fue; pasaron unas semanas, un golpe de teléfono me trae la voz querida de Marisol, la operadora menciona una interrupción, después, de nuevo su voz, mañana llegan a Miami, sí, tres niños, hijos de mi hermano, el varón de ocho años, las hembras de cinco y siete años, sí, mañana, en avión, vuelo directo desde La Habana, cuídalos como si fueran mis hijos; otra interrupción y se apaga la voz; mi condición de desempleada, propietaria del tiempo, me permitió soñar planes para cuando llegaran los niños; Aeropuerto Internacional de Miami, salón de espera, horas de retraso hasta que llega el avión hacia las seis de la tarde; por el boquete de la puerta empiezan a aparecer niños, niños de todos tamaños, niños con letreros que les colgaban del cuello para situarse en el centro del pecho, en los que se leía su nombre, y los nombres y la dirección de sus padres en Cuba; sentí que los músculos del rostro se me fueron alargando, sentí que algo se me ensombrecía dentro, los letreros, aquellos letreros que concretizaban un símbolo: el éxodo de niños cubanos que se produjo cuando el gobierno corrió la voz de que les quitaría a los padres la patria potestad; ante mí aquel enjambre de niños demasiado ilusionados aún con la aventura del viaje para darse cuenta de su desvalimiento y su soledad; pasé la vista intensamente entre aquellas letras hasta identificar los nombres, el varón, vestido de traje marrón, camisa blanca y corbata, me contó, con las manos en los bolsillos, los pormenores del viaje, sus ojos, tacitas de café, como los había descrito Marisol, chispeaban para acompañar la vivacidad de su voz; las niñas se mostraban un poco encogidas, como queriendo identificar entre la muchedumbre, algún rostro conocido; guiados por el hombre que fue a recibirlos, los niños pasaron a un pisicorre que los conduciría a ese lugar de tránsito que se conocía con el nombre de Kendall; le aseguré al varón que esa noche iría a verlos; el viaje a Kendall me pareció largo, como si estuviera moviéndome hacia un punto alejado y remoto de la tierra; en el pabellón de los varones encontré a mi pequeño amigo, me informó que las niñas no habían querido comer, que la mayor padecía de estreñimiento y que su mamá le

había encargado que me lo dijera; encontré a las niñas en el dormitorio del edificio de enfrente, pronto se apegaron a mí, las llevé al carro y les di leche que había traído en un termo, regresamos al dormitorio; dos niñas mellizas, cogidas de la mano, oyeron pasar un avión y empezaron a gritar de alegría: mami! papi! eran pequeñas, infinitamente pequeñas para estar tan solas, los padres les habían dicho que algún día vendrían a buscarlas en avión, una monja trató de calmarlas, les aseguró que vendrían en otro avión y trató de disimular su nerviosismo cuando les aseguraba que sus padres no estaban en el avión que acababa de pasar, que no lloraran más, que sus padres vendrían en otro avión; llevé a mis dos pequeñas amigas hasta sus camas, la monja encargada del dormitorio me dijo que mi presencia no estaba permitida allí, que las niñas tenían que acostumbrarse porque sería peor si se encariñaban conmigo y tuvieran que sufrir otra separación, oí estas frases como una letanía durante las tres semanas que pasaron en aquel lugar de tránsito, pero seguí yendo porque mi afecto les hacía menos duro el brusco y terrible cambio inicial, el de la desaparición de todos los seres que los habían protegido, que les eran queridos; el varón, convertido en el absoluto protector de sus hermanas, necesitaba, a la vez, mi protección, casi todas las mañanas me llamaba para darme el informe: tía, hace dos días que mi hermana mayor no va al baño, tía, la más chiquita no quiso comer hoy, no ha comido nada, pero nada, en todo el día, y allá me aparecía yo, con ex-lax, vitaferol, leche, cereal, sandwiches, que disfrutaban en el espacio acogedor del Corvair; saqué, con libretas de sellos comerciales, una pelota de baloncesto y dos muñecas; los fines de semana me permitían sacarlos y nos íbamos a la playa; los niños fueron sufriendo una curiosa transformación en Kendall, las dos niñas llevaban siempre la llave de un bulto de lona donde guardaban sus pertenencias, el niño revisaba a diario con otros niños, las listas de relocalizados que ponían en una de las paredes del dormitorio de varones, después de leerlas, discutían entre sí, soñaban posibilidades maravillosas: tal vez los enviarían a una casa de millonarios en Texas donde había una piscina enorme, centenares de caballos, una infinidad de trajes de vaqueros; parecía un tumulto de pequeños inversionistas anticipándose a fabulosas negociaciones, la Bolsa, un Stock Exchange en miniatura; en una de las listas, a la tercera semana, aparecieron los tres nombres, relocalizados a un asilo de huérfanos en Evansville, en el estado de Illinois; la mañana estaba húmeda, triste, a la hora

señalada estaba esperándolos yo en el aeropuerto, los vi llegar de Kendall, me abracé a ellos, llegó el momento en que alguien nos vino a separar; la niña mayor comenzó a llorar convulsivamente, comenzó a vomitar, el encargado se dirigió a mí y como una concesión especial me dejó acompañarlos hasta el avión, me salieron para ellos, palabras desvalidas, entrecortadas, pronunciadas en voz baja; esperé la salida del avión, atravesé pasillos llevando en mí una extraña mezcla de sentimientos; mi carro, las anchas avenidas de la ciudad, luces de tráfico y un llanto callado que me acompañaba; carta a Marisol con la dirección de los niños y casi a vuelta de correos, su respuesta, Jacinto y yo estamos haciendo las diligencias para salir, unos vuelos que han puesto a Montego Bay, hasta ahora sólo hay posibilidades para Jacinto y para mí, no les dan salida ni a mi cuñada ni a mi sobrinita de dos años, tenemos que ir saliendo así, como podamos, por lo pronto, consíguenos a Jacinto y a mí contratos de trabajo que no usaremos, es sólo una formalidad, un requisito que hay que llenar, mándanos también un testimonio diciendo que de ser necesario tú nos mantienes allá para que no seamos carga pública, todo esto tenlo preparado lo antes posible y cuando yo te avise manda los papeles a Montego Bay; en pocas semanas, carta de Marisol, estamos en Montego Bay, Jacinto y yo hemos alquilado una habitación en una casa de familia, aquí en Montego la peste ondea en el aire como una bandera; le mando los papeles, mi testimonio legalizado, las ofertas de trabajo que Sarah, generosamente, escribió y firmó a escondidas de míster K; la mañana luminosa, la madre de Nenita y yo buscando entre los pasajeros, a distancia, desde la baranda del segundo piso, hasta que distinguimos a Jacinto y en seguida, el paso firme de Marisol que caminaba segura, como si hubiera traído con ella, una absoluta independencia; el Corvair nos lleva al apartamento del North West escogido por la madre de Nenita, un segundo piso, escaleras deprimentes, una sala mediana donde hay una especie de closet enorme en el que se esconde una cama que se abre como un monstruo herrumbroso para pegarse a la pared opuesta a la puerta de entrada; a la derecha, un pequeño espacio que sirve de comedor frente al cual se encuentra la cocina estrecha y al lado de la cocina, un baño bastante viejo, frente al baño, el clóset para ropa; Marisol inspecciona el apartamento con una alegría sorprendente, con buen humor, comenta que todo está muy bien, porque yo, la verdad, pensaba que iba a ser mucho peor, pero no, todo está muy bien, aquí nos

las arreglaremos; la madre de Nenita, entre satisfecha y prometedora, sí, esto les servirá hasta que se encaminen y encuentren algo mejor, yo hice lo que pude, porque Nenita está trabajando en una factoría de ventanas, que llega a la casa molida y con las manos desbaratadas de tanto carpintear y sin tiempo para nada, imagínate que ni al aeropuerto pudo ir a esperarlos, así es que yo me las arreglé para encontrarles esto, y acto seguido, con el aire de bondad que la caracteriza, se entregó a la complacencia de sentirse agradecida de sí misma; en un momento en que nos quedamos solas Marisol y yo, me dice en voz baja, tengo seis mil dólares de este lado pero mi hermano no sabe nada de esto, déjame explicarte, en Cuba logramos cambiar seis mil dólares por trasmano que mañana me entregan aquí, pero Jacinto cree que son mil quinientos nada más, porque el resto es un dinerito que mamaíta tenía y nadie sabe eso, ni papi ni nadie, es un dinerito que ella ha ido reuniendo de lo que papi le daba para los gastos de la casa; a petición suya, consentí en poner en un banco, a mi nombre, los cuatro mil quinientos cuya existencia ignoraba Jacinto; ya de noche, llevo a Marisol a casa de Amparo para que vea mis pinturas, empecé a pintar a raíz de su partida, febrilmente, desesperadamente, a veces por noches enteras, impulsada por un afán de salvar algo, de salvarme de la inutilidad de horas de oficina, por sentir que de mis manos salían explosiones de colores, seres tristes, casas misteriosas, un pequeño mundo en el cual se iba abriendo un lugar para mí; Marisol las miró detenidamente, buenísimas, las encuentro buenísimas, yo no esperaba esto, cuando me mandaste a decir que habías empezado a pintar nunca me hubiera imaginado que lo hicieras con esta intensidad; el Corvair, Marisol y yo a solas, y su voz, tenemos que hablar, esto de nosotras, yo creo que es mejor que no vuelva a pasar nada; acepto sin hacer preguntas, incapacitada para ofrecerle nada, incapacitada para merecerla, distanciada ya de aquellos sueños en los que me la imaginaba en el Aeropuerto Internacional caminando hacia mí con esa sonrisa que tanto amé, llevándola después a una hermosa casa que yo había comprado y en la que estaríamos juntas para siempre; ya en su apartamento busco una forma de despedida, hasta mañana, mañana nos vemos, mañana paso por aquí, otras fórmulas adecuadas que me pasan por la mente, y de pronto, su voz, no te vayas hoy, yo quiero que te quedes conmigo, verdad que no te vas a ir? eso sí, vamos a llamar a tu mami para que no se

asuste; marco el número desde el teléfono público de la esquina con cierto temor a la censura de mi madre; hola, nada más que para decirte que esta noche me quedo aquí, con Marisol; siento en mí el frío de su voz cortante, trato de seguir hablando para no irme así, con su rechazo auestas, pero ya está ahí el golpe sordo del teléfono, desaparece su voz y me alejo de la cabina con esta cosa amarga que va tomando la configuración del miedo; sacamos del clóset la cama que se extiende en la sala como un animal cansado y paralela al camón, como a un metro de distancia, la cama estrecha de Jacinto; las luces apagadas, el deambular de Jacinto, el crujido de los muelles de su cama, el trasteo en la cocina, el refrigerador que se abre, resuenan en el silencio las numerosas mordidas a un número infinito de manzanas, otra vez el crujido de los muelles, mandíbulas sueltas, crac, crac, crac, devorando manzanas, la cadena del inodoro, el ruido del agua en embudo, el crujir repetido de los muelles, hasta que la respiración de Jacinto se hace rítmica, densa; Marisol y yo, semidesnudas, forzándonos al silencio en el abrazo apretado en el que se libera nuestra energía y podemos dormir; al día siguiente, al ver a Jacinto tan cerca en su cama estrecha, me parece mentira que la intensidad de nuestro abrazo se impusiera delante de él, con el amparo tan frágil de la oscuridad y el ritmo profundo de su sueño; vamos al Refugio para que Marisol y Jacinto se inscriban como refugiados aunque vinieron con visa de residentes porque como refugiados les pasarán una mensualidad y una factura de una lata enorme de spam, cinco libras de queso amarillo, harina, huevo en polvo, leche en polvo, manteca, mantequilla de maní, y recibirán además, asistencia médica; el dinero de Marisol ya en el banco y Jacinto con los mil quinientos encima, contándolos constantemente, amasándolos, sacándose el mazo de billetes en cualquier sitio en el que le venga la ansiedad de contarlos; las semanas se van haciendo rutina, se repite la llamada, esta noche me quedo en casa de Marisol, la voz cortante, el golpe seco del teléfono, el frío que me queda, la oscuridad del apartamento, el trasteo de Jacinto, las mordidas sueltas en el pequeño espacio, crac, crac, crac, el ruido del agua en espiral, la respiración profunda de Jacinto, nuestras manos apretadas hasta que se van soltando y nos viene el sueño; el ambiente se ha hecho apretado en casa de Amparo, desde que abrió la carta de Marisol la usa como un arma para desplegar su ironía contra mí, tratando de formar una alianza con mi madre contra esta hija que "le salió" así, digna

de ser despreciada, castigada, mantenida al margen, siempre al margen; en la voz de mi madre, el reproche: hoy llamaron aquí, uno de los trabajos que solicitaste y tú no estabas porque ya ni de eso te ocupas, de los trabajos, todo por estar con esa mujer, que ya lo que da es asco y vergüenza; en la agencia de empleos del Estado, la entrevistadora me informa, hay un puesto de oficinista en una compañía distribuidora de productos alimenticios, pagan cincuenta dólares a la semana, si usted, pudiéndolo desempeñar no lo acepta, pierde los veinticinco dólares semanales que le pasa el seguro de desempleo; el Corvair me lleva hacia la playa hasta la compañía de productos alimenticios que resultó ser una pescadería nauseabunda en la que me informaron, sí, ésta es también la distribuidora de productos alimenticios, vendemos productos enlatados al por mayor, y somos proveedores de pescado y mariscos a muchos de los hoteles de la playa; un tabique de madera que no llega al techo separa la pequeñísima oficina rectangular, de los mostradores llenos de pescados y mariscos; los pisos, inundados de agua putrefacta del pescado que lavan con mangueras, en la mugre del piso, se pasean enormes, feroces cucarachas; el dueño judío de padres rusos, alto, grueso, de pelo negro ondeado, actitud de oso bonachón, me acepta de inmediato y así me inicié en esta nueva lucha de sobrevivir la fetidez, un hedor que se impregna en mi ropa y en mi piel; en el primer día de trabajo en el chiquero aquel comenzaron las contracciones y la rosca y el café del desayuno amenazaron con salir a chorros; me apresuro a la calle, vomito el primer vómito de otros muchos que vendrían a diario, cada lunes, cada martes, cada día hasta el viernes, aquella hondonada en la calle, aquel casi hueco esperando mi chorro, porque el inodoro, ya me lo dijo el dueño, estaba en unas condiciones que no se podía usar; pero si usted deja el trabajo voluntariamente no cobra seguro de desempleo y al menos aquí no tengo que marcar tarjeta, entro a las ocho y cuando termino el trabajo del día me puedo ir y entre peste y peste me gano un par de horas de libertad; vuelvo al escritorio, me siento entre las cucarachas, los zapatos hundidos en la podredumbre del agua, me adapto al nuevo hábito de que el café, con esa peste que recoge en el estómago, se vaya chorreando al hueco; varios miembros de la familia trabajan en la pescadería, la madre con aspecto de campesina rusa, el padre, ruso también, de rostro afable e inocente, ambos allí siempre, detrás de los mostradores, despachando pescado, la madre se desaparece por unos días y me

dicen que se ha muerto; poco después el viejo rotundo se desaparece sin que nadie explique su ausencia; echo de menos el trajinar lento de los viejos porque muchas veces me entretenía imaginándomelos en su aldea remota a la que por unos instantes escapaba yo también; el hijo, manejando las ventas de pescado al por mayor en una oficinita contigua a la mía, con su cara de oso manso que a veces adquiere una expresión de importancia como la de los jefes de bandas en las películas de mafiosos; el cuñado y su estómago de úlceras, el médico me ha recomendado una caminata después de cada comida, su cabeza hermosa y su gesto triste, veladamente me confía que todo es producto de la desubicación en su casa y en su trabajo; y quiero decirle, David, para qué seguir casado con la hermana del oso sin amarla, David, corta los barrotes de tu tedio, corre, David, que ya casi estás sin alas y el capital de los pescados se te fermenta en el estómago, pero seguimos en el silencio, y tú a tu tedio y yo a llenar el charco; el viejo Goldsmith, el contador, estaba jubilado y como concesión especial a los dueños, quiso venir a iniciarme en las cuentas, quién paga, quién no paga, el método exacto de balancear los libros, no se puede decir que seis más cuatro son diez, hay que decir que cuatro más seis son diez, y su mal genio y sus rabietas y sus gritos y sus neurosis; se empeña en venir diariamente a darme instrucciones que no necesito, con sus setenta años, el olor a foca que guarda entre sus labios regordetes, sus intestinos que aflojan el aire ruidosamente añadiendo a la fetidez del pescado un toque de col podrida; cuando ya le digo que sí, que cuatro más seis son diez y que seis más cuatro jamás serán diez, se va ausentando un poco para regresar de pronto, imprevistamente, a descargar rabietas que lanzan sus vientos en cadena, toda una retreta que sale sin un perdone usted; cuando está sentado en la cómoda silla de su escritorio, la descarga no se hace menos indiscreta pero sí más pausada, como si desde el asiento los aires se dejaran caer con mansedumbre hacia el suelo; terminadas las rabietas y las retretas, se aleja con su pelo blanco y su bigote blanco tan dignamente puesto debajo de la nariz; un día que su mujer lo fue a recoger a la pescadería, él le seleccionó un pescado amorosamente, sumisamente, blandamente, volvió con el bultito sobre las manos abiertas, como una ofrenda, y salió detrás de ella con la nalga parada donde se le hundía el pantalón en el hueco vertical, rítmicamente, como la mollera de un niño recién nacido y caminaba abierta y lentamente balanceando los huevos en el

aire; Marisol se ha puesto a vender de casa en casa, ropa, bidets portátiles, toda una variedad de mercancías, a veces trabaja en alguna bodega cubana para lanzar al mercado productos nuevos: café, dulce de guayaba, galletas, refrescos, generalmente con uniforme y una gorrita anunciando la marca del producto; entre el trabajo hediondo y llevar a Marisol a las ventas nocturnas y los viajes a las bodegas a cualquier hora y cualquier día de la semana, apenas paro en la casa; Jacinto trabaja lavando platos en los hoteles de la playa y para evitar gastos de transporte generalmente va y viene a pie si yo no puedo llevarlo; cuando nos quedamos solas en el apartamento me dedico a pintar con una entrega intensa, Marisol a mi lado, metiendo pinceladas en mi cuadro hasta que la convengo de que pinte por su cuenta; en una exposición de grupo en una galería de la playa, participé con varios cuadros y vendí una tinta en cartulina por cien dólares, recibimos este pequeño triunfo como una chispa de luz; Marisol y Jacinto se han mudado en un apartamento de dos habitaciones para acomodar a Teresa y a la niña que han venido de Cuba en vuelo directo desde La Habana; el apartamento rectangular, la habitación de Marisol da a la calle, le sigue la sala, después la cocina-comedor y por último, la habitación de Jacinto, Teresa y la niña; llegan noticias de que doña Florida y el esposo quizás puedan salir por España y Jacinto se altera dentro de una profunda preocupación: pero eso no nos va a ser posible, habría que mandarles en dólares el importe de los pasajes porque el gobierno no permite que los que se van compren el pasaje con pesos cubanos, además, habría que mantenerlos en España hasta que consigan la residencia para acá; Marisol trata de calmarlo, bueno, Jacinto, yo no te lo iba a decir, pero tengo cuatro mil quinientos dólares de mamaíta; de inmediato, la voz alterada de Jacinto, que Marisol lo ha traicionado, que se vaya del apartamento, que no quiere saber más de ella ni tampoco de mí por ser yo cómplice de esta traición; Marisol alquila una habitación en el segundo piso de una casa de huéspedes, a media cuadra del apartamento de Jacinto y va casi todos los días a ver a la niña cuando Jacinto está en el trabajo; la dueña de la casa de huéspedes es una señora americana de unos sesenta años de edad que no permite que se queden a dormir otras personas que no vivan allí así es que me quedo cada noche hasta las once o las doce en la habitación de cama ancha, clóset, mesa de noche, coqueta, y un televisor de uso que Marisol se compró; mi madre sabe de las ventas de casa en

casa, de la promoción de productos en bodegas cubanas y casi a diario, cuando voy a salir de casa de Amparo, me prepara un paquete, mira, hija, llévale a Marisol, para que no tenga que cocinar y le manda los platos que ella sabe le gustan a Marisol; en este segundo domingo de mayo de 1962, aún temprano en la noche, la dueña de la casa de huéspedes toca a la puerta y da el mensaje, que Marisol vaya en seguida a casa de Jacinto; una tensión que se intensifica en cada escalón de la escalera mientras la vamos bajando, recorreremos de prisa la media cuadra que nos separa del apartamento de Jacinto, Teresa, llorando, Marisol, tu papá, Marisol, tu papá murió y Jacinto no está aquí, fue a Evansville a ver a los niños, Marisol recuesta la espalda en la pared como para abandonar allí su peso y le sale un llanto visceral, tan de ella; en los ratos libres, el Corvair nos lleva a recorrer Miami, a distraernos a base de velocidad, una noche, cerca del aeropuerto, pasamos el hotel Congress y como asociando ideas, sale la voz de Marisol, desde que papi murió no ha pasado nada entre nosotras, no sé como explicarte, me parecía que él estaría viendo, pero ya se me pasó eso, tú me entiendes? Jacinto, Teresa y la niña se van para Los Angeles con dos mil setecientos dólares de los cuatro mil que tenía Marisol, desde allí, cuando se encaucen, mandarán a buscar a los tres niños que aún están en Evansville; todas las semanas llevo a Marisol al Refugio para verificar si hay trabajo para ella, sí, para cualquier parte, aunque haya nieve y temperaturas bajo cero; hoy esperamos en una sala llena de cubanos solicitando una vacante para enseñar español en una escuela secundaria en Clarence, cerca de Buffalo; médicos, pedagogos, abogados, doctores en Filosofía y Letras van desapareciendo hacia la oficina de entrevistas hasta que le toca el turno a Marisol, con su experiencia de maestra de solfeo y música en una escuela de El Santo, y la misma experiencia en una institución de espásticos y lisiados en La Habana, sin haber terminado el doctorado en Filosofía y Letras porque nunca hizo la tesis doctoral; espero en la sala casi vacía hasta que se abre la puerta y aparece su sonrisa, y acto seguido, me dieron el trabajo, siete mil dólares al año, vacaciones de verano, Navidad, Semana Santa y fechas patrióticas; la separación fue seca y extraña, en el correr de los días en Miami, se va sintiendo el vacío; mi madre y yo vivimos ahora en un apartamento del South West porque Amparo, sin avisarnos, vendió la casa, lo supimos al llegar una tarde del trabajo y ver el enorme letrero: **vendida**, poco después, Amparo se

desapareció en el primer avión que salió para Puerto Rico; mi madre insiste: toma clases de IBM, de noche, después del trabajo, y así lo hago por aliviar su afán de verme en un trabajo más prometedor; me llega una de las cartas esporádicas de Marisol que recojo en el apartado postal que ahora tengo, abro el sobre, una hoja de otoño y la invitación suplicante, ven, te necesito a mi lado, ahora tengo puesta una bata de baño que acabo de comprar, sin nada abajo, si te acercaras a mí..., ven, aunque no tengas trabajo, puedes buscar cuando estés aquí, tal vez encuentres algo en una escuela, serías excelente maestra porque sabes gramática inglesa y española, ven, te necesito a mi lado; escribo docenas de cartas de solicitud, a mano, incluyendo la lista de todas las asignaturas que tomé en el bachillerato, de todas las que tomé en la Escuela de Derecho, una a una hacía la lista en cada carta, Chachi, una a una iba yo mandándolas y entonces esperaba esas respuestas que siempre eran lo mismo: lo sentimos, pero no, y lo sentimos y lo sentimos hasta que un día llega la respuesta del presidente de Russell Sage College, que eso está, fíjate tú, en Troy, en el estado de New York, le ofrecemos tres mil dólares al año por enseñar dos cursos y ser la house mother de la Casa Española, y acepto, Chachi, sin saber qué era aquello de house mother, llega el día de mi partida y el momento más triste cuando mi mamá se deja caer contra la pared y le viene un llanto desconsolado, me dejas, me voy a quedar sola, tan sola; te digo, Chachi, que este dolor de abandonarla se me clava como un golpe profundo en el pecho, pero algo profundo, profundo, como cuando ya el tren iba por Novaliche y yo rompía a llorar porque mi mamá se había quedado en Caimanera, y para consolarme, empezaba a comerme las galletitas goticas de limón que mi mamá me había comprado, y en el Actualidades, las gomitas de naranja y la película de Betty Grable y la del hombre invisible que pudimos ver por la devolución del pescado, y me quieres a mí, mamá, a mí más que a nadie? bueno, sí, a ti más que a nadie, oyó usted, Santiago, lo que esta niña dijo del pluviómetro? que es un aparato para medir la lluvia y fíjese usted, tantas veces que hemos venido a las salinas y yo nunca me enteré que se llamaba pluviómetro, sí, eso me dijo tu papá, la muerte es una sola, porque él sabía que me estaba hablando por última vez, desde el día antes me lo había dicho, si yo me muero, qué harías tú? es mejor que te quedes aquí, donde todo el mundo te conoce, no te vayas a rodar por ahí, que la vida es dura, estas fiebres, Santiago, que le dan a mi hija, tan

chiquita, estas fiebres que le dan, y Santiaga diagnostica con su acento vizcaíno, eso es indigestión, un empacho de agua tal vez, y ya sus rezos que murmulea santiguándome, sobándome el empacho y mi madre allí, cuidándome, tocándome la frente, poniéndome el termómetro y su alivio al comprobar, te está bajando la fiebre, hija, ya estás mejor y de inmediato mi insistencia, que hoy quiero para el almuerzo arroz blanco y también hígado a la italiana, que es ése al que le ponen cebolla y ají verde y me paso el día diciendo que eso es lo que quiero y el cariño de mi madre tratando de conformarme, ya ahorita estás bien y en cuanto estés bien yo te hago el hígado a la italiana y el arroz pero ahora hay que cuidarte mucho, mira, hasta el agua, en estos días nada más que vas a tomar agua de Vichy y agua de San Antonio, todas esas botellas para ti, me conforma un poco eso de que el agua de Vichy y el agua de San Antonio, todas esas botellas nada más que para mí, pero en cuanto me ponga bien me voy a comer el arroz blanco y el hígado a la italiana que bastante que me gustan y yo estaba en el carriol y quería llamarte a gritos, mamá, y la voz no me salía porque aún no había aprendido a hablar; ahora las palabras que tengo me salen torpes y no te dicen nada de este amor profundo que siento por ti, del dolor de tu soledad tan solitaria, porque somos así, mamá, así somos las dos, vivimos en nuestro hueco, solas, sin apenas comunicación con los demás, pero sólo me oigo decir, bueno, es que ya ves, que es una oportunidad, tú no quieres que yo me pase la vida en esa pescadería asquerosa, verdad? te vi llorar, mamá, agarrándote el vientre para agarrarte de algo, como para agarrarte de ti misma cuando yo guardaba mi distancia porque si te abrazo, mamá, me hubiera derrumbado, porque si te abrazo, mamá, no hubiera podido alejarme de ti, mi voz se hizo sentir como un eco, ya ves, el presidente de Russell Sage dice que no puedo traer a nadie a vivir conmigo en la Casa Española; me voy desprendiendo del South West, me ajenizo del mercado de la esquina, del otro mercado, de las gentes del barrio que hacen tertulia por las noches en la acera donde se concentran para hablar de Cuba; en la cama, algo frío me recorre la espalda desnuda, me tiento con la mano, y ya delante de mis ojos, un gusano gordo y blancuzco entre mis dedos, como una anticipación, acaso, de mi muerte, o será, acaso, la confirmación de la muerte de la anciana que vive al otro lado del pasillo, la madre del americano solitario, o será, acaso, el símbolo de la muerte de una etapa que desaparece para dar nacimiento a

otra; una sacudida en el aire y cae el gusano al suelo, lo veo arrastrando lentamente su frío, orientándose hacia el apartamento que da al otro lado del pasillo; desde Miami salgo con mapas a devorar carreteras, oscuridades que me aterran, repitiendo paradas en las estaciones de gasolina, cafeterías del camino, llevando en mi velocidad, una tristeza que se me ha alojado en el pecho porque si te abrazo, mamá, me hubiera derrumbado; en plena madrugada, Clarence parece un pueblito de cuentos de hadas y ya la cabaña de Marisol, una enorme pared de cristal, un farol a la entrada, un pino, la figura de Marisol enmarcada en la puerta; entro y me siento ajena, como una extraña, como si algo faltara o como si algo se hubiera ido de nosotras; sala, habitación, baño, cocina con mostrador y su voz, ven, vamos a acostarnos, que por la mañana tengo que ir a trabajar; le pido permiso, casi le pido permiso para meterme en la ducha y quitarme el orine repetido que me dejó el viaje, ya limpia, me meto en el cuarto con el deseo de disculparme que siempre llevo conmigo: porque llegué de madrugada, porque la desperté, porque tiene que dormir para poder ir a trabajar hasta que su voz me interrumpe, ven, ven a acostarte, si de todas formas va a pasar, por qué no ahora? con el abrazo, la preocupación de Marisol de que todo pase sin el más mínimo ruido, sin que pronuncie su nombre en el momento en que el torrente de energía escapa de nuestros cuerpos, pssssmm, pssssmm, cuidado, que los vecinos nos pueden oír; pronto nos amanece, Marisol se ha ido en su Ford negro después de desayunarse, de pie, un vaso de leche; me quedo en la cabaña de olor a pino, ya entrada la tarde llega Marisol, va derecho al refrigerador, el vermouth, una copa detrás de otra como buscando algo en cada trago, algo que le calme la inconformidad, porque estos muchachos no son gentes, son salvajes, me paso el día dando puñetazos en el escritorio y dando gritos para controlarlos porque eso son, salvajes; pero me doy cuenta, Chachi, de que su inconformidad va más allá, mucho más allá y no puedo localizar hasta dónde; siguen las copas de vermouth sin que se mencione nada de mi llegada, nada de qué bueno, Mochi, que vas a estar a cinco o seis horas de aquí, nada de que al fin estamos cerca porque no sabes cuánto te necesitaba; ya de noche, la cena preparada por Marisol, jamón asado al horno, maíz hervido, una ensalada y un silencio que rompo con dime, Marisol, por fin vas a traer a tu mamá, sabes cuándo viene? mientras pienso que con la llegada de doña Florida terminarán tal vez nuestros encuentros, se

abre una pausa, levanto la vista, la expresión de Marisol se ha hecho animalesca, como de fiera salvaje a la que le han tratado de arrancar un pedazo de carne cruda, le sale un tono agresivo: quiero que mamáíta venga lo antes posible, para que lo sepas ya de una vez y de paso voy a decirte que si algún hombre me invita a salir, yo salgo, porque qué pretextos voy a dar, siendo libre y sin obligaciones, qué les voy a decir, si no salgo creerán que soy una anormal; en ese momento, Chachi, sentí que se abría una distancia que ya no se volvería a cerrar jamás, en ese momento, Chachi, empecé a preguntarme, qué hago yo en esta casa con esta mujer que se me hace extraña, endurecida, ante su presencia siento un miedo, un desajuste, un sentimiento casi certero de que de nada valdría disculparme por no ofrecerle todo aquello que soñé, mira, Marisol, esta casa hermosa que compré para ti, mira, Marisol, la seguridad que te traigo, la felicidad que te garantizo, el sol, Marisol, el sol, Marisol, el sol que brille para ti cuando tú quieras y a tu antojo; pero cómo esta muchacha nos ha hecho venir hasta La Habana para que diéramos cuatro mil pesos sin muebles y sin garantías de que se queden las huéspedes, quieres que te enseñe algún sitio de La Habana, mamá? no hija, vamos a coger el primer autobús que salga para Guantánamo y así nos ahorramos los gastos de hotel y no te abrazo, mamá, porque si te abrazara, yo sé que me derrumbo; con la copa de vermouth delante Marisol se ha suavizado, busca palabras como para convencerse de que debe resignarse a mi presencia o aceptar mi presencia porque bueno, la verdad es que yo a ti te debo mucho porque si no hubiera sido por ti, mi exilio en Miami hubiera sido horrible y también lo que hiciste por los hijos de Jacinto, ellos siempre dicen que tú los cuidaste como los cuidamos nosotros; te juro, Chachi, que su resignación se me hizo dolorosa, que la suavidad a la que se ha forzado me llega como un cruce de cara, como una vergüenza; la Casa Española tiene tres pisos, en la planta baja, tres salas de recibo y al fondo, mis habitaciones: una sala grande con chimenea, una habitación pequeña y baño; en las plantas de arriba, las habitaciones de las estudiantes; el ambiente de la Casa Española me pareció frío, despegado, casi hostil; comienzo mi papel de house mother que consiste en esperar a las estudiantes hasta las 11:00 de la noche para abrirlas la puerta según vayan llegando, los fines de semana estar en pie hasta las 4:00 de la mañana esperando a las niñas y los viernes ir a cenar con ellas a la Casa Francesa, iniciar la cena con una oración en español y

después morirme de aburrimiento entre aquellas niñas mimadas e insípidas; en el mismo College donde enseñé español, estudio para sacar el título de B.A., en los fines de semana que estoy libre, voy a ver a Marisol; en unos meses, tan cortos, llega doña Florida y se inicia lo que yo vi como una deificación, porque te juro Chachi, que en aquel momento yo no presentía lo que sería ver a mi madre, tantos años después, como se iba desapareciendo, como iba desaprendiendo lo que había aprendido: llamar por teléfono, tomar un autobuús, saber algo tan simple como que hoy es martes, 29 de agosto y que el año es el mismo de ayer y de mañana, un año triste que aparece en todos los cheques y cartas del momento: 1995; no me daba cuenta, Chachi, de que Marisol se deshacía por llenar los huecos de doña Florida, por devolverle algo de lo mucho que había perdido, por proteger a este ser que de pronto se había hecho tan frágil en un medio donde nadie hablaba su lengua; Marisol se derretía en ternuras que le salían por la voz, mamaíta, mamaíta, no podemos salir sin mamaíta, si mamaíta no quiere salir, nos quedamos con ella, cómo estás, mamaíta, cómo está mi viejita linda? doña Florida se bañaba en aquella dulzura que yo sentía como latigazos por la derecha, por la izquierda, hasta arrinconarme; Marisol sigue quejándose de los puñetazos que tiene que dar para controlar a los salvajes y para calmar su desesperación, escribo cartas de solicitud para ella a distintos colleges y universidades, comienzan a llegar las respuestas, lamentamos informarle, lamentamos informarle hasta que viene una de Albany con membrete del College of the Patron Saint, nos gustaría entrevistarla, y allí nos aparecimos las tres; en un abrir y cerrar de ojos, Marisol salió de la entrevista con un contrato y con un coro de monjas que la rodeaban llamándole doctora, porque aunque usted no haya hecho la tesis es casi doctora y así la llamaremos; en el brillo de sus ojos, el sabor del triunfo, porque te digo, Chachita, que Marisol nació para triunfar; en septiembre de este año de 1964 Marisol y doña Florida se han instalado en Albany, a unos veinte minutos de Troy, en un agradable apartamento de Northern Boulevard, con dos habitaciones, sala, comedor, cocina y baño; los fines de semana que tengo libres los paso en casa de Marisol, y salimos al cine a o algún restaurante con doña Florida o nos quedamos en casa viendo televisión en el cuarto de Marisol, ella y yo sentadas en la cama y doña Florida frente a nosotras, de espaldas a la televisión, meciéndose en su balance con los ojos fijos en las dos hasta que Marisol casi sin atreverse, se

dirige a ella llena de mimos, bueno, mamaíta linda, yo me voy a dormir, no tiene sueño mi viejita? vemos a doña Florida alejarse con su inconformidad y ya la puerta cerrada, me acerco a Marisol para eliminar espacio en la cama ancha y Marisol, alarmada, espera, hay que esperar a que mamaíta se duerma, y entonces, con un tono casi alegre, tú sabes, somos como un matrimonio que tiene un bebé y tenemos que esperar a que el bebé se duerma; y te digo, Chachita, que fui egoísta e impaciente contra aquel temor sin tregua porque mamaíta puede en cualquier momento, abrir la puerta y encender la luz y ya puedes imaginarte, Mochi, lo que sería eso para ella porque yo estoy segura de que nunca logré convencerla de que lo que Nievita le dijo de nosotras era mentira; doña Florida me ve a veces como a una rival contra la cual defiende su territorio, otras veces me ve como algo conveniente y casi familiar, como a alguien que la entretiene y la acompaña cuando Marisol tiene que ir a socializar en cenas frecuentes con sus colegas, pero mayormente me ve como un impedimento para esa boda que ella sueña para Marisol y esto es algo que no me puede perdonar, porque aunque Marisol se divorcie después, es importante que se case, y no creas, Chachi, que yo no me daba cuenta de que doña Florida creía que todos los ojos del mundo estaban pendientes, enfocando a Marisol y que ella simplemente quería presentarles una prueba de que su hija no era eso, y entonces supe que siempre estaría ahí una forma de rencor mezclado de familiaridad y te digo, Chachi, que a veces sin proponérmelo, reaccionaba yo con el mismo rencor hacia ella, porque me aterrorizaba que Marisol decidiera borrar con su boda, las dudas de la humanidad, de la sociedad, de mamaíta y de ella misma porque ya ves, Chachita, aún insiste en que ella no es eso; pero también tengo que decirte, Chachi, que ese temor mío estaba ahí porque yo sabía que ya Marisol se había alejado de mí, que ya estaba lista para seguir un camino que nada tenía que ver conmigo y que lo nuestro estaba allí porque así lo determinaban las circunstancias del momento, algo que paso a paso se iba desapareciendo aunque asomaba a veces con intensidad, otras veces con una familiaridad que parecía tener un casi sabor de permanencia que desaparecía cuando te alejabas, Marisol, de aquel apartamento 1E que alquilé en el número 15 de River Hill; allí te esperaba, en los últimos meses de 1966, en todos los días de 1967 en el apartamento en forma de L tan cerca de Northern Boulevard, con sus ventanas bloqueadas por cartulinas

blancas y cortinas de rayas azules como tú lo habías dispuesto, para que el mundo no nos viera en esos momentos de amor que rara vez llegaban; a la soledad de aquella cama ancha yo iba reducida, disminuida, con la inutilidad de tantas luchas académicas en las que el logro mayor consistió en que Russell Sage me diera un contrato de trabajo de tiempo completo con el mismo sueldo miserable, y un título de B.A. en 1966 y en 1967, el título del Master's en la Universidad del Estado de Nueva York en Albany, siempre corriendo contra el tiempo, aguantando la pomposidad y la envidia de muchos de los profesores y a fines de año, de nuevo el contrato de Russell Sage con el sueldo miserable de siempre mientras que Marisol continúa su línea meteórica, ascendente, en todos los aspectos de la vida: altos sueldos que le permiten comprarse una casa acabada de fabricar, amplia, cómoda, con chimenea de piedra y terreno en el patio y el frente donde se ve un hermoso césped, garage, un apartamento completo en el subsuelo que tiene alquilado, una sala enorme, tres habitaciones, una cocina-comedor llena de ventanas, como si todo se le diera sólo con el esfuerzo insignificante de desearlo; es el año de 1969, vivo ahora en el apartamento de Northern Boulevard que dejó Marisol y mi madre ha venido a vivir conmigo después de haberse ido sola, sin hablar inglés, para Los Angeles, a buscar trabajo, porque sé, mamá, que no querías estar en mi camino, y eso me lo dijiste, que era mejor no estar en mi camino y ese dolor en mí de saberte sola luchando con la vida, porque ya no había trabajo en la fábrica de Miami, y no sé si por cobardía, mamá, por egoísmo tal vez, por pensar que tenía derecho a vivir mi vida, no te dije, ven, ven sin pensarlo, que ya tengo un apartamento, que ya no estoy en los degradantes dormitorios de Russell Sage, y sólo te dije, bueno, casualmente, Marisol y la mamá se van en carro para Los Angeles y desde casa de Marianita en Virginia donde estás ahora, puedes venir a Albany y sales con ellas para California y no te dije, mamá, el terror que me daba saberte sola haciendo tantos cambios de guagua, con tus maletas a cuestas, sin entender tal vez lo que decían por los altavoces; se lo propuse a Marisol aclarándole cuidadosamente que yo pagaría parte de la gasolina, para contribuir, Marisol consintió forzándose a una cordialidad momentánea, que duró unas horas hasta que su voz me anuncia en el teléfono, mira, hemos decidido que sería más cómodo para tu mamá si ella se fuera en guagua y por ahí, toda esa serie de explicaciones que Marisol da con la certeza de que está quedando bien y de

que todo es por el beneficio del otro; me quedo con una sensación de abismo que se me abre dentro pero sigo sin pronunciar las palabras, ven, mamá, que ya tengo apartamento y aquí es donde tienes que estar porque sé que ahora sientes tú por mí esa necesidad que sentía yo por ti cuando era pequeña, verdad, mamá, que sólo me quieres a mí? y ahora su voz frecuente en el teléfono, casi ininteligible entre el llanto que la ahoga, aquí en Los Angeles me voy a volver loca, a veces siento que me voy, que me voy, lo que he encontrado aquí es un trabajo de zurcidora en un hospital y me traen las sábanas llenas de sangre, llenas de mierda, ya no puedo más, me he mudado varias veces y estoy rodando, como una pelota y es inútil ir a Miami porque allí no hay trabajo; y otra vez el desconsuelo y el llanto hasta que ya no puedo más y bueno, mamá, ven para acá; y ya mi madre conmigo en el apartamento 2A de dos habitaciones, 28C Old Hickory Drive, Loudon Arms Apartments, a unos pasos de donde vive Marisol; a los pocos días, voy con Marisol al aeropuerto Kennedy a esperar a doña Florida que regresa de California después de pasarse un mes en casa de Jacinto; el Corvair, como había ocurrido otras veces, se me quedó parado en una gasolinera y tuvimos que quedarnos esa noche en un motel y mi madre cortante, helada, en el teléfono y días después, cuando menos me lo imagino, su voz indignada, dolida, castigante, mira que yo, casi acabada de llegar y tú dejarme sola, tirada en la calle, como un perro y se le quiebra la voz y se le queda el llanto atrapado en la garganta para que mi culpa sea total y de nada valió recordarle que ella no fue al aeropuerto con nosotras porque no quiso; y ahora, a cada rato, mi madre, óyeme, Florida me llamó y me insinuó muchas cosas y que de eso tenías la culpa tú y yo no le dije lo que yo sé de su hija porque mejor me callo; y por otra parte, Marisol, óyeme, tu mamá le ha dicho cosas tremendas a mamaíta y tú sabes que mamaíta es incapaz de decir nada ofensivo porque mamaíta es una palomita; y yo a mi madre, que no le diga nada a doña Florida, que no la llame, y mi madre, que ella nunca llama a Florida, que Florida es la que llama para insinuar cosas y yo tengo que contestarle, no? y si sigue con eso le voy a decir lo que la prima de Marisol me dijo en Los Angeles, se lo voy a decir bien claro; y yo, Marisol, dice mi madre que ella jamás llama a la tuya y te voy a agradecer que le digas a doña Florida que no vuelva a llamar más aquí y Marisol, como dolida ante una gran injusticia, bueno, yo se lo diré a mamaíta, pero ella, pobrecita, llamaba nada más que por saber de ustedes,

porque mamaíta les tiene cariño, si es que ella, pobrecita, es una infeliz; mi madre encontró trabajo en una factoría de togas académicas y Marisol viene entre horarios de clases una vez a la semana, hacemos el amor en esta forma programada y después almorzamos lo que de antemano compro en un restaurante chino del barrio, para que mi madre no se dé cuenta del consumo de provisiones y tantas y tantas precauciones para que total mi madre me diga un día con voz de victoria, meciéndose entre la agresividad y el resentimiento, ésa viene aquí todos los martes, no? yo sé que ella viene a esta casa todos los martes; y yo, tratando de restarle importancia, no, mamá, ella trabaja los martes, cómo es que va a venir? y me alejé sabiendo que no la había convencido y que la recriminación se quedó ahí, barbullando en esas conversaciones que tan a menudo sostiene a solas, delatadas por un gesto de la mano, por un leve movimiento de los labios, la cabeza y las cejas; nos ha caído este año de 1969 con las mismas tensiones, sin la esperanza de que doña Florida se vaya aunque sea por unos días con Jacinto porque la última vez que estuvo allí se declaró víctima de Teresa y Jacinto enfurecido con su mujer se fue para un hotel con mamaíta y ya lo ha dicho doña Florida, adondequiera que Marisol vaya, allá voy yo porque lo que es a California no voy, y con eso se cierra la posibilidad de que Marisol y yo podamos pasar unas vacaciones juntas, lejos de tantos ojos vigilantes; y no te imaginarás Chachi, los cambios de Marisol, que le dio por dar discursos sobre la situación de Cuba en el canal 17, en el Club de Rotarios, en colleges y universidades y eso estaba bien porque había que informar a la gente de lo que estaba pasando allá, pero imagínate que le dio por organizar un gobierno en el exilio en el que ella iba a ser Ministro y allí en Albany repartió algunos nombramientos, escogió al Presidente de la futura Cuba liberada y a varios Ministros, organizó también una protesta por la participación de Cuba en Expo 67 y allá fuimos, a la frontera canadiense el grupo de cubanos bajo sus órdenes, cargando piquetes, repitiendo nuestros pasos en el mismo círculo, cuando de pronto, se desaparece Marisol para llamar por teléfono a varios reporteros y cuando vinieron, se abalanzó como un buitres para bloquear la posibilidad de que entrevistaran a los demás y en respuesta a mi asombro, su voz poderosa me dice que lo que quiere es evitar que digamos un hatajo de barbaridades y si están inconformes porque no les permití quedar mal es porque son una mano de desagradecidos porque si todos estos

desconocidos van a salir en los periódicos es por mí; eso me dijo, Chachi, y me incluyó entre los desconocidos que gracias a ella van a salir en los periódicos; cuando Marisol compró la casa nos mudamos mi madre y yo a insistencias de mi madre, al apartamento 2B de 314 Northern Boulevard, donde vivía Marisol, porque este apartamento le parecía a mi madre más agradable y allí estábamos, yo, en la habitación donde tantas veces habíamos dormido Marisol y yo, y mi madre, en la habitación que había sido de doña Florida y cuando tomamos posesión, se borraron los rastros de las que nos habían precedido, como si nunca hubieran estado allí; en este año de 1970 apenas veo a Marisol porque mi madre se disgustó con las italianas de la factoría, que me insultaron, que me dijeron, que ya no puedo más, y decidió retirarse a los 62 años y ya no sale jamás del apartamento y yo, debatiéndome entre esta tesis doctoral que detesto hacer y la amenaza de Russell Sage College, que sin doctorado no me renuevan el contrato, y yo me digo que si Marisol y yo no nos vemos es porque yo apenas tengo tiempo para nada, pero por otra parte, cuando la llamo hacia las once de la noche cuando ya mi madre se ha dormido, Marisol no contesta y la rara vez que lo hace, entonces, una excusa rápida e impaciente, como si quisiera deshacerse de mí, me he tomado un laxante y tengo que correr, pero nunca decía, después te llamo, últimamente deja el teléfono descolgado y no me puedo comunicar con ella y cuando me asalta la angustia de que algo extraño está pasando, me tranquilizo diciéndome que si hubiera algo Marisol me lo hubiera dicho hasta que me viene la angustia por el teléfono descolgado, por lo del laxante, por los timbres que suenan en su teléfono sin que ella lo conteste hasta que, Marisol, qué es lo que sucede? yo sé que algo está pasando pero no sé qué es, Marisol aprieta un poco los labios, sacude la cabeza rápidamente, nada, qué es lo que puede ocurrir? pero nuestras salidas se hacen más esporádicas y siempre antes de salir, se encierra con doña Florida y ya tú sabes, mamaíta, que yo vengo temprano, en cuanto se termine la película vengo para acá, hasta que hoy, el 21 de abril de 1970, me impongo, tenemos que hablar; Marisol accede de mala gana ante mi insistencia y ya en el restaurante-bar se empeña en invitarme por primera vez, y autoritariamente, al camarero, tráiganos dos Bristol Creams, Marisol no sabe cómo empezar hasta que bueno, yo me estoy escribiendo con un hombre y no te había dicho nada porque no pensé que esto iba a prolongarse; al oírla, siento

vergüenza, debilidad, y una especie de temor; cuando nos separamos, pienso en las ausencias de Marisol a altas horas de la noche, en su desesperación por volver a su casa, en el secreteo con doña Florida que ahora reconozco como mensajes que Marisol deja en caso de que la llamen y en esas palabras de amor en inglés que ahora le salen como una costumbre; otra vez me impongo, tenemos que hablar y si no quieres salir, hablaremos entonces aquí, Marisol mira a doña Florida y mamaíta, voy a salir pero vengo temprano, si llaman di que vengo temprano; y ya el parqueo de Valle's Restaurant, nuestros pasos en silencio, el acto de sentarnos en un reservado, la orden al camarero, un bisté para Marisol, un Bristol Cream para mí, y ya Marisol comiendo vorazmente y mi pregunta que se deposita débilmente en su voracidad, tú estás saliendo con un hombre, no? y ella, bueno, sí, estoy saliendo, y yo, es mucho más joven que tú, no? y ella, bueno, un poquito más joven; y quiero saber su nombre y su profesión, quiero ubicarlo geográficamente y Marisol tragándose aquellos enormes trozos de carne hasta que en una breve pausa, bueno, se llama David Whitehead, es abogado y vive en Schenectady, y me asombra la genialidad de ese estómago que se ajeniza a esta circunstancia que a mí, al menos, me resulta visceralmente dolorosa; en mi cuarto, a solas, han dado las dos de la mañana y recorro la guía de teléfonos, Whitehead, Whitehead, Schenectady, marco el número y una voz de hombre joven que me afirma, sí, Whitehead, pero no soy abogado, me disculpo, cuelgo, y al día siguiente otra vez me impongo y Marisol se resigna a darme unos datos escasos y apurados, se llama Tom, lo conocí en Macy's, en el departamento de alfombras pero no sé para qué quieres saber esta información, y cuando le digo que sólo sabiendo la verdad puedo aprender a sobrevivirla, no creo que Marisol sabe de qué le estoy hablando; recuerdo ahora el día que fuimos a Macy's y que mientras yo pagaba la alfombra que acababa de regalarle a Marisol, ella hablaba con un empleado joven, de unos veintitrés años, de pelo rubio grasiento, pegajoso, de ojos azules, de cara redonda y cuando lo noté tan interesado en Marisol, me dije riéndome, el pobre, tan insignificante, cómo puede pensar que Marisol puede tomar en serio nada que venga de él; recuerdo la insistencia de doña Florida un día que Marisol y yo íbamos a salir, Marisol, el hombre de la alfombra viene hoy y tú debes de estar aquí cuando él venga, porque él bien atento que es con llamarte tanto, hoy mismo, yo no sé cuántas veces ha llamado ya,

y Marisol tratando de calmarla con mimos, yo voy a salir un ratito nada más, vuelvo en seguida, no te preocupes, mamaíta, que yo voy a llegar a tiempo; ahora que sé su nombre y su profesión de vendedor de alfombras, el dolor se me hace distinto, pero no menos hondo; me viene a la mente aquel sueño que tuve hace un año, una de estas premoniciones que me vienen tan inexplicablemente, aparecía yo en mi cuarto de la casa de Guantánamo y no sé por qué Marisol y doña Florida dominaban la casa que parecía abandonada y solitaria; me sentía triste, como arrastrando la existencia, Marisol me sonrió complacida, como si hubiera acabado de liberarse de algo y me dijo, voy a casarme; reí tontamente pensando que se trataba de una broma, de un intento de aligerar con la risa aquel ambiente cargado, cargante, pero tu voz vino a reafirmarme la realidad en un tono definitivo: él está en la sala; me puse una bata viejísima que es la que uso desde que emigré a Estados Unidos hace trece años y me dirigí hacia la sala; me encontré frente a frente con un imberbe, un adolescente casi niño que se había arremolinado en un balance de mimbre como si fuera el dueño de la casa, en un balance que había dejado de ser mío, nuestro, de nuestra familia; el niño imberbe, delgado, infinitamente delgado, de pelo negro y ojos verdes, ojos azul-verdoso, americano, llevaba una camiseta en forma de T y unos shorts de dril blanco, blanquísimo, de jugador de tenis, aunque era demasiado joven para ser jugador profesional; pensé que con mi madurez podría acribillarlo verbalmente con una sátira mordaz; comencé a decirle pesadeces, le llamé **niño** para disminuirlo en importancia, pero aquel ser que parecía tan endeble, apenas reaccionó, continuó meciéndose en el balance y apareciste tú, Marisol, y me dijiste aburrida de mí, seguro que le dijiste **niño** y no debes de tratarlo así, él es atento con mamá; me sentí vieja en mi bata vieja y le dije al imberbe, soy tía de tu novia y estoy medio loca; fui arrastrando mi pesadez hasta uno de los cuartos más anteriores, pensé velozmente que iba a irme de aquella casa, me imaginé caminando por lo que desde ese momento sería la ciudad desierta, rastreando mi propio rastro; me imaginé encontrando una casa de huéspedes llena de soledad donde todo me parecía sucio y viejo; me imaginé en el momento difícil de no tener con qué pagar la pensión; automáticamente abrí el monedero de piel marroquí azul plomizo, un poco gastado por el manoseo, y conté hasta diecinueve dólares; de momento, dejé de atormentarme por la falta de dinero; no tener con qué pagar nada se convirtió en algo

infinitamente poco importante y además, tal vez podía seguir conviviendo allí; esperé oírte decir, esto no tiene nada que ver con lo nuestro, en nada lo interrumpiría; te oí preguntar, sufres? me salieron las palabras secamente, sin melodramatismo, siento el ardor que se siente en una quemadura, en la llaga de una quemadura, siento un ardor quemante en los brazos, en el pecho, en el estómago, en el abdomen, es una quemadura de hielo seco; te vi inclinar la cabeza y arquear las cejas y comprendí que en todo caso, lo que querías era no tener sobre ti el peso de mi dolor; decidí salir a buscar un periódico, revisar los anuncios, se alquilan cuartos, estudio vacante; lo que no anunciarían era el churre, el olor a moho, los pasillos largos, solitarios, los cuartos y rincones sombríos; no sé por qué me acompañaste, no sé por qué me llevó Tom, el imberbe, en su máquina; ahora me doy cuenta de que se habían roto las leyes del espacio, de que mi casa era la de Guantánamo, pero el pueblo era otro, era un pueblo americano, moderno, el sol muy amarillo, todo brilla amarilleando; el imberbe no habló ni tú pronunciaste, como yo esperaba, la antigua explicación, que la sociedad, que hay que vivir en ella, que hay que ajustarse, no me fue dada ni siquiera la tranquilidad de poder engañarme repitiéndome que habías escogido aquel camino porque era el único camino a escoger; no sé cómo nos encontramos en el mar de Caimanera, en una lancha corredora de Tom en la que se podía sentir el roce finísimo de la salpicadura del mar; estabas a mi lado, en un asiento de la popa ancha y recta; frente a nosotras, estaba el imberbe tirado boca arriba, con las ancas abiertas; pensando que me dirías que preferías quedarte a mi lado, te propuse que te sentaras al lado del imberbe; con un sereno deleite, te encaminaste hacia él, recostaste la cabeza, el cuello, entre sus piernas, en sus abultadas protuberancias y cerraste los ojos dibujando una sonrisa; aparté la vista y la dirigí al mar, a la estela que dejábamos atrás, y sentí un deseo enorme de confundirme con ella; de pronto apareciste sentada aún en el suelo, siempre recostada sobre el imberbe, siempre sonriente, en otra lancha corredora amarrada a la lancha en la que yo me hallaba, siguiéndola; comprendí entonces que era inútil virar la cara, que siempre aparecerías sonriente, recostada sobre el imberbe abierto como una rana; una amargura salobre me llenó las encías y me encontré semidespierta, en mi habitación del 314 Northern Boulevard; aún medio dormida, quise terminar aquello trágicamente, pero con una tragedia en la que yo saliera con un poco de dignidad; me visualicé en la televisión,

en la que se había dado la noticia de que me había ganado un millón de dólares; aparecí en el programa con una maxi-falda, toda de negro, sin maquillaje; tiene luto? sí, tengo luto de mí misma, morí hace dos días, con el dinero pienso comprar tiempo y espacio, viajar al Oriente, rastrear mi rastro porque tal vez morí al nacer cuando aparecí redonda en un mundo cuadrado, cuando nací cuadrada para una existencia redonda; cuando decía todo esto pensé que tal vez me estabas viendo y que tal vez me encontrarías ridículamente trágica, o que quizá se te hundiría el pecho pensando que era un error casarte con el imberbe, o que quizá pasarían los años y te aburrirías del imberbe que era amable con tu mamá y que sentirías, en tu momento de verdad, tu gran necesidad de mí y que yo continuaría errante, tal vez con un vestido negro, tal vez con una cara pálida, tal vez con surcos hundidos alrededor de la boca; sentí un hambre enorme en el pecho, en el estómago, en todo el cuerpo, como lo sentiría uno que está muriendo de hemorragia interna; y hasta ahí mi recuerdo del sueño que me hizo llamarte tan temprano en la mañana para contártelo mientras me interrumpías con tu risa, ah, así es que se llama Tom y es un jovencito americano? pues mira, me gusta eso de que sea un jovencito; su tono tan ligero me quitó, momentáneamente, el miedo; hoy no sé cómo esconder esta pena cuando estoy en el aula ante las alumnas, cuando estoy en el apartamento y le oigo decir a mi madre, yo sé lo que tienes que estar pasando, esto tiene que haber sido un golpe para ti, pero me quedo en silencio porque sé que no es prudente decir nada más; un día en que la pena se hizo demasiado honda, salí a la calle a llamar a Marisol por teléfono a pedirle, si algún día no puedo más y necesito hablar con alguien, puedo llamarte? y Marisol, bueno, eso no te lo puedo prometer porque imagínate, yo no le voy a decir a mi novio, tengo que dejarte para estar de niñera cuidando a una amiga; al salir de la cabina recorro Loudon Arms Apartments, vueltas y vueltas, paso varias veces por 314 Northern Boulevard y sigo para Old Hickory y repito el recorrido hasta que mis zapatos pierden la noción del tiempo, me detengo ante unas ramas secas, negruzcas, de un arbusto que se agarra a la tierra firmemente para formar parte de ella, me quedo frente a él largamente, como para hipnotizarlo, me imagino las llamas saliendo del arbusto y les transmito a las ramas el decreto que me sale como una orden, que Marisol sienta y viva el infierno de esta sequedad, que lo sienta profundo como lo siento yo, y al terminar la orden aprieto con mi mano derecha las ramas para

sellar el ritual, y ahora, en cada tarde, el rito del fuego de las ramas y muchas veces, por las noches, este mismo recorrido cuando me toca la hora de llorar a solas; esta noche, una cena en el Golden Fox para despedir a un profesor de Russell Sage que se retira, reconozco el parqueo, la arquitectura española, las paredes blancas como las de Córdoba, las dos antorchas a cada lado de la puerta, la semioscuridad del comedor, las distintas mesas que hemos compartido Marisol y yo; avanza la noche en la que todo me es ajeno, entre el desagrado de conversaciones forzadas que persiste a pesar de las copas de vino; ha pasado la medianoche y me dirijo hacia la casa de Marisol porque sé que Tom estará con ella porque el sueldo de vendedor de alfombras no le alcanza y trabaja de noche como parte de un equipo de limpieza en varios bancos y eso lo admiro en él y me parece ridículo que doña Florida le diga a todo el mundo que Tom tiene un doctorado y que Tom es bello, es bello, con el pelo rubito y los ojos azules y me adora, lo que tiene conmigo es adoración, me llama mamaíta y se sienta delante de mí a contemplarme y a conversar conmigo porque él sabe bastante español y es la persona más inteligente que yo he conocido en mi vida y le encanta jugar tenis y tiene un trailer que dice Marisol que es una maravilla y tiene dos perros enormes que parecen dos carneros y que adoran a Marisol y Marisol a ellos a pesar de que ya tú sabes el terror que ella siempre les ha tenido a los perros; toco a la puerta para que Tom deje de ser un fantasma y se convierta en una realidad que puedo dominar; nadie contesta y sigo insistiendo con los toques que se hacen más y más fuertes, tal vez estaban en pleno proceso sexual y tendrán que vestirse y de aquí no me voy hasta que abran y por fin sale Marisol con una sonrisa, ven, pasa; nos quedamos de pie en la sala hasta que se aparece Tom con la camisa medio salida envolviendo la gordura de un cuerpo chambón de veintidós o veintitrés años; terminada la breve presentación sin un apretón de manos, Marisol se apresura a decirme, casi alegre, ven, vamos al cuarto para darte lo que has venido a buscar; ya en el cuarto, Marisol casi enternecida, por qué hiciste esto? lo único que vas a sacar es sufrir por gusto; y yo, no, Marisol, he venido a sacarme de raíz todos los celos porque francamente, yo creí que él era otra cosa; ya en el carro, me asalta la visión de la puerta convenientemente cerrada del cuarto de doña Florida para facilitar la intimidad de Marisol, me asalta la visión del estudio en el que hay un cómodo sofá y la alfombra que le regalé a Marisol el día que conoció a Tom, me

asalta la visión de Marisol y Tom en el cómodo sofá del estudio, y por eso no contestabas el teléfono que está junto a tu cama o lo dejabas descolgado o bueno, tengo que dejarte porque mamaíta no se siente bien, o bueno, tengo que dejarte porque me tomé un laxante y tengo que correr; todo eso duele, Marisol, duele profundamente ahora, cuando no me ves, porque a veces creía yo, tan ingenuamente, que en el día que cumpliste los cuarenta años se disolvían todas las posibilidades de perderte porque ya ésa es una edad tardía para empezar y me decía yo misma, le decía a esta mujer de treinta y seis años que soy yo, que tal vez las circunstancias asfixiantes en las que nos encontrábamos se disiparían algún día y que entonces podríamos vivir en paz; este verano he decidido pasarlo en España y mi madre lo pasará con Carmita y el marido que viven en Miami como refugiados; pocos días antes del viaje, sola en mi cuarto, sobre la mesa de noche, un vaso de agua y el frasco de meprobamato, desenrosco la tapa, riego las pastillas en la palma de mi mano izquierda, las dejo así, apretadas en el puño mientras marco el número, contestan, me identifico, me oigo decir, Dr. Gautier? soy la amiga de Marisol, ella se consultó con usted cuando fue a Madrid hace cinco años, no pude viajar con ella entonces por mis estudios, sí, yo sé que usted conoce nuestra situación, pero ya eso terminó y lo estoy llamando en el preciso momento en que he decidido no seguir viviendo o tal vez no quiero en realidad morirme, pero sí quiero dejar de sentir este dolor profundo que nunca me abandona, y me llega su voz tan aliviadora, tan sabia, serenándome, hablándome paternalmente, sería posible verte? y yo que sí, que dentro de dos semanas estoy en Madrid, y él, aparta esas pastillas de ti, no pienses que tienes que vivir los años que te quedan de vida sufriendo ese dolor tan hondo, destierra de ti ese pensamiento, convéncete de que tienes que darte un plazo de dos semanas hasta que me veas, sólo un plazo de dos semanas hasta que llegues a Madrid; y ya las pastillas encerradas en el frasco y el recuerdo de las historias que Marisol trajo de España, el doctor Gautier es un aliviador de almas, no sé si será psicólogo, pero es un hombre tan sabio, imagínate que yo que soy como soy para nuestras cosas y le conté todo lo de nosotras y nunca he sentido una paz tan grande, tú no sabes que él me hizo hasta una prueba para ver si yo era más que nada femenina? él ha inventado un aparatico eléctrico bien pequeño, como un clítoris y me lo puso a vibrar en mi clítoris para provocarme el orgasmo y de esa lubricación tomó

una muestra y la analizó y me dijo que yo soy femenina pero femenina de verdad; ante su aire de alivio y satisfacción, sólo se me ocurrió preguntarle, tú crees, Marisol, que lo del vibrador era necesario? no será acaso que ese médico, y Marisol no me dejó terminar la frase, no, no, no, yo te aseguro que ese señor es un alma de Dios, él es ya un señor mayor, ex-profesor de la Universidad de La Habana y si algún día tú lo conoces, tú verás qué serenidad produce su presencia, yo no sé si lo del vibrador será solamente para poder recoger una muestra o si tendrá también la función terapéutica de calmarlo a uno, pero lo que sí te puedo decir es que el doctor Gautier no tiene ninguna mala intención y eso te lo aseguro yo, imagínate que cuando me puso eso ahí, él lo que me decía es que yo pensara en ti, así es que fíjate si él no estaba en nada, pero te digo la verdad, no pude pensar en ti ni en nada; aeropuerto Kennedy, Iberia, 747, el castillo del aire, el cambio brusco de noche a día en un punto del espacio, el anuncio de aterrizaje, tierras, parches sembrados, cuadrados verdes y terracotas, la necesidad de atribuir símbolos, el viaje es un símbolo de nuevo amanecer, es un símbolo de volver a empezar, es la promesa de que en esta tierra destinada a ajenizarme del dolor, viviré intensamente; el descenso, Barajas, el hotel pegado a la Puerta del Sol, mi primera salida por Madrid, la cabina de un teléfono público, marco el número, por favor, con Leonora, sí, Leonora de Vivar, me identifico, soy amiga de Marisol, te conoció hace cinco años cuando vino a Madrid, sí, Marisol es la amiga de tu prima que ahora vive en Estados Unidos, la voz amable, quedamos en vernos; recuerdo que Marisol me la describió, Leonora es una mujer interesante y misteriosa como a ti te gustan, pero le tengo lástima, qué vida tan horrible lleva porque doña Ramona, la madre, es un pulpo, con el cuento de que es viuda y que Leonora es lo único que tiene en el mundo, la tiene asfixiada, pero completamente asfixiada, imagínate que Leonora lo que le tiene es horror al sexo y yo creo que prácticamente a todo en la vida, hay como un terror en ella porque cada vez que se aleja de la madre aunque sea para salir un rato, la madre la hace sentir culpable de su abandono, imagínate que a Leonora jamás la han besado y ella no será una belleza, pero interesante es; sigo caminando, el edificio de correos, la fuente de Cibeles, uno de los puestos del parque donde me inicio en el placer de tomar horchatas y un par de días después, calle Habana, busco cuidadosamente el número impar, entro por el boquete de la puerta, y ya el elevador, el cuarto piso, la

sala de espera y al fin, mi turno; la bata de médico larga, a media pierna, su voz acogedora me viene desde su alta estatura; ya sentada frente a él, imagino que en cualquier momento me va a empezar a hablar de que la homosexualidad es un mal que hoy en día se puede curar y que en cualquier momento me va a hipnotizar como hipnotizó a Marisol y su voz me sorprende, mientras estés atada a Marisol, tan entregada a Marisol, vas a seguir sufriendo, tienes que desprenderte de ella, conocer a otra mujer, conocer a varias mujeres y probar con todas ellas porque tú eres la capitana del espacio; me quedé entre la sorpresa y el descreimiento contemplando su figura venerable, su voz serena que se deja caer a ritmo de guru; pausadamente, levanto la vista hasta su sonrisa tan benevolente, lo veo sacar un libro de la gaveta de su escritorio, mira, hija, este libro lo he escrito yo, es un estudio del amor entre mujeres, para mí es el único amor verdadero, tanto es así que si mi mujer me dijera que ella ama a otra mujer, yo tendría que aceptarlo, yo tendría que comprenderlo, porque una mujer no conoce el amor si no es con otra mujer, pero es algo que la sociedad no acepta todavía y por eso yo no me he atrevido a lanzar este libro, ya tú ves, lo escribí, lo mandé a la imprenta, éstas son las galeradas, pero al fin no me atreví porque ya habría quienes se ocuparían de destruirme como profesional, porque aquí está la historia de cientos de mujeres de todas clases sociales que han venido a verme para que yo las alivie, mujeres de la farándula, grandes damas del teatro, escritoras, esposas de médicos, de abogados, de tantos españoles respetables que dejan a sus mujeres insatisfechas porque ellas lo que necesitan es a otra mujer, la historia de todas esas mujeres está aquí, en estas páginas; se abren las hojas del libro y la voz empieza a leer con devoción, con una entrega que me hace pensar en ritos sagrados, en olores de incienso; lee largamente una prosa poética, manejada delicadamente para contar repetidamente el amor de una mujer por otra, distintas formas de encuentro en una hermosa desnudez; escucho hasta que va cerrando el libro, su mirada en mí, dejándose caer, como iluminada; ya ves, hija, que en ningún momento he mencionado la palabra **caso**, éstos no son casos, son historias de amor, del único amor que puede existir; me dispongo a alejarme de allí llevando el asombro en mis ojos que se han quedado sin descifrar el enigma del guru y su certeza de que tantas mujeres que se aman habitan el silencio para que no las lleven a la hoguera como a las brujas de Salem, pero sus pasos están ahí,

moldeando las calles de la tierra; cuando me acerco a la puerta, el doctor Gautier me detiene, quiero hacerte un reconocimiento, y habla de unas pruebas que considero innecesarias, pero cedo ante la serenidad de su mirada, lo sigo hacia la sala contigua sintiendo persistentemente el deseo de virar y salirme por la puerta; sobre la mesa de reconocimiento, desnuda, el doctor Gautier me examina con la naturalidad, con la casi ternura con que se examina a un niño y otra vez su voz, voy a hacerte una prueba, este aparato lo diseñé yo para recoger el espécimen que necesito para hacer la prueba, tiene una configuración femenina para que la mujer que sienta su contacto lo identifique con lo que llamo la caricia suave, cuando te lo esté aplicando, piensa en una mujer; no pude pensar en nada durante lo que me pareció un experimento de laboratorio; ya vestida, otra vez en el recibidor tan íntimo donde reconozco el escritorio, las sillas, los títulos que pueblan la pared, me dispongo a despedirme, el guru a mi lado y su voz de profeta, antes de irte, arrodíllate un momento; me arrodillo pensando que el rezo sería parte de todo este rito extraño, cuando siento su mano izquierda sobre mi cabeza, su mano derecha apuntando hacia el cielo y su voz tan serena, repite, hija mía, repite conmigo, estoy dispuesta a hacer/ todo lo que el doctor Gautier me indique/ para mi bien/ para encontrar mi camino/ para el alivio de mi dolor; al terminar estas frases con sabor de letanía, con eco de oración, ya de pie, me fui reconciliando con él, se fue debilitando mi rebeldía, lo vi ante mí con una casi santidad patriarcal que me hizo acercarme para besarlo en la mejilla a modo de despedida, cuando lo sentí deteniéndome para indicar como si me hubiera equivocado de rito: no, en la mano, bésame en la mano; en la calle, la mañana agradable entre el sol y la brisa, me dejo caminar, un restaurante italiano, el menú, un plato de pasta y queso, una lasagna servida en una pequeña cacerola de hierro, una cerveza; se aleja el camarero impecablemente uniformado, y mientras almuerzo, trato de analizar este extraño encuentro con el doctor Gautier y se me escapan las piezas del rompecabezas sin poder coordinarlas; Leonora resultó ser una mujer cautelosa, encerrada, con misterio de monja de conventos medievales; varios encuentros en algún café de la Plaza Mayor con un vino de Málaga apurado porque mamá está sola y tengo que regresar; un poema que me nace para ella o que nace simplemente de la necesidad de sentir que las posibilidades de amar no se han perdido para siempre; una invitación a almorzar en su casa, el almuerzo

cuidadosamente escogido y presentado en el que disfruté un pescado asado con salsa de tomate, cebolla, ajo, aceite de oliva y después del cual doña Ramona se retiró a su siesta; Leonora y yo en un pequeño recibidor en el que casi desapercibidamente, cierra la puerta para mayor privacidad, su emoción honda al leer ese primer poema y en su rostro apagado, una sonrisa de casi felicidad, a mí nunca me habían escrito un poema; nos quedamos mirándonos largamente hasta que sentí los pasos de doña Ramona; Leonora se apresura a guardar el poema entre las páginas de uno de los libros que ha sacado del librero, abre la puerta y se sienta a conversar de cosas sin importancia y ya doña Ramona hablando de la República, que ella fue republicana y atea, que lo sigue siendo y que lo será siempre; su voz de mando sobre Leonora, que se repliega en el silencio; me disculpo, voy al baño, y allí, el pequeño gabinete de medicinas, el espejo, el tubo de pasta dentrífica de una marca que me es desconocida y unos cepillos de dientes entre los que trato de adivinar el de Leonora; antes de salir para Marruecos, un segundo poema y su emoción de nuevo y las miradas con las que hablamos en el silencio y mi invitación, qué te parece si salimos a tomarnos un café, y la voz de doña Ramona contestando por ella, no, Leonora que no salga, yo estoy enferma del corazón y no puedo quedarme sola, bastante es ya que ella tenga que salir todos los días a trabajar, qué remedio nos queda, pero que salga también cuando no está trabajando, ya eso sí que es demasiado; Leonora replegada como una ostra, casi suplicante, sólo bajo a acompañarla hasta la parada del autobús, vuelvo en seguida, y ante las protestas de no te tardes, que no me puedo quedar sola, Leonora le asegura un rápido regreso; llega el autobús, un abrazo apresurado y la voz de Leonora, nunca me habían escrito un poema tan hermoso, y en su cara, una casi felicidad; el viaje lleno de añoranzas en la mezquita de Córdoba, la Giralda, la Alhambra, el Generalife; a ratos, en el rodar del autobús, una sensación de escape, y a la vez una añoranza interponiéndose en la fuga de mí misma; las bodegas de Jerez, la mesa larga, los cuadritos de queso y la abundancia de Bristol Cream que termina aturdiéndome un poco; Cádiz, Algeciras, el barco que cruza a saltos el Estrecho de Gibraltar, y ya esta tierra africana con acento español, el hermoso hotel La Muralla de Ceuta, los pequeños bazares, un jarrón negro, bellísimo que llevo envuelto en papeles de seda, mi regalo para Leonora; cerrada la frontera que nos dejaría pasar a Tánger, disturbios políticos,

intentos de asesinato contra el rey; pasan días, cruzamos la frontera, alojamiento en el lujoso Chellah y mi soledad y el teléfono, sí, larga distancia, Madrid y la voz de Leonora cordial y un asomo de afectuosidad que se hacía distancia; de regreso a Madrid, marco el número, nadie contesta, me dirijo a su casa con el jarrón marroquí, me siento en las escaleras a esperar no sé por cuántas horas y ya a las diez de la noche, el ruido del viejo elevador y ante mí, doña Ramona y la cara sorprendida de Leonora, como si la madre la hubiera atrapado en un momento de pecado, me apresuro a presentar mi pretexto, traje esta maleta llena de regalos para que me la guardes aquí, porque no quiero dejarla en el hotel, y al entregarle el jarrón marroquí, asoma la alegría en su cara marchita, equilibrándose entre la emoción y la censura de doña Ramona que deja oír su protesta mientras bajábamos las escaleras, es muy tarde para que vayas hasta la parada de autobuses, baja hasta la puerta y vuelve en seguida; al despedirnos, quedamos en vernos un rato el sábado por la tarde, media hora nada más, porque mamá no puede quedarse sola; en la Plaza Mayor, dos vinos de Málaga apresurados, y no, mañana no porque no puedo dejar a mamá sola dos días seguidos; me resigno a invitarlas a las dos al teatro Lara, fila 9, número 13 y Leonora a mi lado y doña Ramona al lado de Leonora hablando de Isabel Prada, la gran artista que es y lo mucho que le gusta *Cancionera* y ya en la habitación del hotel en la Avenida de José Antonio, escribo una carta de amor para Leonora que le entrego al día siguiente en la cafetería Miami, menta y sifón para mí, un té para Leonora, sus verificaciones de la hora, su rostro sombrío y preocupado, sólo vine porque me pareció urgente para ti, porque me dijiste en el teléfono que tenías que verme, pero no puedo dejar a mamá sola; ya el taxi, la veo desaparecer fugaz dejando un vacío en la acera; en la habitación del hotel espero su llamada que no llega, marco el número y la voz de doña Ramona, fría, cortante, no, Leonora se siente indispuesta y ya se ha retirado; en la cama, este frío que me invade tan de pronto, tan repetidamente, hasta el amanecer; ya de mañana, recorro las agencias de viajes, ya no hay lugar, no hay, no tenemos nada, hasta que consigo una gira a Portugal con parada en Avila; la habitación de Santa Teresa, la muralla del siglo XIII, un teléfono público y marco el número de la oficina de Leonora; su voz lejana, entre cordial, fría y resignada, sí, estuve mal, ya me siento mejor, me alegro de que estés viajando y que lo pases bien, no quiero que te molestes en llamar, y ya el vacío que

dejó su voz y esta sequedad que va conmigo; el autobús con rumbo a Portugal, el guía largo, afinado, con olor a convento; el chofer, con su cuerpo de toro y sus ojos de vaca monumental; los pasajeros, como sombras que no logro visualizar cabalmente; llegada al hotel de Guarda, el comedor antiguo, agradable, con persianas de cristal, la habitación solitaria donde me pregunto si Leonora se habrá enfermado por mí, urgencia de hablarle, marco el número, me llega su voz cordial y fría, no puedo detenerme a hablar porque tenemos visita, es mejor que no llames más, y ante mi insistencia, accede, hablaremos cuando estés en Madrid; paso vertiginoso por Coimbra, el Monasterio de los Jerónimos, Estoril, Lisboa, Fátima y las sombras se bajan del autobús para invadir los kioscos de estampas, rosarios, estatuas de la virgen; yo me voy por el trillo solitario, la llovizna persistente dejando su humedad en los brazos, en la cara, en el pelo, me adentro en la plaza vacía que se extiende delante del santuario blanco, me detengo ante las parrillas enormes protegidas bajo un techo de tejas rojas a mirar las varillas negras donde se acuestan las velas, ya el hacha encendida ablandando la cera y la deposito allí, en este encuentro con la compasión, Virgen de Fátima, cura esta tristeza que me marca; a mi llegada a Madrid, una llamada de doña Ramona, pase usted por aquí a recoger sus cosas mañana por la mañana porque pronto salimos para Jaca; toco a la puerta, doña Ramona saca la maleta sin preámbulos, me la entrega fríamente y declina mi intento de abrazarla como despedida; esa tarde, en la cafetería Miami, entre menta y sifón, la voz de Leonora, se lo tuve que decir a mi mamá, ella me vio enferma y se lo tuve que decir; sus miedos medievales, el gesto de su mano juzgándome en el aire falso, su salida apresurada, y el taxi, hasta desaparecer; llamada del doctor Gautier, que esa tarde me visitará en el hotel con Chantal, una joven francesa que es como si fuera sobrina mía, graduada de la Sorbona, casada con uno de los abogados más prominentes de Madrid; salgo a caminar para hacer tiempo, visito a un pintor en la calle María Molina, en el patio común, los rectángulos abiertos como enormes agujeros sin puertas, tapados indefensamente por cortinas, el estudio al fondo, atestado de pinturas con paisajes de Castilla dentro de su estilo tan personal; el pintor, tímido, humilde, y a la vez, con una enorme seguridad interior como si supiera certeramente cuál es su camino a seguir; una corriente subterránea nos comunica en el cuarto desnudo de muebles, hablamos largamente, vamos a un restaurán tirado

donde almorzamos como reyes por cuarenta pesetas, un bisté, papas fritas, una cerveza, y su alegría al ver que me encantó el almuerzo; por la tarde, a la hora señalada, ya en mi habitación, los dos timbrazos del teléfono castigando el silencio y la voz, conserjería, el señor Antonio López y su hija; reconozco el nombre con el que se identificaría el doctor Gautier, sí, dígales que pueden subir; se abren unos minutos en los que quisiera fugarme de allí, huir a toda prisa, sin detenerme, sintiendo en mí la fuga del espacio rasgado por mi velocidad; los toques discretos, mis pasos inseguros hacia la puerta, buenas tardes, doctor, digo, don Antonio, pasen, pasen; ante mí, una mujer delgada, alta, de unos veinte y tres o veinte y cuatro años, pelo castaño oscuro, largo hasta la cintura, ojos castaños, labios carnosos; la voz del doctor Gautier presentándome a la joven mujer que acababa de sentarse a mi lado, a los pies de la cama, ésta es Chantal, es como si fuera mi sobrina; oí su voz entrecortada, con ligero acento francés, mucho gusto; inclino la cabeza imperceptiblemente a modo de saludo, imagino que en cualquier momento el doctor Gautier saldrá de la habitación y Chantal y yo hablaremos largamente, pero lo veo extender los brazos hacia Chantal y su voz como un rito en el que se glorifica a una diosa, te ofrezco a esta mujer, tómala, es tuya; me quedo en el asombro, de pie, sin moverme, y otra vez la voz suave y sugerente, desnúdala, yo te la ofrezco, esta mujer es tuya; miro a la mujer silenciosa esperando que proteste pero ya sus gestos lentos, sus brazos finos, alargados, se alzan para llevar las manos a la parte posterior del cuello desde el que comienza a bajar el zipper que va dejando su espalda desnuda y otra vez la voz persuasiva, desnúdala, desnúdala tú, ya yo te la ofrecí, esta mujer es tuya; casi mecánicamente, voy apartándole de los hombros el vestido abierto que se desliza hacia el suelo y ya su desnudez y la mía apretadamente en la cama estrecha; al terminar su convulsión intensa, su gemido prolongado y hondo que no compartí, me besa la frente, momentos de quietud que equilibran el desasosiego que me trajo este rito extraño, Chantal se dirige al baño, oigo rodar el agua de la ducha; estoy vestida, sentada en la cama y el doctor Gautier de pie, como en un trance místico, nunca he visto a Chantal entregarse así, con esa pasión, cuando tú quieras podemos volver a reunirnos como hoy; declino la invitación y le sugiero, lo que quiero es hablar con Chantal a solas, podríamos reunirnos en algún café, no quiero dejar en el aire esta situación extraña en la que apenas he

conocido su voz, para mí es importante que nos comuniquemos; el doctor Gautier, con toda la calma que lo caracteriza pero con absoluta firmeza, no, eso no es posible, todos tus contactos con Chantal se harán a través de mí; cesa el chorro de agua, aparece Chantal ya vestida; el doctor Gautier de pie, la despedida cordial, me quedo sentada en la cama, atónita, verificando con mis manos el sudor ya frío que dejó Chantal y este vacío tan desgarrador; mis intentos persistentes de comunicarme con Chantal fueron inútiles, el doctor Gautier, invariablemente, todos los contactos con Chantal se harán a través de mí y en la misma forma; y lo recordé allí de pie frente a la cama, en su papel de mágico prodigioso preparando el ritual, tirando de los hilos como si fuéramos marionetas, entregando la doncella para después llevarse su nombre entre los dientes; viaje de regreso, ya en mi apartamento, 314 Northern Boulevard, en un Albany donde los días han decidido hacerse grises hasta el momento en que me llega el sobre timbrado en Santurce con la letra de Bibi que miro largamente, su carta cariñosa y casi íntima, como si no nos hubiera separado el tiempo desde aquella última vez que nos vimos en Santiago de Cuba, en 1957, mis trámites de salida, la visa, la casa de huéspedes, mi llamada al hotel Royal, sí, con Bibi, por favor, y ya su voz y ese burbujeo que da la anticipación, puedes venir mañana a almorzar? sí, ven al hotel, y al vernos, esa alegría contenida, tan bien manejada por las dos; antes del almuerzo, como un regalo inesperado, la oportunidad de hablar a solas en la azotea, un recorrido a los idiomas que nos gusta aprender, un recorrido a nuestros pintores favoritos, de los del siglo XVII nos quedamos, definitivamente, con Rembrandt, de los impresionistas, con Van Gogh, y de pronto, una especie de nostalgia en la Bibi, sabes, es la primera vez desde que me casé que he podido sostener una conversación con alguien, estoy asfixiada en el círculo de esta familia, el ritual del almuerzo y la cena aquí en el hotel con todos los familiares, las conversaciones de las modas, el club, el club, las modas; nos llaman a almorzar y mientras bajamos las escaleras, la nostalgia de la Bibi se hace tristeza profunda, y yo, como para consolarla, bueno, Bibi, cuando tengas un hijo tal vez te sientas mejor, tal vez llenes un poco tu vida; y la Bibi, no, eso significaría que esta cadena se haría perpetua, sin salvación, sin salida; me detiene brevemente para decirme, tú sabes que cuando me gradué de la Escuela de Derecho yo ejercía por allá, por los montes de Yaguajay, me iba a caballo de un poblado a otro, defendiendo

campesinos, me sentía libre, libre, pero cuando mi padre murió de cáncer intestinal, después de todo aquello que sufrió, que yo misma tenía que sacarle el excremento, en todo este proceso doloroso Ricardo se portó muy bien con mamá y conmigo, y mamá se sintió en deuda con él; empiezan a servir y nos acercamos a la mesa para unirnos al círculo de familia, me tratan con amabilidad entre platos de bisté asado, plátanos tostones, ensalada de tomate; la madre de Ricardo, con un acento español, como si acabara de llegar de España, y qué desea tomar usted? le pido un té frío con limón, y ella, té frío? es que está usted mala del estómago? y ante mi afirmación de que me gusta el té y que no estoy enferma, se queda extrañada y casi vacilante mientras ordena, camarero, traiga un té frío con limón; al terminar el almuerzo en el que me esforcé en hablar más de lo que generalmente me permite mi timidez, la Bibi rompió su silencio para hablarle a Ricardo, es que tiene que ser ahora porque ella se tiene que ir, no, no podemos esperar a que tú termines aquí; Ricardo accede inconforme y la Bibi se me acerca, vamos a mi apartamento para que lo veas, yo siempre tengo que esperar a que Ricardo termine y nos vamos juntos, pero así podemos hablar un ratito antes de que te vayas; unos minutos en el tranvía y ya en la sala del apartamento que me pareció poco interesante transitado por una ruidosa criada que en ese momento limpiaba el pasillo; van saliendo retazos de nostalgia, su perfume de Miss Dior, todo lo que nunca mencionamos en la calle H, en el número 661, entre 19 y 21, todo lo que no mencionamos ahora porque el silencio es tal vez un símbolo de olvido, o de la muerte de aquella flor extraña que pasó por mi vida de adolescente, como un sueño; como si fuera una respuesta, veo a la Bibi, separando lentamente su falda con la mano para dejarme ver la sayuela amarilla que tan cuidadosamente le compré en mi viaje a Texas, cinco, seis años atrás, y nos quedamos mirándonos y no fue necesario decir nada más; mientras leo su carta me han dado unos deseos enormes de volverla a ver y de paso, ir con un cirujano de cirugía estética para que me cambie la expresión, para que me haga otra que no sea ésta que conoce tan bien el dolor; el único vuelo que he podido conseguir llega a Puerto Rico a las tres de la mañana del 20 de diciembre, me quedaré en un hotel del aeropuerto hasta que se haga de día y después iré a verla y su respuesta del 28 de noviembre, yo no veo la necesidad de separar una habitación en el hotel del aeropuerto, tú sabes que los hoteles de Puerto Rico son los más caros del mundo?

no te preocupes, iremos a las 3:00 y descansaremos aquí en casa, pienso pedir el día 20 (si es que tengo que trabajar); hoy estuve leyendo tus poemas otra vez, pero no quiero escribir precipitadamente, sólo te digo que son magníficos y discutiremos verso a verso; he planeado recorrer la Isla, contando con que tú guíes pues no la conozco y todo el mundo queda encantado con el viaje; el interés de este país es puramente estético (naturaleza); la arquitectura colonial no es tan impresionante para nosotros que vivimos en Santiago de Cuba; pero el fenómeno cultural (de asimilación progresiva por el pueblo americano) es curioso; para mí es un período de decadencia, para otros, de progreso; de todas formas, las condiciones subjetivas de un fenómeno social, político o cultural sólo se constatan con el contacto directo con la población que lo sufre, un abrazo, Bibi; mientras leo su carta me pregunto si habrá cambiado mucho en estos catorce años; desciende el avión, bajo las escalerillas, me llega de pronto el calor intenso de la Isla, busco entre el tumulto el rostro de la Bibi, y su sonrisa y voy hacia ella, su alegría espontánea al verme, Ricardo y yo nos damos la mano, mis disculpas por llegar a esa hora, y ya en el apartamento agradable, Ricardo se retira a dormir y la Bibi y yo nos sentamos en un pequeño balcón, conversamos mientras tomamos un jugo de naranja helado, y la Bibi, mira, esta mañana cuando compré este jugo de naranja, pensaba que lo estaba comprando para ti, cada vez que compraba algo, pensaba que lo estaba comprando para ti, que lo ibas a disfrutar tú también; la miro comprobando que no le han pasado los años, su piel tan tersa, la sonrisa pícaro, el disfrute de estar conmigo; dime, Bibi, cuándo nos vamos a recorrer la Isla? y la Bibi, bueno, no sé, no creo que sea posible, de todas formas, hubiera sido por unas horas nada más, porque Ricardo no permitiría nunca que yo pasara una noche fuera de la casa; sigo conversando porque tengo entendido que hoy la Bibi no va a trabajar hasta que menciona incidentalmente que se va para el trabajo en unas horas y me apresuro a sugerir, bueno, entonces, es mejor que duermas algo, y ella, accediendo, mañana conocerás a Ricardito, ya tiene 13 años, y conocerás también a mamá, que vive con nosotros; cuando me despierto a la luz del día, ya la Bibi no está y Ricardo se ha ido también a su trabajo de contador en una compañía de perfumes; ante mí, el rostro hermoso y silencioso de Ricardito, me vienen a la mente las palabras de la Bibi, sí, claro que quiero a mi hijo, pero no sé lo que diera por olvidarme que es hijo de Ricardo; ante mí, doña Carmela,

en la que intuyo su casi vigilia para con la Bibi; hacia el mediodía, se aparece sorpresivamente la Bibi, esta tarde no tengo que dar ninguna clase, así es que si quieres, podemos ir a San Juan, y ya la guagua, hermosa combinación de arquitectura colonial y mar, el cementerio también mirando al mar, con la tumba de estatuas que según me informa la Bibi, pertenece a la familia de los Ferrer; caminamos por el centro, retazos de calles de adoquines, rejas de hierro, matas de flamboyán, todo propicio para la ensoñación; palabras de la Bibi mientras cruzamos una calle: todo es cuestión del miedo que se les tiene a las palabras, cáncer, vejez, homosexualidad, los artistas, los espíritus más refinados, se cuentan entre los homosexuales, así es que por qué temerle a la palabra? por qué no decirla de una vez? nadie puede poner la mano en la llama y afirmar que jamás lo ha sentido alguna vez; en el Morro, en todo este panorama azul, la Bibi me aparta a una esquina, éste es el rincón que más me gusta, te lo regalo, quiero regalártelo hoy, nunca lo había compartido con nadie; y ya la operación, y la corta estada en la clínica de Río Piedras, he salido igual, pero algo dentro de mí se alegra de que al menos, esté ocurriendo un ajuste de células que me haga un poco distinta de aquélla que sufrió por Marisol; en los pocos días que no he visto a la Bibi, he pensado en ella, en la conversación que ya se hacía tan íntima cuando estábamos en su habitación y todo quedó interrumpido cuando doña Carmela abrió la puerta bruscamente y Bibi, tú no te vas a bañar? dentro de poco está Ricardo aquí y tú ni te has bañado, pero qué hacen ustedes con la puerta cerrada? vamos, Bibi, no te vas a bañar? días después, en un par de horas de libertad que tiene la Bibi, vamos a almorzar a un restaurante español de San Juan; mientras que esperamos a que nos sirvan, nos quedamos mirándonos en una intimidad que se hace acariciadora, y la voz de la Bibi, sabes una cosa? tengo curiosidad por sentirte en mi torso, y adelanta los senos para reafirmar sus palabras, tu boca en mi torso; y no sé si sabrás, Bibi, el efecto que me hicieron tus palabras cuando te oí decir, tus fluidos son peligrosos, yo, que ni siento ni padezco, y a mí me llegas, tu presencia me hace sentir como si me hubiera tomado cuatro copas de vino, tengo curiosidad por sentirte en el torso; en el camino de regreso todo se abre a la ensoñación, nos parece estar atravesando distintos rincones del mundo, una parada de niños que desfilaron ante nosotras cuando estábamos sentadas en aquel banco, se convirtió en una manada de zapatos

franceses que golpeaban los adoquines con su lluvia de ritmo; ya en el apartamento, la Bibi es una estatua de hielo y me reafirma, soy un zombie, Ricardo dice que en la cama soy más inerte que la Esfinge, nunca he sentido nada sexualmente, en Cuba me llegó a interesar un médico, un médico de Fidel, y hasta pensé dejar a Ricardo, pero cuando el médico y yo nos acostamos, él se sintió imposibilitado, me dijo que nunca le había pasado eso, pero no pudimos ni acercarnos, y no nos vimos más, después de eso traté inútilmente de envenenarme, pero Ricardo regresó ese día a la casa más temprano que de costumbre y llegó a tiempo para llevarme al hospital, un lavado de estómago y el zombie volvió a caminar, después, aquí, en Puerto Rico, conocí a un irlandés que fue alumno mío, tenía gran facilidad para aprender el español, a veces salíamos a caminar, eso era todo, no me interesaba sexualmente, pero me ilusionaba salir con él, él era casado también, a los pocos meses de conocerlo se fue de aquí y no he sabido más de él; y ya el 31 de diciembre, pasaré las 12 de la noche en el vuelo, recordando lo que la Bibi sugirió, a esa hora, tómate una copa de champán, yo a esa hora, desgraciadamente, estaré con la familia de Ricardo, pero lo que quisiera hacer es tirar una copa de champán al mar para que vaya a tu encuentro, ya que no podré hacerlo, la echaré aunque sea por el lavadero, lo que vale es el símbolo; son las seis de la tarde, la sala está llena de amigos y amigas de Ricardo, y se me ocurre que es la única oportunidad, y Bibi, puedes venir acá un momento? la Bibi me sigue a la habitación que me habían asignado, cierro la puerta con llave, nos miramos y no hacen falta las palabras, el abrazo, las bocas entreabiertas para el beso y antes de que se toquen nuestros labios, la voz de doña Carmela, Bibi, Bibi, abre la puerta, por qué han cerrado con llave? la Bibi se aparta bruscamente como un ciervo asustado y yo me apresuro a abrir y con toda la calma que puedo fingir, ah, doña Carmela, pase usted, parece que sin darme cuenta cerré la puerta con llave, pero pase, pase usted, aquí estamos acabando de arreglar mis maletas; doña Carmela se sienta en la cama con actitud de policía de posta y la Bibi, pálida aún del susto, desapareció del cuarto; ya en Albany me asalta un tedio que alivio en escapadas de ensoñación con la Bibi, el calor que me produce su recuerdo que me veo obligada a dominar en los lugares más extraños: en las reuniones de claustro, mientras explico el subjuntivo, en el mercado mientras confirmo que han rebajado el precio de las lechugas; cuando me notifican que recibí un premio literario,

uso el pretexto para llamar a la Bibi; en su voz limitada, intuyo la presencia de Ricardo y me despido sin apenas decirle nada; pocos días después, una carta de la Bibi, que mi llamada le había causado una tragedia con Ricardo, que Ricardo se enfureció de celos y la obligó a que le enseñara todas mis cartas y todos mis poemas, que los escándalos de él habían sido tan frecuentes que casi le habían causado a ella una depresión nerviosa pero que ella le había dicho a Ricardo que él no la podía chantajear porque entre ella y yo no había ocurrido nada y que por mucho que él gritara ella jamás renunciaría a mi amistad; me quedo leyendo la carta tantas veces, y la despedida, sabe que soy tu amiga, siempre; me duele infinitamente que la Bibi sufra por mi causa, y me duele también esta nostalgia que siento por ella cuando dejo pasar los meses sin escribirle; en abril de 1972 rompo el silencio, unas breves líneas, que pienso ir a Puerto Rico en mayo a hacerme una operación en los senos para que me alivien los dolores de lo que han diagnosticado en Estados Unidos como ***cystic mastitis***, que una amiga de Albany me ha conseguido alojamiento con una familia de Puerto Rico; y en seguida, carta de la Bibi, no puedo pensar que tú llegas a Puerto Rico e inmediatamente ingresas en un hospital para estar tres noches haciendo cruces en las paredes, ven para acá, hazte los análisis y regresa hasta la víspera de la operación, love, Bibi; y en otra carta de mayo, espero que vengas el 19 después de la consulta, te vas a aburrir menos que en el hospital, no te gustó la cama? al llegar al apartamento de la Bibi me quedo mirando a Ricardo, midiendo lo que va a hacer hasta que estira el brazo, se sonrío, me da la mano y yo le contesto el saludo; pasada la operación, convalecencia en casa de la familia a la que me había recomendado mi amiga Berta, me sigue la añoranza por la Bibi y hoy, 31 de mayo, me decido, hotel La Concha, habitación 604, cortinas y alfombra en tonos de azul cobalto, muebles de bambú, marco el número, el asombro en la voz de la Bibi, el riesgo, el peligro, puedo encontrarme allí con alguien que conozca a Ricardo, ven, hablaremos; cuando llego al apartamento me recibe doña Carmela porque la Bibi ha tenido que ir a dar clases, la espera de horas hasta su regreso, unos minutos a solas en los que la Bibi habla de riesgos, de que ella no fue, no es, nunca será eso, que para qué buscarse problemas por un escape pasajero y ya otra vez doña Carmela y mi despedida cordial y me voy directo al hotel, a disfrutar mi habitación en solitario; en los pocos días que me quedan en Albany

preparo el viaje a Madrid y ya el 23 de junio, caminando por Cibeles, los chorros de la fuente, un verano que se desliza en la investigación de la tesis doctoral, un inútil viaje a Grecia, y ya el regreso y el planteo de la nueva tesis en un último intento de salvar un trabajo que necesito y que nada me interesa y mi director de tesis en la Universidad del Estado de Nueva York tan incapacitado como el anterior, exigiendo cambios y cambios y cambios sobre una materia que desconoce y me veo llevada y traída entre rencillas y envidias de los académicos que se han tomado mis pequeños triunfos literarios, mis publicaciones, como un insulto insoportable y todo termina en el rechazo de mi proyecto de tesis y todo termina en que en mayo de 1973 se cierra mi ciclo en Russell Sage porque sentimos decirle que como usted no ha terminado el doctorado, no podemos renovarle el contrato; en este octubre de 1972, las bodas de Marisol en una iglesia griega, ese día me fui de Albany y desde la carretera vi la iglesia en el momento en que sabía que se estaba casando; cientos de cartas de solicitud hasta que conseguí trabajo en Briarcliff College para septiembre de 1973 con un ascenso a Assistant Professor; mi madre está en Miami pasando el verano con Carmita, y yo, apilando en cajas enormes cientos de libros y papeles, tantas cosas necesarias e innecesarias que amontonamos en las casas; son las once de la noche y fuertes toques retumban en la puerta, sigo empaquetando sin intenciones de abrir cuando oigo la voz de Marisol, soy yo, abre, abre, soy yo; rodeada por el marco de la puerta aparece una Marisol medio borracha, con un fuerte olor a alcohol, y su voz, yo quisiera quedarme esta noche a dormir aquí, iba a quedarme en el motel de la esquina, pero me dije, por qué voy a estar pagando motel? le preparo la habitación vacía de mi madre y ya instalada en ella Marisol se dispone a que yo la distraiga conversándole a ella, sin nada que decirle, le leo una de mis narraciones cortas, y se la comento y al despedirme, oigo su voz tan hondamente desilusionada, sabes que mi matrimonio, desde el principio ha sido un infierno? yo me he ido ahora de la casa porque mamaíta está en el hospital, operada de un quiste en un riñón, pero cuando ella está en casa no tengo escape, tengo que conformarme con irme del cuarto a dormir en la sala; y casi de inmediato, como arrepentida de habérmelo dicho, bueno, la verdad es que no siempre es así, no siempre estamos mal, es más, muchas veces estamos muy bien, pero durante los días que mamaíta esté en el hospital, yo quisiera dormir aquí; al salir me dispongo a cerrar la puerta del cuarto y Marisol, no, déjala

abierta, por favor; en mi cuarto, a puerta cerrada, pienso que sólo hace ocho meses que Marisol se casó y me parece un siglo desde aquel momento exacto en que, desde la carretera, supe que se estaba casando en la iglesia griega; en los días que Marisol pasa en el apartamento, le dejo todo disponible para que ella se prepare el desayuno antes de irse para el hospital y por la noche, le tengo preparada la cena y apenas hablamos antes de separarnos a dormir, cada una en un cuarto; una mañana, nota de Marisol, hoy mamaíta sale del hospital, así es que no volveré, pero gracias por tu gentileza y atenciones; al atardecer, el teléfono y la voz de Marisol, oye, yo quería aclararte, lo que pasó entre Tom y yo no fue nada, no tiene importancia ninguna, cosas de marido y mujer; y repitió, de marido y mujer; en un momento de cinismo, me oigo decir, ah, Marisol, me alegro de que seas tan feliz, el otro día cuando me hablaste de lo que yo pensé que era un distanciamiento entre Tom y tú, inmediatamente hice planes de llevarte al Oriente, de llevarte al Japón conmigo, sí, este verano, ahora, en unos días, pero ya todo ha cambiado, yo sé que no puedes separarte de tu esposo; me quedo esperando que me diga casi ofendida que debo estar loca para pensar que ella sería capaz de dejar a su marido pero su voz se hace primaveral, y una alegría espontánea va saliendo del auricular, bueno, no, yo puedo decirle a Tom que yo me voy al Japón con una amiga, porque eso nada tiene de particular, pero tú te vas a gastar todo ese dinero en mí? y yo, riéndome tan cínicamente, claro, Marisol, por qué no? y cuando el cuarto está vacío de sonidos, me pregunto qué me hizo decirle eso a Marisol, si no pienso ir con ella ni al Japón ni a ningún otro sitio y ya desde hace meses tengo el pasaje para ir a la Argentina, pero me causaba gracia pensar en las excusas que me daría para no ir, no puedo dejar a mi marido porque somos marido y mujer, marido y mujer, marido y mujer; vienen las horas del sueño hasta que bruscamente, a las siete de la mañana, me despierta el timbre del teléfono, la voz de Marisol tan llena de alegría, me voy contigo, nos vamos al Japón, le dije a Tom que una amiga me pagaba el viaje y Tom me dijo que si él no puede pagármelo, que no tiene derecho a prohibirme que vaya; y yo aún medio dormida con esta noticia inesperada entre mis manos, hasta que bueno, Marisol, yo lo he pensado y es mejor que me vaya para la Argentina porque había separado pasaje pero creí que no me lo iban a confirmar, pero sí, ya me lo confirmaron, y Marisol, desilusionada, está bien, yo lo comprendo, está bien; ya a solas, vuelvo a

preguntarme qué me hizo inventarle a Marisol la historia de un viaje a Japón; en Buenos Aires, búsquedas y desencuentros, todo pudiera ser tan hermoso y se hace desolado; unos días en Mar del Plata rastreando la última huella que dejó Alfonsina en las aguas, su rostro inmóvil en el monumento de la orilla, el insulto a su memoria, restaurante Storni, tome Coca-Cola, y me llevo en el viaje de regreso, las intenciones de mi protesta, escribirles a las autoridades, pero no escribo, nadie escribe, y pasarán los años y el anuncio de Coca-Cola seguirá ahí, haciéndole fondo al gesto inmóvil de Alfonsina; el 15 de agosto estoy de regreso en Albany, viajo de inmediato al área de Westchester, parada en Hawthorne Circle Motor Inn buscando apartamento, viaje a distintos pueblos cercanos, todo cuesta más de lo que puedo pagar, hasta que por fin, el complejo habitacional Birch Brook Manor, de South Highland Avenue, en la villa de Ossining, edificio 87, apartamento B-25 lleno de luz, una habitación mediana que será la mía y otra pequeña, cocina pequeñísima, sala mediana con una continuación sin divisiones que sirve de comedor, entre mi habitación y el baño, un pasillo; el baño con sus locetas antiguas me da la impresión de que ya lo he vivido en alguna otra casa europea, en otra reencarnación; mientras Bojzak me enseña el apartamento siento un inexplicable rechazo por su gesto aparentemente humilde, los ojos claros, redondos, que a través de los espejuelos montados al aire, se le hacen de lechuza en acecho, su estatura mediana, ni grueso ni extremadamente delgado, los bigoticos contrayéndose con el ridículo movimiento del labio, como si se protegiera de alguna pestecita, como si fuera el gesto de una virgen que en sus cincuenta y seis años acaba de oír la sentencia de su desfloración; acabo de decirle que sí, que pago los doscientos diez dólares de renta por adelantado, que sí, que le doy los cuatrocientos veinte dólares de depósito, que sí, que firmaré el contrato de renta por lo menos por un año, que sí, que obedeceré todas las exigencias del contrato; estamos para salir del apartamento, se desaparece del labio el gesto de pestecita, se desaparece la timidez de la virgen-próxima-a-ser-desflorada y de los ojos de lechuza salta la inquietud y con la inquietud salta el húngaro como una liebre y aterriza el temblor de sus manos blancuzas en mis senos, lo empujo con una ira que quisiera fulminarlo y lo veo retroceder a tramos mientras lo insulto a gritos; desde la distancia en que pudo parar, recobra el gesto de timidez, la pestecita, la amenaza de la desfloración para decir, no fue nada, no tuve intenciones

de nada; me tranquilizo pensando que con el empujón este hipócrita con cara de santurrón embalsamado no volverá a intentar molestarme más, Bojzak me lleva al subsuelo de otro edificio donde hay cubículos separados por malla alambrada, como gallineros, que sirven para guardar los trastes que no quepan en el apartamento; mientras voy poniendo mi nombre en uno de los tablones del cubículo, Bojzak se acerca, otra vez el gesto rápido, su brazo de renacuajo en mi hombro, se inclina hacia mí como para babosearme, y esta vez, el empujón fue mayor, hasta casi hacerle perder el equilibrio y caer de nalgas en el cemento, me sale una voz controlada y definitiva, mire, Bojzak, no me voy a molestar en gritarle más, sólo quiero que sepa que la próxima vez que usted se me acerque, con lo primero que encuentre le voy a rajar la cabeza en dos; de inmediato el bigotico estirado hacia atrás, el gesto de pestecita, de temor a la sentencia de su desfloración, y su voz acobardada, no fue nada, no tuve intenciones de nada; regreso a Albany, llamo a mi madre a Miami, que ya conseguí apartamento, que sería mejor que ella viniera después de la mudada, pero su desesperación por venir, no, mañana mismo salgo para allá, mañana mismo; tantas cosas aún por empaquetar, llamadas a no sé cuántas compañías de mudanzas y ninguna puede mudarme, no, tenía que habernos llamado por lo menos con un mes de anticipación, hasta que por fin, Burkins and Foley Trucking and Storage, Inc., sí, está bien, para el 30 de agosto, la mudanza le costará trescientos setenta dólares; y ya el 28 de agosto, llamada de Marisol, que quiere que vayamos a almorzar para despedirnos, y yo, que ahora es imposible, que ella sabe que tengo tantas cosas aún por resolver, que por eso le dije cuando llegué de Buenos Aires y ella me dijo que teníamos que salir a almorzar para despedirnos, que yo podría ir en esos días, pero que a última hora me sería imposible, y ella, que en esos días no, porque Tom y yo nos vamos la semana que viene a pasarnos dos días en un yate que vamos a alquilar, así es que imagínate, toda esta semana la necesito para comprar las cosas que vamos a usar en el yate; y yo lo dejé así porque en realidad no me interesaba verla y me pareció más que suficiente el que nos despidiéramos por teléfono; pero ahora sigue insistiendo, insistiendo, insistiendo, hasta que se despide sin salir del asombro de mi negativa; el 29 de agosto otra vez Marisol, que tenemos que almorzar y otra vez mi negativa y su asombro; el 30 de agosto el timbre del teléfono me saca del sueño y el reloj me

indica que me han despertado a las 7:30 de la mañana y la voz de Marisol hablándome en inglés, podemos ir a desayunar a algún lugar? vámonos a un Howard Johnson's y nos despedimos con uno de esos desayunos tan ricos que tanto nos gustan; le digo en español que no puedo ir, y Marisol insiste en inglés, que sí, que eso no toma mucho tiempo; imagino que Tom habrá salido y que doña Florida estará metida en el cuarto de Marisol con el jugo de naranja o con cualquier otro motivo, pegada al teléfono y Marisol no quiere que doña Florida sepa que ella insiste en verme y se me hace ajeno el esfuerzo de Marisol por mantener a doña Florida en perpetua complacencia y se me hace ajeno su esfuerzo de verme a última hora y se me hace ajeno el asombro de su voz al convencerse de que esta despedida definitiva se efectuará a distancia, sin salvar las cinco millas que nos separan en Shaker Road; en los pocos minutos que permanezco acostada, boca arriba, pudiera invadirme la imagen de Marisol, alguna añoranza, la necesidad de un último contacto, pero me quedo así, con los ojos abiertos, pensando en las cajas que aún me quedan por llenar; hacia las tres de la tarde llegan los camioneros, veo desfilar, escaleras abajo, los muebles, las cajas llenas de libros, las enormes bolsas plásticas, y ya el apartamento cerrado, y ya en el carro, alejándome de Loudon Arms sin que me duela separarme de allí, sin un átomo de nostalgia por los años que dejé en la llamada área de las tres ciudades, Albany-Schenectady-Troy, y ya en la carretera, Taconic State Parkway, hasta recorrer las 140 millas que llevan a Ossining; los camioneros tardan horas en llegar, ya tarde en la noche, mister Burkins se aparece con una amenaza, en lugar de trescientos setenta dólares me tiene que dar cuatrocientos setenta dólares porque si no, no le entrego los muebles; protesto sabiendo que es inútil mi protesta, porque no tengo protección contra todos estos robos legales que a diario se cometen, le entrego el cheque y él, como para sentirse más cómodo con el robo, es que usted tenía más paquetes de lo que yo pensaba y cuando le pregunto que por qué no me habló de este aumento en Albany cuando vio los paquetes, empezó a doblar el cheque y a meterlo avariciosamente en su billetera, alejando su silencio, escaleras abajo, mientras acariciaba el bolsillo de la chaqueta donde había metido la billetera; la primera noche en Ossining se me va como si hubiera vivido aquí siempre, el apartamento, aún regado, está limpio, mi madre y yo vinimos a limpiarlo hace unos días porque mister Bojzak me lo entregó asqueroso de

churre; empiezo las clases en Briarcliff College, estoy cómoda, nadie me molesta en cuanto a mi libertad de enseñar, intuyo que a la mayoría de los profesores les parezco rara, hermética, con mi ostracismo y mi silencio invariable, pero a la vez, no insisten en derribar esas paredes que yo misma levanto sin proponérmelo; durante el almuerzo en el hermoso comedor de cristales comparto la mesa del jardinero, un cubano al que me resulta fácil oírle hablar del cultivo de sus rosas; a veces, algún profesor insiste, venga, venga a sentarse con nosotros, y entonces apenas puedo almorzar, el sudor en las manos, la rigidez de los músculos del estómago, oyendo conversaciones sobre comités que desconozco, sobre planes académicos que desconozco, comentarios sobre profesores que desconozco, sobre profesores que siempre desconozco hasta que no resisto más la tensión y con el plato aún lleno me disculpo, tengo que irme ya, tengo que acabar de preparar la próxima clase, hasta luego, me alejo a pasos rápidos hasta que al fin puedo serenarme en el encierro de mi oficina; en mi apartamento, busco una reconciliación con la soledad, hacerle frente a la posibilidad de pasar los años que me restan sin esa mujer que he buscado en Europa, en el Norte de Africa, en la Argentina, en Puerto Rico; se ha hecho rutinario mi ir y venir; mi madre no conoce a nadie en Ossining, no sale ni un momento a sentarse en los bancos de la pequeña plazoleta que le hace centro a los jardines del complejo, tantas veces pienso que ella también es uno de esos seres destinados a la soledad porque nunca se le ha dado el milagro de una amistad duradera, nunca se le ha dado el milagro de una seguridad en la vida, algo con lo que ella hubiera podido contar, algo que hubiera sido profundamente suyo, cuándo dejaste de luchar, mamá, cuándo dejaste de esperar nada de la vida porque todo se hacía, recuerdo tus palabras, sal y agua entre tus manos y tal vez mi más noble misión sería ésta, la de hacerte sentir que tienes a alguien para quien cocinar, por quien preocuparte en este pueblo enterrado en el Sing Sing de Ethel y Julius Rosenberg; yo, por mi parte, siento una falta de propósito que trato de disipar con botellas y botellas de vino **G & D** envasado en el valle de San Joaquín, descrito en la etiqueta como **Tawny Port**, con la especificación de su procedencia: **private stock**; para escapar la censura de mi madre escondo las botellas en el maletero de mi carro y vigilo el momento de entrar cada botella y sacar del apartamento cada botella vacía sin que mi madre se dé cuenta, y de llenar cada copa y transportarla al cuarto y

tomármela a puerta cerrada; cuando pasan horas sin que mi madre se mueva de la sala, tengo que conformarme con una cápsula de Librium; en las gavetas de mi oficina nunca falta una botella de **G & D**, y entre clase y clase y a puerta cerrada, una copa y otra, hasta serenarme; a principios de junio, Marianita viene a visitarnos con Bill, su nuevo marido, desde hace dos años se divorció de Albert porque no, hija, lo que es con Albert y sus aburrimientos, qué va, demasiado aguanté, si es que a veces me quedaba contemplando a Albert y me parecía que lo que tenía delante de mí era una momia; Marianita y Bill quieren que mi madre se pase un tiempo con ellos en Virginia, donde viven ahora, y mi madre indecisa, que no sabe, que vamos a ver, que más adelante, y yo la presiono porque necesito estar sola un tiempo, mamá, si no te vas ahora con ellos que hasta han traído el carro, no te vas a ir más nunca; mi madre, aún indecisa en los días que Marianita y Bill pasan aquí, empieza, con desgano, a preparar un par de maletas; llega el momento en que el carro está listo, en marcha, mi madre se separa de mí con pesadumbre, como si la arrancaran de un lugar de donde no quiere irse, y ya la despedida y la distancia que empieza a separarnos; regreso al apartamento, a una intimidad mía, a reencuentros con otras dimensiones de mí, esparcidas libremente; encima de la mesa, reconozco los espejuelos de mi madre y esta ternura triste con que los toco, como para retener un poco de ella entre mis manos antes de apresurarme a enviárselos, protegiéndolos en una lata vacía de café; ya en el correo, me llega la sensación de que mi madre no volverá al apartamento, que las cosas que quedan de ella irán a su encuentro pero que ella nunca vendrá a recogerlas, me vienen a la mente los estados de ánimo tan depresivos que tuvo mi madre en los últimos meses y cuando yo le preguntaba, pero mamá, qué es lo que te pasa? ella siempre respondía, es que yo misma ni sé, es como un temor, un miedo; hasta que un día, mientras se secaba las manos en el baño, veo en ella una tristeza honda y dime, mamá, qué es lo que te pasa? y ella, bueno, es lo mismo que estoy sintiendo desde hace meses, que me voy, que me voy de aquí, de todo esto, que por alguna razón me voy definitivamente, una separación total, y empieza a llorar desconsoladamente; trato de serenarla sin convencerla del todo, sin convencerme yo de mis propias palabras, porque yo también sentí en ese momento, que la separación era definitiva; y ahora que ya no estás te lo digo, mamá, que me golpeaba una tristeza profunda cuando te veía así porque ahora tú te apegas

a mí, sin decírmelo, como yo me apegaba a ti cuando era tan pequeña, envuelta en aquellas fiebres que huían de mí con tu cuidado, ya pronto estarás bien, mi hija, ya pronto estarás bien; y me conforma, mamá, que ahora las botellas de agua de Vichy y las de agua de San Antonio, todas ellas son para mí, y no creas que he olvidado, mamá, la añoranza que me venía en la noche en aquella casa de Caimanera con sus estacas hundidas en el mar, si sé que aun antes de empezar a hablar, mamá, aun desde el carriol yo, sin voz, formaba tu nombre, y después, cuando supe pronunciarte, me sentaba en el boquete de la ventana que separaba tu cuarto del mío y te llamaba sin cesar hasta que accedías y venías a mi cama para que me volviera la paz bajo el mosquitero; ahora, en esta separación urgida por mí, busco el silencio, no ver a nadie, no hablar con nadie, hacer una dieta rigurosa, aligerar la materia, caminar, caminar el pueblo diariamente, hacer ejercicios, y la lectura intensiva de las obras de Anaïs Nin, los cinco volúmenes del *Diario* hasta ahora publicados y sus obras esperándome en los anaqueles: *Winter of artifice*, *Seduction of the Minotaur*, *Under a glass bell*, *Collages*, *The four cornered heart*, *Children of the albatross*, *Ladders of fire*, *A spy in the house of love*, *House of incest*, y sentirme acompañada por esa vida de Anaïs, tan llena, tan completa; poco a poco me va llegando la paz, una reconciliación con la paz, eliminada la necesidad del vino, ese **G & D**, que con tanto cuidado escondía en el maletero del Plymouth, sólo la lectura intensiva que se continuaba a veces hasta el día siguiente a las ocho o las nueve de la mañana, dormir entonces algunas horas, desayunar en cualquier tramo del día, recordar el almuerzo a las tres de la mañana y resolverlo con un sandwich y una copa de sidra; un día de junio me llega una invitación para el bautizo del libro de un poeta malísimo a quien no me interesa oír, pero tal vez debo hacer un alto en este encierro y acudir al llamado generoso de Elba, la puertorriqueña que conocí en una entrega de premios del CEPI, tan amable, no dejes de venir, yo vivo en el mismo edificio de apartamentos donde se celebrará el bautizo y después te quedas con nosotros, con mi marido y conmigo porque ya mis hijas no viven con nosotros, así es que lugar de sobra hay; la invitación precintada en la pared de mi cuarto, recordándome, el 29 de junio, 1974, en la ciudad de New York; algunas veces decido firmemente ir y otras veces decido firmemente que lo mejor es seguir en mi encierro; ya el 29, me dispongo a ir con desgano, tomo la vía más lenta y de menos tráfico,

carretera 9 Sur que conecta con Broadway en Manhattan; me sentí acogida por Elba y eso me dispuso a una cordialidad sociable que aunque a veces tenía que forzar un poco, me integró al aplauso en el momento en que la madrina derramó la botella de champán entre las páginas abiertas del poemario; se va deslizándose la noche casi como si fuera otra noche cualquiera hasta que de pronto, Elba se dirige a una mujer joven, trigueña, y la saluda afectuosamente, párate, párate, Laura, para que te conozcan, miren, ésta es una poeta cubana que ha publicado recientemente un libro de poemas; me quedo mirando largamente a esta mujer que me parece de unos veinte años, su casi recogimiento, el borde de su silencio; Laura apartada, sentada ya en una silla cuyo espaldar toca la pared y a su lado, un hombre aindiado que será tal vez su marido pero la aísló en mi mente de ese hombre, la aísló de todos los que están allí y en un instante inesperado tuve la impresión de que le llegó la intensidad con la que yo la miraba; tiene que ser, no lo pienso más, me sorprende caminando hacia ti, Chachi, entregándote una pequeña etiqueta que lleva mi dirección, mándame algunos poemas tuyos; tu asentimiento mientras guardas la etiqueta en tu billetera y mi regreso brusco al grupo donde sobran las voces con las que no me comunico; pocos minutos después, esta desolación que tan a destiempo me deja su ausencia; las horas trasnochadas en la cocina-comedor del apartamento de Elba, son casi las cuatro de la mañana y ella friendo pequeños pescados en un sartén de hierro para que el hambre no nos interrumpa la charla, para continuarla hasta que se me va haciendo ajena a medida que se acerca la luz del día y mis preguntas se quedan en el aire, dime Elba, cómo es la poesía de Laura? dónde vive? quién es? con quién es? ; saltan los meses, y en mí, una búsqueda que se confunde ahora con la soledad; tengo pesadillas frecuentes en las que aparecen Marisol, la Bibi, Chachita con nombres distintos, transcribo la más reciente: se presenta la madre anciana y vigilante de Rosa María, transparente, sin materializarse, como los espíritus; y yo, mujer-mujer, atrapada en esta condición civil, amarrada a Rosa, en la asfixia de este matrimonio sin papeles; me asaltan urgencias subterráneas por la mujer joven, por su trigueñez misteriosa del Mediterráneo; una tercera mujer de mi edad, desmaterializada, transparente, sin que importe ya su título de abogada, tan marchito, dejará de importar también el examen de Economía Política? dejará de importar el beso que me insinuaste? Rosa me mira duramente: si te vas con esa

mujer, no vuelvas más, todo ha terminado; la mandíbula transparente de la vieja se cierra en grieta arrugada y satisfecha, le veo el brillo de los ojos, le veo su alegría porque con nuestro divorcio sin papeles tendrá a Rosa para ella sola o para un matrimonio con papeles, presentable a la sociedad; la vieja no sabe que yo también me quiero liberar de un estado civil que aunque inexistente, me resulta asfixiante; salgo con mi joven amante a caminar las calles queridas de aquel pueblo; la sombra transparente de la otra mujer de mi edad, nos sigue, y del papel que lleva estirado entre las manos va saliendo humo para formar la fecha, 1952, y las letras, EXAMEN DE ECONOMIA POLITICA; sigo con mi amante, su trigueñez tan joven, caminamos las calles de adoquines, anotamos la fecha en nuestras cartas, 1870, sentimos la luz de las farolas en este pueblo de España, con los mismos pasos recorreremos la ciudad de New York en este año de 1975, pero casi siempre es 1870, cuando todo es antiguo y pueblerino; la casa de Rosa es ahora de madera, de tablas viejas, atestada de muebles antiguos que se han hecho de mimbre, me abstengo de hablarle de los cambios que íbamos a hacer en 1871, a escondidas, murmurando para que la anciana no nos oyera, pero nada importa ya, que se quede la anciana en los laberintos amueblados de mimbre; ya me gané la libertad en este pueblo y mi joven amante y yo recorreremos las calles, seguidas de la sombra transparente con la que no me voy para el Vedado, el letrero estirado entre sus manos no dice nada de los abortos eróticos y cuando la sombra se hace estatua, en el letrero tampoco aparece mi firma: Pigmaleón; ahora la sombra se desliza al ritmo de mis pasos y el letrero se hace humo para formar las letras, San Juan, pero no me voy con ella porque doña Carmela alarga su mano artrítica y le arranca los besos que tiene escondidos entre los labios carnosos, y le arranca los labios, y, si doña Carmela no le hubiera arrancado los besos, dejaría de ser estatua? no voy a mirar el letrero porque camino por los adoquines la hermosura de mi amante, quiero seguir este camino para siempre, caminando con ella al infinito, pero ella se detiene súbitamente porque reconoce como suya esta casa destartalada, cerrada por el frente por una puerta de zinc, de aluminio, como las que usan en su fonda los chinos de Caimanera; mi amante me habla de frente y en el momento en que saltamos las barreras para volver a este siglo, le sale la voz en reto: te tienes que quedar aquí en Manhattan, en el estudio de la 79 y yo tengo que irme para el otro estudio; se superponen los

cristales del estudio y la puerta de zinc, se superponen los adoquines y el asfalto, y yo, entre dos siglos, mi necesidad es la misma: retener a esta mujer, pero no tengo voz para llamarla y la veo alejarse hasta desaparecer; me vuelvo hacia la puerta de aluminio como buscando una respuesta, no hay indicaciones en esta plancha arrugada de metal, decido quedarme en este siglo en el que un día fui, me niego a atravesar los cristales, a caminar asfalto, me voy alejando con la voluntad propia de mis zapatos de lona que se llenan de polvo entre los adoquines; la mujer-sombra me sigue y se materializa, está igual, como si fuera en cualquier momento, a llenarse los senos de hielo, se me acerca, hablamos poco, ella quiere saber, insiste en saber si yo quiero seguir deambulando eternamente y le recuerdo tan tardíamente, que lo que necesito es un beso; su voz me da detalles y señas de un viejo restaurán español, una fonda empotrada en el pueblo, donde hay un amplio baño en el que podemos besarnos, estamos entre locetas blancas y negras, entre locetas como las que han tenido mis baños en otras reencarnaciones; hemos cerrado la puerta, hemos tirado el pestillo; tengo aún en mis ojos la imagen del camarero con la larga servilleta blanca dormida en el brazo, su delantal, las mesas con manteles blancos no muy limpios, y una cortina de canutos de madera que me gustó atravesar, como si al abrirla con las manos, fuera a desentrañar algún misterio; seguimos en el baño amplio, amplísimo con la antigua bañera y las locetas, blancas en su mayoría; la sombra materializada se acerca a mí y en esta cercanía voy notando su profunda tristeza, algo que me sobrecoge un poco; ha llegado la hora de este beso tardío, de este beso largo que se alarga en las paredes, en la cementación de las locetas, voy mamándole los labios para recoger su sabor amargo, de salitre; la abrazo con un movimiento ligero, invitándola a salir, quiero deshacerme de este beso sin entrega, la veo solidificarse, petrificarse, la estatua moviéndose a pasos lentos, atraviesa la puerta, desaparece; me parece agradable el aire de la calle, la libertad de caminar sin rumbo, pero me viene de nuevo tu voz, Chachi, como una herida, el martilleo de tu frase: te tienes que quedar aquí y yo tengo que irme para el otro estudio; echo mi voz en el hueco profundo de mi pecho para no llamarte, para no gritar tu nombre cuando tus ojos mediterráneos se van alejando de mí; tengo que regresar, regreso, me deslizo por el estrecho ángulo del tiempo, por el ancho ángulo del tiempo para establecer el diálogo, para continuar el diálogo y me digo, ya ves, que esta tierra se

hace demasiado pequeña para separarnos; estoy en New York, entre cristales, asfalto y el avance de los años para volver a nuestro siglo de ahora, a nuestra aldea preferida, la del Sing Sing de Ethel y Julius Rosenberg; voy saliendo del sueño y me digo firmemente que te he oído decir: todo esto es parte de crecer, aprender a no irme cuando quiero quedarme a tu lado, aprender que la renuncia es algo tan estéril, aprender que no nos toca habitar una tierra desolada; o tal vez no lo dijiste, Chachi, por tantas cosas que ya sabes, por tantas verdades que hoy me guardo para soñar un rato más, para soñar que se han abierto los espacios para que podamos atravesarlos, nuestras manos entrelazadas, sin este cansancio que me llega tan de pronto